JAPONESES EN AMÉRICA

Toshio Yanaguida y M.ª Dolores Rodríguez del Alisal

COLECCIONES MAPFRE 1492

La historia de las relaciones Japón-América se divide en cuatro etapas coincidentes en el tiempo con hitos clave en la historia nipona. La primera abarca desde la segunda mitad del siglo XVI hasta principios del XVII. Coincide con la caída de la Dinastía Ming en China y la reorganización del poder político en Asia Oriental. La segunda etapa alcanza de mediados del siglo XIX a principios del XX. Se lleva a cabo el proceso de modernización de Japón por el Gobierno Meiji. En este período, las guerras con China y Rusia y el efecto de la I Guerra Mundial influyen decisivamente en el desarrollo económico japonés. Se inicia la apertura a Ultramar a la vez que se producen enfrentamientos con Estados Unidos y Europa y diferentes movimientos migratorios. La tercera etapa comprende desde el desastre de 1945 a la reconstrucción del país en 1965, con el cese de la emigración como solución a los problemas demográficos y sociales. Finalmente en la cuarta etapa Japón se reafirma en su papel representante de los países liberales de Asia. Asociado con Estados Unidos incrementa su poderío económico.

Toshio Yanaguida (Tokyo, 1952). Doctor en Historia. Profesor de la Keio University. María Dolores Rodríguez del Alisal. Socióloga. Directora del Instituto Español de Japonología. Jefe del Departamento de Japonés de la Escuela Oficial de Idiomas.

Colección América, Crisol de pueblos

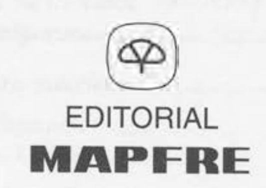
JAPONESES EN AMÉRICA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-572-7
Depósito legal: M. 27242-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n., Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

TOSHIO YANAGUIDA
M.ª DOLORES RODRÍGUEZ DEL ALISAL

JAPONESES EN AMÉRICA



ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo ha involucrado a muchas personas, las cuales, de una manera u otra, nos han ayudado mucho. Ante todo, nuestro profundo agradecimiento a tres alumnas del curso de doctorado o máster de la Universidad de KEIO: Mari Kagawa, en Yokohama; Chieko Koizumi, en Nueva York, y Taeko Akagui, en Yokohama. Cada una de ellas preparó datos indispensables para este trabajo. En especial, la Srta. Akagui, ha prestado una gran ayuda en el capítulo de México, del cual ha redactado la mayor parte.

Nuestro cordial agradecimiento en especial a los profesores de la Universidad de KEIO, Dr. Takaaki Koyatsu, decano de la Facultad de Letras; Koichiro Takase, Kazui Tashiro, Masahiko Takahashi, Masaji Shimizu, Tatsuro Sakai y Kazuo Miyake, del Departamento de Historia de la Universidad de KEIO; al Profesor Ryuzo Takayama, de la Facultad de Economía de la misma Universidad por sus acertados consejos y su labor de coordinación entre nosotros.

La doctora Junko Sasaki, de Osaka, colaboró activamente en la recogida de datos durante nuestro viaje a Brasil. En Sâo Paulo, Jun Ishihara resultó ser indispensable para establecer contacto con instituciones y miembros de la colonia japonesa en esa ciudad.

Nuestro agradecimiento también a Corina Tettinger, en Bonn; Utte Flunkert, en Heide (Alemania); a Marta Okumura, y Michiko Watanabe, en Tokyo, y a Chikako Niwa y Takako Murase, en Madrid.

A nuestras familias, Yuki, Madori y Misako Yanaguida, en Tokio, y Clara y José Cánovas, en Madrid, nuestro agradecimiento por su ayuda, comentarios y paciencia durante la creación de este libro.

LOS AUTORES

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo ha involucrado a muchas personas, las cuales, de una manera u otra, nos han ayudado mucho. Sobre todo, nuestro profundo agradecimiento a tres alumnas del curso de doctorado y master de la Universidad de KEIO: Mari Kagawa, en Yokohama; Chieko Kobayashi, en Nueva York, y Taeko Akagi, en Yokohama. Cada una de ellas preparó datos indispensables para este trabajo. En especial, la Srta. Akagi, ha prestado una gran ayuda en el capítulo de México, del cual ha redactado la mayor parte.

Nuestro cordial agradecimiento en especial a los profesores de la Universidad de KEIO, Dr. Takashi Kogawa, decano de la Facultad de Letras; Kunihiro Takase, Kazuo Tachino, Masahiko Takahashi, Masaji Shimizu, Tatsuo Sakai y Kazuo Miyake, del Departamento de Historia de la Universidad de KEIO; al Profesor Ryozo Takagawa, de la Facultad de Economía de la misma Universidad por sus acertados consejos y su labor de coordinación entre nosotros.

La doctora Junko Sasaki, de Osaka, colaboró activamente en la recogida de datos durante nuestro viaje a Brasil. En São Paulo, Jun Ishihara resultó ser indispensable para establecer contacto con instituciones y miembros de la colonia japonesa en esa ciudad.

Nuestro agradecimiento también a Corinne Tettinger, en Roma; Ute Flocken, en Heide (Alemania); a Maiya Okamura, y Michiko Watanabe, en Tokyo, y a Chikako Nosa y Takako Murase, en Madrid.

A nuestras familias, Yuki, Mariko y Mitsuko Yanagida, en Tokio, y Clara y José Cánovas, en Madrid, nuestro agradecimiento por su ayuda, comentarios y paciencia durante la creación de este libro.

LOS AUTORES

INTRODUCCIÓN

Desde una perspectiva japonesa, la historia de las relaciones entre Japón y el continente americano puede dividirse en cuatro etapas. En cualquiera de ellas se hace preciso recordar que la presencia japonesa en el Continente Americano, coincide en el tiempo con hitos que marcan cambios importantes en la historia de Japón.

Dejando al margen la emigración de la raza mongoloide en tiempos prehistóricos, podemos considerar una primera etapa que abarca desde la segunda mitad del siglo XVI hasta principios del XVII. La segunda, abarca desde mediados del siglo XIX hasta principios del siglo XX, y en ella se lleva a cabo el proceso de modernización de Japón por el gobierno Meiji. En esa etapa, las guerras con China y con Rusia, así como la Primera Guerra Mundial, influyen decisivamente en el desarrollo económico de Japón, dando origen a su nacionalismo ideológico. En esta etapa, Japón pasa de una política de «salirse de Asia» a una de «colonización panasiática», al tiempo que inicia su apertura a ultramar. Esto trae como consecuencia el enfrentamiento con Estados Unidos y con las potencias europeas, que lleva a Japón a la guerra. La tercera etapa abarca desde el desastre de 1945 hasta la fecha. Esta última etapa, sin embargo, cabe dividirla en dos partes: una, desde la derrota hasta la reconstrucción del país, aproximadamente en 1965; y otra que abarca desde 1965 hasta nuestros días, en la que Japón consolida su despegue económico y su apertura hacia Occidente. Estas cuatro etapas admiten más subdivisiones, pero de ellas trataremos en capítulos posteriores. En primer lugar, examinaremos estas cuatro etapas desde una perspectiva sociohistórica general.

La primera etapa

La agitación durante el largo periodo de guerra civil entre los distintos clanes (de 1467 a 1590) y la actividad de los piratas japoneses *(Wako)*, coincide con la caída de la dinastía Ming en China y la reorganización del orden político en Asia Oriental. El Japón mejora su productividad y experimenta un desarrollo económico que quiebra el sistema de economía territorial del medioevo. Desaparecen los restos del sistema de feudos «Shoen» y surge un movimiento que busca una nueva organización socioeconómica. Cae el gobierno Muromachi y, con él, el sistema diplomático y político de la dinastía Ming («Sakuho Taisei»), que exigía el vasallaje de sus vecinos ante China. Los señores feudales de Japón o Daimyo lucharon denodadamente por la unificación del país buscando un nuevo orden gubernamental y un nuevo sistema de administración de sus territorios. Estas condiciones llevan a la organización de un gobierno centralista por Oda Nobunaga y Toyotomi Hideyoshi sucesivamente, que culmina Tokugawa Ieyasu estableciendo unas nuevas relaciones económicas y políticas dentro de sus territorios y ampliando sus dominios. Culminada la reorganización política, Japón trata de imponer este orden en los países de Asia Oriental y desarrolla una activa política exterior. Esta política se inicia con el proyecto de invasión de Corea por Toyotomi Hideyoshi y tiene su continuación en la política diplomática de Tokugawa Ieyasu, cuya característica principal era cimentar la autonomía nacional y asegurar los ingresos derivados del comercio exterior, manteniendo una estrategia diplomática firme y constante, tanto con los países vecinos como con los europeos.

En esta época, Asia Oriental inicia su reorganización como zona política y geográfica [1]. Este hecho coincide con el comienzo de los viajes a ultramar por parte de las coronas española y portuguesa; todo ello contribuye a acelerar el proceso de reestructuración en dicha zona, impulsado por el impacto que producen las relaciones políticas, económicas y culturales con un mundo nuevo. En Asia Oriental, sin embargo, no se tuvo plena conciencia de dicho proceso histórico. El impacto de la influencia europea es innegable, pero no parece ser tan

[1] Nishijima Sadao, *Nihon Rekishi no Kokusai Kankyo*, Tokio, 1985.

decisivo como se había creído hasta hoy. Debido al restablecimiento de relaciones internacionales, los poderosos señores feudales japoneses que habían sido obligados a aceptar la soberanía del gobierno central, ejercían su dominio sobre los piratas y los comerciantes con la misma lógica con que ellos mismos se sometían al poder central [2]. Se advierte también un esfuerzo para establecer relaciones diplomáticas con los países asiáticos orientales, así como un intento de impulsar las relaciones con otras naciones. Así, por ejemplo, tres años después del decreto de expulsión de las misiones cristianas sancionado por Toyotomi Hideyoshi, él mismo recibía a la legación del virrey de la India Oriental y a su delegado oficial, a sabiendas de que se trataba de Alessandro Valignano, misionero jesuita visitador de esa orden religiosa. Esta actitud podría haber estado basada en la búsqueda de un beneficio comercial, pero también —y sobre todo— en el propósito de intensificar las relaciones diplomáticas, y por su interés en legalizar internacionalmente su propio poder político [3]. Las negociaciones establecidas con Manila en la misma época se explican también bajo la misma lógica.

Las relaciones diplomáticas entre Japón y el Nuevo Continente se iniciaron también dentro del ámbito de la situación arriba mencionada. Por lo tanto, para poder estudiar correctamente las negociaciones entre el Nuevo Continente y Japón en esa época, es imprescindible tener en cuenta la política de unificación en Japón, que se mantuvo en una situación de aislamiento, dentro de lo que podría definirse como una relación internacional paradójica. El monopolio de las relaciones comerciales, diplomáticas, económicas y culturales fue típico de Japón, y constituyó un sistema básico en Asia Oriental en aquel periodo. Este sistema de gobierno centralizado, que ejercía un control estricto y limitaba y acaparaba el intercambio comercial con otros países, derivó más tarde en el sistema históricamente conocido como *Sakoku* o «aislamiento político».

Dentro de este sistema, Japón se mantuvo al margen del nuevo orden centralizado, preconizado por China, situándose en el centro de su propio «Mundo» e ignorando oficialmente al resto de los países con

[2] Fujiki Hisashi, *Toyotomi Heiwarei to Sengoku Shakai*, Tokio, 1985.

[3] Yanaguida Toshio, «Toyotomi Hideyoshi Indo Fukuo ate Syokan Anmon ni tuite», *Biblia*, n.° 88, Nara, 1987.

los que no podía mantener «buenas» relaciones. El llamado *Nihon-gata Kai Chitsujo (Ishiki) (Japanese World Order System),* no era original de Japón, pero sólo Japón mantuvo esa postura durante más de doscientos años. Esta etapa coincide con las expediciones a ultramar, los grandes descubrimientos geográficos y las evangelizaciones llevadas a cabo por España y Portugal. Por último, hay que indicar que el sistema de organización política de Japón y de Asia Oriental no resultaba compatible con el orden internacional establecido, ni con las expediciones de países como España y Portugal [4].

La segunda etapa

Se inicia en el último periodo del shogunato de Edo y dura hasta el comienzo de la Restauración Meiji. Japón, como otros países asiáticos, se vio enfrentado a Estados Unidos y a las potencias europeas que iniciaban su aproximación a Asia con fines coloniales. Cuando el gobierno japonés tiene que aceptar por fin las relaciones con los países occidentales, se lanza a desarrollarlas activamente, pasando al *Datsu-a* o «salir de Asia». La organización política aparece como un sistema inmóvil desde el inicio del shogunato hasta el gobierno Meiji instaurado en 1868. Pero en el ámbito diplomático se producen cambios esenciales. En esta etapa empiezan las negociaciones diplomáticas con los países occidentales que buscan mano de obra barata en Oriente. Resulta significativo que la primera emigración a Hawai se produjese en el mismo año de la constitución del gobierno Meiji, sin tiempo siquiera para que el nuevo gobierno pudiese legalizarla oficialmente. También hay que tener en cuenta el hecho de que, ya desde el final de la época de Edo, tuvieron lugar varias expediciones de misiones diplomáticas o de estudio desde Japón a ciertos países occidentales y que dichas expediciones fueron impulsadas por parte de los propios japoneses. No hace falta decir que el propio desarrollo del Japón moderno no habría sido posible si no hubieran existido estas expediciones. Pero tampoco podemos decir que se produjese una emigración en masa. La mayor parte

[4] Asao Naohiro, «Sakoku», *Nihon no Rekishi,* vol. 17, Tokio, 1975.
Arano Yasunori, *Kinsei Nihon to Higashi Asia,* Tokio, 1988.

de los japoneses que emigraron a América lo hicieron por motivos comerciales, de estudio, etc.

A partir del momento en que Japón se incorpora al sistema económico internacional, empieza también su expansión hacia el extranjero debido tanto a causas de índole interna como externa (el principal motivo era naturalmente el problema económico: escasez de recursos y exceso demográfico). Pero este hecho también debe estudiarse en relación con el afán imperialista y colonialista del gobierno japonés; ese imperialismo fue acentuándose a raíz de las guerras contra China y contra Rusia; con la Primera Guerra Mundial y con los problemas internos de los países recién independizados de América Latina y, posteriormente, con la política diplomática en relación a Estados Unidos. Por consiguiente, la presencia de los japoneses en América no puede analizarse sin contemplar su situación interna y establecer sus relaciones con la política de expansión en otras regiones geográficas como Corea, Manchuria, China y otras partes de Asia y del Pacífico. También será necesario estudiar dicha presencia en relación con la actividad emigratoria de otros pueblos de Asia al Continente Americano, y con la emigración de europeos, sobre todo de italianos, alemanes, españoles y portugueses. Además, habría que considerar la imagen que se tenía en América de los emigrantes y colonos japoneses, y las ideas de los intelectuales y políticos japoneses sobre emigración y colonización. Como consecuencia de la rivalidad en la política de colonización imperialista, Japón acabó declarando la guerra a Estados Unidos. Irónicamente, este país era con el que Japón mantenía una relación más estrecha, por el frecuente flujo de japoneses que pretendían trabajar o estudiar allá y, además, por tratarse del país en el que Japón basaba su propia existencia [5].

La tercera etapa

Después de la Segunda Guerra Mundial y debido al problema demográfico causado por la desmovilización de los soldados y el retorno de los emigrantes que procedían de las colonias japonesas establecidas

[5] Miyachi Masato, *Kokusai Seiji-ka no Kindai Nihon*, Tokio, 1987.

en lugares de Asia y del Pacífico, Japón se vio obligado a fomentar la emigración, como alternativa al paro. Una de las soluciones fue atender a la demanda de mano de obra por parte de los países latinoamericanos. Paulatinamente, se inicia de nuevo la emigración a dichos países. Una vez recuperada su independencia, el gobierno japonés desplegó una política de «colonización masiva» en América Latina [6]. Por su parte, Estados Unidos, influido básicamente por su rivalidad con la Unión Soviética, se esforzó también en mejorar y en profundizar sus relaciones políticas y económicas con los países latinoamericanos.

Entre tanto, muchos de los emigrantes que habían llegado al Continente Americano antes de la guerra, habían alcanzado ya una cierta estabilidad económica, que les impulsaba a residir permanentemente en América. Éstos prestaron ayuda a su país para que éste lograra salir de la mala situación socioeconómica de la posguerra, al tiempo que el gobierno japonés iniciaba negociaciones con los distintos gobiernos americanos para exportar mano de obra japonesa hacia aquellas zonas más necesitadas de ella, dando así salida al problema demográfico y económico. En el seno de los gobiernos latinoamericanos se discutía la conveniencia o no de utilizar solamente mano de obra indígena, pero la razón que movió a los gobiernos americanos a extender una invitación oficial para la entrada de emigrantes, fue resolver el problema de la falta de mujeres. En algunas colonias recomendadas por el gobierno japonés, los inmigrantes tuvieron que soportar, a veces, unas condiciones excesivamente duras debido a la falta de un estudio previo sobre las condiciones de vida en esas zonas y, en ocasiones, solicitaron oficialmente al gobierno japonés su repatriación. De regreso a Japón, algunos emigrantes iniciaron procesos judiciales contra el gobierno japonés.

En general, muchos consiguieron una mejora de su situación económica después de grandes dificultades, debidas también a la explotación de la que fueron objeto, en muchas ocasiones, los nuevos emigrantes por parte de sus compatriotas, propietarios de tierras y que residían allí desde antes de la guerra. Así, no fueron pocas las disensiones entre emigrantes antiguos y nuevos. No obstante, aunque los re-

[6] «Gaimu Sho Ryoji Iju Bu», *Waga Kokumin no Kaigai Hatten* (Honpen), Tokio, 1971.

cién llegados emigraron como mano de obra, hubo algunos que tuvieron suerte y consiguieron ser propietarios. De todos modos, en esta época se hizo más aguda la discordia entre la primera generación *(Issei)*, y la segunda *(Nisei)* y tercera *(Sansei)*, y entre los emigrantes antiguos y nuevos. En el transcurso de su ascenso o mejora de status social, se produce la aparición de su crisis de identidad como japoneses. Además, el desarrollo experimentado por la economía japonesa produjo la afluencia de empresas japonesas a los países americanos, surgiendo tensiones y problemas de comunicación entre los emigrantes allí residentes y la élite empresarial de la sociedad japonesa contemporánea. Pero éste no era un fenómeno privativo de esta etapa, ya que siempre hubo tensiones entre unos japoneses y otros, desde hacía mucho tiempo, perdurando hasta nuestros días. Ahora bien, debido a la total recuperación económica del país y a la prosperidad alcanzada, el número de emigrantes disminuyó bruscamente y, a pesar de la propaganda masiva del gobierno, en la década de los 60, la emigración llega casi a desaparecer. Se puede decir que a partir del desarrollo económico que culmina en la segunda mitad de los años 60, cesa la necesidad de la emigración como solución a los problemas demográficos y sociales [7].

La cuarta etapa

En esta etapa, Japón se reafirma en su papel como representante de los países liberales de Asia, se asocia a Estados Unidos e incrementa su poderío económico consiguiendo un alto nivel a escala internacional. Con la recuperación económica y el desarrollo alcanzado, disminuyó la necesidad de resolver los problemas demográficos y socioeconómicos por medio de la emigración. Pero en sustitución del envío de emigrantes, se iniciaron nuevas negociaciones con América para la implantación en suelo americano de empresas japonesas como parte de su política de intercambio internacional, teniendo como base el desarrollo alcanzado por la economía japonesa y el alto nivel de expertos y «know how». Esta nueva situación produce una relación un tanto

[7] Gaimu Sho y Kokusai Kyoryoku Jigyo Dan, *Kaigai Iju no Igi o motomete*, Tokio, 1969.

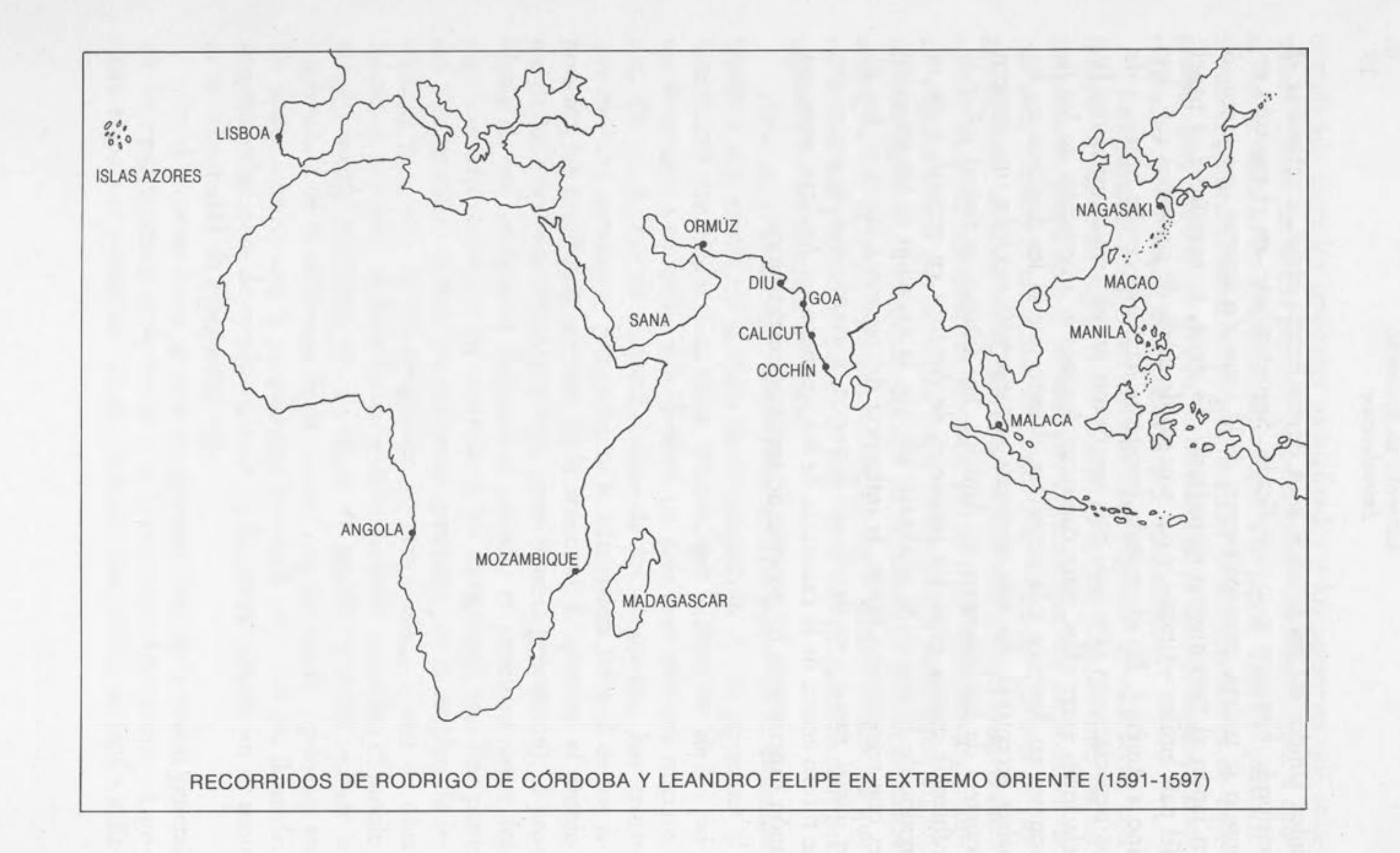
complicada entre los japoneses naturalizados y los japoneses que solamente residen un cierto periodo de tiempo en suelo americano, a causa de su trabajo en empresas japonesas. En Japón deja de prestarse atención paulatinamente a las generaciones de descendientes de emigrantes que, a todos los efectos, se consideran ya «ex-japoneses», nacionalizados en los países americanos donde han nacido.

Paralelamente, los emigrantes de raza japonesa se establecen con firmeza en distintas regiones de América aunque, lógicamente, no sin ausencia de problemas. Y es también evidente que sus actividades repercuten e influyen en Japón. Este movimiento de inmigrantes de origen japonés, algunos de nacionalidad americana y otros conservando su nacionalidad japonesa fue afectado por la crisis económica y política, experimentada por la mayor parte de los países americanos en los últimos tiempos. El gobierno japonés ha manifestado su preocupación acerca de este tipo de internacionalización de la mano de obra, ya que no resulta tan positiva como en el caso de la internacionalización del capital y de los recursos humanos.

Hasta aquí se ha dado una visión general acerca de la situación histórica que existía en la etapa de la emigración de los japoneses al Continente Americano. Está claro, además, que la situación de los países receptores tuvo influencia decisiva en esos movimientos migratorios. En el proceso de «naturalización» de los emigrantes, hay temas que merecen estudiarse: por ejemplo, la adaptación cultural de los japoneses; los problemas internos de la comunidad japonesa: el problema de los *nisei* (segunda generación), *sansei* (tercera generación); el problema de los emigrantes antiguos y nuevos; el problema entre los japoneses representantes de empresas y los emigrantes, etc. Por parte del país receptor: existen los poblemas generales por el empleo de indígenas, por parte de los emigrantes japoneses, como mano de obra barata; el problema de la utilización de insecticidas agrícolas; el problema del medio ambiente, etc. Es digno de estudio también evaluar la importancia de la influencia de la cultura y la tecnología japonesas en los países americanos; la propaganda llevada a cabo por las llamadas «nuevas religiones» de origen japonés, la literatura surgida en el seno de la comunidad de emigrantes, etc.

En el presente libro, el capítulo primero trata de la visión general en las negociaciones entre Japón y el Continente Americano, su primera etapa y el comienzo del movimiento emigratorio de Japón a Es-

tados Unidos en los últimos años de esa misma etapa, revelándose el trasfondo histórico y su significado. Seguidamente, en el capítulo segundo se tratará, principalmente, de la situación interna que propició en Japón el movimiento emigratorio. Es decir, se examinará el papel del país emisor –Japón– y del proceso de salida de japoneses con destino a América. En el capítulo tercero se hará una reseña histórica de las negociaciones con cada país americano, considerando asimismo las relaciones entre ellos, para comentar después la adaptación de los japoneses en América y la acogida y el trato que se les dispensó en los países receptores. En este apartado se presentará también una imagen concreta de los japoneses en América. Por último, se tratará sobre la influencia mutua entre los japoneses de América en general, y de su significado histórico. Se analizará, además, la situación de los emigrantes que regresaron a Japón, la influencia del regreso a Japón de los *nisei*, *sansei*, *yonsei* y su significado histórico, y aventuraremos una visión de futuro acerca de la existencia de los japoneses en América, mientras Japón experimenta un proceso de «internacionalización».



RECORRIDOS DE RODRIGO DE CÓRDOBA Y LEANDRO FELIPE EN EXTREMO ORIENTE (1591-1597)

Capítulo I

PRIMERA ETAPA

Primera relación entre los japoneses y América

Cristóbal Colón

Aunque resulte tópico, cuando se trata de establecer una relación entre América y Japón, es preciso hablar de Cristóbal Colón, el cual, al arribar al Nuevo Mundo en 1492, buscaba el Cipango del que hablaba Marco Polo. El 13 de octubre de 1492, el día siguiente de su desembarco en las Indias Occidentales, escribe en su diario de a bordo y dice: «y también aquí hace el oro que traen colgado a la nariz, más, por no perder tiempo, quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango» [1]. Esto demuestra su firme determinación de alcanzar Japón. No obstante, el interés derivó poco a poco hacia el comercio de las especias. En general, entre los españoles se fue perdiendo el interés hacia Japón. Según nos muestran los hechos históricos, no existió una relación concreta entre Japón y América durante muchos años. Cuando Magallanes atravesó el Pacífico y llegó a Filipinas, no se estableció una base de operaciones ni se descubrió todavía la ruta de navegación para regresar desde Filipinas a América. Por lo tanto, no fue posible establecer relación directa entre Japón y América.

[1] Manuel Alvar, *Diario del Descubrimiento de Cristóbal Colón*, Madrid, 1976.

Cosme de Torres

Sin embargo, no transcurrió mucho tiempo sin que, partiendo del Nuevo Mundo, alguien pisara la tierra de Japón. No es tan famoso como Colón, pero sí más trascendente para nosotros: se trata de Cosme de Torres, nacido en 1510 en Valencia, que desembarcó con Francisco Javier en 1549 en Kagoshima, al sur de Japón. Por encargo de Juan de Torres (franciscano), se dirigió a Nueva España, saliendo de Sevilla en 1538; llegó a Nueva España en noviembre de 1542 con la armada de Villalobos y después de atravesar el Pacífico pasó a Filipinas, cayendo prisionero de los portugueses.

En su camino a la India, se encontró con Francisco Javier, e ingresó en la Compañía de Jesús, introduciéndose más tarde en Japón donde permaneció como superior de la orden en Japón hasta el día de su fallecimiento, el 2 de octubre de 1570 [2]. Durante su estancia en Japón sentó las bases de la iglesia japonesa y probablemente merezca que se le considere como uno de los primeros viajeros desde el Nuevo Mundo a Japón. Cosme de Torres, simboliza el acercamiento entre Japón y América. Sin embargo, para que existiera un contacto directo, era preciso descubrir la ruta de navegación que permitiera el regreso desde Filipinas al Nuevo Mundo.

Andrés de Urdaneta

El descubrimiento de esa ruta se lo debemos al padre Andrés de Urdaneta (agustino). El 21 de noviembre de 1564 zarpaban cinco barcos del puerto de Navidad al mando del comandante Legazpi con un total de cuatrocientas personas, entre los cuales se encontraba Urdaneta. Llegados a Filipinas, construyeron su base de operaciones y el 1 de junio de 1565, partía Urdaneta de la isla de Cebú, acompañado de Felipe de Salcedo con el objetivo de descubrir la ruta de vuelta hasta Nueva España, llegando el 3 de octubre al puerto de Acapulco. El descubrimiento de la ruta norte, que permitía a los españoles extender sus actividades hacia Oriente, es un hecho que marca toda una época. Esta

[2] J. F. Schütte, *S. J. Monumenta Historica Japoniae,* Roma, 1975, pp. 1.312-1.313.

ruta, partiendo de Filipinas, se dirige hacia el norte siguiendo las corrientes marinas y cambiando la dirección hacia el este cerca de los 50 grados de latitud norte. Navegaron, por tanto, los mares cercanos a Japón y existe un documento de la navegación realizada por Salcedo y Urdaneta, que sitúa el descubrimiento de un cabo a 36 grados de latitud norte. Probablemente sería Inubo-Saki, siendo la primera mención geográfica de Japón en documentos escritos por gente del Nuevo Mundo, aparte del ya mencionado Torres. Pero la distancia entre Japón y el Nuevo Mundo era mucho mayor que la distancia entre el cabo que entrevieron y el galeón que lo avistó.

Conquista de China y los japoneses

América y Japón experimentaron un mutuo acercamiento a través de Filipinas. Sin embargo, los españoles, al contrario de lo que sucedía en el caso de los portugueses, llevaban la plata desde el Nuevo Mundo a Filipinas, utilizándola como capital para el comercio exterior, adquiriendo así artículos de seda. Esta forma de comercio, sin bases como Macao, no ofrecía ninguna ventaja en las relaciones comerciales con Japón. Los portugueses se veían obligados a utilizar la plata de Japón como capital para el comercio exterior, y debido a esta circunstancia tenían que mantener una fuerte relación con Japón. Afortunadamente ellos tenían en Macao su base comercial en China. Por tanto, en comparación con los portugueses, los españoles no tenían excesivo interés comercial en Japón, excepto para conseguir allí los víveres de los que carecían en los primeros años de su presencia en Filipinas.

Los gobernadores de Filipinas se veían obligados frecuentemente a combatir a los japoneses, ya que éstos llegaban hasta las costas del norte de Filipinas y cometían actos de piratería. Por otra parte, el gobierno filipino figuraba como apoyo militar para la conquista de China y en cierta época se consideró la posiblidad de utilizar a los propios japoneses como soldados mercenarios para dicha conquista. Aunque el gobernador Sande enviara sugerencias con varios planes de conquista, Felipe II no sólo rechazaba el plan de «la empresa» de China en ese momento, sino que exigió no se utilizase a los piratas enemigos de los chinos (por supuesto que se refería en especial a los japoneses), ya que ello podría generar sentimientos adversos contra los españoles. En esa

época (1580-1581), los piratas japoneses traían en jaque a los indígenas de Filipinas [3].

Aquí sólo consignamos una carta del 28 de septiembre de 1584 escrita por el padre Francisco Cabral que fue superior de la Compañía de Jesús en Japón desde 1570 hasta 1580, después de hablar con el famoso jesuita español Alonso Sánchez, uno de los más entusiastas promotores de dicha empresa en Filipinas. Dice así:

> para conquistar este gran país (China), no necesita muchos gastos ni la fuerza militar. Porque en mi opinión, para fundar la conquista principalmente, sería suficiente 7.000 u 8.000 personas del ejército. Como mucho 10.000, y una armada adecuada. Una parte de ellos se podría mandar desde Perú y Nueva España. En cuanto de que no podamos proveer suficiente ejército de estos sitios, los padres de la Compañía de Jesús, que están en Japón, nos podrían proveer fácilmente 2.000 o 3.000 cristianos japoneses [4].

Esta carta muestra que existían planes concretos para la conquista de China y, para ello, se pensaba contar con la colaboración de las fuerzas aliadas de los soldados españoles (o latinoamericanos) y japoneses. Sin embargo, este plan no pudo ser llevado a cabo y terminó siendo una ilusión «utópica».

Hideyoshi y Manila

Hideyoshi, que ejercía el poder en Japón después de la unificación, tenía una idea obsesiva sobre lo que debía ser el orden «internacional», e intentaba extender sus actividades al extranjero. Como parte de ese intento, en 1591, mandó una carta de amenaza para que otros países asiáticos aceptaran su liderazgo y se le rindieran. El gobierno portugués de Goa en India y el español de Manila en Filipinas, no fueron excepción para Hideyoshi Toyotomi. El gobierno de Manila, que recibió una carta conminatoria de Hideyoshi concebida en términos amenazadores, se atemorizó ante la posible invasión militar de los

[3] Archivo General de Indias, Sevilla. Filipinas 6-2-59, 6-2-60, 29-3-62, etc.
[4] A.G.I., Patronato, 25-21.

japoneses, y trató de ganar tiempo hábilmente, mandando unas legaciones a Japón varias veces y pidiendo mientras asistencia militar urgente a España o a Nueva España. Debido a las muertes de Toyotomi Hideyoshi y de Felipe II, ni la invasión japonesa ni la asistencia militar de América tuvieron lugar y la relación entre Japón y América se interrumpió temporalmente. Sin embargo, cierto número de comerciantes japoneses pasaron a Manila y se establecieron allá.

En 1591 llegó directamente a Macao desde Perú, un barco comercial fletado por los comerciantes de Perú, con el capitán Rodrigo de Córdova (pariente del virrey García de Mendoza). Como estaba prohibido el comercio directo entre las Indias Orientales y las Indias Occidentales, este barco causó gran escándalo e innumerables problemas en Macao y Goa. Así este tipo de navegación no podía ser constante [5].

La navegación de los japoneses durante la época del poder centralizado

El tráfico de esclavos japoneses

Los gobernantes japoneses habían venido dictando leyes de prohibición contra el tráfico de esclavos japoneses desde la época medieval; pero dichas leyes nunca fueron totalmente observadas y, aunque no abiertamente, existía ese comercio ilegal. Ya desde la época de las «guerras entre los clanes» tenía lugar un tráfico esporádico de personas dedicadas a la servidumbre o bien de cautivos de guerra. Como consecuencia de la reorganización llevada a cabo en Asia oriental, y de la influencia ejercida por las potencias europeas que precipitaron tal reorganización, el campo de acción de los japoneses se expandió y el destino de dichos esclavos no se limitaba sólo a Japón y a los países vecinos [6].

Los portugueses que llegaron a Japón en la época llamada de «los grandes descubrimientos» se dedicaban principalmente al comercio de

[5] Monumenta Peruana, vol. V, Roma, 1970. pp. 50-51, 341-342, 650-652. Koichiro Takase, «Kirishitan Kyokai no Boeki Katsudo», *Kirishitan Kenkyu*, vol. 18, Tokio, 1978.

[6] Cartas Qve Os padres E Irmaôs da Companhia de Iesus escreueraô dos Reynos de Iapaô ... I, Evora, 1598. f. 38.

seda y oro procedente de China y al comercio de plata japonesa en China. Además de esa actividad comercial, el tráfico de esclavos constituía también un punto notable en su comercio. Los portugueses se dedicaban al comercio «legal» de esclavos, basándose en la tradicional venta de criados que era práctica común en aquella época y a sus ideas sobre la «guerra justa». No se conoce el número exacto de esclavos japoneses, pero parece que se exportaban en bastante número al extranjero. El rey portugués don Sebastián promulgó la ley de prohibición de compraventa de esclavos japoneses en 1571, pero en realidad, casi no tuvo efecto. Una vez publicada la ley de destierro de misioneros en 1587, Toyotomi Hideyoshi interpeló a Gaspar Coelho, el viceprovincial de la misión, sobre el tráfico de esclavos japoneses que hacían los portugueses. Por su parte, la Iglesia echó las culpas a Japón, alegando que el problema estaba en el lado suministrador, lo cual también era cierto en parte. En el *Tensho Ken'o Shisetsu Ki*, relaciones de la misión a Europa en la era de Tensho, que se mencionará después, figura la misma acusación, afirmándose que los japoneses son responsables del tráfico de esclavos de sus compatriotas, y se aplaude la iniciativa de Hideyoshi al decretar una ley de prohibición del tráfico de esclavos [7].

A pesar de todo ello, la Iglesia continuó durante cierto tiempo al cargo de preparar certificados de compraventa y límite de esclavos y, dentro de la propia Iglesia, se utilizaba mano de obra en condiciones similares a la esclavitud, siendo incluso vendidos en caso necesario. Hubo también algún misionero relacionado directamente con el comercio de esclavos en colaboración con los portugueses. Este hecho provocó un grave incidente con el gobernador de Nagasaki; pero como es de suponer, nunca llegó a desaparecer totalmente el comercio de esclavos. Al contrario, después de la invasión de Corea hecha por Toyotomi Hideyoshi, se llevaron a Japón muchos esclavos coreanos, tal vez como alternativa a los esclavos japoneses, y también en este caso fueron objeto de comercio por parte de los portugueses [8].

[7] «De Sande Tensho Ken-o Shisetsu-ki», *Shin Ikoku Sosho,* vol. 5, Tokio, 1969, pp. 232-235, (De Missione Legatorvm Iaponensivm ..., Macaensi, 1590).

[8] Yanaguida Toshio, «Krishitan Kyokai naino Hi-kaiin Nihonjin», I, II, *Shigaku* 48-4, 49-1, Tokio, 1978.

«Bunroku Keicho no Eki to Kirishitan Senkyoshi», *Shigaku,* 52-1, Tokio, 1982.

El Nuevo Continente y los esclavos japoneses

Existe la posibilidad de que, aparte de los portugueses, también los españoles practicaran el tráfico de esclavos vía Manila, trasladándolos de allí al Nuevo Continente. Aunque apenas hay datos históricos, ciertas referencias parecen demostrar la existencia de esclavos japoneses, tanto en Perú, como en el México virreinal. En el informe realizado por un agustino, documento de la biblioteca de la Real Academia de la Historia, Madrid, hay un dato sobre dos japoneses nacidos en Nagasaki, llamados Martín y Juan que trabajaban en México en el hospital Real de Acapulco, en 1597.

En un censo realizado en Perú en 1613, consta la presencia allí de un total de veinte japoneses (nueve varones y once mujeres) y es de suponer que algunos hubieran nacido en Japón, pero se desconoce la forma en que se trasladaron desde su país al Nuevo Continente [9].

Ya se ha apuntado que los portugueses llevaban consigo a japoneses, en calidad de servidores o semiesclavos, siendo enviados éstos a Macao, Goa y Malaca, así como a las Indias Orientales. También los llevaban a Portugal e incluso a Brasil. En el mencionado *Tensho Ken'o Shisetsu Ki*, se dice: «muchos hombres, mujeres y niños de nuestra raza se han vendido tan barato a tan variados países del mundo y están ahora en una situación miserable». Parece ser que, en el archivo de la provincia de Córdoba, en Argentina, se conserva un contrato de compraventa de esclavos japoneses perteneciente al año 1596. No se sabe con exactitud la forma en que estos esclavos japoneses llegaron a América, pero posiblemente su número fuera superior al que ahora imaginamos [10].

Las misiones diplomáticas y los japoneses

Aparte de los esclavos, había gente que se dirigía al Nuevo Continente en misiones o actividades diversas. El 1 de octubre de 1609, el

[9] José Antonio del Busto, *La primera imagen del Japón en el Perú Virreinal y los primeros japoneses que vinieron a Lima*, Lima, 1984.

[10] Yanaguida Toshio, «Umi o Watatta Nihon-jin Dorei», *Shukan Asahi Hyakka, Sekai no Rekishi*, vol. 69, Tokio, 1990.

barco *San Francisco* encalló y se hundió cerca de Kishiwada, llevando a bordo a don Rodrigo de Vivero, exgobernador de Filipinas y se les proporcionó un barco japonés para que pudieran continuar su trayecto a México. Este barco, el *San Buenaventura*, fue construido por William Adams, consejero privado de Tokugawa Ieyasu, y salió del puerto de Uraga con destino a México el 1 de agosto de 1610. A bordo viajaban más de veinte comerciantes japoneses, entre ellos Tanaka Katsusuke de Kyoto. Para corresponder al generoso gesto del Shogun Ieyasu, partió de la ciudad de México una misión dirigida por Sebastián Vizcayno, la cual tenía también otro objetivo: la exploración de las islas fabulosas de oro y plata que se creía se hallaban en la costa de Japón. La misión zarpó el 7 de marzo de 1611 y el ya citado Tanaka regresó a Japón acompañando al grupo y visitó a Ieyasu en Sunpu, ciudad residencial de Ieyasu, para informarle sobre la situación mexicana.

El 28 de octubre de 1613, el grupo de Hasekura Tsunenaga embarcaba en Tsukinoura, partiendo hacia Roma en representación de Date Masamune, señor feudal de la región norte de Japón. Iban a bordo muchos japoneses, vasallos de Date Masamune, así como un alto comisario naval del gobierno central del shogunato, Mukai Shogen, junto con su séquito. Aunque se desconoce el número exacto de japoneses que embarcaron, el Consejo de Indias informó al rey que: «Han venido más de 150 japoneses sin causa justificada». Llegaron al puerto de Acapulco el 28 de enero de 1614 y el virrey de México se sorprendió de que llegaran cargados de mercancías. Así, cuando llegó a sus oídos el rumor de conflictos entre ellos y la población local, se decidió a confiscarles las armas y guardarlas hasta su regreso. En cuanto a las mercancías, hizo preparar una relación detallada de las mismas y decidió autorizar su venta en Acapulco.

Hasekura Tsunenega pretendía que el barco regresase a Japón mientras él emprendía su viaje por Europa; pero a los japoneses les era imposible realizar la travesía sin la presencia de los españoles. Y, por otro lado, las autoridades españolas recelaban de los japoneses y querían impedir que éstos aprendieran las técnicas de navegación. Por este motivo se dejó el barco japonés anclado en Acapulco hasta recibir nuevas órdenes del rey. Mientras tanto, muchos japoneses visitaron la ciudad de México, bautizándose allí veinte de ellos.

Los comerciantes japoneses que se quedaron en México iniciaron su actividad comercial. El 22 de diciembre, Felipe III dio orden de re-

greso del barco a su país recomendando se vigilara que los japoneses no tuvieran acceso a los conocimientos de náutica. Los tripulantes españoles tenían orden de regresar inmediatamente a México vía Filipinas. Así, el 28 de abril de 1616 el barco salía de Acapulco, y a los japoneses se les prohibía el regreso a México con fines comerciales. Sin embargo, después de arribar el barco a Uraga, el 16 de agosto, volvió a partir hacia México el 30 de septiembre del mismo año llegando a California el 23 de febrero de 1617. Yoshizawa Shogen y los demás comerciantes llevaron sus mercancías ante el propio virrey. En agosto de 1618, el barco que llevaba a bordo a Hasekura Tsunenaga anclaba frente a Manila para llegar finalmente a Japón dos años después, en 1620.

Marineros japoneses

Aparte de los casos expuestos, parece que algunos jóvenes japoneses salían al extranjero para probar fortuna. Entre ellos estaban los *Wako* o piratas japoneses, que se dedicaban a la piratería y al comercio en Asia Oriental. Cabe citar también a Anjiro, huido de Japón y que llegó a ser miembro de la comitiva de Francisco Javier; al parecer no eran pocos los que salían al extranjero. Había quien se enrolaba de marinero en barcos españoles o portugueses. Ya se ha mencionado también que los españoles, con base en las islas Filipinas, consideraban desde hacía tiempo la posibilidad de utilizar a los japoneses como soldados a pesar de que recelaban de su empuje militar. Esta idea estaba relacionada con el proyecto de conquista de China. Al parecer, hubo pocos japoneses tripulantes de barcos españoles o portugueses pero se sabe de dos japoneses, Cristóbal y Cosme, que trabajaron en el barco español *Santa Ana*, y otros tripulantes japoneses que se hallaban a bordo del *San Felipe*, en 1596, y del *San Francisco*, en 1609, cuando dichos barcos arribaron a las costas de Japón [11].

[11] Yanaguida, *ibidem*.

Comerciantes japoneses y colonias japonesas

Al reunir en su persona todos los poderes, Tokugawa emitió un decreto para controlar las actividades de comercio, obligando a todos los barcos comerciales a ir provistos de un *Shuin-jo* (documento oficial o salvoconducto), con el sello rojo del Shogunato. Esta disposición se produce justo cuando mayores eran las aspiraciones de los comerciantes, que buscaban una salida comercial al extranjero. Por otra parte, los *Samurai* que se quedaban sin empleo, debido a la reorganización política del país, creaban conflictos continuamente y algunos incluso tuvieron que huir de Japón. Esto contribuyó a la formación de comunidades y *colonias* japonesas en varias zonas de Asia, con apariencia de verdaderos barrios japoneses, llamados *Nihon Machi*.

El shogunato mantenía su postura de controlar estrictamente las relaciones internacionales, así como de evitar la difusión de la fe cristiana y comenzó a limitar las actividades de los japoneses en el extranjero para, finalmente, decretar la ley de prohibición de salidas al extranjero para los súbditos japoneses en julio de 1635, así como su regreso al país, en caso de haber salido. El 22 de octubre, 287 japoneses mestizos de portugueses fueron desterrados y embarcados en el barco portugués que hacía la ruta de Nagasaki a Macao. Después de la rebelión de Shimabara (1637-1638), se decidió también el destierro de los hijos mestizos de los holandeses, y de los mestizos chinos, siendo todos ellos enviados a Batavia.

Después de este decreto, se prohibió, bajo pena de muerte, la salida al extranjero de los japoneses. De esta forma, se paralizó totalmente la presencia japonesa en los puntos habituales de emigración del Pacífico meridional, si bien las autoridades locales de Nagasaki consentían tácitamente los intercambios de cartas y artículos a través de los barcos holandeses. Esta escasa relación cesó por completo a principios del siglo XVIII [12].

En tales circunstancias, el barrio japonés de Manila, que en su mejor época llegó a contar unas 3.000 personas, fue decayendo poco a poco, aunque, según «Seiyo Kibun» de Arai Hakuseki, puede confir-

[12] Iwao Seiichi, *Zoku Nan'yo Nihon-machi no Kenkyu*, Tokio, 1987, pp. 5-13, 320-321.

marse la existencia del barrio japonés de Manila a principios del siglo XVIII, lo cual demuestra que estos barrios japoneses no desaparecieron totalmente, viéndose a veces incrementados por la llegada de algunos náufragos [13]. Muchos se integraron en la sociedad local, siendo dados por muertos en Japón. Este decreto extinguió casi por completo la relación y el intercambio entre Japón y el Nuevo Continente.

Conocimientos sobre América y actitud de Japón en la época del aislamiento nacional

Aislamiento del país

Las actuaciones y disposiciones del Shogunato Tokugawa iban destinadas a controlar severamente la diplomacia y el comercio exterior. A consecuencia de esta política se suspendieron las relaciones diplomáticas con España y Portugal y se prohibieron los viajes al extranjero de los ciudadanos japoneses, lo cual trajo consigo la práctica desaparición de todas las relaciones exteriores, excepto con Holanda, Corea, China (no oficialmente), Ryukyu, Okinawa y Ezo (Hokkaido en la actualidad). El sistema político basado en estas premisas se conoce con el nombre de *Sakoku*, es decir: país aislado. Curiosamente, el propio Shogunato Tokugawa no pretendía este aislamiento, sino que su objetivo era que la hegemonía japonesa formase un pequeño universo, con el poder del Shogun en el centro del mismo.

A pesar de su aislamiento, los japoneses sentían una gran curiosidad por la situación mundial y trataban de mantenerse informados de las actividades internacionales, aunque fuese de forma parcial e incompleta, como lo demuestra la traducción al japonés de dos informes, uno del director de la factoría holandesa en Nagasaki (*Oranda Fusetsu Gaki*) y otro redactado a partir de informes obtenidos de navegantes chinos, (*Tosen Fusetsu Gaki)* [14]. Con frecuencia, durante las reuniones con el director de la factoría holandesa, en sus visitas periódicas a Edo para sa-

[13] Arai Hakuseki, «Seiyo Kibun», *Nihon Shiso Taikei*, vol. 35, Tokio, 1975, pp. 10, 26 y 58.

[14] Nichi-ran Gakkai, *Oranda Fusetsu Gaki Shusei.*

ludar al Shogun, los intelectuales japoneses le abrumaban a preguntas tratando de satisfacer su enorme curiosidad. Los intelectuales japoneses también tenían acceso a amplios conocimientos europeos por medio de los libros traducidos del chino.

Con el tiempo, esta política se volvió rígida como si el objetivo original fuese cortar totalmente las relaciones internacionales de Japón, excepto con los países mencionados anteriormente. El pueblo llano no tenía apenas información sobre la situación internacional, hallándose de hecho en una situación de auténtico aislamiento. Los viajes al extranjero estaban estrictamente prohibidos y tampoco estaba permitido el regreso al país, en caso de haber salido al extranjero fuere cual fuere la causa.

Zoho Kai Tsusho Ko

El primer libro que habló de América en esta época del aislamiento fue *Zoho Kai Tsusho Ko,* publicado en 1708 por Nishikawa Joken, que era un docto ciudadano de Nagasaki. En este libro aparecía un mapa del mundo y, aunque se trataba de un mapa muy elemental, tanto el sur como el norte del Continente Americano aparecían dibujados con bastante corrección, figurando los nombres de California y México en América del Norte; Perú, Brasil (país de caníbales), Patagonia (país de gigantes) y Río de la Plata, en América del Sur, y la isla Española, isla de Cuba e isla de Diablos en el mar Caribe. En el texto, aunque se adivinan muchas partes en las cuales el autor ha hecho uso de su imaginación, hay otras bastante acertadas, como cuando habla de Perú:

> un país que nunca llueve... hay un aceite llamado bálsamo ... no hay letras y utilizan nudos de cuerda para anotar cosas... no tienen hierro en el país.

lo que demuestra que el autor tenía un conocimiento bastante exacto del mismo. En cuanto a Brasil,

> El norte de este país es muy caluroso y el sur tiene cuatro estaciones:... No hay arroz ni trigo, comen una pasta hecha de la harina

> lavada de la raíz de una hierba... Produce azúcar blanco y en el sur del país hay el río La Plata que de vez en cuando se inunda y la tierra se desborda.

En cuanto a México:

> Hay muchísimas vacas, caballos, cerdos y corderos. Hay muchas familias ricas dedicándose al negocio de vaquería. Hay casas que tienen cincuenta o sesenta mil vacas y corderos (recuérdese que después los náufragos del barco japonés, *Eiju Maru* se dedicarían a la ganadería). Antiguamente los indígenas de este país eran caníbales y adoraban un dios hereje, pero esto ha desaparecido en la época moderna [15].

Contiene también descripciones extrañas sobre lugares inexistentes como, por ejemplo, sobre el país de los gigantes y la isla de los diablos, etcétera.

Todos estos conocimientos se formaron combinando de manera aleatoria las informaciones que se recibían de España y Portugal en la época en que Japón aún mantenía sus relaciones con el extranjero, así como las que trajeron los holandeses a partir del aislamiento del país y las que llegaban de Europa a través de China.

Conocimientos geográficos de Arai Hakuseki

En agosto de 1708 llegó a la isla de Yakushima, Giovanni Battista Sidotti, misionero italiano que viajó como polizón desde Manila con la intención de predicar la religión católica. Nada más llegar, fue detenido y enviado a Edo para ser interrogado por Arai Hakuseki, intelectual encargado de la reforma política del shogunato, llamada *Shotoku no Chi*. El motivo del interrogatorio era, principalmente, adquirir información sobre asuntos relacionados con la religión cristiana, que estaba severamente prohibida en Japón. Pero Arai Hakuseki quiso aprovechar esta ocasión para informarse sobre otra gran variedad de temas y adquirir conocimientos sobre el extranjero. Oficialmente, el interrogatorio era una orden del Shogun, pero también para él resultaba muy

[15] Nishikawa Joken, *Zoho Kai Tsusho Ko*, tomo 5, Kioto, 1708, ff. 1v-2, 19v-27v.

interesante desde el punto de vista intelectual y personal. Arai Hakuseki publicó los informes obtenidos en dos libros: *Sairan Igen*, en 1713, y *Seiyo Kibun*, en 1715.

La descripción que se hace de América en estos libros es más corta que en *Zoho Kai Tsusho Ko*, y no presenta muchas diferencias en su contenido. Al igual que *Sairan Igen*, escrito como libro geográfico, asigna el volumen 4, a América del Sur, y el volumen 5, a América del Norte, y transcribe de forma bastante correcta los nombres de los países. Asimismo, cita como países de América del Sur a Brasil, Patagonia, Chile, Perú, Nicaragua, Honduras, Yukatán y Guatemala, etc. [16], mientras que sitúa en América del Norte a Nueva España, Nueva Granada, Nueva Francia, Cuba, Española, California, etc. [17].

Como se ve, a principios del siglo XVIII se tenía ya en Japón un cierto conocimiento del Continente Americano. Sin embargo, estos conocimientos se limitaban a un reducido grupo de intelectuales y a la clase gobernante, y naturalmente, no eran de dominio público.

Yamamura Shoei

En 1803, Yamamura Shoei publicó *Teisei Zoyaku Sairan Igen*, con la intención de servir de ampliación y complemento al *Sairan Igen* de Arai Hakuseki. Se trata de una gran obra compuesta de 12 tomos, cuyos datos proceden en su inmensa mayoría de traducciones chinas de libros geográficos holandeses, alemanes y franceses. De ahí el nombre no sólo de *Teisei* (corregida), sino también de *Zoyaku* (traducida y aumentada). Está escrito de una forma sistemática, de modo que en primer lugar cita el texto de *Sairan Igen* y va añadiendo caso por caso la corrección o ampliación de datos correspondiente. En realidad, hay muchísimos datos añadidos y casi puede considerarse como una producción literaria aparte. El mapa del primer tomo es totalmente correcto y muy detallado. Hay varias explicaciones históricas y geográficas y modernas tanto sobre América del Sur como América del Norte en los tomos 11 y 12, respectivamente. En ellos se explica, con datos extraí-

[16] *Sairan Igen*, vol. 4, *Nihon Kyoiku Shiso Taikei*, vol. 10, Tokio, 1979, pp. 109-111.
[17] Ibid., vol. 5, pp. 112-114.

dos de diversas fuentes, todo lo relativo a Brasil, Patagonia (tierra de fuego), Chile, Perú, Tierra Firme, Santa Fe de Bogotá, Panamá, Porto Bello, Nicaragua, Honduras, Yucatán, Guatemala, Amazonas, Paraguay, etcétera. [18].

Informaciones y experiencias de los náufragos japoneses

Aproximación de los extranjeros al Japón

Los intentos de acercamiento a Japón por parte de los buques balleneros americanos y los barcos comerciales y militares rusos, ingleses y americanos, se habían iniciado ya hacia finales del siglo XVIII. El shogunato tuvo noticia de la independencia de los Estados Unidos de América a través de la información de la Factoría Holandesa de Nagasaki [19]. En otras ocasiones, barcos americanos, ingleses y rusos intentaron entrar en Japón con la excusa de desembarcar náufragos japoneses que habían recogido, pretendiendo al tiempo que se les concediera derecho de comercio con Japón. Por otra parte, les interesaba asegurarse bases para el suministro de combustible y de provisiones. En respuesta a estas pretensiones, el shogunato dictó leyes expulsando a los barcos extranjeros y, en 1825, prohibiendo la entrada de los mismos. Así, el barco mercante americano *Morrison* que llegó a Japón con náufragos japoneses a bordo, con la intención de iniciar el comercio con Japón, tuvo que partir sin lograr su objetivo, siendo cañoneado. El shogunato lo consideró un barco inglés y no lo reconoció como barco americano. Sin embargo, al tener noticias a través de la Factoría Holandesa en Nagasaki de la guerra del Opio que se estaba librando en China, el shogunato comprendió que era ya imposible mantener por la fuerza la política de aislamiento y empezó a darse cuenta de lo comprometido de su situación. En 1842 renunció a impedir por la fuerza la entrada de barcos extranjeros, aceptando que éstos pudiesen desembarcar a los náufragos japoneses y les autorizó a cargar combustible, agua y provisiones.

[18] *Teisei Ziyaku Sairan Igen*, tomo 11 y 12, *Rangaku Shiryo Sosho*, vol. 2, Tokio, 1979, pp. 1.089-1.238.
[19] Kanai Madoka, *Taigai Kosho Shi no Kenkyu*, Yokohama, 1988, pp. 8-9.

Noticias de los náufragos

Se supone que antes de los requerimientos hechos por los americanos ante el shogunato, hubo japoneses que llegaron a la deriva hasta el Continente Americano, o bien que fueron salvados de algún naufragio por barcos extranjeros que los transportaron a través del Pacífico hasta el Continente Americano. Por no tener medios de regresar a Japón ni de establecer comunicación con su país, no han quedado datos históricos sobre dichos hechos. (Cuando el padre Sidotti fue detenido llevaba dinero japonés y confesó que lo había obtenido en Manila de un japonés que había llegado a la deriva tres años antes)[20]. Así, había gente que, tras salir de Japón y naufragar en el camino, no podían regresar por falta de medios materiales y por la estricta ley impuesta por el shogunato, ya que si hubiesen regresado habrían sido condenados a muerte. Por este motivo, muchas personas permanecieron en el lugar adonde llegaron y nunca se recibió en Japón información alguna al respecto. Algunos ejemplos de sus experiencias de estancia en América son las siguientes:

> En 1794, pescadores salidos del puerto de Ishinomaki llegaron a la deriva a las islas Andreanof, permanecieron en Irkutsk durante ocho años y regresaron a Nagasaki con la misión Rezanov vía San Petesburgo, Islas Canarias y Brasil.
>
> En 1813, Jukuchi y sus compañeros, del mercante *Tokujo Maru* después de naufragar cerca de la isla de Miyake, fueron salvados por un barco inglés desembarcando en Santa Bárbara (California), siendo devueltos en un barco ruso, vía Kamchatka.
>
> En 1832, el barco de escolta naval *Hojun Maru*, salido del puerto Toba, después de 14 meses de navegar a la deriva, llegó a la costa oeste de Canadá (puede que fuera la costa de los Estados Unidos) y los tres supervivientes, Otokichi y dos más, fueron recogidos por un buque de la Compañía Inglesa del Golfo de Hudson, la cual deseaba establecer lazos de comercio con Japón.
>
> En 1841, después de haber naufragado frente a la isla de Torishima y haber sido recogido por un buque ballenero americano, Manjiro de Tosa regresó al país después de diez años de estancia en América.

[20] Arai Hakuseki, «Seiyo Kibun», *Nihon Shiso Taikei*, vol. 35, Tokio, 1975, páginas 58-59.

Posteriormente, trabajó como intérprete en las relaciones diplomáticas entre Japón y América.

En 1841, el barco *Eiju Maru*, de Hyogo, quedó a la deriva a la altura del cabo Inubosaki. Sus tripulantes fueron salvados por un barco español que hacía la ruta del Pacífico y llevados hasta México, donde se emplearon en la agricultura para, con el dinero ganado y regalado por sus patrones, regresar posteriormente a Japón pagando el viaje desde México a Japón, vía Manila y Macao.

En 1850, los tripulantes del mercante *Eiriki Maru*, de Osaka, fueron recogidos, regresando a Japón después vía California, Hawai y Hong Kong. Uno de ellos, Hikozo, volvió dos veces más a América, obtuvo la nacionalidad americana y proporcionó abundante información en japonés sobre el Nuevo Continente.

Asimismo, cuando el grupo de la misión enviado por el shogunato llegó a Nueva York en mayo de 1867, se llevó de regreso a un náufrago japonés de Kagoshima que estaba por aquel entonces en Estados Unidos [21].

Estas y otras referencias, permiten comprobar la existencia de japoneses en el Continente Americano en la era del *Sakoku*. Como se ha mencionado anteriormente, es lógico que hubiera casos de japoneses que llegaran a la deriva a América. Pero no hay medio de confirmar los datos. En todo caso, dicha circunstancia puede no haber ejercido mucha influencia en las relaciones entre América y Japón, ya que en el Continente Americano no queda rastro alguno de ellos.

Noticias de Brasil

Unos pescadores que salieron del puerto de Ishinomaki en 27 de noviembre de 1793, llegaron en arribada forzosa a las islas Andreanof en junio de 1794. Quince de dichos pescadores, divididos en tres grupos, fueron enviados a Irkutsk y después de permanecer allí durante ocho años partieron para San Petersburgo en marzo de 1803. En junio, cuatro japoneses, Tsudaiyu (61 años), Gihei (43), Sahei (42), y Tajuro (34), salieron de Kron-stadt para Nagasaki, acompañando a la misión

[21] Fukuzawa Yukichi, Keio 3-nen Nikki, Fukuzawa Yukichi Zenshu, vol. 19, p. 152.

de Nikolai Petrovich Rezanov, enviada al objeto de establecer relaciones diplomáticas y comerciales con Japón, y regresaron a Japón vía Islas Canarias y Brasil. Los japoneses que tenían conocimientos del idioma holandés anotaron sus experiencias y las relataron en el *Kankai Ibun*. La imagen de Brasil que se describe en este libro es la primera experiencia japonesa directa en ese país.

Según *Kankai Ibun*, el grupo de japoneses entró en el puerto de Santa Catarina de Brasil sobre el día 29 de noviembre de 1803 y permaneció allí unos setenta días reparando el mástil, partiendo sobre el día 8 de febrero de 1804. Mientras duró la estancia, Tajuro y Tsudaiyu desembarcaron y se dedicaron a observar los alrededores. Citamos aquí su propia impresión literal:

> Esto parece ser un puerto grande de América del Sur. La ciudad se llama Ecaterina. Dicen que es una colonia portuguesa. Aunque el puerto es grande, el mar junto a la costa es poco profundo. Por lo tanto no pueden entrar los barcos grandes. En el puerto se hallaban dos barcos ingleses y otros dos extranjeros anclados. Alrededor de la costa están colocados los cañones. Los barcos de los indígenas son alargados como hoja de bambú. El fondo es un tronco cortado en dos y con unas tablas clavadas. La longitud es menos que un barco *Choki* de Edo [22]... Por aquí hace un calor intenso durante todo el año y dicen que no hay invierno... Los indígenas son de piel morena, pero no tanto como los negros que vimos en San Petersburgo. Tanto mujeres como hombres van descalzos y desnudos y llevan puestos unos pantalones cortos. Se parecen a los que vimos en las Islas Canarias. Pero tienen el pelo rizado y los ojos negros. Las mujeres son también morenas. Llevan puesta una tela estampada como envolviéndoles la espalda y se ponen un tejido de algodón o cáñamo con la falda desplegada en la cadera como el de las rusas. Tanto mujeres como hombres no llevan tatuaje. Los niños también son morenos y desnudos completamente. Tanto mujeres como hombres tienen los dientes negros... Este país produce bastante arroz, pero lo producen para exportar y está prohibido comerlo en el país. Comen harina de maíz mezclándola con agua caliente y haciendo como una pasta...

[22] Barco pequeño, ligero y rápido que se utilizaba en los ríos y canales de Tokio en el periodo del shogunato. Unos diez metros de longitud y un metro y medio de ancho.

Luego enumeran los productos comprados en Brasil, dando datos sobre el coco y el plátano y hablan de lo que han visto: algodón, sándalo rojo, peces, animales domésticos, pajaritos, gatos, perros, monos de rabo largo y cocodrilos, etc. Después de salir del puerto de Santa Catarina el barco bajó al sur, atravesó el estrecho de Magallanes y entró en el Pacífico [23].

Los náufragos japoneses en México

A continuación describiremos con algo más de detalle las experiencias relatadas por los náufragos japoneses en México.

El *Eiju Maru,* de Osaka, que quedó a la deriva debido al fuerte viento a la altura del Cabo Inubosaki en el otoño de 1841, fue salvado por el barco español *Ensayo,* que navegaba de Manila a Mazatlán en febrero de 1842. Los tripulantes salvados fueron trece y, menos el piloto Zensuke, los otros tenían que dedicarse a las faenas más duras en el barco español. Sobre el 20 de marzo, siete hombres fueron abandonados en el cabo de San Lucas de México, mientras los seis restantes seguían dedicándose a las faenas del barco. Shintaro y Manzo fueron desembarcados en San José. Los siete hombres fueron enviados a San Vicente sobre el 23 de marzo y después fueron a San José. Aquí se reunieron los nueve compañeros y empezaron a trabajar. Uno, llamado Yaichi, se empleó en casa de un tal Cayetano, dedicándose a recoger las hojas de tabaco, a la agricultura y a buscar leña por el monte. Le pusieron por nombre Domingo y, poco a poco, fue aprendiendo el idioma y empezó a tener relaciones con los vecinos. Mientras, llegó una carta de Zensuke desde La Paz, diciendo que le daban buen trato, pero que estaba inquieto por no tener medio de regresar a su país. Por otra parte, Inosuke, Gisaburo y Sousuke se dedicaron a la ganadería. Mientras tanto Zensuke expiloto del barco, marchó a La Paz acompañado del comandante Francisco y éste le recomendó que aprendiera el español. Algo después, Francisco quiso adoptarlo como yerno. A mediados de octubre, sin poder abandonar la idea de regresar a Japón,

[23] Sugimoto Tsutomu, «Kankai Ibun», *Honbun to Kenkyu,* Tokio, 1896, páginas 345-353.

pidió permiso al comandante y se dirigió a Mazatlán con Hatsutaro. Mientras estaba en Mazatlán, llegaron unas cartas de sus cuatro compañeros despidiéndose porque partían. También les invitaban a unirse con ellos en Macao, recomendándoles que tomaran el barco a la primavera siguiente. Así que embarcaron finalmente en el buque de una casa comercial de Boston, con destino a Macao. Ni el piloto ni los tripulantes de este barco entendían el español, salvo un par de ellos. Un francés llamado Juan sabía hablar español pero no lo leía, mientras que Zensuke podía leerlo, pero no entendía el significado. Zensuke leía un libro español traído de La Paz y Juan le traducía el significado. Durante la travesía, a pesar de que habían pagado el pasaje, les hacían trabajar igual que a los marineros y estaban muy enfadados. (Tras su regreso a Japón, comentaron que América era un país humanitario, pero como era tan grande había también gente mala, como las autoridades del barco). Llegaron a Macao a finales de febrero del año siguiente.

A mediados de enero de 1843, Yaichi obtuvo permiso de Cayetano para ir a Mazatlán a fin de volver a su país y, junto con Shichitaro, Manzo y Takichi, partieron hacia Mazatlán, adonde llegaron a finales de enero. Mientras tanto, a mediados de febrero, los tres restantes vinieron a Mazatlán y se alojaron provisionalmente en la casa de un gran comerciante de Manila llamado Benito Machado, uniéndose así a los cuatro que habían llegado anteriormente. Por otra parte, otro japonés llamado Sanpei vino a Mazatlán y entró a trabajar en la casa de Benito. Pero como los ocho japoneses trabajaban satisfactoriamente a ellos les pareció que Benito no tenía ninguna intención de devolverlos a su país, por lo que cinco de los japoneses decidieron marcharse, mientras los otros tres se quedaron.

Los que habían salido de la casa de Benito dieron vueltas por la ciudad y consiguieron trabajo en la tejería, el matadero y la tienda de tejidos gracias a la ayuda de un empleado de la casa de Benito. Pero no duraron mucho tiempo en estos trabajos. Luego, un japonés quedó en la tejería, trabajando en la cocina con un sueldo de seis pesos al mes; se lo retenía el patrón para pagar el flete a Macao.

A mediados de marzo de 1844, Yaichi embarcó con destino a Macao, recibiendo cuarenta y cinco pesos que tenía ahorrados en total, amén de otros regalos por su despedida. Yaichi llegó a Macao en junio y, después de pasar por Hong Kong, llegó a Nagasaki el 13 de julio.

Sobre el mes de abril, otros tres japoneses embarcaron hacia Manila, teniendo como destino final Macao. Una vez en esta ciudad, dos de ellos embarcaron en un barco chino hacia Japón en junio de 1845, llegando a Nagasaki en noviembre.

Otro decidió quedarse en Macao. Así, cinco de los trece japoneses que habían vivido en México regresaron a Japón y relataron su múltiples experiencias en América [24].

Finalmente, es preciso apuntar que a lo largo de más de cien años, la política de aislamiento del país establecida por el shogunato se convirtió en una regla cada vez más rígida y restrictiva, llegando a generar en el seno de la población una actitud de menosprecio hacia los extranjeros, unida a un cierto complejo de superioridad. Esta actitud experimentó un cambio gradual a través de las experiencias directas y de los contactos esporádicos con el extranjero, a pesar de la dificultad con que las noticias e información llegaban al pueblo japonés.

Misión diplomática del shogunato en América

Delegación japonesa en Estados Unidos

Tras la apertura de Japón, entre 1854 y 1858 se firman los tratados de Amistad y Comercio con Estados Unidos y otras potencias europeas. La primera misión diplomática oficial del shogunato a América estaba encabezada por Shinmi Masaoki y Muragaki Norimasa al frente de un grupo de 75 funcionarios que viajaron a bordo del barco americano *Powhatan*, más otras 96 personas que viajaron en el *Kanrin Maru* [25]. El objetivo principal de ese viaje era intercambiar los intrumentos de ratificación del Tratado de Amistad y Comercio firmado entre Japón y Estados Unidos en 1858, pero su experiencia directa en el Nuevo Continente, así como los informes que escribieron los miem-

[24] Kaigai Ibun, *Edo*, 1854, 5 vols. Toko Kibun, *Nihon Shomin Seikatsu Shiryo Syusei*, vol. 5, Tokio, 1968, pp. 305-440, Hatsutaro Hyoryu Ki, *Kinsei Hyoryu Ki Shu*, Tokio, 1969, pp. 207-215, Sano Yoshikazu, *Shinsekai e*, Tokio, 1989.

[25] El shogunato de Edo envió seis misiones al extranjero y ésta era la única que se dirigió a América: Numata Jiro, «Bakumatsu no Kengai Shisetsu ni tsuite», *Nihon Shiso Taikei*, vol. 66, Tokio, 1974, pp. 599-620.

bros de la misión iban a ejercer una gran influencia en las relaciones posteriores entre ambos países.

Al principio, muchos de ellos adoptaron una actitud crítica ante la cultura y las costumbres occidentales, con una visión excesivamente simplista y etnocéntrica; sin embargo, pocos de ellos seguían conservando esa actitud negativa a su regreso. Paulatinamente fueron tomando nota de que los americanos no eran bárbaros ni se trataba de gente que sólo buscaba beneficio; había muchos que eran cariñosos y humanitarios. También describían minuciosamente cuáles eran las cosas que, a su juicio, los japoneses deberían aprender. El contacto directo con la vida americana produjo en ellos el nacimiento de una postura autocrítica acerca de la cultura japonesa [26]. Así, antes de la Restauración Meiji, los japoneses se hallaban ya mentalmente preparados para adoptar una actitud más abierta hacia el mundo [27]. Estas experiencias de los japoneses se mezclan con el entusiasmo, el interés y también cierto temor ante lo desconocido. El relato de estas experiencias ejerció una influencia considerable, tanto positiva como negativa, en la formación de la imagen que de América tendrían después los japoneses. Fukuzawa Yukichi, que iba a ser el fundador de la Universidad de Keio y líder de la ideología moderna japonesa, formaba parte de esta misión.

A pesar de escribir sus informes basándose no en experiencias de la vida cotidiana, sino en las circunstancias que rodearon su viaje, se pueden advertir esfuerzos para encontrar la trayectoria adecuada que Japón debería seguir en el futuro de sus relaciones con América. Incluso el segundo jefe de la misión, el señor Muragaki, que no albergaba personalmente casi ninguna esperanza o simpatía hacia América, muestra a través de sus anotaciones que tenía un objetivo muy definido respecto a cómo servir mejor a su país. Por el contrario, los informes de los náufragos carecen de tal objetivo y no se escribieron pensando en el futuro del país, por lo cual abundan las descripciones corrientes y el relato de observaciones de la vida cotidiana, pero dentro de una expe-

[26] La formación de ideas a través de las misiones de estudio japonesas y de la opinión de los estudiantes enviados, están consignadas en Matsuzawa Hiroaki, Samazama na Seiyo Kenbun, Nihon Shiso Taike, vol. 66, pp. 621-679, donde se hace un resumen muy conciso y sugestivo.

[27] Kanai Madoka, *Taigai Kosho Shi no Kenkyu*, p. 73.

riencia propia; por ello, tienen mucha validez sus impresiones acerca de la vida y costumbres de aquella sociedad con la que establecieron contacto. Las misiones gubernamentales nunca tendrían acceso, por el carácter de su viaje, a opinar sobre las relaciones humanas y los vínculos establecidos con los naturales de los países visitados. De tal forma, gracias a estos dos tipos tan diferentes de información, se iba formando la imagen que los japoneses tenían del Nuevo Continente.

La misión diplomática, después de pasar por el puerto de Hawai, hizo su entrada en el puerto de San Francisco permaneciendo allí unos días. Luego salieron hacia la costa atlántica por ferrocarril, en dirección a Washington. Después del intercambio de los instrumentos de ratificación del tratado, la misión atravesó el Atlántico, y tras hacer escala en Luanda, Batavia y Hong Kong, regresaron a Japón por el sur. Por su parte, el *Kanrin Maru* llegó directamente a San Francisco y tras efectuar una reparación, regresó a Japón, haciendo escala en Hawai. Conviene resaltar que muchos samurais japoneses tuvieron oportunidad de conocer no solamente Estados Unidos, sino también Hawai, lugar de destino futuro de muchos emigrantes japoneses; también conocieron Panamá y observaron cómo en aquel tiempo, Cuba experimentaba un empeoramiento de sus relaciones con Estados Unidos; finalmente llegaron hasta África.

De este viaje se deriva la clasificación que más tarde harían los japoneses de los norteamericanos en cuatro tipos: 1) blancos, 2) negros traídos de África, 3) indios nativos, 4) orientales (chinos).

Los blancos

En cuanto a la primera clasificación, a pesar de las ideas xenofóbicas extendidas por el país, no se ven muchas descripciones en las que se les considere bárbaros. Más bien, la impresión común de todos los delegados era que la mayoría de los blancos estadounidenses eran amables y honrados. Todos ellos relataban con profusión, experiencias sobre las gratas acogidas y recibimientos de las que fueron objeto por parte de los estadounidenses. Por ejemplo, sobre la despedida de que les hicieron objeto los tripulantes del *Powhatan* quienes les habían trasladado en su misión, se escribe:

> Aunque son extranjeros, se conducen respecto a nosotros con gran amabilidad, atendiéndonos y conviviendo con nosotros en las dificultades durante esta larga y primera travesía desde nuestro país. Nos daba la sensación de estar siendo objeto de una despedida por parte de japoneses y no podíamos evitar permanecer largo rato mirando hacia atrás. Su aspecto es de extranjero pero su sinceridad no es distinta (de la nuestra)[28].

No obstante expresar estas opiniones positivas, no podían evitar dudar si su apreciación correspondía a la realidad. En la siguiente anotación puede observarse:

> los occidentales son amables hacia los extranjeros y los acogen bien, como si se tratara de su propia familia. Ante todo, América es un país nuevo y la gente parece ser muy apacible aunque es imposible saber verdaderamente lo que hay en el interior de su corazón.

Incluso los componentes de la misión japonesa, entendían que uno de los motivos de la buena acogida por parte americana era el aumento del prestigio internacional de su propio país. Por ejemplo,

> La razón por la cual los americanos alaban tanto a la misión japonesa, se debe al hecho de que los japoneses nunca habían viajado al extranjero anteriormente, haciéndolo a América antes que a ningún otro país europeo[29].

Lo notable es que no aparece casi ninguna mención de tratos discriminatorios hacia ellos: «Toda la gente de este país es muy generosa y honesta y nunca desprecia a los extranjeros. Trata sinceramente a los desconocidos»[30]. Como muestra de ello, todos los periódicos americanos de la época se dirigían a menudo a la población exhortándoles a que hicieran esfuerzos para no causar a los japoneses una impresión negativa[31]. Sería también correcto añadir que los japoneses carecían de conocimientos, tanto en lo que se refiere al idioma como en las rela-

[28] *Man'en Gan'nen Dai Ichi Kenbei Shisetsu Nikki*, Tokio, 1977, p. 74.
[29] *Man'en Gan'nen Kenbei Shisetsu Shiryo Shusei*, vol. 3, Tokio, 1960, pp. 343-344.
[30] *Ibidem*, p. 214.
[31] *Ibidem*, vol. 6.

ciones con extranjeros para poder darse cuenta de si eran o no tratados con discriminación [32].

Los negros

En cuanto a los negros traídos de África, aun dándose cuenta de que eran tratados con discriminación, los japoneses no muestran casi nada de compasión, más bien los consideraban igual que a los discriminados de Japón: «Tratan a los negros de forma discriminada, como sucede con la gente baja *Eta* de nuestro país». Describen desapasionadamente que los negros, a causa de su torpeza, eran utilizados como esclavos por los blancos. También manifestaban que los negros no disfrutaban del derecho de voto y no se les permitía casarse o relacionarse con los blancos. Además describían que:

> Los blancos tienen sabiduría. Los negros son torpes. Por eso, no dejan mezclarse ambas razas y... Los negros son inferiores, torpes y diferentes de los blancos, no hay ricos y sólo trabajan como esclavos de aquéllos. A los negros les está prohibida la entrada en hoteles, salones o centros de reunión social... (en Washington) hay varias razas como la europea, la africana, la india y otras. Se suele respetar más a los europeos y despreciar aún más a los indios [33].

¿Pensarían los japoneses al escribir esas líneas a qué raza pertenecían ellos mismos?

Vamos a citar dos episodios narrados por los japoneses. Morita Okataro, un miembro de la misión, cuando iba en el carruaje con Preston, el exministro plenipotenciario americano en España, señaló orgullosamente la bandera japonesa que adornaba una casa y después,

> señalando a una negra, dijo que era igual que el color negro del traje que llevaba puesto y se burló de ella diciendo que era la más fea.

[32] Sobre este punto, véase Masao Miyoshi, *As We Saw Them,* California, 1979, traducción japonesa: *Warera mishi mamani,* Tokio, 1984.

[33] Kobei Ki, pp. 95, 157, 190 y 230 *Man'en Gan'nen Kenbei Shisetsu Shiryo Shusei,* vol. 2, Tokio, 1961, p. 99, vol. 3, p. 215.

> Pareció que le gustaban los blancos y cuando veía una blanca, decía *very good*, señalándola [34].

Durante su estancia en Washington, los japoneses regalaban a los niños y al personal del hotel que se ocupaba de su servicio, abanicos, dibujos japoneses y juguetes, etc.

> Solían regalarlos sólo a los blancos por su aspecto bello; un día, una negra comentó llorando a un asistente nuestro que entendía un poco el inglés, que ella tenía color negro y fealdad por su naturaleza, la despreciaban por eso y nadie le hacía regalos y no le quedaba más remedio que lamentarse amargamente. Todos los blancos, hasta los niños, han tenido regalos, mientras que por ser fea y por mi aspecto, yo no tuve ni un regalo. Le dio tanta pena que le regaló un abanico y ella quedó extraordinariamente agradecida. Los blancos son bellos e inteligentes, mientras los negros son feos y torpes. Por lo tanto, me parece, los blancos siempre desprecian a los negros [35].

A los japoneses apenas les sirvió de lección nada de estos dos episodios, pues viendo la situación que soportaban los negros podrían haber imaginado cómo se les podía tratar a ellos en un futuro en el Continente Americano. Quizás era inevitable que no cayeran entonces en la cuenta, pues no podían ni imaginar que sus «descendientes» empezarían a vivir en esta tierra en menos de diez años.

Posteriormente volveremos a encontrar, en un tiempo y un espacio diferente, el mismo esquema señalado aquí en un principio; los japoneses serían discriminados por los blancos, y a su vez, ellos mismos iban a discriminar a los negros, a los nativos y a otros asiáticos, sobre todo en el centro y sur de América.

La belleza del «blanco»

Por otra parte, los japoneses se sentían atraídos por la belleza de los blancos, especialmente por las mujeres blancas. En Filadelfia, Ya-

[34] *Ibidem*, vol. 1, Tokio, 1961, p. 118.
[35] *Ibidem*, p. 156.

nagawa Kenzaburo, que tenía entonces entre veintitrés y veinticuatro años, hizo una descripción acerca de varios encuentros entre los japoneses y mujeres jóvenes blancas, anotando lo siguiente:

> Enfrente del hotel había mucha gente mirando. Había entre ellos tres mujeres jóvenes y bellas. Los japoneses salimos corriendo a la ventana para verlas y finalmente extendieron las manos, agitándolas en un saludo. Las mujeres les devolvieron a su vez el saludo.

Al cabo de un rato trajeron flores y las entregaron a los japoneses dándoles ellos sus tarjetas con sus nombres, algo que a los estadounidenses de la época les satisfacía mucho [36]. Por otra parte, Muragaki ya tenía cuarenta y siete años y, a pesar de que su favorita era una mujer oriental de pelo negro, durante la audiencia que mantuvo con los reyes de Hawai en seguida advirtió la presencia de unas mujeres europeas entre las jóvenes de piel morena y anotó lo siguiente: «tienen la figura esplendorosa y me parecieron flores entre el seto de escaramujos» [37]. Tamamura Sadaiyu dejó un informe aún más detallado acerca de la misión, y comenta lo siguiente al percibir la presencia de una blanca de ojos azules entre la muchedumbre hawaiana: «Parece ser de raza inglesa o americana, tiene los ojos azules y la cara blanca y muy bella» [38].

Como demuestra el ejemplo de Muragaki, la afición a los blancos era muy notable cuando se hallaban entre varias razas. Anotó lo siguiente cuando se dirigió a la costa atlántica cambiando al ferrocarril en Panamá,

> los rostros de todos los indígenas son morenos: llamados negros; son feos y similares a la raza india... También hay blancos, de Europa y de raza distinta a los indígenas. Tienen caras bellas [39].

[36] *Man'en Gan'nen Dai Ichi Kenbei Shisetsu Nikki*, p. 316.
[37] *Man'en Gan'nen Kenbei Shisetsu Shiryo Shusei*, vol. 2, pp. 358-359.
[38] Kobei Nichiroku, *Nihon Shiso Taikei*, vol. 66, Tokio, 1974, p. 38.
[39] *Man'en Gan'nen Kenbei Shisetsu Shiryou Shusei*, vol. 2, p. 94.

Los indígenas americanos

En cuanto a los indígenas americanos, con quien los japoneses iban a mantener relaciones en el futuro, tuvieron ocasión de conocerles personalmente en Panamá. La imagen de los indígenas descrita allí es:

> los primitivos (aborígenes) bárbaros... Con las distancias de cinco o diez *acho*[40] hay cabañas de aborígenes con el tejado hecho con las hojas de palmera y son similares a las de *Ezo*[41] de nuestro país. Los aborígenes son muy morenos y de estilo muy tosco[42]... Tanto hombres como mujeres tienen el color de la cara negra como laca, el pelo rizo y son feos. Las caras de los aborígenes todas son negras, son feos y hay similar al de los indios[43]... Hay casas en el camino, toda la gente es negra y tiene las facciones desagradables[44]... La gente tan negra como si estuviera pintada de tinta. El pelo moreno y rizo. Altos y la nariz gorda como la del león. Los labios gruesos. La gente pobre va descalza. Los soldados se parecen a los americanos... Los ricos de la ciudad todos son los ingleses y americanos y muchos indígenas trabajan como sirvientes de ellos... El color de la cara de los indígenas es negro morado. El pelo rizo. La nariz chafada. Los labios gruesos. Muchos con el pelo descubierto, van descalzos. La ropa es similar a la de las Islas Sandwich (Hawai)[45]... Muchos indígenas van desnudos[46].

Como se ha podido observar por los datos aportados, la manera de ver los japoneses a los indios de Panamá era completamente discriminatoria.

[40] Unidad japonesa antigua de longitud: 1 cho = 190 metros.

[41] Nativos en Hokkaido, parte norte de Japón, que se consideraban aborígenes y marginados.

[42] *Man'en Gan'nen Daiichi Kenbei Shisetsu Nikki*, p. 78.

[43] *Man'en Gan'nen Kenbei Shisetsu Shiryo Shusei*, vol. 1, p. 77.

[44] *Ibidem*, vol. 3, pp. 94, 177-178.

[45] Kobei Ki, pp. 110 y 113.

[46] Amano Yoshitaro, *Waga Toraware no Ki*, Tokio, 1983 (versión original: Tokio, 1943, pp. 94-101. Oshio Hisashi, *Tenkai Koro*, Tokio, 1984, pp. 308-311, Higashide Seiiochi, *Namida no Adiós*, Tokio, 1981, pp. 185-203.

Los asiáticos

Por último, veamos cómo veían los japoneses a los asiáticos, prácticamente casi todos chinos. Debido a los conflictos internos de China a finales de la dinastía Shin, llegaron a San Francisco una gran cantidad de chinos. En algunas ciudades americanas ya existía un barrio chino. Con motivo de la fiebre del oro aumentó el número de extranjeros que se trasladaban a San Francisco:

> Abundaban los chinos. Construían sus casas de la misma manera que en su país con madera, pero a causa de ello sufrían incendios frecuentes. Para evitarlos, la gente dejó de usar la madera y empezaron a imitar el estilo europeo haciendo las casas con ladrillos y abriendo ventanas con cristales[47]... Hay más de 18.000 casas. La población es de más de 100.000 y en ella hay más de 5.000 chinos que se han trasladado de China. Los hombres chinos abren comercios o son empleados y muchas chinas se dedican a la prostitución. El estilo de vida de los chinos es bastante vulgar y es lamentable el cambio que ha habido en el Gran Shin[48].

Muchas de las descripciones mencionan sólo datos de forma simplista, pero entre ellas, hay dos anotaciones que nos parecen de considerable interés en el sentido de que eran como una premonición sobre lo que después iba a ocurrir. Tamamushi Sadaiyu, ya citado anteriormente, anota sobre los chinos de San Francisco:

> Hay como 15.000 chinos, forman un barrio llamado *barrio chino*. Trabajan como asalariados, sirvientes, mineros o abren pequeños comercios. En una tienda china, llevada por un matrimonio, sirven té y pastas igual que en nuestro país. Generalmente los chinos son flacos y carecen de higiene, por eso los occidentales los desprecian mucho como a los negros de África[49].

Fukushima Yoshikoto, el segundo más joven del grupo, que tuvo buen trato con los americanos, menciona el desprecio de los americanos hacia los chinos:

[47] Kobei Ki, p. 94.
[48] *Man'en Gan'nen Kenbei Shisetsu Shiryo Shusei*, vol. 3, p. 92.
[49] Kobei Nichiroku, p. 58.

> El grado de desprecio de los occidentales a los chinos es excesivo, más que a los negros de África. La razón es que en la guerra del Opio, Inglaterra atacó a China, los soldados de *Shin* no pudieron defenderse y ésta se rindió al fin, prometió pagar la indemnización y el delegado inglés entró en Pekin para firmar el contrato prometido. Los soldados chinos escondidos en el camino, lo mataron y colocaron la cabeza expuesta al público. Después los ingleses enviaron de nuevo los soldados y los mataron. Además, los chinos empleados como sirvientes de los ingleses robaron el oro y la plata y atacaban y mataban repetidamente a los ingleses que iban por la ciudad. Por consiguiente, los europeos les llaman bárbaros, descorteses y nada humanos y los odian como a verdaderos enemigos. Por eso, hasta los comerciantes son despreciados.

A continuación, decía que si los japoneses tratasen a los europeos con esa postura despreciativa acabarían como los chinos, así que, teniendo en cuenta eso, tratasen de evitar que Japón acabase como China [50]. Se trata de una clara advertencia contra el movimiento chauvinista que tuvo influencia en cierto periodo determinado en Japón y, al mismo tiempo, era una declaración de independencia de la ideología china, evitando que Japón siguiese un camino similar al de China, que se hallaba excesivamente cerrada, aislada y etnocéntrica. Pero Japón seguía sin hallar una ideología nueva que sustituyera a la antigua, siendo incapaz de construir una verdadera y firme identidad japonesa, tal como requería un estado moderno y civilizado.

De cara al interior, podían aparentarlo por medio de la ideología del culto al Emperador, pero si se equiparaban con las potencias europeas actuales, esta ideología era insuficiente. Para poder hacerlo, Japón tenía que «liberarse de Asia»: *Datsu A*. Tendremos que ver más adelante el proceso de ascensión de una nueva ideología etnocéntrica como *Dai Toa Kyoei Ken* (la Gran Asia del Este que prospera conjuntamente) o *Hakko Ichiu* (unificación del mundo en la familia del Régimen Imperial).

Hasta entonces, parece que los japoneses no despreciaban tanto a los chinos. Esto se observaba en Hawai: algunos disfrutaban conversando por escrito en caracteres, en lugar de hacerlo en inglés que no entendían.

[50] *Man'en Gan'nen Kenbei Shisetsu Shiryo shusei*, vol. 3, p. 333.

> Hay muchos chinos en esta tierra que con simpatía invitaron a los japoneses que entraran y les gustaba conversar por escrito. Al poder entenderse, parece que quieren presumir ante los lugareños [51]... Como nos podemos entender con los caracteres, nos relacionamos más con ellos que con los occidentales [52].

Por último, nos parece interesante citar otro informe de Tamamushi Sadaiyu.

> El número de negros se eleva a una sexta parte del país. Entre ellos hay algunos que parecen negros, pero no lo son y se parecen a los blancos, pero no lo son: son mulatos. A toda esta gente no le está permitido participar en la política. Trabajan como sirvientes de los blancos o se dedican a los trabajos rudos. Pero los negros son naturales de Estados Unidos, mientras los blancos provienen de Inglaterra. Es lamentable que los visitantes se conviertan en amos. Pese a todo, resulta inevitable esta situación por la diferencia entre los que tienen inteligencia y los torpes. Parece que esa raza (negra) no evoluciona [53].

A Tamamushi ni se le ocurrió la idea de que los japoneses podrían un día llegar a ser considerados como raza que no evoluciona.

La posibilidad de la inmigración japonesa

Al contrario de los japoneses que contemplaban inocentemente a los blancos, los americanos observaban a los japoneses de manera diferente. En América ya en este momento se discutía la posibilidad de la inmigración japonesa como mano de obra para la explotación del Oeste. En una editorial de una revista semanal, fechado el 19 de mayo de 1860, después de destacar la importancia tanto económica como política de acoger debidamente a la misión japonesa, se dice:

> Es indispensable para el mayor progreso de las provincias del Pacífico... Será una consecuencia necesaria llegar a los intercambios, no sólo

[51] *Ibidem*, vol. 2, p. 7.
[52] *Ibidem*, vol. 3, p. 55.
[53] Kobei Nichiroku, pp. 156-157.

> de artículos sino también de (recursos) humanos, entre nuestras regiones del Pacífico y el Imperio japonés,... Una vez establecida la relación amistosa entre ambos países, hay que hacer emigrar una parte del pueblo japonés y abrir una colonia japonesa en nuestro territorio. El beneficio de este intercambio es claro y recíproco [54].

Mientras los japoneses estaban encantados de la bienvenida, los americanos estaban buscando no sólo el comercio y la diplomacia, sino también una «amplia» relación con Japón. Pero esto no era una característica única de Estados Unidos. En Hawai, donde la misión oficial paró a la ida con el barco *Kanrin Maru* y a la vuelta mantuvieron una audiencia con los Reyes. México y otros países latinoamericanos, que la misión no llegó a visitar directamente, ya estaban intentando hallar un medio para suplir la falta de mano de obra, causada por la emancipación de los esclavos. Los japoneses estaban siendo estudiados como mano de obra alternativa a los chinos. Las gestiones para concertar los convenios diplomáticos con los países del Nuevo Continente, que se mencionan más adelante, se dirigían no solamente al establecimiento de las relaciones amistosas, diplomáticas o comerciales, sino también a la apertura de un camino para la emigración japonesa a América.

[54] *Man'en Gan'nen Daiichi Kenbei Shisetsu Nikki*, p. 328.

Capítulo II

LA EMIGRACIÓN JAPONESA A TRAVÉS DE LA HISTORIA

Clasificación según el periodo en que tuvo lugar cada emigración

La llegada de japoneses a América se inicia con el abandono del aislamiento político en Japón y el restablecimiento de relaciones diplomáticas con otros países. Según la forma y las condiciones en que dicha emigración tuvo lugar, podemos dividirla a grandes rasgos en las fases siguientes:

1: Periodo de libre entrada en Estados Unidos (1868-1900).

2: Periodo de auto-control en Japón sobre la salida de sus emigrantes hacia Norteamérica.

3: Periodo de emigración colectiva por contrato a Centro y Suramérica (1900-1920 aproximadamente).

4: Periodo de restricciones a la entrada de inmigrantes japoneses en Estados Unidos.

5: Periodo de fomento y subsidio a la emigración, por parte del gobierno japonés (Emigración subsidiada, 1924-1940).

6: Periodo de cese temporal de emigraciones a causa de la guerra (1941-1952).

7: Periodo de reanudación de la actividad emigratoria a América (desde 1953 hasta mediados de 1960).

8: Periodo en el que se fomentaba la emigración por medio de *Yobiyose* o cartas de solicitud, por parte de familiares emigrados con anterioridad.

9: Periodo de emigración colectiva hacia las colonias japonesas.

10: Periodo del llamado «cambio de residencia» (eufemismo utilizado por el gobierno japonés) y «pérdida» de importancia de la emigración, a partir de mediados de los 60.

11: Periodo de regreso temporal hacia Japón en busca de mejores salarios desde los países a los que se había emigrado, debido al auge económico experimentado por Japón en la década de los 60. Nueva forma de emigración temporal o *Dekasegui.*

Periodo de libre entrada en Norteamérica (1868-1900)

Trasfondo histórico de la apertura de Japón y del restablecimiento de relaciones diplomáticas con los países occidentales

El *Bakufu* (gobierno del Shogunato), ante la imposibilidad de oponerse al comodoro Perry (1794-1858) tras su llegada a Uraga en 1853, accedió a firmar un Tratado de Paz y Amistad entre Japón y Estados Unidos en 1854. Posteriormente, en 1858 se firmó el Tratado de Comercio y Navegación entre los dos países. Ahí se inicia el declive del gobierno Tokugawa, el cual cae en 1868 siendo sustituido por el gobierno del Emperador Meiji, cuyo primer objetivo fue prestigiar y dar la mayor relevancia posible a la institución imperial. Este cambio político fue denominado *Meiji Isshin* (Restauración Meiji) y se debió en gran medida a la presión ejercida por los países occidentales, que exigían de Japón la apertura de sus puertos y de su economía y el establecimiento de relaciones diplomáticas. Además de modificar las relaciones exteriores de Japón, esta reforma se extendió rápidamente a todas las áreas de la política interior, impulsando el desarrollo de la economía monetaria de mercado, e incidiendo profundamente en la sociedad y la economía rural. Paralelamente, las contradicciones surgidas en el proceso de cambio del sistema económico y de producción, despertaron entre los *samurai* de bajo rango el deseo de un nuevo orden político que colmara sus aspiraciones de poder y redujera las tensiones sociales. Toda esta confusión social, económica y política, agudizó las tensiones internas, lo cual, unido a los efectos de la apertura al exterior, proporcionó la base para la aparición del movimiento milenarista conocido como *Yonaoshi Jokyo* (movimiento para la mejora del mundo), que aspiraba a conseguir un mundo nuevo y una nueva sociedad,

lo que dió en llamarse *Go-ishin* (cambio completo) o *Yo-naoshi* (cambio del mundo).

En las ciudades, el alza del costo de la vida y la falta de alimentos provocaban saqueos a los comercios. En las zonas rurales la sublevación adquirió carácter de movimiento organizado. Dichos saqueos y sublevaciones, así como el descontento general, se extendió rápidamente por todo el país. La situación no varió ni siquiera después del cambio de gobierno y la Restauración Meiji. Incluso podría afirmarse que se produjo un recrudecimiento de las tensiones en la primera parte de la era Meiji, llegándose a superar el número de sublevaciones y saqueos de la era Edo. La causa de este agravamiento de las tensiones se debió principalmente a la crisis que se produjo en el sector agrícola, al desarrollarse la economía de mercado. La escasez y los problemas ya existentes se revelaron aún más intensos después del cambio de sistema.

Trasfondo histórico de las migraciones temporales en busca de trabajo (Dekasegui)

Durante la era Edo, se producen migraciones internas, con el desplazamiento de grandes masas de población desde las zonas rurales a las ciudades de Edo y Osaka. El gobierno Tokugawa trataba de mantener un tipo de sistema «feudal» estático, en el que, según su idea, la base económica debía estar constituida por una economía agrícola basada en la autosuficiencia, en especial en el cultivo del arroz. A pesar de la introducción de la economía monetaria y de la división del trabajo a todos los niveles que se estaba produciendo en el país, el gobierno intentó evitar la desintegración de las zonas agrícolas, prohibiendo rigurosamente la migración de los habitantes, para limitar los movimientos de población y el trasvase del campo a las ciudades. Sin embargo, a pesar de las restricciones, las ciudades fueron absorbiendo un cierto número de campesinos, en especial arrendatarios y aparceros, en su mayoría jóvenes, mujeres y niños, que se empleaban en las ciudades como mano de obra barata. Todos ellos llegaron a representar una fuerza considerable de trabajo en las ciudades y no eran pocos los que se quedaban a vivir allí definitivamente.

Este tipo de *Dekasegui* o emigración temporal a la ciudad en busca de trabajo, se propagó, surgiendo entre el campo y la ciudad una relación de oferta y demanda de fuerza de trabajo que dio lugar a la aparición de los *Kuchi-ire* o intermediarios que coordinaban la demanda laboral en las ciudades con las aspiraciones de mejora de la clase campesina.

Como ejemplo, citamos los datos de un pueblo en la provincia de Owari, actualmente Aichi. Si observamos el periodo comprendido entre los años de 1773 hasta 1825, veremos que, del total de niños que vivieron más de 11 años, un 50 por ciento de los varones y un 62 por ciento de las mujeres experimentaron en algún momento de su vida la migración temporal o *Dekasegui.* De éstos, a su vez, el 73 por ciento de los hombres y el 61 por ciento de mujeres pertenecían a la categoría de aparceros.

Su lugar de destino más frecuente eran las ciudades y los comercios de los pueblos. Existen datos de los cuales se deduce que los emigrantes se concentraron principalmente en tres ciudades: Nagoya, Osaka y Kioto. Según estos datos, podemos afirmar que el hecho de abandonar el lugar de origen para buscar trabajo y ganar el sustento de la familia en las zonas más urbanizadas, no era un fenómeno extraordinario, sino que se trataba de una práctica habitual [1]. En este precedente se basa la denominación de *Kaigai dekasegui* (ir a trabajar al extranjero).

Este flujo de mano de obra que abandonó las zonas rurales en la era Edo, minó la base feudal del gobierno del Bakufu y, por otra parte, el poderío económico alcanzado por los comerciantes acomodados de las ciudades fue factor decisivo en el cambio socio-político y en la transformación del comercio y de la industria. En Yokohama y en otros puertos abiertos al comercio exterior, se registró una gran afluencia de gente procedente de ciudades y pueblos de los alrededores, cuyo objetivo era conseguir un trabajo y un salario mejor.

[1] Hayami Akira, *Edo Jidai no Nomin Seikatu Shi,* Tokio, 1988, pp. 111-135.

Emigración a Guam

En abril de 1868, Kimura Hanbe (agente de emigrantes de Yokohama), a requerimientos de un prusiano residente en esa ciudad (parece ser que quien lo solicitaba realmente era el holandés Van Reed), formó un grupo con trabajadores que habían ido llegando a Yokohama a lo largo de varios años y gestionó su marcha a Guam para que labraran la tierra y se dedicaran al cultivo de arroz en esa isla. Una vez aceptada su solicitud y recibido el permiso del *Bugyo* (gobernador del distrito de Kanagawa al que pertenece Yokohama) procedió al envío de los trabajadores japoneses a bordo del barco *Emy Trader.* Este viaje constituye la primera emigración colectiva de japoneses en la época moderna. Los trabajadores emigraron con un contrato de tres años, pero tan pronto los negros, junto a quienes trabajaban, aprendieron las técnicas de éstos, los propietarios de la plantación empezaron a discriminar a los japoneses, dándoles peor trato. Esto hizo que surgieran discordias entre los japoneses y los propietarios. El departamento español en la colonia de Guam decidió entonces no abonar el sueldo a los trabajadores japoneses, el contrato fue anulado y los emigrantes japoneses no tuvieron más remedio que trabajar en los oficios más diversos hasta reunir el dinero necesario que les permitiera regresar a Japón.

Posteriormente, entre 1871 y 1872, muchos de los 40 japoneses que partieron de Japón como emigrantes, consiguieron embarcar en los buques que llegaban a la isla: *Wanderer,* de Inglaterra; *Gussie Lyon,* de Hawai; el barco militar ruso *Vitiaz* y en un barco de Estados Unidos, pero solamente 28 de los cuarenta regresaron salvos a Japón. En el viaje de ida ya habían fallecido tres; cinco murieron de muerte natural, dos se suicidaron y otro se ahogó en el mar. Esta primera emigración japonesa a Guam resultó realmente un fracaso [2].

Primera emigración a Hawai

En el caso de los emigrantes a Hawai, su marcha (al igual que en el caso de Guam) fue gestionada por Van Reed y por Kimura Hanbe.

[2] *Nihon Gaiko Monjo 4-kan 2-satsu,* Tokio, 1957, pp. 570-595.

El contrato era de tres años, con un salario mensual de 4 dólares, con alimentación y vivienda por cuenta del empresario que los empleara. Estaba previsto que trabajaran en los cultivos de caña de azúcar. El número de emigrantes que partió a Hawai a bordo del buque inglés *Scioto* era de unos 150. Salieron de Yokohama el 15 de mayo, llegando a Honolulú el 21 de junio. En Japón, empezaron a surgir comentarios críticos acerca de esas emigraciones que, a juicio de muchos, era igual al comercio de esclavos. Por otra parte, aunque Van Reed tenía autorización del antiguo gobierno del Bakufu, el nuevo gobierno de Meiji le negó el permiso para el envío de emigrantes a Hawai hasta que no se firmara el tratado entre los dos países. A pesar de ello, Van Reed hizo un envío de emigrantes japoneses sin habérsele autorizado previamente. El gobierno Meiji consideró esta actitud como una violación de los derechos de Japón y envió una misión con el encargo de investigar la situación laboral de los japoneses, ordenando su repatriación inmediata. Pero el número de japoneses que aceptó regresar a su país fue sólo de cuarenta personas. El resto decidió permanecer en Hawai por algún tiempo.

De estos emigrantes, una persona ya había muerto en el viaje hacia Hawai; dos fallecieron a causa del calor cuando ya se hallaban trabajando allí; otra persona se ahorcó al darse cuenta de que no podría trabajar debido a unas fiebres. Pero a pesar de estos incidentes y a las dificultades encontradas, parece que los que se quedaron, continuaron allí su vida sin mayores problemas. Al terminarse el periodo de estadía, que según el contrato era de tres años, solamente regresaron doce personas. Un número elevado del resto emigró a Estados Unidos y a otros países en busca de trabajo. Otros emigrantes permanecieron en Hawai y generalmente se les llama *Gannen-mono,* los del primer año Meiji [3].

[3] *Ibidem,* 1-kan 1-satsu, Tokio, 1936, pp. 599-605, etc. *Ibidem,* 1-kan 2-satsu, Tokio, 1939, pp. 119-121, etc. *Ibidem,* 2-kan 1-satsu, Tokio, 1954, pp. 232-234, etc. *Ibidem,* 2-kan 2-satsu, Tokio, 1955, pp. 93-94, etc *Ibidem,* 2-kan 3-satsu, Tokio, 1955, pp. 293-296, etc. *Ibidem,* 3-kan, Tokio, 1955, pp. 435-459. *Ibidem,* 4-kan 2-satsu, Tokio, 1957, pp. 528-569.

La Colonia Wakamatsu

En 1869, Schnell organizó la emigración de japoneses a California. Estos emigrantes tenían como objetivo el establecimiento de una colonia para el cultivo de té y sericultura. Los japoneses que acompañaron a Schnell eran en su mayoría guerreros de bajo rango de la región de Aizu-Wakamatsu, que habían luchado contra el nuevo gobierno Meiji a favor del shogunato Tokugawa. Entre todos, construyeron la colonia de Gold Hill, California, a la cual Schnell llamó la «Colonia Wakamatsu». Al año siguiente, debido al clima y a la falta de recursos económicos del propio Schnell, el plan fracasó y los miembros de la colonia se fueron dispersando. Los datos acerca de esta emigración colectiva son casi inexistentes, ya que se ignora el proceso de envío, así como el paradero de los emigrantes una vez en California. A pesar de la falta de éxito, ésta fue la primera emigración colectiva de japoneses hacia Estados Unidos, con el objetivo claro de crear una colonia japonesa [4].

Política emigratoria del gobierno japonés, a principios de la era Meiji

Las emigraciones colectivas a Guam, Hawai y California, causaron problemas de índole política, diplomática y humana, y el gobierno prohibió la emigración colectiva de japoneses a países con los cuales no se hubiese firmado previamente un Tratado de Paz y Amistad, ni existiesen relaciones diplomáticas. En esa época se rechazaban todas las solicitudes para el envío de emigrantes a países de la cuenca del Pacífico. A pesar de eso, muchos japoneses se trasladaron por su cuenta a Canadá y a Estados Unidos para estudios, comercio, trabajo, etc.

La política de rechazo a la emigración de sus súbditos por parte del gobierno Meiji, tenía como objetivo oficial proteger a los japoneses, ya que se temía que los emigrantes pudieran ser engañados o puestos en una situación difícil, precisamente cuando Japón iniciaba su an-

[4] Irie Toraji, *Hojin Kaigai Hatten Shi*, vol. 1, Tokio, 1981 (reprint), pp. 25-29, «Zaibei Nihonjin Kai Jiseki Hozon Bu», *Zaibei Nihonjin Shi*, vol. 1, San Francisco, 1940, pp. 18-21.

dadura de país independiente dentro de la comunidad internacional; sin embargo, el objetivo primordial era conservar la reputación de Japón como país desarrollado y estado moderno. Esta actitud se aprecia claramente en el caso de los emigrantes a Hawai, a los cuales se les denegó el visado de salida al no haberse firmado el tratado entre ambos países. (El hecho de que Van Reed hubiese hecho caso omiso de las normas del gobierno japonés, fue considerado como una falta de respeto y un atentado a la soberanía nacional) [5]. Podría afirmarse, pues, que la actitud del gobierno Meiji estaba motivada tanto por el deseo de proteger a los súbditos japoneses, como por el objetivo de mantener la reputación de Japón como estado moderno y civilizado [6].

Ueno, el oficial enviado por el gobierno japonés a Hawai para tramitar el regreso de los emigrantes japoneses, se vio sorprendido de lo satisfechos que se hallaban la mayor parte de los emigrantes por su modo de vida en Hawai, no siendo necesaria, por tanto, la protección del gobierno japonés. Ueno escribió en una carta a su gobierno, no exenta de orgullo, que el periódico de Hawai había comentado que «El gobierno de Japón, a diferencia del gobierno de China, se esmera en proteger a sus súbditos»; refiriéndose a su visita a ese país para facilitar el regreso de sus emigrantes, cosa que solamente hicieron 40 de ellos, Ueno regresó a Japón altamente satisfecho del resultado de su viaje. Para el gobierno de Japón era muy importante que a Japón se le diferenciara del resto de los países de Asia, y que se le reconociera como a un país moderno similar a los de Europa y América del Norte [7].

El gobierno Meiji puso esmero en cuidar la imagen y la reputación de Japón como país civilizado. La razón era que quedaba un gran problema pendiente: reformar el tratado desigual firmado con las potencias extranjeras por el shogunato. Los gobernantes japoneses querían que se reconociera a Japón como un país diferente al resto de los países asiáticos, estando dispuesto a establecer un estado y un sistema legal al estilo occidental.

El caso conocido como «Incidente del María Luz», se debió al problema originado por la arribada forzosa a Yokohama del barco pe-

[5] Nihon Gaiko Monjo, *2-kan 1-satsu,* Tokio, 1954, p. 420 etc. *Ibidem,* 2-kan 2-satsu, Tokio, 1955, p. 134, etc.

[6] *Ibidem, 2-kan 2-satsu,* Tokio, 1955, pp. 603-610.

[7] *Ibidem,* p. 664.

ruano *María Luz* con un cargamento de chinos *(coolies)*. El gobierno japonés hizo pública su protesta y su repulsa, no tanto por el hecho en sí, como por descubrirse en suelo japonés el tráfico de esclavos. Habría que enfocar su postura como un ejemplo del énfasis que ponía el gobierno japonés en demostrar su condición de nación moderna, protestando contra la violación de su soberanía nacional. Es decir, el problema no era tanto el tráfico de chinos al extranjero [8], sino la violación a la soberanía nacional de Japón, aparte del agravio cometido a los chinos [9].

Resultan dignos de mención los comentarios de Estados Unidos e Inglaterra sobre la reacción del gobierno japonés, evaluando muy positivamente el hecho de que Japón considerara vergonzosa la compraventa de fuerza de trabajo humana, es decir, el tráfico de esclavos o de *coolies*. Como China mantenía una actitud muy diferente (más bien indiferente) sobre el tema, se extendió una opinión muy favorable acerca de Japón y de su rápida conversión en una moderna nación humanitaria. Ésta era la imagen que Japón deseaba dar a la sociedad internacional: un país diferente al resto de Asia. Sin embargo, la opinión general de las potencias de Europa y Estados Unidos, no fue de total aprobación. Ello se debió a que, de haber aprobado sin reserva el proceder de Japón, ello habría supuesto una contradicción respecto a la extraterritorialidad de que gozaban en los países asiáticos y, por supuesto, también en Japón.

El gobierno Meiji temía que sus súbditos emigraran al extranjero para trabajar en empleos de baja posición social, llegando incluso a ser tratados como esclavos, lo que podría influir negativamente en la opinión internacional sobre Japón, haciéndole perder así su imagen de nación moderna y civilizada.

En las décadas de los años de 1870 y 1880, hubo varios intentos por parte de diversos países para conseguir que Japón accediera al en-

[8] Gaimu Sho Gaiko Shiryo Kan, Tokio (Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores), Códice: 3-9-1-10. Oe Suguru (Taku), quien desempeñó un papel indispensable en «el caso de *María Luz*» fue uno de los fundadores de la Compañía Coreana de Enmigración. Se encargaba del envío de obreros coreanos a la península de Yucatán, donde los emigrantes japoneses no habían podido soportar las pésimas condiciones de trabajo.

[9] Gaimu Sho, *Perú Koku María Luz Sen Jiken*, Tokio, 1873; *Perú Koku María Luz Sen Saiban Ryakki*, Yokohama, 1874, etc.

vío de agricultores japoneses, bajo un Tratado de Amistad y Comercio o por contrato de emigración. Varios países intentaron aproximarse a Japón, como Hawai, Australia, Perú, y México, así como territorios españoles como Cuba y Filipinas. También lo intentó Brasil. Estos países tenían falta de fuerza de trabajo, debido la abolición de la esclavitud y a la escasez de mano de obra barata. Viendo el exceso de población de los países asiáticos, solicitaban les fueran enviados trabajadores.

Por esta razón, antes de la emigración japonesa, se llevó a cabo la emigración de chinos a todos esos lugares. Mientras tanto, el gobierno japonés rehusó de forma oficial aceptar la emigración colectiva de japoneses.

Tratado de inmigración en Hawai

A mediados de la década de 1880, cuando el propio rey de Hawai vino a Japón a solicitar la inmigración de japoneses, el gobierno japonés empezó a ceder y, finalmente, en 1884, aceptó la emigración colectiva a Hawai. En 1885, bajo el tratado firmado por el gobierno japonés para la emigración colectiva, *Kan'yaku Imin,* se efectuó el primer envío de japoneses. Sin embargo, esto no significaba necesariamente que el gobierno japonés hubiese cambiado de opinión por las presiones hawaianas. En 1881, el ministro de Finanzas, Matsukata Masayoshi, puso en marcha una política deflacionista, a causa de la cual Japón experimentó una grave depresión económica. Esto provocó la división de clases en las zonas rurales, surgiendo los grandes terratenientes, en cuyas manos se fueron concentrando las tierras, y un gran número de agricultores desposeídos que habían ido perdiendo sus tierras hasta quedar reducidos a la condición de aparceros.

Por esta razón, tanto el gobierno como el resto de la población consideraban que la emigración a las grandes ciudades o al extranjero representaba la única solución para el campo. Es decir, se tendía a considerar ambas opciones al mismo nivel. Esta necesidad económica operó en favor del tratado de emigración de japoneses a Hawai. Desde Hawai, resultaba inevitable que los emigrantes japoneses se sintiesen atraídos por Estados Unidos y Canadá, donde había posibilidad de mejores salarios.

El flujo de emigrantes japoneses a América del Norte

Así, no tarda en producirse un movimiento desde el campo hacia las ciudades y hacia el extranjero. Para los japoneses, ambas opciones no eran sino dos formas similares de *Dekasegui.*

En su mayoría, los emigrantes pensaban trabajar unos años y regresar a su pueblo con bastante dinero; así, el país preferido era Estados Unidos, pues era donde la mano de obra estaba mejor pagada. No obstante, a medida que crecía la oleada de inmigración japonesa, el gobierno de Estados Unidos no tuvo más remedio que prestar oídos al movimiento popular que reclamaba limitar la entrada de emigrantes «inconvenientes» para la sociedad americana.

Según las estadísticas del gobierno japonés, desde la segunda mitad de la década de 1870 hasta principios de los años 1880, el número de japoneses llegados directamente a Estados Unidos, no sobrepasaba los 100 anuales. Desde 1884 se observa un fuerte aumento y, salvo el paréntesis de la guerra con China *(Nisshin Senso),* la emigración a Estados Unidos continuó creciendo fuertemente hasta 1900. (En 1882 Estados Unidos fijó restricciones a la entrada de emigrantes chinos, pasando los japoneses a ocupar su lugar como mano de obra barata).

Poco después de la llegada a Hawai del primer grupo de emigrantes tras la firma del tratado (950 japoneses llegaron a Hawai en enero de 1885) el gobierno de Estados Unidos promulgó una ley prohibiendo las inmigraciones contratadas. Asimismo, en 1891 se revisó el reglamento de inmigración para evitar la entrada de emigrantes de escaso nivel de recursos [10]. Al poco tiempo, la inmigración masiva de japoneses se convirtió en un problema y en 1893 se registra el primer caso de aislamiento de niños japoneses, decidido por la Comisión Educativa de San Francisco.

Cambio en la política de emigración y creación de las Compañías de Emigración

A finales de la década de 1880 y principios de los años 1890, en Japón se empezó a debatir la política de emigración, relacionándola

[10] Kawahara Ken'ichi, *América Imin Ho,* Tokio, 1990, pp. 11-33.

con la solución a medio plazo del problema del exceso de población y con la política expansionista del estado japonés. En el *Tokio Keizai Zasshi* (Diario Económico de Tokio) de los años 1889 al 1892, aparecen con frecuencia artículos sobre la política de emigración y expansión [11]. En el *Jiji Shinpo* (presidido por Fukuzawa Yukichi) se conservan artículos de opinión estimulando la emigración de jóvenes japoneses al extranjero. Fukuzawa insistía en que los capitalistas japoneses deberían invertir en la construcción del canal de Nicaragua, enviando a los emigrantes japoneses como trabajadores y de esta forma, Japón podría iniciar su expansión en el Continente Americano [12].

Enomoto Takeaki, que asumió el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en 1891, creó una sección de emigración dentro del ministerio y comenzó a estudiar el tema, pensando que la emigración de japoneses debería encauzarse no sólo hacia el envío de «fuerza de trabajo», sino que debería fomentarse la actividad colonizadora de Japón, para contribuir a la política expansionista del estado. Sin embargo, no todo el gobierno compartía las ideas de Enomoto. Así, al año de haber llegado al cargo, se vio forzado a dimitir y en 1893 fundó la *Shokumin Kyokai* (Asociación para la Colonización).

Otros pequeños y medianos capitalistas fundaron compañías con el fin de estimular la emigración: la *Nihon Yoshisa Imin Gomei Gaisha*, (Sociedad Colectiva Nihon Yoshisa de Emigración) en diciembre de 1891; en enero de 1892, la *Nihon Meiji Imin Goshi Gaisha* (Comandita Nihon Meiji de Emigración), y en diciembre de 1893 la *Yokohama Imin Goshi Gaisha* (Comandita Yokohama de Emigración).

Hoshi Toru (1850-1901), después de disfrutar de su beca en Inglaterra, volvió a Japón y fue arrestado por participar en el *Jiyu Minken Undo*, movimiento pro derechos civiles. Tras ser liberado, se fue a estudiar a Estados Unidos y posteriormente fundó la *Kaigai Iju Doshi-kai* (Asociación de Amistad para Emigrantes) que se dedicaba a informar sobre las posibilidades de emigración a Estados Unidos, Canadá y México, con lo cual fomentaba la emigración [13].

Bajo la capa de todos estos movimientos, tanto los capitalistas de la ciudad como los del campo se dedicaron a invertir en el negocio de

[11] «Gaimu Sho Chunanbei Iju Kyoku», *Iju Shicho*, vol. 4, Tokio, 1966.
[12] Jiji Shinpo, 25-3-1884, 31-3-1884, 12-4-1884.
[13] *Nihon Gaiko Monjo 24-kan*, Tokio, 1952, pp. 448-452.

la emigración. La proliferación de compañías de emigración a partir de 1891, debe contemplarse dentro de ese contexto. La idea de emigración iba casi siempre acompañada de la de expansión del estado y ampliación del comercio internacional. Aquí comenzó a forjarse la estrecha colaboración entre el estado y los capitalistas para la expansión japonesa en el mundo.

Como veremos cuando hablemos sobre México, la empresa colonizadora de Enomoto acabó en bancarrota, pero la actitud e interés del gobierno respecto a la emigración iba experimentando un cambio por diversas razones: el Tratado para el envío de emigrantes a Hawai, las emigraciones Enomoto y la participación cada vez más activa de los capitalistas en la empresa emigratoria, influida, al mismo tiempo, por el interés del gobierno en dicha empresa.

Además, el gobierno, quizá presintiendo el problema del crecimiento de la población en una extensión territorial insuficiente como es la de Japón, consideró que era imposible evitar la emigración y, a pesar de su opinión anterior, y ante la dificultad de seguir limitando la salida de japoneses, decidió que era mejor fomentar la emigración. Esto era beneficioso tanto para los empresarios como para los trabajadores que, deseando mejores sueldos, buscaban el camino de la emigración.

El gobierno, mediante el control indirecto de la emigración, pretendía fomentar el desarrollo y la acumulación de grandes capitales, impulsar el comercio exterior, desarrollar el transporte marítimo y la industria pesada. Por último, buscaba también la prosperidad de los pequeños y medianos comercios tanto en el campo como en la ciudad. Todo ello tendería a generar un aumento de los ingresos del estado [14].

El 13 de abril de 1894, se promulgó el *Imin Hogo Kisoku*, Reglamento para protección de Emigrantes, firmándose el Tratado de Comercio y Navegación Anglo-Japonés el 16 de julio. Tras conseguir su propósito de anulación de la jurisdicción extraterritorial y el aumento de las tarifas arancelarias, Japón declaró la guerra a China el 1 de agosto del mismo año.

[14] Nishimuki Yoshiaki, «Senzen no Imin Yuso to Waga Kuni no Kaiun Gyo», *Kobe Daigaku Keizai Kenkyu Nenpo*, vol. 18-1, 19-1, 20- 1 y 2, 26-2, Kobe, 19??, Oshimoto Naotada, Imin Gaisha to Funa gaisha, Iju Kenkyu, vol. 18, Tokio, 1981.

El año siguiente, el 17 de abril de 1895, se firmó en Shimonoseki el Tratado de Paz con China terminando la guerra con la victoria total de Japón, aunque tras la victoria, Alemania, Francia y Rusia intervinieran para impedir que Japón alcanzase un poderío excesivo. Japón emprendió un programa de fortalecimiento de su arsenal militar, consumando su revolución industrial en el sector de la industria ligera.

El status de Japón como estado se elevó y afianzó en el marco de la sociedad internacional. Teniendo esta nueva situación como fondo, el gobierno japonés presentó el 23 de marzo, en la *Dai Hachi-kai Teikoku Gikai Shugi-in* (Octava Asamblea Imperial de la Cámara de Diputados), el *Kaigai Iju Shokumin ni kansuru Kengi An*, o proyecto de Ley sobre Emigración y Colonización en el Extranjero. Al año siguiente, en 1896, en la Novena Asamblea de la Cámara de Diputados se presentó el *Imin Hogo-ho An*, proyecto de ley de Protección de Emigrantes, que fue sometido a estudio por una comisión especial, aprobándose en la Asamblea de Diputados el 16 de marzo, y el 24 de marzo en el Senado [15].

La promulgación de esta Ley de Protección de los Emigrantes, con todas sus implicaciones, ha de contemplarse en relación a la sociedad internacional y al peso de la opinión pública en el interior del país, así como en relación a su influencia en el desarrollo del capitalismo japonés. Esta ley revela claramente el cambio en la política del gobierno de Japón y su deseo de controlar la emigración, en vez de prohibirla. A partir de entonces, las emigraciones colectivas iban a ser canalizadas por el propio gobierno. Resulta ésta una peculiaridad que distingue en gran medida a Japón de otros países asiáticos, cuyos gobiernos no ejercían en absoluto un control sobre la emigración de sus súbditos. Tal característica tuvo gran influencia en la situación de los japoneses que emigraron al Continente Americano. Por otra parte, un detalle que no puede dejarse de mencionar es que, debido al triunfo de Japón en la guerra chino-japonesa, los emigrantes que atravesaban el océano con destino a Estados Unidos y Canadá, se sentían poseídos de un sentimiento de «superioridad» ante los chinos. Esto podría relacionarse tam-

[15] Kanpo (Boletín oficial del Estado): el 24 de marzo del año 28 de la era Meiji, 1895, el 28 de febrero del año 29 de la era Meiji, el 29 de febrero del año 29 de la era Meiji, el 19 de marzo del año de la era Meiji, etc.

bién, como es lógico, tanto con el aumento del patriotismo y del orgullo de ser japonés que caracterizó esa etapa de la historia de Japón, así como al éxito del proceso de «occidentalización».

Por otro lado, el enfrentamiento con Alemania, Francia y Rusia, generó en la sociedad japonesa un sentimiento de rechazo hacia las potencias de Occidente. Surgieron pensadores japoneses que habían mostrado ideas liberales o demócratas y, a partir de esta época, pasaron a defender el *Nihon Shugi* o nacionalismo japonés. Es decir, aunque esas ideas pudieran tener su inspiración en Occidente, se adaptaron a los ideales «japónicos»: Takayama Chogyu (1871-1902) e Inoue Tetsujiro (1855-1944), ambos miembros del *Nihon Shugi* y algunos demócratas convertidos más tarde en nacionalistas (*Kokka Shugi*), como Tokutomi Soho (1863-1957), fueron ideólogos que influyeron mucho en el pensamiento de la época.

Cierto complejo de superioridad y una actitud discriminatoria en relación al resto de los países del sudeste asiático, unido a un complejo de inferioridad ante los países occidentales, generó posteriormente los fundamentos para la aparición del etnocentrismo japonés. En ello se basa el pensamiento y la conducta de los japoneses que emigraron al Continente Americano y solamente podrán comprenderse ambos si se conoce su trasfondo histórico.

Periodo de auto-limitación de la emigración japonesa hacia América del Norte y de emigración colectiva hacia América del Sur. 1900-1924

La guerra ruso-japonesa y su influencia

En la primera década del siglo xx, los campesinos japoneses padecían una gran crisis generada por la política fiscal que gravaba el campo con impuestos cada vez más altos. El gobierno tenía necesidad de cubrir los gastos del ejército para la guerra chino-japonesa y para reprimir la rebelión de los boxers. Los impuestos experimentaron de nuevo una violenta subida: si en 1890 eran de 100, en 1899 subieron a 160 y en 1908, llegaron a 271. Continuó la acumulación de tierras en manos de los terratenientes latifundistas iniciada con la deflación de Matsutaka y, si el porcentaje de terrenos dados en aparcería o arren-

dados en el año 1883 era del 35,9 por ciento; en 1907, después de la guerra ruso-japonesa, alcanzó al 44,9 por ciento. En algunos lugares, el porcentaje sobrepasaba, incluso, el 50 por ciento. Es más, el recargo por el alza de los impuestos indirectos, recaía también sobre los agricultores que no tenían tierras propias [16].

Como es natural, la crisis empobreció a los campesinos y agravó el problema de todos aquellos que, también sin recursos, habitaban en las ciudades. Los que emigraron del campo a la ciudad, se dedicaban en su mayoría al trabajo en la industria de exportación, pero las malas condiciones de trabajo y los bajos salarios originaron muchos problemas sociales. Los obreros de las ciudades comenzaron a organizarse en sindicatos para reclamar sus derechos. Muchos de los líderes sindicalistas de este movimiento obrero habían vivido algún tiempo en Estados Unidos y tenían experiencia por haber formado parte de sindicatos obreros japoneses en Estados Unidos. Entre los más conocidos, estaban Takano Fusataro (1868-1904), de 1886 a 1896 en Estados Unidos, Katayama Sen (1859-1933), de 1884 a 1894 en Estados Unidos, y Jo Tsunetaro (1863-1905), etc. El número de conflictos laborales fue aumentando año a año, llegando a 11 casos en 1895, 27 en 1896, 116 en 1897. Posteriormente, a causa de la represión del gobierno, el movimiento obrero se transformó en movimiento electoral [17]. Las emigraciones colectivas a Perú comenzaron cuando el movimiento obrero estaba en su apogeo.

Con motivo de la guerra ruso-japonesa, los liberales, los demócratas y los socialistas se dividieron en dos corrientes de pensamiento: unos que abogaban por la paz y estaban en contra de la guerra; y otros que apoyaban el nacionalismo como una vía necesaria para conseguir el pleno desarrollo de Japón y eran partidarios de la intervención armada. La represión por parte del gobierno contra todos aquellos que rechazaban la guerra y la política militarista, se fue haciendo cada vez más severa.

[16] Toyama Shigeki, *Nihon Kindai Shi*, vol. 1, Tokio, 1975, p. 251

[17] Miyaji Masato, *Kokusai Seiji ka no Kindai Nihon*, Tokio, 1987, p. 108.

Auto-limitación de la emigración hacia América del Norte

Con la desintegración de la economía agraria debido al auge del capitalismo, surgieron desajustes y aumentaron las corrientes migratorias a la ciudad y los conflictos sociales. El gobierno japonés decidió aplicar contramedidas para su solución fomentando la emigración colectiva de la población a Hokkaido, Corea y China, y a países fuera de Asia.

En Hokkaido, ya desde principios de la era de Meiji, funcionaba el sistema *Tonden Hei,* o cuerpo de soldados que vigilaban las fronteras. Mediante este sistema, antiguos *samurai* tenían a su cargo la defensa de la zona y del cultivo de sus tierras. Al principio, se enviaban sólo guerreros; pero poco a poco, también participaron civiles; y desde 1882 hasta 1935, se trasladaron 720.000 japoneses a Hokkaido. Después de la guerra ruso-japonesa, comenzaron las emigraciones a Corea y Manchuria. En 1909, surge el proyecto de «emigración masiva a Manchuria y Corea», el cual consistía en hacer emigrar a Manchuria un millón de japoneses en treinta años. Sin embargo, estas emigraciones colectivas, sobre todo a Manchuria, no se efectuaron sino hasta bien entrados los años treinta. Los japoneses que vivían en Manchuria eran 79.763 en 1910, y 190.685 en 1926, pero la mayor parte de ellos eran empleados de *Minami Manchuria Tetsudo* (Compañía Ferroviaria del Sur de Manchuria). Los que se dedicaban a la agricultura eran 2.326, sólo el 1,22 por ciento de la población total japonesa en Manchuria en 1926.

Las emigraciones japonesas al Continente Americano se dirigieron en su mayoría hacia Estados Unidos y Canadá. Ya había un importante movimiento emigratorio a Hawai, Filipinas y demás países del Sureste de Asia, pero los japoneses preferían emigrar a Estados Unidos porque allí se pagaban los mejores salarios. Pero a causa del movimiento antijaponés generado después, y para evitar los posibles problemas o conflictos diplomáticos entre Norteamérica y Japón, el gobierno japonés decidió limitar la concesión de pasaportes con destino a Norteamérica.

Aún con todas esas dificultades, los emigrantes seguían aspirando a mejores salarios y continuaron entrando ilegalmente en Estados Unidos a través de Hawai, México y Canadá, hasta que el gobierno japonés se vio obligado a firmar los Acuerdos de Lémieux con Canadá en 1907 y al año siguiente un *Gentlemen's Agreement*, con Estados Unidos,

por los cuales Japón se comprometía oficialmente a dejar de expedir pasaportes con el fin de emigrar a Norteamérica.

A todo esto, seguían aumentando los problemas sociales en Japón: el número de conflictos laborales llegó a 238 en 1907, especialmente en las fábricas de industrias clave como las de armamento, en los astilleros, en las minas, etc. Seguían también los problemas demográficos: la población de Tokio era de 860.000 en 1881, aumentando hasta 1.630.000 en 1901, y llegando a alcanzar los 2.240.000 en 1915. El gobierno japonés se vio en la necesidad de buscar destinos alternativos para los emigrantes: Corea, Manchuria, Centro y Suramérica, y países del sureste asiático.

En estas circunstancias, el estallido de la guerra ruso-japonesa facilitó la ocasión de afianzar la ideología nacionalista. El gobierno intentaba controlar la educación del pueblo y organizaba los *Wakamono Gumi* o *Wakashu Gumi*, grupos de voluntarios jóvenes en los pueblos, y los *Seinen Dan*, dirigidos por los maestros de las escuelas que dependían directamente del gobierno central. En 1910, se fundó la Asociación de Excombatientes. El pueblo japonés iba formándose en una educación nacionalista, a través de los *Seinen Dan*, y del sistema de reclutamiento. La asociación, *Seinen Dan*, se consideraba como un «órgano fiel al país». El proyecto de emigración colectiva por contrato, se efectuaba bajo la supervisión de dichos órganos nacionalistas. Cuando partían los emigrantes se les exigía que no perjudicaran la reputación de su país, victorioso en dos guerras. Los propios emigrantes procuraban identificarse con la idea de ser ellos también súbditos de un gran imperio victorioso.

Comienzo de la emigración colectiva hacia Centro y Suramérica

Rechazo al envío de emigrantes

En relación a Centro y Suramérica, desde tiempo atrás algunos japoneses se trasladaban a esos países en plan particular, pero es muy difícil evaluar el número exacto de emigrantes debido a la falta de datos.

Acerca de los primeros emigrantes, ya se reseña en los capítulos dedicados a cada país. Aquí vamos a limitarnos a reseñar brevemente

las emigraciones colectivas por contrato. En 1877, Oscar Herren, que trabajaba en una compañía holandesa en Yokohama, y posteriormente fue designado cónsul honorario de España en Japón, planeó reunir un grupo de setenta japoneses para llevarlos a Perú; pero este plan fracasó cuando ya estaban preparados los pasaportes, debido al rechazo del gobierno japonés. Ante la reclamación cursada por Herren, el gobierno japonés decidió pagarle una indemnización, aunque nunca admitió su acusación. Las emigraciones colectivas a Perú no llegarían a realizarse hasta pasados más de veinte años.

Al entrar la década de 1880, un delegado del gobierno de España solicitó al Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón un contrato para hacer emigrar japoneses a Cuba para dedicarse al cultivo de la caña de azúcar. Esto era porque entre España y China se había firmado un Acuerdo de Emigración en 1877 y la intención de España era hacer lo mismo con Japón para sustituir a los chinos por japoneses. Ante eso, el Ministerio de Exteriores, que mantenía una postura entusiasta respecto a la política de «occidentalización» de Japón para elevar el *status* del país, opinó que no estaba en contra del hecho de que los japoneses fueran al extranjero en busca de mayores ganancias, mas esa solicitud dependería del contenido del tratado. Y el resultado del informe elaborado por el Ministerio de Relaciones Exteriores fue:

> Cuba es una isla en la que viven negros y blancos. Las instituciones y los recursos naturales ahí son muy escasos, además es conocido en todo el mundo que la raza es inferior... (Los chinos que se habían enviado a Cuba fueron utilizados como esclavos. Por lo tanto, la intención de los españoles con ese contrato no es el de un intercambio recíproco de recursos humanos), sino «reclutar obreros japoneses baratos para hacerlos trabajar en las minas». Como consecuencia, bajo tales condiciones, jamás estaremos dispuestos a enviar obreros japoneses. Además de esas razones, existe otro motivo por el cual no aceptamos y es porque nuestro país comienza a desarrollarse industrialmente, y no es buena política dejar que emigre al extranjero la fuerza de trabajo necesaria en el interior de un país. Finalmente, se decidió rehusar la propuesta de España [18].

[18] Nihon Gaiko Monjo, 13-kan, p. 99. *Ibidem*, 16-kan, Tokio, 19??, p. 192 ad.

Los puntos comunes entre el caso ocurrido con el barco *María Luz* y este último caso, están en el temor que el gobierno de Japón tenía respecto al trato y al *status* de los trabajadores japoneses en el extranjero; ante todo, se temía que les llegaran a considerar igual que a los chinos; esto es, casi como a esclavos. Y mantenía una postura negativa hacia la emigración japonesa al extranjero excepto hacia Norteamérica. Por otra parte, la densidad de población en la nación japonesa no parecía resultar entonces un grave problema, ya que apenas se mencionaba, más bien preocupaba a las autoridades que, en pleno desarrollo industrial, la fuerza de trabajo disminuyera: he aquí, pues, una sólida razón para la negativa del gobierno japonés.

Otro punto en común con el caso del *María Luz* era la aspiración que tenía Japón de elevar su *status* y dar una imagen de país moderno, diferente al resto de los países de Asia. Fue sin duda a causa de esto que el ministro de Asuntos Exteriores, Inoue Kaoru, presentó una política de «occidentalización»; para conseguir reformar los tratados desiguales. Si sus emigrantes, al llegar a Centro y Suramérica, eran tratados igual que los chinos, aparte de la preocupación desde el punto de vista humanitario, la imagen de Japón en América se rebajaba notablemente. De ahí, los intentos de retirar los emigrantes de Hawai por un lado y la actitud adoptada por Japón en el incidente del *María Luz*, que servía para dejar clara su postura de nación desarrollada y moderna y mantener la imagen que con tanto esfuerzo había estado formando. Todo ello con el propósito de conseguir reformar los tratados desiguales y «desmarcarse» o «autoexcluirse» del concepto de país asiático, para alinearse en igualdad de condiciones con las potencias occidentales.

Tratados de Amistad y Comercio

En 1880, con motivo de ofrecer a Japón participar en la Feria Internacional de Muestras celebrada en México, este país ofreció a Japón un Tratado de Amistad y Comercio y, aunque se iniciaron las negociaciones, el gobierno japonés mostró muy poco interés. Finalmente, en 1888, se llevó a cabo la firma del Tratado de Comercio y Amistad entre México y Japón, siendo éste el primer acuerdo que se firmaba en condiciones de reciprocidad e igualdad, como aspiraba Japón. Por otra parte, México pudo, mediante ese tratado, acceder a mano de obra ja-

ponesa. Al año siguiente del tratado, en 1890, se solicitó a Japón el envío de emigrantes pero Japón se negó al no existir aún una oficina diplomática en regla ni cónsul japonés en México.

Ahora bien, a causa del acuerdo de emigración firmado con Hawai, se despertó entre los trabajadores japoneses un fuerte deseo de emigrar temporalmente (*dekasegui*), tanto a la ciudad como al extranjero y, aunque hasta entonces no había resultado objeto de interés, poco a poco México se convirtió también en un lugar que podía ser destino de emigración. Aparte de México hubo otros países que también solicitaron de Japón el envío de mano de obra, pero Japón había decidido no aceptar ninguna solicitud de envío de emigrantes a países con los que no se hubiera firmado previamente un acuerdo.

En 1892, el embajador de Nicaragua, Horacio Guzmán, cursó una solicitud formal en nombre de su gobierno, para que, al igual que México, Japón les concediera el Tratado de Amistad y Comercio. El gobierno japonés conocía sobradamente que el interés de Nicaragua por el Tratado estaba basado, ante todo, en su deseo de utilizar mano de obra japonesa. No obstante y a pesar de desconocer Japón la realidad de la situación laboral en Nicaragua, mostró interés desde un principio para tratar de aprovechar, mediante el acuerdo, la coyuntura favorable de posibilidad de uso del canal de Nicaragua que se hallaba entonces en construcción. El gobierno nicaragüense, ante la presión del gobierno de Estados Unidos, no pudo ceder a Japón derechos especiales para el uso del canal, pero Japón se puso de acuerdo con Nicaragua para las negociaciones, teniéndolo así como «tercer país», sin contar con Estados Unidos. De esta forma, Japón consiguió de Nicaragua un acuerdo de reciprocidad. Mas, debido a la situación interna de Nicaragua, las negociaciones tuvieron que ser suspendidas [19].

En 1893, el gobierno de Guatemala, a través de su Embajador en Estados Unidos, Antonio Lazo Arriega, solicitó a Japón la firma de un tratado, poniendo como condición el envío por parte de Japón de emigrantes para trabajar en las plantaciones de café. El gobierno japonés, si bien conocía la necesidad de un estudio previo acerca de las

[19] Nihon Gaiko Monjo 25-kan, pp. 55-64, 64 ad, ibid., 26-kan, pp. 89-96. El agregado japonés en Estados Unidos, Akabane Shiro, representante del embajador, calificó esta negociación como «caso de prueba», para conseguir la reforma del tratado con una potencia occidental.

condiciones de trabajo en ese país, optó por seguir las negociaciones para el tratado. Mientras se negociaba éste, dos representantes del gobierno guatemalteco en Estados Unidos, llegaron a Hawai y, junto con un representante japonés, tramitaron un contrato para el envío de 150 japoneses residentes en Hawai con destino a Guatemala. Ante esta iniciativa surgieron críticas por parte de los japoneses en Hawai y por parte de los patrones. Además, se informó que los japoneses enviados a Guatemala estaban siendo maltratados y escapaban a México. A pesar de ese incidente, el gobierno japonés llevó adelante sus negociaciones para firmar el contrato con Guatemala. Esta actitud del gobierno japonés también debe relacionarse con la intención que empezaba a mostrar de dar inicio a la actividad comercial e industrial con Centro y Suramérica [20].

También se vio la posibilidad de entablar negociaciones para la firma de un tratado con Honduras y Costa Rica, ya que existía demanda de fuerza laboral en los países mencionados.

Casi al mismo tiempo, se iniciaron las negociaciones con Brasil, que iba a convertirse en el país con la mayor colonia de emigrantes japoneses en América. Los primeros contactos con Brasil se hicieron en 1880, pero casi no se tomaron en cuenta [21]. En 1892, se permitió la entrada de inmigrantes chinos y japoneses, fundándose la Compañía Metropolitana de Emigrantes. En enero de 1893, varios empleados de dicha compañía se establecieron en Hong Kong. El tratado con Japón se firmó en 1895. Aparte, los emigrantes procedentes directamente de Japón, hubo también japoneses residentes en Hawai que decidieron trasladarse a Brasil [22].

Puede verse claramente, mediante los ejemplos arriba mencionados, que el gobierno japonés, conocedor del problema de falta de mano de obra en algunos países de Centro y Suramérica, trató de utilizar esa necesidad para conseguir la reforma de tratados con las potencias occidentales, con el objetivo además de ampliar su actividad industrial y comercial en esa región. De esta forma, aspiraba a ultimar negociaciones y acuerdos para mantener relaciones comerciales y diplo-

[20] *Ibidem*, 26-kan, pp. 97-100. 27-kan, pp. 244-250, 947.

[21] *Ibidem*, 13-kan, p. 97.

[22] *Ibidem*, 27-kan, pp. 294-302, 30-kan, pp. 109-111, 31-kan, pp. 668-672, 38-kan, p. 528.

máticas con esos países. Por lo tanto, la mano de obra emigrante resultó —aún sin saberlo los propios emigrantes— un arma que el gobierno japonés utilizó hábilmente para conseguir la adquisición de derechos y prerrogativas en Centro y Suramérica.

Por aquel entonces, en Japón se empezó a debatir el problema demográfico, pues la población aumentaba rápidamente. Al mismo tiempo, se fundaron varias compañías de transporte marítimo, así como agencias de emigración que invertían su capital con el pretexto de dar solución al problema demográfico y aumentar la presencia del Imperio japonés en el extranjero. Así, el movimiento de emigrantes japoneses estaba en camino de realizarse. No debemos olvidar que en 1894, Japón consiguió la reforma de los tratados desiguales y que en 1897, se terminaron las firmas de nuevos tratados con las potencias.

Envío de emigrantes

En 1897, los colonos *Enomoto* partieron con destino a México. Se trataba de un grupo organizado por una Asociación para la colonización: *Shokumin Kyokai,* la cual tenía características diferentes a las compañías de emigración que se crearían más tarde. La primera emigración japonesa en régimen auténticamente colectivo, a Centro y Suramérica, tuvo lugar en 1899: 790 emigrantes fueron contratados para trabajar en las plantaciones de cañas de azúcar en Perú por medio de Morioka Makoto. En 1901, la compañía intermediaria de emigración *Kumamoto* gestionó el envío por contrato de un grupo de emigrantes japoneses para las minas de carbón de México. El destino de los emigrantes experimentó un cambio debido a que se trataba de evitar caer en el ámbito del movimiento antijaponés producido en Norteamérica.

Resulta interesante relacionar los brotes del sentimiento antijaponés con el creciente «temor» a la raza amarilla, en la fase última de la guerra ruso-japonesa y, especialmente, cuando Japón alcanzó la victoria. Fue precisamente en ese periodo cuando el movimiento antijaponés adquirió mayor virulencia. Al año siguiente, en 1906, se produjo ya una discriminación hacia los niños japoneses por parte del Comité de Educación en San Francisco. Por su parte, el Ministerio de Justicia, dio orden de denegar las solicitudes de nacionalización a los japoneses. En 1907, fue aprobada una ley que prohibía a los japoneses poseer tie-

rras en California. Esta ley fue suprimida por decisión del gobierno Roosevelt; pero el movimiento antijaponés en San Francisco fue haciéndose cada vez más violento. Ante esa situación, el presidente de la compañía *Kokoku Shokumin,* Mizuno Ryo, se dirigió a Brasil en 1906 para tratar de hacer un contrato con vistas a la emigración. Y en noviembre de 1907, se firmó entre Japón y el estado de São Paulo, un contrato para la emigración de 3.000 japoneses.

Después de llegar al acuerdo para la firma del tratado Lémieux en diciembre de 1907, se firma en febrero de 1908 el acuerdo *Shinshi Kyotei* (Gentlemen's Agreement) entre Estados Unidos y Japón. En abril de ese mismo año, salió del puerto de Yokohama a bordo del *Kasato Maru* el primer grupo de emigrantes a Brasil. El número de emigrantes a este país iría en aumento, ya que a finales de la década de los años 1920, emigraron más de 10.000 japoneses al año; en 1933 y 1934, el número sobrepasó los 20.000. Brasil se convirtió así en el país al que mayor número de japoneses emigró en los años de antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Debido a que la primera emigración colectiva japonesa a Perú no dio los resultados que se esperaban, se decidió suspenderla por un tiempo. Posteriormente se reiniciaron y hasta 1923, último año en que se efectuaron dichas emigraciones, entraron en el país más de 18.000 japoneses (en esta cifra no están incluidos los emigrantes libres). Además, aún después de 1924 continuaron llegando emigrantes mediante el sistema *yobiyose* hasta 1936, año en que se prohibió definitivamente la emigración. A partir de esta época es cuando se registra el índice más bajo, ya que sólo 40 japoneses entraron en Perú (media anual) y con un máximo de 1.000 al año. Por otra parte, la emigración colectiva hacia México se suspendió en 1907.

Otros países de emigración directa en el periodo de antes de la guerra fueron Cuba, Argentina, Paraguay. Algunos emigrantes no se quedaban en el país donde emigraban sino que se trasladaban a otros países: por ejemplo, de Perú a México, Bolivia y Panamá; otros se trasladaron de México a Ecuador, Brasil, Chile o Argentina. Desde México hubo muchos que pasaron clandestinamente a Estados Unidos o Cuba; otros se trasladaron de Brasil a Argentina. Debido a este movimiento migratorio es muy difícil saber con certeza el número exacto de emigrantes en cada lugar. Los países que pueden investigarse por documentos fidedignos son: Perú, México, Brasil y Cuba, en los cuales se efectuó la emigración colectiva por contrato. Con respecto a los demás

países, se podría averiguar investigando el número de pasaportes expedidos para cada lugar, pero debido a la migración interna una vez alcanzado el primer destino de emigración, sería imposible conocer con exactitud el número real de emigrantes efectivamente asentados en cada país.

Del fenómeno *dekasegui* al establecimiento fijo de emigrantes

La mayor parte de las emigraciones colectivas del primer periodo consistía en obreros por contrato o «braceros», los cuales se dedicaban a trabajar en plantaciones de caña y de café. Esta característica se debe fundamentalmente a la intención de los emigrantes en régimen de *dekasegui*, de conseguir ingresos elevados en el menor tiempo posible.

Para alcanzar su objetivo, se cambiaban frecuentemente de lugar. Por supuesto, por ser emigrantes por contrato, se les obligaba a permanecer fijos en las zonas de cultivo y aquellos que intentaban escapar eran arrestados y obligados a volver. Este caso se produjo especialmente en el primer periodo. Pero en aquellos cultivos donde las condiciones o el trato no eran buenos, no se les obligaba tanto a que permanecieran. Muchos de ellos, a través de informaciones obtenidas de otros japoneses, se trasladaban frecuentemente de uno a otro cultivo y con el dinero que ganaban y los ahorros que hubieran conseguido, comenzaban a arrendar pequeñas extensiones de terreno para realizar sus propios cultivos y se independizaban. También algunos se trasladaban a la ciudad para emplearse en oficios domésticos o se convertían en obreros asalariados. No fueron pocos los que con un escaso capital, ahorrado con esfuerzo, comenzaron negocios tales como tiendas, peluquerías, establecimientos de comestibles, tintorerías, restaurantes, etc.

Entre ellos, hubo algunos que obtuvieron gran éxito en dichos negocios. Este fenómeno no se vio solamente en Centro y Suramérica, sino también en Norteamérica. Como es lógico, la situación y las condiciones sociales y económicas de cada país influían decisivamente en la forma en la que progresaban los emigrantes. Ya se trata en el próximo capítulo más detalladamente pero, en resumen, si nos fijamos por ejemplo, en el caso de Perú, donde era muy difícil obtener terreno propio por hallarse concentrados los cultivos a lo largo de la costa, los emigrantes no permanecían en el campo, sino que mostraban una fuer-

te tendencia a establecerse en la ciudad. En cambio, en Brasil, en donde no era tan difícil adquirir terreno propio, los colonos, cuando reunían algunos ahorros, compraban tierras y se dedicaban por su cuenta a la agricultura. En Argentina, donde los salarios eran relativamente altos, los emigrantes japoneses trabajaban en las ciudades algunos años para conseguir ahorrar capital suficiente y adquirir la experiencia necesaria para fundar sus propias empresas. Éstos son quizá uno de los puntos más relevantes en las diferentes tendencias según las condiciones de cada país. Es más, también influía el periodo del tiempo en que se realizara la emigración y la zona de destino. Por eso, en el caso de Brasil, llega una época en que se advierte la tendencia migratoria del campo a la ciudad.

En el caso de México, debido a que los emigrantes japoneses tenían la aspiración de entrar a los Estados Unidos, aunque fuese clandestinamente, se produjo una tendencia a concentrarse en la zona cercana a la frontera. Por otro lado, los que entraron en la parte sur, demostraban cierta tendencia a establecerse con carácter fijo. Es decir, que aún dentro de un mismo país, existieron movimientos diferentes de los emigrantes japoneses de unas zonas a otras, según las circunstancias y los objetivos que allí les hubieran llevado.

Periodo de restricciones a la entrada de emigrantes en Estados Unidos y de ayuda a los emigrantes hacia América del Sur

Fomento económico a los emigrantes y establecimiento de colonias japonesas

En medio de circunstancias desfavorables, el gobierno japonés intentaba controlar el movimiento emigratorio y en 1917 funda la *Kaigai Kogyo Kabushiki Kaisha* que, bajo la supervisión directa del gobierno, tenía la misión de liquidar y absorber al resto de las compañías de emigración, objetivo conseguido en 1920 cuando la Kaigai Kogyo incorporó la última compañía privada de emigración, la *Morioka Imin Goshi Kaisha.*

La Kaigai Kogyo empezó a prestar servicios a los emigrantes en 1918 y a realizar propaganda para estimular el movimiento emigratorio. Al terminar la guerra, se produjo un empeoramiento de la situación económica japonesa. El gobierno decidió dar ayudas económicas

para el viaje de emigrantes a Brasil, ampliando luego la ayuda hasta cubrir los costes de preparación del viaje.

En esa época se plantea por primera vez el proyecto de establecimiento de «colonias japonesas» por medio de inversiones de los capitalistas japoneses. Éstos comprarían los terrenos que, a su vez, venderían a los emigrantes [23]. El fuerte movimiento antijaponés en América del Norte y los problemas sociales y demográficos obligaron al gobierno a tomar cartas en el asunto, en estrecha colaboración con los capitalistas y esta iniciativa se llevó a cabo con éxito en países como Brasil, donde se llegaron a establecer colonias estables que alcanzaron cierta prosperidad.

Discriminación y matrimonios mixtos

En América Central y del Sur no existía tanta discriminación hacia los japoneses como en Norteamérica, dándose muchos casos de matrimonios entre japonés y nativa pero, en esos casos, las nativas solían ser mestizas, descendientes de padre blanco y madre indígena. Los japoneses tenían al parecer cierto prejuicio negativo especialmente hacia los negros y los indígenas americanos. Era patente que los japoneses trataban con discriminación a negros e indios. Por otro lado, en Estados Unidos, los japoneses mostraron desde el principio gran interés en las mujeres norteamericanas (ver documentos de la delegación japonesa de finales del shogunato); en estos casos los primeros emigrantes japoneses no eran considerados como posibles candidatos por parte de las mujeres de origen europeo; los varones japoneses sentían a su vez complejo de inferioridad y sólo unos pocos se aproximaban a las mujeres occidentales o aspiraban a contraer matrimonio con ellas.

Esta tendencia se observa aún en la segunda y tercera generación de emigrantes. En la actualidad tampoco ha cambiado mucho ese

[23] Aunque ya desde 1890 surgieron opiniones contrarias a la emigración de japoneses al extranjero como mano de obra, se recomendaba establecer colonias japonesas para explotación de terrenos sin roturar. Pero resultaba difícil conseguir capital japonés para dichos proyectos en América.

fenómeno[24]. Por otro lado hubo países, como Argentina, donde se dieron casos de matrimonio mixto entre varones japoneses y mujeres de origen europeo.

Restricciones a la emigración japonesa en América del Sur

Las inmigraciones colectivas por contrato a Centro y Suramérica, se inician después de la firma de los correspondientes tratados de Amistad y Comercio con los gobiernos de aquellos países donde había demanda de mano de obra. Así, el gobierno japonés podía imponer sus condiciones a los gobiernos de los países que solicitaban la participación de mano de obra japonesa. Estas condiciones se referían a las condiciones de trabajo, a la obligación del pago del transporte de los emigrantes, al pago de salarios, etc. Sin embargo, al terminar la Primera Guerra Mundial, con la aparición de una depresión económica a nivel mundial, la demanda de emigrantes disminuyó notablemente y el movimiento antijaponés fue adquiriendo un matiz cada vez más violento. En Japón, la depresión económica se sumó al problema demográfico, cada vez más acuciante. Por ello, el gobierno en su deseo de avanzar positivamente en la empresa emigratoria y conseguir hacerla florecer eficazmente, decidió unificar las agencias de emigración y contribuyó con ayudas para cubrir los gastos de transporte. También fue el gobierno el que impulsó el envío de emigrantes, especialmente a Brasil, comprando la tierra para colonias japonesas con el dinero de los capitalistas japoneses.

Al mismo tiempo, a partir de 1932, se fomentó en Japón el avance militar hacia China, en especial en la región de Manchuria. Se impulsó el número de emigraciones colectivas de agricultores a Manchuria y disminuyó la importancia que había tenido América hasta entonces. En esa época, con el rechazo y el miedo que suscitaba el militarismo japonés, varios países americanos experimentaron brotes nacionalistas; por todo ello aumentaba el sentimiento antijaponés. En

[24] Gene Oishi, *In Search of Hiroshi*, Tokio, 1988. (Edición japonesa: *Hikisakareta Identity*, Tokio, 1989), Wagatsuma Hiroshi, *Henken no Kozo: Nihon Jin no Jinshu Kan*, Tokio, 1967.

1934, el gobierno brasileño publicó una ley restringiendo la entrada de los emigrantes japoneses. En Perú, ya en 1923, se suspendió la entrada de los emigrantes japoneses excepto los de tipo *yobiyose*.

En algunos países las restricciones no se limitaban sólo a la entrada de los emigrantes, sino también a sus actividades comerciales y sociales.

Periodo de suspensión de traslados (1941-1952)

Sin embargo, Japón, al alinearse junto a los países del Eje y participar en la guerra del Pacífico en 1941, provocó que varios países de Centro y Suramérica, entonces bajo influencia norteamericana, le declararan la guerra. En algunos países, como en el caso de Estados Unidos y de Canadá, los japoneses fueron encerrados en campos de concentración. Muchos japoneses que poseían bienes y posición, sufrieron grandes pérdidas al ser despojados de sus pertenencias. Pero, debido a las diferencias políticas y diplomáticas entre Estados Unidos y los países de Centro y Suramérica, el trato hacia los japoneses fue desigual según el país. Es importante hacer notar que, aunque estas medidas las impuso Estados Unidos por el peligro que representaban el imperialismo y el expansionismo japonés, el propio aumento del nacionalismo en cada país estimulaba el sentimiento antijaponés en el pueblo y en el gobierno, lo cual les llevó a tomar algunas medidas radicales en contra de los emigrantes japoneses.

Al caer derrotado en la guerra del Pacífico en 1945, Japón quedó sometido al dominio y control del Ejército Aliado. Con la destrucción causada por la guerra y la desmovilización de más de seis millones de soldados, el país entró en una profunda crisis agravada por la escasez de alimentos, pero como Japón había perdido la independencia, no podía plantearse la emigración como una posible solución. Quizás no haya habido en toda la historia de Japón otro periodo más propicio para la emigración al extranjero, pero en ese momento el gobierno japonés no habría podido ponerla en práctica. Sin embargo, no se tardó mucho en empezar a considerar dicha posibilidad como una realidad.

Al otro lado del mar, al ver la difícil situación en que se encontraba su patria, los japoneses residentes en los países americanos empezaron a hacer gestiones para intentar conseguir el permiso de las au-

toridades de sus países respectivos para la entrada de sus familiares por medio del yobiyose, y enviando ayuda económica y material.

Había también cierto número de jóvenes japonesas, casadas con los soldados de ocupación, que emigraron a Estados Unidos y Canadá. Se las llamaba *Senso Hanayome* o novias de guerra. Éstas solían mantener muy poca relación con los emigrantes japoneses que habían arraigado allí previamente.

Reanudación de las emigraciones

Periodo de reanudación de las emigraciones a América (1953-1965)

A principio de los años cincuenta, cuando estalló la guerra de Corea, se empezó a vislumbrar la posibilidad de una recuperación económica. A ello contribuyó sobre todo el cambio en la política de Estados Unidos con respecto a Japón, debida al inicio de la guerra fría con la Unión Soviética, con lo cual Japón pasó de enemigo vencido a firme aliado de Estados Unidos. Influyeron también notablemente los pedidos de material para las tropas americanas destinadas en Corea. En 1952, Japón recuperó su independencia con la firma del tratado de Paz de San Francisco. Esto abrió las puertas a la reanudación no sólo de la entrada de emigrantes japoneses a Estados Unidos sino de emigraciones colectivas a Centro y Suramérica. La posibilidad de fomentar la emigración ya se venía estudiando de forma reservada por parte del gobierno desde el inicio del periodo de ocupación, como forma de dar solución al problema de la superpoblación y de la escasez de alimentos.

Por su parte, los japoneses que habían emigrado al Continente Americano, al no tener lugar adonde regresar tras la derrota de Japón en la guerra, se vieron obligados a quedarse en el país de residencia, y al conocer la grave situación que atravesaba Japón después de la guerra, invitaban a sus parientes y amigos a emigrar, encargándose de gestionar los permisos necesarios en cada país para su entrada como emigrantes. Además, para resolver los problemas de desempleo de la posguerra, el gobierno japonés puso en marcha un programa de colonialización colectiva. Para su realización, inició la fundación de colo-

nias japonesas en países latinoamericanos como Brasil, Argentina, Colombia, Bolivia y República Dominicana. En muchos casos, sin embargo, estos proyectos no llegaron a tener éxito. Unas veces por falta de conocimientos y de investigación del lugar; otras, por falta de capital, etc.

En 1952, el gobierno japonés obtuvo permiso para enviar emigrantes a la zona del Amazonas, y al final del mismo año salieron hacia allá 17 familias (54 personas) en una operación gestionada por la *Amazonia Sangyo Kabushiki Kaisha* (Compañía Industrial del Amazonas). En 1954, se fundó la *Kaigai Kyokai Rengo Kai*, o Federación de Asociaciones de Actividades en el Extranjero, que existían ya en varias provincias. En 1955 se fundó la *Nihon Kaigai Iju Shinko Kabushiki Kaisha* (Japan Emigration Promotion Compañía limitada) que, bajo la dirección del gobierno japonés, se encargaba de efectuar el reclutamiento de los emigrantes, de investigar la posibilidad de establecer colonias japonesas, de comprar la tierra colonizable y de venderla por parcelas a los emigrantes, etc. En esta época se gestó cierta rivalidad entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Ministerio de Agricultura y Silvicultura, y el Ministerio de Trabajo y el Ministerio de Comercio e Industria sobre la división de sus competencias en materia de emigración [25].

Con todo, en 1958 el Ministerio de Asuntos Exteriores publicó un plan de emigración a largo plazo para «ofrecer la oportunidad de emigración al segundo o tercer hijo, cuyo número va aumentando cada año», diciendo: «es preciso colaborar, para cumplir el plan de emigración como una política de Estado» Dicho ministerio planificó la salida de 101.000 japoneses en cinco años: desde 1959 hasta 1963 [26]. Por otro lado, en febrero de 1960, la *Kaigai Iju Shinko Kabushiki Kaisha* publicó otro plan aún más ambicioso, que abarcaba el envío de 375.000 a Paraguay y al Amazonas. En 1927 se abrió una investigación sobre la posibilidad de colonización en dichas regiones y en 1928 se fundó la *Nanbei Takushoku Kabushiki Kaisha* (Compañía Colonizadora Suramericana), la cual abrió en seguida una sucursal en Brasil, la Compañía

[25] Ishihara Haruyoshi, *Sengo Kaigai Nogyo Iju no Shokan to Kiko*, Tokio, 1965. Wakatsuki Yasuo, *Kaigai Iju Seisaku Shi Ron*, Tokio, 1975, pp. 705-730.

[26] *Ibidem*, pp. 104-107.

Nipponica de Plantaçâo do Brasil. La misma compañía fundó la Colonia Acará y otras en la región de Montealegre. En la Colonia Acará, se establecieron 187 familias (1.037 personas) en 1939. Por otro lado, en 1933 la Amazonia Sangyo Kenkyujo, inició la explotación de las regiones de Amazonas.

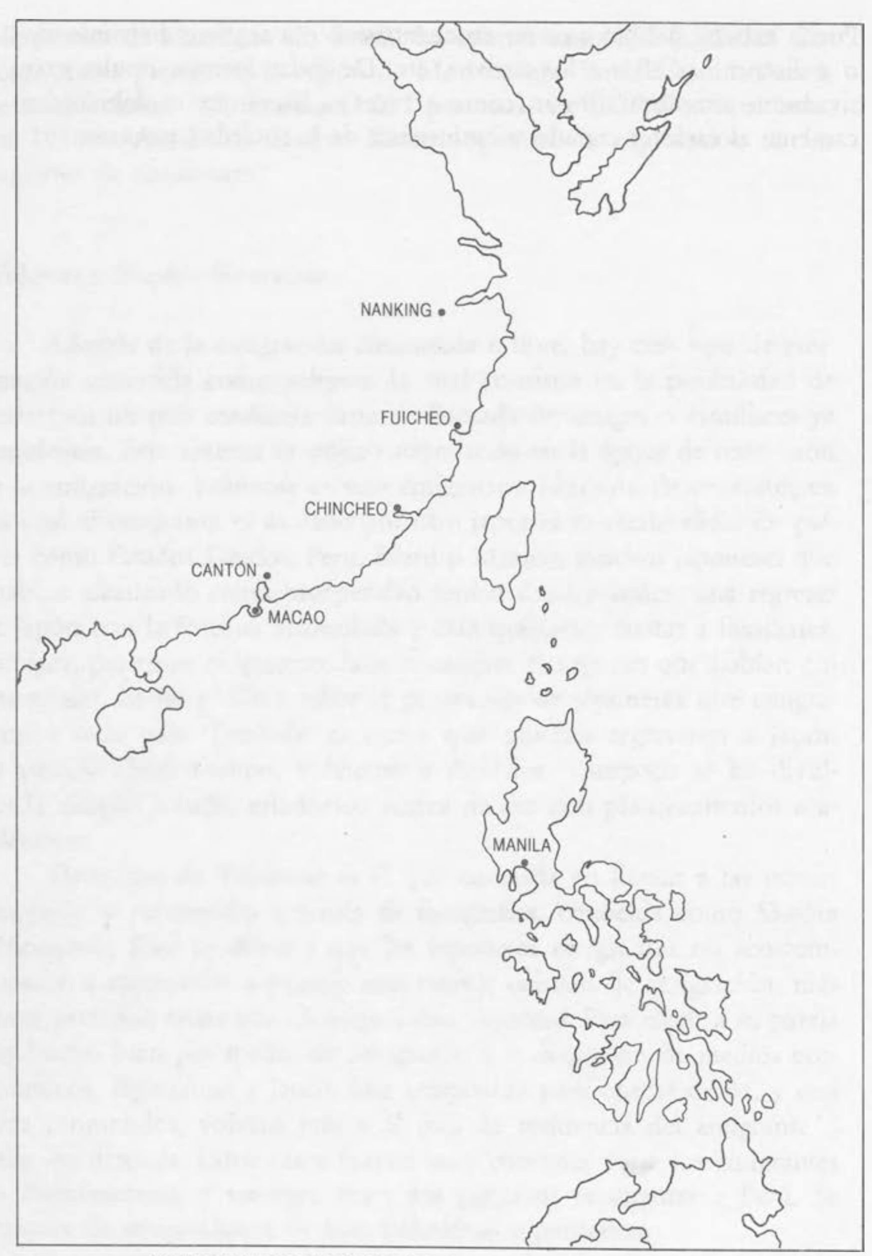
Yobiyose y Shashin Hanayome

Además de la emigración contratada o libre, hay otro tipo de emigración conocida como *yobiyose*, la cual consistía en la posibilidad de entrar en un país mediante carta de llamada de amigos o familiares ya residentes. Este sistema se utilizó sobre todo en la época de restricción a la emigración. Yobiyose es una emigración libre, no de contrato, en la cual el emigrante es avalado por otro japonés ya establecido. En países como Estados Unidos, Perú, Brasil o México, muchos japoneses que habían alcanzado cierta prosperidad tenían dos opciones: una regresar a Japón con la fortuna acumulada y otra quedarse, invitar a familiares, amigos, parientes o «prometidas», y ampliar el negocio que habían comenzado. Es muy difícil saber el porcentaje de japoneses que emigraron a cada país. También es cierto que muchos regresaron a Japón y pasado algún tiempo, volvieron a América. Tampoco se ha divulgado ningún estudio estadístico acerca de eso con planteamientos académicos.

Otro tipo de Yobiyose es el que consistía en llamar a las novias formales o prometidas a través de fotografías, conocida como *Shashin Hanayome*. Esto se debía a que los japoneses emigrantes no acostumbraban a contraer matrimonio con nativas del país de emigración; más bien preferían tener por cónyuge a una japonesa. Para elegir a su pareja lo hacían bien por medio de fotografías o si disponían de medios económicos, regresaban a Japón una temporada para buscar novia, y una vez prometidos, volvían juntos al país de residencia del emigrante o ella iba después. Estos casos fueron muy comunes entre los emigrantes a Norteamérica, y también entre los primeros emigrantes a Perú. Se trataba de emigraciones de tipo individual o particular.

Las razones por qué los japoneses no elegían como esposa a mujeres de esos países son diversas y dependen del caso y de la época.

Puede haberse debido a cierto etnocentrismo o a sentirse discriminados o a discriminar ellos a los nativos, etc. De todas formas, resulta excesivamente simplista afirmar (como a veces se hace) que es debido únicamente al carácter cerrado y exclusivista de la sociedad japonesa.



ITINERARIO ORIENTAL DE JUAN DE MENDOZA (1583)

Capítulo III

AMÉRICA Y LOS JAPONESES

ESTADOS UNIDOS Y LOS JAPONESES

Los primeros japoneses

Muragaki Norimasa (1813-1880), viceembajador japonés en Estados Unidos, visitó un observatorio astronómico y contempló con emoción la luna a través del telescopio, así como Júpiter y los anillos de Saturno. Después comentó que

> tenía varias preguntas que hacer, pero aún por medio de intérprete sólo entendí el 10 ó el 20 por ciento de lo que me explicaron. La tecnología de medición debe ser su especialidad y si hubiera voluntarios que viniesen a aprenderla, sacaríamos mucho provecho [1].

Así, aunque con cierta irritación al no poder satisfacer su curiosidad por falta de comunicación idiomática, Muragaki pensaba ya en el futuro de su país y en el envío de estudiantes a Estados Unidos. Las palabras de Muragaki reflejaban con exactitud la actitud de su gobierno. Así, tanto el shogunato como el gobierno Meiji que le sucedió, estaban haciendo todo lo posible para invitar a la élite intelectual y científica internacional, con el fin de educar a los japoneses y, al mismo tiempo, estimulaban los viajes de estudio al extranjero de los jó-

[1] Muragaqui Norimasa, «Kokai Nikki», *Man'en Gan'nen Dai Ichi Kenbei Shisetsu Nikki*, Tokio, 1977, pp. 140-141.

venes japoneses a fin de que aprendieran las ideas y tecnologías occidentales. Aparte de los enviados oficiales, había gente que, por su cuenta, se embarcaba como polizón en algún barco y emigraba. Asimismo, en la zona residencial reservada a los extranjeros, algunos japoneses empleados suyos, acompañaban a sus patrones a América y hubo casos de artistas contratados por empresarios extranjeros para una gira por América.

1866 fue el año en que el shogunato permitió por primera vez a sus súbditos viajar al extranjero para estudios o comercio [2] pero, como ya se ha mencionado, con anterioridad se habían enviado ya seis misiones a América y Europa. En esta época el control del shogunato se hallaba ya bastante debilitado y los *Daimyo* (señores feudales) de Satsuma y de Choshu –que posteriormente jugarían un importante papel en la Restauración Meiji– empezaron a enviar estudiantes al extranjero en busca de nuevos conocimientos, violando la prohibición de salir de Japón que todavía se hallaba en vigor. En 1863, Choshu organizó una expedición a Inglaterra. Entre los que participaron en ella, figuraban destacados personajes como Ito Hirobumi (1841-1909) e Inoue Kaoru (1835-1915). En 1864, Niijima Shimeta (Jo) (1843-1890) viajó ilegalmente a América por su cuenta. En 1865 unos estudiantes de Satsuma, emigraron como polizones. Entre ellos iba Godai Tomoatsu (1835-1885) y Terajima Munenori (1833-1893). Para muchos, el punto preferido de destino era Europa, sobre todo Inglaterra y Francia. Pero Niijima se dirigió a América directamente. Algunos de los estudiantes de Satsuma en Europa visitaron Estados Unidos en el verano de 1866. Fueron presentados y bien recibidos por Thomas L. Harris que administraba una finca de viñedos cerca de Nueva York, al tiempo que se dedicaba al estudio de la religión, reuniendo a su alrededor un buen número de jóvenes. En 1867, Harris visitó Inglaterra y, a su regreso, le acompañaron tres muchachos japoneses de Satsuma que deseaban ir a América: Mori Arinori (1847-1889), Samajima Hisanobu (1845-1880) y Nagasawa Kanae (1852-1934). Siguiendo los consejos de Harris, Mori y Samejima regresaron a Japón, en un periodo de grandes cambios, en el que los conocimientos obtenidos en el extranjero les permitieron jugar

[2] 25-6-1866, Kaizei Yakusho cap. 10, «Sakae Tsunoyama», *Nihon Ryoji Hokoku no Kenkyu*, Tokio, 1986. p. 45.

un importante papel en el campo de la educación y de la diplomacia, respectivamente. El menor de los tres, Nagasawa, siguió a Harris a California para ayudarle en el desarrollo y administración de la hacienda. A la muerte de Harris, cultivó una finca de viñedos aprovechando mano de obra china y montó una bodega de vino. Fue pionero en el cultivo de viñas en California y se le llamó «el rey de las viñas» [3].

En 1866 el shogunato levantó la prohibición de salida al extranjero de los japoneses, que se había mantenido en vigor durante más de doscientos años y autorizó la salida de sus súbditos para estudios o por estar al servicio de algún extranjero. A los extranjeros se les permitía emplear japoneses para su servicio en Japón y posiblemente ya hubo casos de salidas ilegales de japoneses al extranjero. A partir de 1866, se hizo posible, para los extranjeros residentes en Japón, la utilización de mano de obra barata japonesa. Por otro lado, los japoneses empezaron a poder salir legalmente al extranjero. Sin embargo, todavía no les era posible a los japoneses salir a trabajar al extranjero. La mayoría de los empleos que realizaban los japoneses al emigrar eran como sirvientes o marineros. Cinco años después, un artículo del *Yokohama Mainichi Shimbun*, en su edición del 24 de septiembre de 1871, dice:

> Se están empleando muchos japoneses en los barcos americanos. Hasta hace unos años, se habían empleado muchos chinos. Sin embargo, como los japoneses trabajan con menos sueldo que los chinos, actualmente los japoneses son mayoría [4].

Como caso anecdótico, cabe mencionar el de unos japoneses que realizaron una gira en América como miembros de un circo.

Fukuzawa Yukichi (1835-1901), que estuvo en Nueva York en 1867 con el encargo de comprar un buque de guerra para el shogunato, anotó en su diario, el 4 de mayo, que había visto a unos artistas japoneses en un espectáculo y que, al día siguiente, ese artista había ido a visitarle [5]. Takahashi Korekiyo (1854-1936) cuando cruzaba el Pa-

[3] «Zaibei Nihonjin Kai Jiseki Hozon Bu», *Zaibei Nihonjin Shi*, San Francisco, 1940, pp. 10-27.

[4] «Yokohama Mainichi Shinbun», *Meiji 4-nen 9-gatsu 24-nichi*. «Vae Tokio, Nichinichi Shinbun», *Meiji 5-nen 7-gatsu 21-nichi*.

[5] Fukuzawa Yukichi, Keio 3-nen Nikki, *Fukuzawa Yukichi Zenshu*, vol. 19, Tokio, 1962, p. 152.

cífico para estudiar en Estados Unidos vio en el barco a unos japoneses contratados como artistas, y a algunos comerciantes.

Así pues, los japoneses llegados a América sin conocimientos del idioma, ni ninguna habilidad especial, ni capital propio, sólo podían aspirar a dedicarse al servicio doméstico o a trabajar en pequeños restaurantes, etc., y aunque fueran casos aislados, quizás contribuyeron a formar la imagen de Japón en Estados Unidos.

La legación de Iwakura

El gobierno Meiji heredó del shogunato los tratados diplomáticos que iban a ser fuente de constantes problemas en las décadas posteriores. Así, una vez en el poder, el gobierno Meiji tuvo que emprender arduas negociaciones para conseguir la revisión de los tratados firmados por el anterior gobierno y que resultaban desiguales y humillantes para Japón. La primera misión enviada con el fin de negociar la revisión de los tratados y, al mismo tiempo, recoger todo tipo de información referente a política, economía, cultura y enseñanza fue llamada *Iwakura Shisetsu* o misión Iwakura. Esta misión visitó Estados Unidos y Europa entre 1871 y 1872, y dejó una gran cantidad de informes y documentos, preparados con ayuda de los estudiantes japoneses residentes y de intérpretes e informadores. Algunos de los miembros enviados en la misión se quedaron en los países visitados en calidad de estudiantes becados por el gobierno. Kume Kunitake (1839-1931), el archivero de la misión que después llegó a ser profesor de historia en la Universidad Imperial de Tokio, y a quien se considera fundador de la corriente investigadora de la historia moderna de Japón, escribió un libro titulado *Tokumei Zenken Taishi Beio Kairan Jikki*, en el que se hallan registradas las actividades de la misión en los países visitados, así como el relato de sus observaciones y experiencias. Atravesando el Pacífico, desembarcaron en los Estados Unidos, dirigiéndose a la costa este por medio del ferrocarril transcontinental, recién inaugurado. Desde allí cruzaron el Atlántico con destino a Europa. El informe de Kume muestra la imagen de los Estados Unidos tal como él la percibió. En primer lugar, constató la realidad de que el país estaba formado por emigrantes. En el resumen sobre el país, dice:

> Desde 1820 a 1870, es decir, durante 51 años, inmigraron 7.500.000 personas, la mayoría de ellos ingleses y alemanes. Desde la fundación del país se han ido importando esclavos negros precedentes de África y su número alcanza una séptima parte de la población del país. También hay indios, y en la región oeste se han asentado inmigrantes chinos que se utilizan como mano de obra. Cabe decir que hay de todas las razas [6].

En el capítulo sobre San Francisco, dice que la costa oeste carece de mano de obra y el precio es caro, mientras que Asia y Oriente tienen mucha población y la mano de obra es barata.

> Si exportásemos productos desde Oriente, bajarían los precios en San Francisco lo cual sería beneficioso para ambos continentes, América y Asia [7].

Habla también aquí de la introducción de productos asiáticos en la costa oeste americana, y que ello podría ampliarse a la introducción de mano de obra. En efecto, el movimiento de emigrantes chinos hacia la zona se había convertido en una gran corriente. Kume lo sabía y escribía lo siguiente:

> Desde un principio, los chinos procedentes de Shin que arribaron a San Francisco llegaron con la idea de trabajar en la extracción de oro y muchos de los que emigraron volvieron a su país con fortuna. A continuación, muchos otros vinieron atraídos por esa fama... Aún ahora, viven 48.319 chinos y en San Francisco existe una zona delimitada donde reside la población china, llamándosele por eso «barrio chino». Aparte de los que viven en dicho barrio, otros se hallan dispersos por las afueras y se dedican al cultivo de cereales, verduras y frutas en régimen de arriendo o aparcería y también hay quienes trabajan como empleados en las fábricas. Todos son de Kwangtung y Fukien, muy trabajadores y resistentes a las dificultades. Aunque se les paguen sueldos bajos, en cinco o seis años ahorran varios miles y algunos se establecen, comprando terrenos y casa, mientras otros

[6] Kume Kunitake, Tokumei Zenken Taishi Bei-o Kairan Jikki, Tokio, 1977 (versión original: Tokio, 1878), vol. 1, p. 69.
[7] *Ibidem*, pp. 106-107.

> vuelven a su país con la fortuna que han acumulado. No existe ningún barco correo del Pacífico que no transporte de 300 a 400 chinos en los camarotes de tercera clase. El carácter de los chinos es ahorrador y tacaño y no hacen nada para cambiar sus hábitos. Aun viviendo en esta provincia, siguen peinándose con la trenza o coleta al estilo chino y se visten también con ropa de su país. Se proveen de los artículos de uso diario haciéndoselos enviar desde su país... Siempre hay mucha gente que regresa a China con sus ahorros. Estimando la suma aproximada, cada año se envían más de 10 millones de dólares. Además, esto priva de trabajo a los americanos, por lo tanto protestan y tratan de prohibir la entrada de los chinos, pero es un hecho que no puede evitarse... El sueldo que cobran es bajo: son muy trabajadores, aguantan bien la suciedad y son cómodos como mano de obra para los patrones... Pero, resulta que han quitado su trabajo a los blancos y éstos se sienten frustrados. Al fin, se ha llegado al extremo de tomar la decisión de expulsarles. El gobierno de la provincia discutió la propuesta, pero resultó que según las leyes de la república ese hecho no sería admisible. En cuanto a los empresarios, sería un perjuicio para sus negocios, así que no se ha llevado a cabo [8].

Aunque la cita ha sido larga, creemos que tiene importancia para orientarnos acerca de la relación posterior entre japoneses y americanos. Kume realizó observaciones esenciales sobre los inmigrantes orientales en América. Apuntó claramente que la mano de obra barata que se proveía desde los países orientales, habría provocado problemas de paro entre los blancos pero, debido a la necesidad que tenían los empresarios de una mano de obra fiable y barata, el movimiento que preconizaba la expulsión de los chinos (impulsado por la clase obrera), no podía tener un efecto inmediato. También menciona, que según la Constitución, no se permitía dicha expulsión. Sin embargo, cuatro años después de este informe, concretamente en 1875, América promulgaba la primera ley limitando la entrada al país de delincuentes y prostitutas; siete años más tarde, en 1882, se promulgó la ley de Prohibición de Entrada a los Emigrantes Chinos [9].

Según Kume, uno de los orígenes del movimiento antichino que culminó con la publicación de dicha ley, hay que buscarlo en la falta

[8] *Ibidem*, pp. 112-113.
[9] Kawahara Ken'ichi, *América Imin Ho*, Tokio, 1990, pp. 11-33.

de integración de los chinos en la sociedad americana, la falta de limpieza y el excesivo afán de ahorro que les hacía reducir al mínimo el consumo para poder enviar todo el dinero a su país. Kume no se refiere aquí a la discriminación de raza relacionada con la falta de limpieza y la no integración. Lo más problemático es que él no se da cuenta de que los japoneses también son de Asia y de raza amarilla, igual que los chinos y que, por lo tanto, también los japoneses pueden ser tratados con discriminación y llegar a ser expulsados. Aunque Kume no lo advirtiera entonces, no iba a pasar mucho tiempo sin que los japoneses estuvieran expuestos a los mismos avatares que los chinos [10].

Sobre el indio americano, Kume dice:

> Los indígenas americanos... son marginados... su fisonomía es la que a veces se observa en la gente «intocable» de nuestro país: tienen el color negro amarillento, la nariz y los labios gruesos, y los pómulos salientes [11].

Subraya los parecidos entre los asiáticos (japoneses) y los indios aborígenes y dice que para atravesar el Pacífico desde Asia, podrían haber venido por el estrecho de Bering que se hiela en invierno, aparte que el viento y la mar son propicios [12].

Kume comenta el sistema de educación y dice lo siguiente:

> Como resultado de la guerra entre el sur y el norte, los negros han obtenido por primera vez el derecho a la libertad. Antes, eran utilizados en los trabajos más duros como si fueran toros o caballos y no sabían relacionarse socialmente comportándose como gente estúpida. Aún hoy, los blancos no quieren considerarlos como iguales. Han construido escuelas oficiales para los negros, para que reciban una educación igual a la de los blancos, pero los meten en escuelas diferentes a las de los blancos... Está claro que el color de la piel no tiene

[10] Acerca de la discriminación hacia la «raza amarilla», algunos intelectuales japoneses empezaban a insistir en la diferencia entre los chinos y los japoneses, que no deberían pertenecer a la raza amarilla. Véase, por ejemplo, Taguchi Ukichi, *Nihon Jinshu Ron*, 1895, *Ha Oka Ron*, 1904, *Nihon Jinshu Ron*, 1905, *Teiken Taguchi Ukichi Zenshu*, Tokio, 1927, vol. 2, pp. 477-514.

[11] Kume, *Ibidem*, p. 132.

[12] *Ibidem*, pp. 132-134.

> nada que ver con el conocimiento. Por eso, los grupos de voluntarios no ahorran esfuerzos para fundar escuelas. Tal vez, dentro de veinte años aparecerán negros sobresalientes y quitarán trabajo a los blancos no estudiosos [13].

Aquí hace un comentario bastante optimista acerca de los negros: para el Japón que entonces tenía como meta primordial alcanzar en su desarrollo a América y Europa, equiparándose al resto de las grandes potencias, era imposible aceptar una teoría definitiva acerca de las circunstancias raciales en relación al desarrollo y a la civilización. El objetivo principal de Japón era acumular conocimientos y ponerse al mismo nivel de las grandes potencias e incluso llegar a superarlas. El informe Kume sobre América tiene una gran importancia, pues era la primera vez que alguien con conocimiento directo y experiencia propia sobre América opinaba sobre su sociedad y su cultura, intentando no sólo ofrecer una imagen de América, sino, mucho más importante, orientar por medio del análisis de las razas y población existentes en América, acerca del futuro papel de Japón dentro de la comunidad internacional. A través de sus comentarios, nos ofrece una visión del futuro de Japón. No falta el desánimo, al describir el alto nivel alcanzado por la agricultura americana y compararlo con la agricultura japonesa.

Estudiantes en Estados Unidos

El nuevo gobierno Meiji, desde su subida al poder, estimuló el envío de estudiantes al extranjero. Mori Arinori fue nombrado primer embajador japonés en Washington y para su toma de posesión, viajó acompañado por 18 estudiantes. El estudio en el extranjero representaba la posibilidad de un puesto en el nuevo gobierno, por lo que el estado ponía muchas esperanzas en los estudiantes que enviaba al extranjero. Esta situación ha continuado hasta ahora [14]. El gobierno desarrolló también un programa para invitar a intelectuales y científicos

[13] *Ibidem*, pp. 213, 216.

[14] Matsuzawa Hiroaki, «Samazama na Seiyo Kenbun», *Nihon Shiso Taikei*, vol. 66, Tokio, 1974, pp. 621-679.

americanos y europeos, llamados *Oyatoi Gaikokujin*, para que educaran a los jóvenes japoneses, no sólo en sus estudios sino en su actitud ante la vida. Aparte de estos estudiantes seleccionados por el gobierno, muchos jóvenes fueron a América para estudiar por su cuenta, pero la mayoría acabó buscando trabajo y estableciéndose en la costa oeste de Estados Unidos, mientras que los estudiantes enviados por el gobierno se concentraban en la costa este.

No todos los estudiantes que fueron a Norteamérica antes y durante la reforma Meiji llegaron a funcionarios o profesores de las universidades imperiales. Niijima Jo, por ejemplo, regresó a Japón en 1874 como misionero, después de haber estudiado en la Escuela de Teología de la Universidad de Armust. Hizo grandes esfuerzos para predicar la religión cristiana y propagar su enseñanza a los jóvenes y en 1875 fundó *Doshisha* en Kioto, y en 1877 la *Doshisha Jo Gakko*, o Escuela Femenina Doshisha, con la esperanza de poder convertirlas más adelante en universidades. Niijima estaba en contra del utilitarismo y del racionalismo que se impartía en las universidades imperiales, controladas por el gobierno, y procuró llevar a cabo su actividad educativa basándose en una política con mentalidad cristiana.

Fukuzawa Yukichi realizó varios viajes más a América y Europa pero nunca en calidad de estudiante seleccionado por el gobierno japonés. Tampoco aceptó nunca las invitaciones del gobierno para formar parte del mismo. Se entregó totalmente a la enseñanza, los debates y a las publicaciones periodísticas y bibliográficas. Se dedicó también a la formación de economistas, políticos y de una élite ideológica, a través de su escuela privada abierta en 1858, que se convertiría luego, en 1868, en la Universidad de Keio.

De las cinco primeras estudiantes femeninas que acompañaron a la misión Iwakura a Estados Unidos en 1871, Nagai Shigeda, Yamakawa Sutematsu, Yoshimura Riyoko, Ueda Teiko y Tsuda Umeko (1864-1924), la menor de todas ellas, Tsuda Umeko, que fue a América contando tan sólo ocho años, regresó a Japón después de más de diez años de educación en el Nuevo Continente y desplegó gran actividad en la escuela de mujeres nobles enseñando a las jóvenes de la clase alta. Volvió de nuevo a América para estudiar entre 1889 y 1892, fundando a su vuelta la *Tsuda Ei Gakko* (actualmente *Tsuda Juku Daigaku* o Universidad Tsuda) y se dedicó a mejorar la educación y la situación de las mujeres, aunque mantuvo siempre una cierta distancia con el go-

bierno. Otros jóvenes que estudiaron y trabajaron en América, pudieron a su vez informar acerca de la posibilidad de elegir a Estados Unidos como punto de destino para ir a trabajar (*dekasegui*).

Jiyu Minken Undo y América

Al establecerse el nuevo gobierno Meiji, muchos, ex-samurai quedaron fuera de los círculos de poder, y no se les requirió para ocupar puestos en la política; esta circunstancia produjo un gran descontento entre ellos y, desde el principio, fueron una fuente de inquietud para el gobierno. Éste, a fin de frenar de algún modo el protagonismo y el descontento de los gobiernos provinciales, comenzó a estimular el proyecto de la conquista de Corea señalando como artífice a Saigo Takamori (1827-1877); con ello se pretendía distraer las frecuentes insurrecciones de los agricultores, contrarios al servicio militar, y el creciente malestar de los samurai descontentos. Sin embargo, la misión Iwakura, a su regreso, recomendó conceder prioridad al desarrollo interior, en detrimento de las conquistas exteriores. Los que apoyaban la conquista de Corea en el seno del gobierno dimitieron indignados y comenzaron una campaña en pro de la elección del Congreso por sufragio universal. Este *Jiyu Minken Undo* o movimiento a favor del derecho civil liberal, se creó en 1874 como medio de difusión de sus ideas políticas. El gobierno se opuso frontalmente a este movimiento, promulgando en 1875 el *Shinbunshi Jorei* o Reglamento de prensa, y la *Zanbo Ritsu* o ley Antilibelo, y en 1880 la *Shukai Jorei* o Derecho de Reunión y Asociación. Estas leyes limitaban en extremo la libertad de expresión, de asociación y de reunión.

Paralelamente, se fue formando un movimiento para derrocar al gobierno por la fuerza. Las nuevas leyes que prohibían a los antiguos samurai el uso de la espada, así como la suspensión de los sueldos, provocó que los samurai descontentos se sublevaran en varias zonas, levantamiento que desembocó en la guerra llamada *Seinan Senso* en 1877. El gobierno aplastó la rebelión, fracasando sucesivamente todas las demás sublevaciones militares en contra del gobierno.

El grupo que pretendía la reforma del gobierno y el establecimiento del libre debate político, promovió la creación de la Dieta (Parlamento) en 1880, agrupándose en torno a la asociación política *Aiko-*

kusha. Este movimiento se expandió rápidamente, siendo apoyado por ciudadanos descontentos por la política del nuevo gobierno. El gobierno promulgó el 11 de octubre de 1881 la Legislación sobre la Constitución y sobre las elecciones a la Dieta, que iban a celebrarse en 1890, si bien manteniendo el protagonismo exclusivista de unas provincias determinadas. Asimismo, desplegó una hábil estrategia política para acabar con la oposición, atrayendo a los principales representantes de dicho movimiento a los cuales integró en el seno del gobierno; así se consiguió desvirtuar el foco de rebelión.

La difícil situación económica generó brotes revolucionarios y levantamientos de armas en varias provincias de Japón: Akita en 1881, Fukushima en 1882, Gunma, Chichibu, Nagoya e Iida en 1884, Shizuoka en 1888, etc., pero fueron sofocados rápidamente y, a partir de entonces, el movimiento de ideología liberal apoyado en el derecho civil, comenzó su declive. Algunos de sus defensores, desesperados por la presión y la resistencia esgrimida por el gobierno, y por la falta de éxito de los levantamientos armados, decidieron huir a Estados Unidos, el país de la democracia, en donde esperaban conseguir una oportunidad para realizar su ideal y, de hecho, puede decirse que se hallaban en Estados Unidos en calidad de refugiados políticos. Entre ellos estaba Baba Tatsui (1850-1888) que entró en Estados Unidos en 1886 y era uno de los más destacados. Llegó a Oakland, un centro de refugiados japoneses, pero en seguida se trasladó a Nueva York y murió en Filadelfia en 1888, sin cejar en sus críticas contra el corrillo de los *Han* (feudos) Satsuma, Choshu, etc., del gobierno japonés [15]. Los refugiados políticos impulsaron la publicación de periódicos japoneses en San Francisco y Oakland, etc., como medio para manifestar sus opiniones y críticas, que no podían hacer públicas en Japón por la oposición del gobierno. Sin embargo, las publicaciones que enviaban a Japón, no se podían poner a la venta por la prohibición del gobierno y su influencia era más bien reducida [16].

Al pasar el tiempo en Estados Unidos muchos de ellos tuvieron que reconocer la diferencia entre sus ideas y la cruda realidad, ya que

[15] Sugiyama Shin'ya, «América niokeru Baba Tatsui», *Fukuzawa Yukichi Nenkan*, vol. 15, Tokio, 1988.

[16] Tamura Norio, *Beikoku Shoki no Nihon Go Shinbun*, Tokio, 1986. Kaigai e Yutopia o motomete, *Shiso no Umi e*, vol. 26, Tokio, 1989.

no tardaron en ser testigos de la expulsión de los chinos por ser considerados de «raza amarilla», y experimentaron en sí mismos los prejuicios raciales que se hacían cada vez más visibles. Aunque, lógicamente, América continuara siendo el país modelo de «libertad» y «democracia», ideal para los blancos, sorprende que la mayoría de esos japoneses, pertenecientes a la élite intelectual en su propio país, no manifestaran ninguna crítica acerca de la diferencia entre el ideal político y humanístico de Estados Unidos y la situación real. Concretamente, respecto al conflicto racial, los japoneses se autoconvencieron de que ellos no eran como los chinos ni pertenecían a la «raza amarilla», por lo cual no debían sentirse discriminados y, al igual que ocurrió con los japoneses de la época final del shogunato y el principio de la era Meiji, éstos no adoptaron una postura crítica frente al trato discriminatorio por parte de la población de raza blanca y procuraron darle una solución un tanto inconsciente, mostrando una confianza injustificada en que, para los americanos, existía una gran diferencia entre chinos y japoneses, no teniendo nada que temer al respecto. Esta actitud se hizo más patente cuando se intensificó el movimiento de expulsión contra los chinos, produciéndose incluso casos de homicidio. Los incidentes desembocaron en el propósito definitivo que era establecer una serie de leyes de expulsión contra los chinos. Los propios japoneses apoyaron el proyecto de «trato diferenciado» que se pretendía dar a los chinos. Asimismo, cuando los japoneses intentaron penetrar en el mercado laboral americano, sustituyendo a los chinos, no manifestaron en absoluto su solidaridad hacia ellos por ser asiáticos o de «raza amarilla».

Justo después de la llegada a América de los refugiados políticos japoneses que representaban en su país el movimiento liberal y de defensa de los derechos civiles, el gobierno japonés firmó un contrato de emigración a Hawai, por lo que muchos japoneses emigraron a Hawai. La tendencia en busca de sueldo más elevado se dirigió a América continental y no tardó mucho en advertirse la afluencia de obreros japoneses a Estados Unidos. Más tarde, cuando aquella ficción en la que habían confiado desapareció y surgió en la sociedad americana el movimiento antijaponés, fueron incapaces de definir su papel, su identidad y su relación respecto a América, con lo cual resultó inevitable que muchos, desesperados por la realidad que de pronto habían descubierto, decidiesen regresar a Japón.

La imagen de chinos y japoneses en América en 1870-1880 (tal como eran vistos por los japoneses cultos que iban de visita a América)

Al fracasar su movimiento, Itagaki Taisuke (1837-1919), paladín del movimiento liberal y de los derechos civiles, viajó cierto tiempo por América y Europa, y escribe:

> los japoneses desprecian en general a los chinos. Los chinos que están a bordo del barco en este momento son gente pobre y van al extranjero en busca de pan. Parece que no les importa vivir de manera salvaje, preparando la comida y durmiendo encima de la cubierta. Yo me impacientaba [17].

Al señalar que los chinos estaban en la miseria quizás no era consciente que ese era un punto en común con los japoneses.

En su informe sobre su experiencia en ultramar, Yamashita Yutaro dice lo siguiente:

> ...todos los marineros son chinos y su actitud hacia el trabajo es tan perezosa que el trabajo de un europeo difícilmente lo podrán hacer entre diez chinos... Los camarotes de tercera clase están llenos de chinos y todos han trabajado varios años en Estados Unidos, sobre todo, en San Francisco, y vuelven a su país con sus ahorros. Hay gente que va con toda la familia, mezclados hombres y mujeres, mayores y menores. La mayoría se reúne cada día, juegan y apuestan, armando trifulcas y los que no participan están acostados día y noche, fumando opio con aspecto medio muerto. Cuando se observa su situación, no se puede sino lamentar el estado actual de China, recordando lo que fue su Imperio [18].

Michikata observaba con ojo crítico que: «se han acumulado cientos de chinos de clase baja y éstos son los que han emigrado para trabajar allá. Carecen en absoluto de limpieza y conviven con caballos, cerdos y gallinas» [19].

[17] Itagaki Taisuke, «Itagaki Kun Obei Man'yu Nikki», *Meiji Obei Kenbun-roku Shusei*, vol. 2, p. 15.

[18] Yamashita Yutaro, *Kaigai Kenbun Roku, Ibidem*, pp. 410-414.

[19] Nozu Michitaka, *Obei Junkai Nisshi, Ibidem*, vol. 4, pp. 956-966.

En el diario de viaje de Kuroda Kiyotaka (1840-1900) se decía:

> Hay 105.000 chinos en los Estados Unidos, incluyendo unos 70.000 en California. Un tercio viven en San Francisco y trabajan en el comercio o en trabajos duros. Soportan las dificultades y gastan poco en sí mismos; todo lo que ganan lo envían a su país. Los americanos detestan que no dejen ningún beneficio en América y piensan que los chinos perjudican a los demás en su trabajo. Últimamente, han establecido unas leyes de expulsión de los chinos para limitar su entrada, pero no se ha podido llegar a un consenso.

Apuntaba también que las compañías de transporte marítimo trataban a los emigrantes chinos como una importante «carga» [20]. La palabra «chinos», que aparece en estos informes con frecuencia, no tardaría en transformarse, en un futuro no muy lejano en «japoneses». Aunque, los intelectuales japoneses no parecían darse cuenta en absoluto de esa situación.

Aumento del número de trabajadores japoneses y «pacto de caballeros» (1880-1908)

Aumento de la emigración japonesa hacia Estados Unidos (1890-1900)

Los japoneses que viajaban por Estados Unidos informaban detalladamente acerca de la discriminación que existía hacia los chinos por parte de la población de origen europeo. La expulsión de aquéllos produjo una falta de mano de obra barata que benefició a los trabajadores japoneses; éstos poco a poco se iban estableciendo en las zonas costeras del oeste, por ser éste el lugar donde era más grave la carencia de mano de obra.

Por aquella época, el gobierno de Japón aprobó unas medidas extremas para controlar la inflación y puso en práctica una política fuertemente restrictiva. Ello agudizaba el problema del paro existente debido a la depresión económica. En 1881, el ministro de Economía y

[20] Kuroda Kiyotaka, *Kan'yu Nikki*, *Ibidem*, vol. 7, pp. 121, 152-155.

Hacienda, Matsukata Masayoshi (1835-1924), decretó la devaluación de la moneda y fundó el Banco de Japón. Se tomaron severas medidas para frenar la inflación, y la caída de los precios y de los intereses afectó muy directamente a los agricultores, provocando su huida en masa hacia las ciudades y el aumento de aparceros y braceros. La industria de la seda recibió un duro golpe y nació el sector extremista de *Jiyu Minken Undo*. El gobierno japonés decidió finalmente aceptar la solicitud de Hawai para el envío de trabajadores contratados [21].

Los japoneses fueron trasladándose hacia las zonas costeras del oeste de Estados Unidos en donde existía una mayor demanda de mano de obra y, en consecuencia, sueldos más elevados. Los agentes de empleo que vivían en las zonas costeras del oeste fomentaron esta tendencia, ya que ellos facilitaban japoneses a los empresarios estadounidenses que buscaban trabajadores para sus minas o para las obras del ferrocarril. Estos agentes tenían relaciones con la compañía encargada desde 1895 de la emigración hacia Hawai y visitaban personalmente muchos lugares para conseguir candidatos que desearan emigrar a Estados Unidos. De esta forma, fue aumentando con el tiempo el número de japoneses que solicitaban emigrar a Estados Unidos. Fukuzawa Yukichi ya hablaba con optimismo en 1882, de los efectos beneficiosos de la emigración y, a finales de 1880, el *Osaka Mainichi Shimbun* publicaba unas «Notas sobre Estados Unidos» y avivaba la fiebre de cruzar el Océano. Un gran número de japoneses se trasladaron desde Hawai a Estados Unidos y entraron como emigrantes libres, ya que Estados Unidos no permitía la entrada de emigrantes contratados. Esta tendencia aumentó todavía más cuando Estados Unidos se anexionó Hawai en 1898. El número de visados emitidos para emigrantes desde 1880 hasta 1883, fue inferior al centenar; sin embargo, en 1884 alcanzó ya los 284 y en 1891 superó el millar. Después, su número osciló levemente aumentando o disminuyendo, pero desde 1896 hasta 1900 se aprecia un nuevo aumento, que se confirma a través de las

[21] En 1881, el rey de Hawai visitó Japón para solicitar inmigrantes. De 1885 a 1894, se trasladaron allá 29.000 japoneses bajo contrato con un sueldo mensual de 15 dólares y por un plazo de tres años. Posteriormente, esta tarea se encomendaría a las agencias de emigración cuando, en 1895, se promulgó la Ley de Protección de Emigrantes: Alan Moriyama, Imingaisha, Honolulú, 1985 (versión japonesa: *Nichibei Imin Shigaku*, Tokio, 1988).

estadísticas de permisos de entrada en Estados Unidos que en 1900 alcanzaron la cifra de 12.626.

Del Autocontrol al *Shinshi Kyotei*, o Pacto de Caballeros (1900-1908)

La ley que prohibía la entrada de emigrantes chinos a los Estados Unidos, tenía su origen en la xenofobia contra los asiáticos y el temor a la competencia laboral que restaba oportunidades a la población de origen europeo. Lógicamente, al aumentar el número de inmigrantes japoneses, esos mismos prejuicios se dirigieron hacia ellos. A la vista de la situación, el gobierno japonés aceptó imponer unos límites a partir de 1900, en el número de visados que se podrían conceder con destino a Estados Unidos. Esta autolimitación, hizo quebrar la evolución alcista de las cifras de emigración y, a partir de su entrada en vigor, las dejó reducidas prácticamente a cero.

Ante la dificultad de obtener visados para Estados Unidos, muchos solicitaban el visado para Hawai y desde allí se introducían en el Continente. Según estadísticas de Hawai, desde 1900 a 1908, más de 37.000 japoneses pasaron de Hawai al Continente. Después de la anexión, esta cifra podría superar los 40.000 [22].

En febrero de 1907, el gobierno de Estados Unidos prohibió la entrada al Continente de los emigrantes japoneses con visado para Canadá, México o Hawai y, al mismo tiempo, pidió al gobierno japonés que tomara medidas para acabar con este abuso. El gobierno japonés, para mostrar su buena voluntad firmó un pacto de caballeros (*sinshi kyotei*) con Estados Unidos en febrero de 1908 por el cual Japón se comprometía a no conceder más visados de salida, tanto para Hawai como para el Continente, excepto en el caso de renovación de visados en vigor, para familia reclamada por emigrantes establecidos legalmente para prometidas de emigrantes o para técnicos especializados. Aunque en el visado figuraban según el concepto de emigración libre, se trata-

[22] Aunque no se trata de datos completamente fiables, desde finales de 1901 hasta febrero de 1908, hubo 57.000 personas que se trasladaron al continente: Ushijima Hidehiko, *Ikoka Meriken Kaeroka Japan*, Tokio, 1978.

ba de emigrantes reclutados e inscritos por las agencias de emigración, enviados en grupo la mayor parte de ellos, y colocados en sus respectivos destinos laborales por mediación de los agentes de empleo. Muchos de estos agentes de empleo eran, a su vez, representantes de las agencias de emigración de Japón. La existencia de estos agentes no era un hecho privativo de los emigrantes japoneses sino que también ocurría con otras nacionalidades, como «Padro» que era agente de los italianos; «Coyote» de los mexicanos, y multitud de agentes chinos [23].

Los emigrantes japoneses de este periodo se empleaban como braceros, en las obras del ferrocarril, en los aserraderos de madera, en las minas de carbón, las conserveras de salmón, frutas y hortalizas, etc. La mayoría de ellos (más del 90 por ciento) se estableció en la costa oeste, principalmente en el estado de California y también en los estados de Washington, Oregón y Colorado; en la costa este residían unos pocos, en su mayoría, estudiantes y empleados de las compañías de importación y exportación. Los jornaleros del campo se trasladaban de uno a otro lugar según el periodo de recolección; los agentes japoneses de empleo orientaban ese movimiento, recomendando a los temporeros el mejor destino en cada momento. El ciclo laboral de la mayoría de los japoneses era: trabajar la temporada estival en Canadá o Alaska, dedicándose a la pesca, fábricas de conservas o aserraderos, y regresar a Estados Unidos en otoño para trabajar en el campo. Los que conseguían ahorrar algún dinero tendían a establecerse como labradores, en régimen de aparcería o adquiriendo sus propias tierras.

Poco a poco, surgían también comercios instalados con un pequeño capital, o bien restaurantes y hostales regentados por y para japoneses. San Francisco, Los Ángeles o Seattle fueron los lugares donde el aumento del número de tiendas regidas por japoneses era más visible. El efecto inmediato, fue un recrudecimiento del rechazo a los japoneses. También surgieron situaciones conflictivas en las obras del ferrocarril. La victoria de Japón sobre Rusia, país éste considerado occidental y europeo, hizo aumentar la xenofobia antiasiática y los prejuicios contra la «raza amarilla». La opinión pública de Estados Unidos consideraba a los japoneses miembros de una raza inferior incapaz de in-

[23] Sin embargo, en el informe del Comisario de la investigación, se hacía hincapié en esto como característica de la emigración japonesa: Imin Chosa Hokoku, vol. 11.

tegrarse al resto de la humanidad; esto era algo que producía resquemor en Japón, donde en ese momento se experimentaba un auge en el nacionalismo y, si bien la depresión económica y la crisis de posguerra seguían empujando a algunos hacia la emigración, ya empezaban a darse casos de japoneses que regresaban a su país.

Las profesiones de los emigrantes japoneses

En este apartado se dará una orientación acerca de las tendencias de los japoneses en cuanto a sus actividades laborales. Los datos se han elaborado siguiendo el informe emitido en 1910 por el Comisariado Estadounidense para la Investigación de la Inmigración, al que nos hemos referido anteriormente.

a) Obras de ferrocarril

Desde 1889 los japoneses empezaron a emplearse en las obras del ferrocarril, en sitios como Washington, Oregón, Montana, Idaho, Nevada, Utah, Wyoming y Colorado. En 1906, su número alcanzaba las 13.000 personas. El salario –que en 1896 era de un dólar al día– subió a 1,4-1,6 dólares, según las profesiones.

La mayoría de los japoneses hallaban su empleo por mediación de los agentes japoneses de Seattle, Portland, San Francisco y Los Ángeles, y de los propios agentes de las compañías de ferrocarriles. La existencia de los agentes de empleo ampliaba la red de contactos y, si bien cobraban una comisión, también es cierto que les daban todo tipo de facilidades para pagarlas. Estos agentes regentaban también hostales o pensiones en las ciudades mencionadas y enviaban a las obras del ferrocarril a los japoneses que se hospedaban en ellos. Los agentes intercambiaban información entre sí a través de su red de hostales. Además de extraer comisiones por sus servicios a los emigrantes, también obtenían pingües beneficios de la venta de artículos de primera necesidad que éstos necesitaban. Sin embargo, la tendencia de los emigrantes de pasarse a la agricultura o a buscar un trabajo en la ciudad produjo un descenso en el número de los trabajadores colocados por los agentes japoneses, al tiempo que aumentaba el de los mexicanos.

b) Aserraderos

Los primeros japoneses que empezaron a trabajar en los aserraderos de Washington y Oregón fueron unos marineros que desertaron de su barco. En 1900 ya eran unos 300 y en 1909 eran 200 en Oregón y 2.240 en Washington.

Siempre existió diferencia de sueldo entre los japoneses y los europeos. Por ejemplo: el salario de un trabajador cualificado era de 2,75 a 3,50 dólares para un blanco y de 1,65 a 2 dólares para un japonés; el de un obrero blanco de 1,75 a 2,25, y de 1,50 a 1,75 para un japonés. Esto hizo que el rechazo popular fuera inmediato [24].

c) Fábricas de conservas de salmón

En los estados de Washington, Oregón y Alaska, los chinos trabajaban desde hacía mucho tiempo en las conserveras de salmón como mano de obra especializada. No obstante, a partir de 1900 los propios agentes chinos, ante la caída de la inmigración de su país, empezaron a reclutar trabajadores japoneses, y hacia 1910, 3.600 de los 10.000 puestos de trabajo del sector lo ocupaban japoneses. Como trabajadores de inferior categoría, con salarios menores, los japoneses sólo tenían acceso a puestos como: cortar el pescado, lavarlo y transportar las latas. El trabajo era temporal, desde finales de primavera hasta principios de otoño, con una jornada así conseguían de 130 a 140 dólares por temporada, pero no les quedaba mucho dinero ya que, de esa cantidad, se les descontaban los anticipos, los gastos de alimentación, y la comisión del agente.

En Alaska permanecían ocupados unos cinco meses, incluido el tiempo para el traslado, y percibían 200 dólares. Al final, eran pocas las personas a las que les quedaba algo de dinero ya que, aparte de los gastos mencionados anteriormente, los agentes de empleo regentaban

[24] «Parece que no existe otro remedio que dedicarse a las profesiones con sueldo más bajo, a causa, principalmente de estos prejuicios, salvo en contadas excepciones... En cualquier lugar y todo momento, los japoneses cobran menos salario que los emigrantes procedentes de otras naciones, aunque se dedican al mismo trabajo»: *Ibidem*, Informe del Comisario de investigación sobre los emigrantes.

locales de juego, quedándose con gran parte del salario de los trabajadores. Debe observarse que, según documentos americanos, los chinos percibían un salario más elevado que los japoneses. Estos chinos enseñaban las técnicas conserveras a personas de otras nacionalidades, pero no a los japoneses, para impedir que éstos pudiesen desplazarles. En el estado de British Columbia, de 200 a 300 japoneses se dedicaban a la pesca, pero en Estados Unidos no existía ningún japonés en este sector [25].

d) Conservas de frutas y hortalizas

En California, aproximadamente 300 japoneses trabajaban en fábricas de frutas y hortalizas cuyos propietarios eran chinos.

Por lo general, los blancos ocupaban entre la mitad y una tercera parte de los puestos de trabajo. En las fábricas de propietarios de origen europeo no existía apenas mano de obra japonesa y su trabajo era siempre sin cualificar, como cortar y enlatar fruta, percibiendo sueldos muy bajos.

e) Minas de carbón

En los estados de Colorado, Nuevo México, Wyoming y Utah trabajaban aproximadamente 2.000 personas en la minería en 1900, cuando llegaron los primeros japoneses a Wyoming, y en 1903, fueron utilizados como esquiroles por los agentes de empleo en las huelgas mineras de Nuevo México, Colorado y Utah. Allí se les pagaba igual salario que a los trabajadores de otras nacionalidades, sin diferencia de trato. Debido a la creciente oposición popular, el estado de Washington prescindió por completo de los trabajadores japoneses. En Colorado muchos cambiaron de trabajo, dejando las minas por la agricultura. En 1907, Wyoming permitió la afiliación de japoneses y chinos a la Confederación de Trabajadores de Minas. Aquí, la gente tenía más

[25] Informe del Comisario de investigación inmigratoria

simpatía a los japoneses que en otros lugares y, en algunas ocasiones, existía trato de amistad entre japoneses y estadounidenses.

Salario medio de los trabajadores en las minas de carbón:

Italianos	3,63 dólares	Búlgaros	2,97 dólares
Japoneses	3,60 dólares	Griegos	2,96 dólares
Montenegrinos	3,09 dólares	Mexicanos	2,87 dólares

El informe del Comisariado concluye que:

1) Los trabajadores japoneses se utilizan debido a la falta de trabajadores chinos, por lo tanto, no puede afirmarse que arrebaten puestos de trabajo a los trabajadores de otras procedencias, a pesar de cobrar salarios más bajos.

2) Los trabajadores japoneses se colocan por mediación de los agentes de empleo, los cuales les proporcionan hospedaje, útiles y víveres, por lo cual, los empresarios no tienen necesidad de ocuparse especialmente de ellos.

3) Los japoneses trabajan en muchos lugares con un salario más bajo, a excepción de chinos y mexicanos.

4) La diferencia de salarios está desapareciendo gracias a la iniciativa de los agentes de empleo y al incremento de la demanda de trabajadores japoneses.

5) A pesar de recibir un salario más bajo, los japoneses son considerados generalmente buena mano de obra.

6) La razón por la que los japoneses no consiguen integrarse y ser considerados como el resto de la población de origen europeo se debe a la antipatía de la que son objeto, así como a los prejuicios que alberga la sociedad estadounidense en general.

7) Los japoneses viven y trabajan en grupo, porque carecen de conocimientos sobre las costumbres y el idioma de otras nacionalidades.

El informe resalta la frecuencia en el cambio de ocupación desde la minería y la industria hacia la agricultura, así como la tendencia a trasladarse a las ciudades.

f) Agricultura

Desde finales de 1880 hasta 1890, los japoneses trabajaron en huertos frutales, campos remolacheros, viñedos y cultivo de fresas y lúpulo. El número de agricultores japoneses crecía constantemente. A partir de 1900, muchos mexicanos se incorporaron a las obras del ferrocarril, haciendo que se prescindiera masivamente de los japoneses, los cuales se desplazaron al sector agrícola. La mayoría de ellos encontraban colocación por medio de agentes; otros formaban grupos con un jefe al frente y se trasladaban de un campo a otro en busca de trabajo. Por estos trabajos se pagaban salarios muy bajos y los japoneses eran bien acogidos por los terratenientes, a los cuales les resultaba muy cómodo contratarles a través de los agentes de empleo. Gracias a las limitaciones a la emigración impuestas por el gobierno japonés y al aumento de la demanda de mano de obra, los salarios experimentaron una paulatina subida, lo cual les permitió ahorrar y empezar a independizarse como aparceros. Esto, a su vez, produjo una nueva situación en la demanda de mano de obra, ya que aquellos que conseguían convertirse en propietarios adquiriendo su propia tierra, cuando necesitaban braceros, siempre solicitaban compatriotas. Por las críticas existentes hacia los japoneses, parece ser que éstos se avenían no a cobrar un sueldo fijo, sino que percibían el pago conforme al trabajo realizado. De esta forma, a pesar de que la remuneración pactada era baja, los japoneses obtenían ingresos no inferiores a los de otras nacionalidades, aunque les suponía tener que trabajar muchas horas y con mayor dedicación.

Sobre los propietarios o hacenderos hay documentos que indican que, en 1900, 39 personas explotaban 4.968 hectáreas, y que en 1909 aproximadamente 6.000 personas llegaron a cultivar 210.000 acres de terreno. Exceptuando los arrozales de Texas, propiedad de los grandes capitales y las huertas frutales de California, un gran número de agricultores cultivaban por su cuenta grandes extensiones de tierra en régimen de arrendamiento o de aparcería. Todos ellos ahorraban al máximo y trabajaban muchas horas para evitar pagar jornales. Algunos de estos japoneses fundaron cooperativas para facilitar la adquisición de tierras, controlar el incremento de la cuota de terreno para evitar la competencia entre los agricultores arrendatarios, solucionar conflictos con los propietarios de terrenos y controlar la salida de los productos.

Según informes de la época, los japoneses tenían tendencia a concentrarse en monocultivos de carácter especulativo, pero sólo unos pocos tuvieron éxito con el cultivo de la fresa y el espárrago, y hubo muchos que fracasaron por exceso de producción.

g) Actividad laboral en las ciudades

Es un poco difícil saber con exactitud el número de japoneses que trabajaban en las ciudades, pero en el año 1910 se registraban los siguientes:

Seattle	2.400
Portland	470
San Francisco	4.000
Los Ángeles	2.000

Sacramento, Salt Lake City y Denver destacaban como ciudades con mayor concentración de japoneses. Estas cifras no son exactas, pues muchos de ellos iban a trabajar a las fábricas de conservas o al campo cuando había demanda de mano de obra.

Desde siempre, los japoneses trabajaban en el servicio doméstico como cocineros y criados. Entre ellos, había un buen número de jóvenes estudiantes llamados *School Boy*. En 1904 su número era 3.600 en el caso de San Francisco. Sin embargo, debido al movimiento antijaponés, su número disminuyó pasando a ser de sólo 2.000 en 1909. Otros formaban grupos de 5 ó 6 personas y limpiaban edificios, jardines o las ventanas de las casas. En San Francisco había unas 1.000 personas en este tipo de trabajos, que percibían de 0,35 dólares a 0,50 dólares por hora (de 2,50 dólares a 4,00 dólares diarios).

Otros trabajaban en restaurantes, hostales, tabernas o clubs, regentados en su mayoría por japoneses. Finalmente, otros trabajaban en tiendas o en establecimientos de blancos. Como ya era habitual, los japoneses que se establecían, preferían utilizar los servicios de sus compatriotas, en caso necesario.

h) Comercio

El número de japoneses en la costa oeste, se elevaba a 100.000 personas. En su mayor parte, al igual que en casos mencionados anteriormente, se concentraban en un número reducido de ciudades. Y allí siempre había alguna tienda o comercio propiedad de japoneses. Estos establecimientos iniciaron su actividad como respuesta a las demandas de los japoneses pero, poco a poco, se iban haciendo con clientela de otros orígenes. Muchos de los agentes de empleo habían montado hostales y pensiones; a veces, también, eran dueños de las tiendas de artículos de uso diario y de alimentación. Estos agentes conseguían duplicar y hasta triplicar sus beneficios ya que, al llegar los emigrantes, los alojaban en sus pensiones y hostales, abasteciéndoles además de alimentos y artículos de uso diario, llevándoselo incluso al propio lugar de trabajo. Los japoneses propietarios de restaurantes explotaban además otros negocios, como hostales o pensiones y salones de billar, estancos o barberías. Era también frecuente el caso del propietario del baño público que era al mismo tiempo dueño de la barbería, etc. Muchos de los propietarios habían empezado como trabajadores o peones al llegar a Estados Unidos.

i) Dinero enviado a Japón por los emigrantes japoneses

El promedio de la cantidad de dinero enviado por cada profesión a Japón por los emigrantes japoneses en Estados Unidos durante los años 1908-1909 fue el siguiente:

Ocupación	Ahorro medio $	Dinero enviado $	% de dinero enviado	Dinero ahorrado $
Negocio propio en la ciudad	583,60	280,18	48,0	303,42
Trabajo en la ciudad	200,82	162,53	80,6	38,29
Propietarios agrícolas	288,34	155,47	53,9	132,87
Trabajo en la agricultura	199,22	158,59	79,6	40,63
Minería del carbón	207,93	202,95	97,6	4,98

En esta tabla se aprecia que los propietarios de comercios en la ciudad enviaban un porcentaje menor de su ahorro y que aquellos que conseguían ahorros elevados (como los agricultores propietarios) enviaban también sólo el 50 por ciento aproximadamente. Las razones de esta situación se explicaría por la necesidad que tenían de constituir reservas a fin de ampliar sus negocios, adquirir terreno adicional, aperos, maquinaria o mobiliario. El hecho que los trabajadores con salarios bajos enviaran, precisamente, la mayor parte de sus ahorros, se explica debido a que había muchos trabajadores temporeros o no estabilizados, los cuales subsistían con el mínimo necesario, enviando todo lo posible a su país, para labrarse un porvenir y establecerse en Japón, no en América. Como tendencia general, podría apuntarse la reducción paulatina de las diferencias salariales respecto al resto de los americanos de origen europeo y el ascenso de los trabajadores sin cualificar a propietarios de tiendas y negocios. Con todo esto, en 1910 se podía observar que los japoneses empezaban a mostrar cambios y divisiones entre ellos: se podía hablar de dos grupos o tendencias: los que pensaban quedarse o permanecer largo tiempo y los que deseaban trabajar, ahorrar y volver lo antes posible a Japón [26].

El movimiento antijaponés

En 1891, cuando tan sólo 4.000 japoneses vivían en la costa oeste, aparecieron ya críticas contra los emigrantes japoneses, que trabajaban con bajos salarios y quitaban puestos de trabajo a los trabajadores de origen europeo [27]. La mayor parte de los emigrantes japoneses eran muy pobres y también había bastantes prostitutas japonesas. Este hecho también influyó en la opinión negativa sobre la entrada de japoneses. Según un informe de 1908, hecho por un diplomático japonés: «había unos 700 japoneses en Seattle y de ellos 200 eran prostitutas» [28].

[26] Murayama Yuzo, *América ni ikiru Nihon Jin Imin,* Tokio, 1989.

[27] Wakatsuki Yasuo, *Hainichi no Rekishi,* p. 30.

[28] Fukuzawa Yukichi opinó acerca de la necesidad de enviar este tipo de mujeres junto con los emigrantes, para evitar otros problemas, mientras no pudieran llevar a sus esposas. *Jiji Shinpo,* 18 de enero de 1896.

Diplomáticos japoneses advirtieron que el gobierno estadounidense podría aprovechar esta entrada de pobres japoneses, con el resultado de que los japoneses podrían sufrir discriminaciones o malos tratos como los chinos. Al ver el aumento de los emigrantes japoneses, el gobierno de Estados Unidos envió un comisario para investigar sobre la situación real de Japón y de los emigrantes japoneses, el cual llegó a la conclusión de que:

1) los emigrantes japoneses son muy pobres y no tienen medios para permanecer en su país.

2) Las agencias de emigración y los hoteles, pensiones y agentes de empleo japoneses en Estados Unidos manipulan la información sobre demanda de mano de obra en Estados Unidos y envían emigrantes medio contratados.

3) Para evitar mayores problemas es necesario suspender la entrada de estos japoneses pobres.

Como se ha comentado anteriormente, el gobierno japonés suspendió la expedición de pasaportes para emigrantes a Estados Unidos en agosto de 1900. Sin embargo, el embajador japonés en Estados Unidos, Takahira, escribió al gobierno japonés en 1902:

> El movimiento antijaponés va disminuyendo con la suspensión del envío de emigrantes y ahora hay una gran demanda de mano de obra japonesa. Por lo tanto, podríamos enviar de nuevo emigrantes con ciertas limitaciones.

El gobierno mitigó las restricciones y los japoneses volvieron a entrar en Estados Unidos con variados pretextos. Además, no pocos japoneses entraron vía Hawai, Canadá y México. Por ejemplo, de 8.700 emigrantes que habían entrado en México desde 1901 hasta 1907, más de 5.000 pasaron a Estados Unidos hasta 1908 [29].

En 1890 empezaron a registrarse ataques contra japoneses, sin que, por fortuna, se produjeran víctimas mortales como sucedía con los chinos. En 1900, bajo la iniciativa de la Unión de Obreros de San Francisco, se celebró una reunión donde se llegó al acuerdo de pedir la restricción de los emigrantes japoneses. Durante la guerra ruso-japone-

[29] 02-1908, carta del ministro japonés en Washington.

sa, el movimiento antijaponés se apaciguó, pero al terminar la guerra, volvió a aumentar. El 11 de noviembre de 1906 se decretó en San Francisco la separación de los alumnos japoneses. El presidente Roosevelt, considerando las relaciones diplomáticas con Japón, pidió la revocación del decreto de San Francisco y prohibió la entrada de japoneses y coreanos vía Hawai, México y Canadá en febrero de 1907. Así, los japoneses empezaron a emigrar a Canadá en lugar de a Estados Unidos y este hecho estimuló el movimiento antijaponés en Canadá. En septiembre de 1907 los participantes en una manifestación antiasiática atacaron los barrios chino y japonés en Vancouver.

En esta situación se firmó un pacto llamado *Shinshi Kyotei* por el cual Japón se comprometía a no expedir pasaportes para emigrantes, excepto para padres, mujeres e hijos de japoneses ya residentes en Estados Unidos y Hawai, y para emigrantes que aportaran capital a Texas. Un pacto similar se firmó con Canadá, limitando la emigración a 400 personas al año.

Ley sobre propiedad de la tierra

Después de la firma del pacto, disminuyó el número de emigrantes japoneses y parecía que disminuía el movimiento antijaponés. Sin embargo, a los japoneses de primera generación les era imposible solicitar la nacionalidad por haber entrado en vigor en 1906 la Nueva Ley de Naturalización. El estado de California, por su parte, siguiendo el criterio del Ministerio de Justicia que aconsejaba que se rehusase la solicitud de naturalización de los japoneses, promulgó una ley que prohibía a los extranjeros acceder a la propiedad de la tierra y limitaba los arrendamientos de tierras de forma que hacía casi imposible la tenencia de tierras a los extranjeros que no podían naturalizarse. Además, tampoco podían heredar las tierras los que no poseyeran la nacionalidad americana. El plazo de arrendamiento se limitaba a tres años renovables y aquellos agricultores cuyos cultivos requerían largo tiempo, como fresas, espárragos, uvas, etc., sufrieron consecuencias graves. Debido a esta discriminación, aumentó la actitud antiamericana dentro de Japón y los periódicos y revistas fomentaron estos sentimentos, publicando varios libros, entre los cuales algunos se manifestaban partidarios de la guerra contra América. Los americanos de tendencia antija-

ponesa criticaban a los emigrantes japoneses por múltiples motivos: decían que los emigrantes les robaban su trabajo y que el sueldo recibido lo enviaban en seguida a Japón; que el casamiento a través de fotos era una costumbre salvaje; que no se adaptaban a los costumbres y cultura americana; que formaban una sociedad cerrada pues sólo se relacionaban con japoneses; que trabajaban hasta los domingos y que eran esquiroles en las huelgas, etc. Todas estas actitudes japonesas fueron objeto de crítica. Además, se observaba en varios artículos de periódicos antijaponeses que existía prejuicio contra la raza amarilla. La teoría del «peligro amarillo» era representativa de la idea general que iba creciendo contra Japón entre los grandes países europeos desde la terminación de la guerra ruso-japonesa. Ésta podía ser una de las causas de la reacción manifestada por la sociedad occidental contra los japoneses. La mayoría de los japoneses que emigró tenía idea de regresar a Japón cuando reuniera suficiente dinero; por eso no gastaban ni en vivienda ni en relacionarse socialmente, y no se preocupaban de mejorar las condiciones de su vida cotidiana e incluso algunos enviaban a sus hijos a Japón para su educación. El consulado japonés exigía la declaración de nacimiento de los hijos para mantener su nacionalidad y su identidad japonesa y tenía orden de no aceptar la renuncia de la nacionalidad japonesa. Surgió también la tendencia a montar algún negocio, como ya se ha visto anteriormente, aunque en esos casos los emigrantes intentaban mejorar su nivel de vida y su integración en Estados Unidos.

Al estallar la Primera Guerra Mundial en 1914, los emigrantes japoneses suscribieron obligaciones emitidas por los militares americanos, hicieron donaciones a la Cruz Roja y se inscribieron como soldados voluntarios ya que Japón luchaba del lado aliado dentro del marco de alianza anglojaponesa. Parecía que mejoraban las relaciones. Las mejoras económicas atraídas por la guerra, así como la subida de los sueldos, favoreció a la sociedad japonesa. Este hecho volvió a encender el movimiento antijaponés después de la guerra y, en septiembre de 1919, se constituyó la Asociación Antijaponesa de California *(Anti Japanese Association of California);* dicha asociación encabezaba el movimiento antijaponés con el objetivo de imposibilitar para siempre a los japoneses el derecho de naturalización, negándoseles la ciudadanía (incluso a los japoneses nacidos en Estados Unidos) y negándoles también arrendar la tierra. En diciembre de 1919, el gobierno japonés

decretó la prohibición de viajar a Estados Unidos al cónyuge que se casara por fotografía, pues éste era uno de los motivos del movimiento antijaponés. Por otro lado, el número de japoneses propietarios de tierra iba en aumento, pese a la Ley de Regulación de la Propiedad de la Tierra [30]. En 1920 se promulgó la Ley Inman en California por la que se prohibía la obtención de tierra a nombre de los hijos con derecho de ciudadanía y el arriendo de tierras a los japoneses. Asimismo, la legislación antijaponesa sobre la tierra iba tomando cuerpo en estados como Washington, Arizona, Delaware, Texas, Luisiana, Nebraska, Oregón, Idaho y Montana [31].

Número de casadas por fotografía [32]

Año	San Francisco	Seattle	Total
1912	879	–	879
1913	625	–	625
1914	768	–	768
1915	823	150	973
1916	486	144	630
1917	504	206	710
1918	520	281	801
1919	668	267	935
1920	697	–	697
Total	5.970	1.048	7.018

Nueva ley de emigración

En el mismo momento en que se promulgan las leyes que prohibían la posesión de tierra a los japoneses, se dictaba en los estados de la costa oeste de Estados Unidos una ley de limitación proporcional

[30] Rafu Shinpo, 7-9-1914: «La privación del derecho de compra de tierra ha impedido el desarrollo de la sociedad japonesa fundamentalmente. Sin embargo, en realidad el golpe ha sido mucho menor de lo que se había supuesto».

[31] Murayama Yuzo, *América ni ikita Nihon Jin Imin.,* Tokio, 1989, pp. 146-180.

[32] Kon'no Toshihiko, *Imin Shi,* vol. 3, Tokio, 1986, pp. 180-181.

en la que predominaba la ideología nacionalista anglosajona, que trataba de limitar todas las inmigraciones excepto la de la raza anglosajona y fijaba el número de entrada de emigrantes anuales en un 3 por ciento de la población de Estados Unidos en 1910. En mayo de 1924, la Ley de población proporcional perdió su vigencia y se dictó la Nueva Ley de Emigración y a partir del uno de julio del mismo año, se suspendió totalmente la entrada de japoneses que no se podían naturalizar. (Los enviados del gobierno, comerciantes y turistas estaban exentos de esta limitación). En ese momento, los japoneses residentes en Estados Unidos eran 111.000, de los cuales un 26,7 por ciento, casi 30.000, habían nacido allí. Algunos de ellos, desesperados por los movimientos antijaponeses, regresaron a Japón mientras otros fueron a los países centro y sudamericanos. (La Asociación de Japoneses envió una misión a México para que investigara su situación en México). Algunos estudiaron la posibilidad de dedicarse al cultivo de arroz en Suramérica [33]. Asimismo, algunos de los residentes japoneses en la zona de Nueva York pensaban en emigrar a Brasil. Sin embargo, por aquel tiempo se iniciaba también el movimiento antijaponés en los países suramericanos.

Los japoneses que se quedaron en Estados Unidos esperaban el crecimiento de la segunda generación con nacionalidad americana, organizándose un Comité para la Integración en Estados Unidos. Pero, por más que se esforzaban, el movimiento antijaponés no cesaba. Continuamente se producían actos de vandalismo, negativa a prestar servicio a los japoneses en los restaurantes, exigencia de traslado de sus viviendas, discriminación de asientos en los cines o teatros y otros actos antijaponeses en la vida cotidiana. Si eran jóvenes japoneses de segunda generación no podían colocarse en un lugar de trabajo adecuado según sus conocimientos, aunque hubiesen obtenido excelentes notas en sus estudios. Por otra parte, estos jóvenes habían recibido una educación americana y cada vez se intensificaba más el antagonismo entre éstos y aquéllos que estudiaron en Japón, ya que el idioma y las costumbres y, sobre todo, las ideas eran muy distintas. Esta tendencia se iba intensificando mientras en Japón aumentaba el militarismo. Los japoneses de segunda generación se comportaban como ciudadanos

[33] Nagata, *Ryobei Saijun*, Tokio, 1925, pp. 94, 135, 240-247, etc.

americanos, reclamando por ello los derechos que como tales les correspondían. En 1923 organizaron en San Francisco un Comité de Lealtad a América (*American Loyalty League*) para proteger los derechos de los japoneses americanos. En 1929, constituyeron una Asociación de Ciudadanos Americanos de Origen Japonés (*Japanese American Citizen League:* JACL) y decidieron en la asamblea del año siguiente apoyar a unos 700 japoneses que habían ido como soldados voluntarios a la primera guerra mundial y conseguir para ellos el derecho de ciudadanos americanos. En la asamblea del año 1940 se hizo una declaración llamando a la conciencia de los americanos sobre el aumento del movimiento antijaponés. Estos japoneses americanos intentaron elevar su nivel social y conseguir derechos para los japoneses, pero existían muchos obstáculos para ello. Mientras, se aproximaba el siete de diciembre de 1941.

Asilo forzoso y los japoneses de la posguerra

El siete de diciembre de 1941 comenzó la guerra entre Estados Unidos y Japón, cuando el ejército japonés atacó por sorpresa la bahía de Pearl Harbour en Hawai. El gobierno congeló inmediatamente las propiedades de los japoneses, a la vez que detuvo a personas importantes de la sociedad local japonesa y a otras que se consideraron peligrosas, encarcelando en total a 1.291 personas en sólo tres días. Se ordenó a los japoneses la entrega de armas, cámaras, etc., se fijó el toque de queda, prohibiendo el traslado a más de 15 millas, limitando todos sus movimientos. Los japoneses residentes en la costa oeste fueron considerados como muy peligrosos desde el punto de vista militar, por lo que el presidente Roosevelt firmó una orden administrativa en febrero de 1942 comunicando a los japoneses de esa zona, que se trasladasen voluntariamente a otras zonas y se sometieran a la vigilancia de la Oficina de Traslado de Guerra (*War Relocation Authority*). El traslado significaba un desastre socioeconómico para aquellos japoneses residentes en la costa oeste. En mayo ordenaron el traslado forzoso y todos los japoneses, incluidos los de la segunda generación, que tenían nacionalidad americana, fueron enviados a *War Relocation Camps* en California, Arizona, etc. Estos campos eran en realidad campos de concentración. La JACL declaró que «la cooperación es el mejor camino y una

muestra de lealtad», y decidió cooperar en esta operación. Por otro lado, la gran mayoría de la gente de primera y de segunda generación que habían estudiado en Japón consideraban que era una traición a la patria y el antagonismo dentro de los campos se intensificó [34].

Campos de concentración

Lugar	Estado	Fundación	Liberación	Máximo
Poston	Arizona	08-05-1942	28-11-1945	17.814
Tulelake	California	27-05-1942	21-03-1946	18.789
Manzanar	California	21-06-1942	21-11-1945	10.046
Gila River	Arizona	20-07-1942	10-11-1945	13.348
Minidoka	Idaho	10-08-1942	28-10-1945	9.396
H. Mountain	Wyoming	12-08-1942	10-11-1945	10.767
Granada	Colorado	27-08-1942	15-10-1945	7.318
Topaz	Utah	11-09-1942	30-10-1945	8.130
Lower	Arkansas	18-09-1942	30-11-1945	8.475
Jerome	Arkansas	06-10-1942	30-06-1945	8.497

En junio de 1942, los «americanos japoneses» formaron el Batallón de Infantería número 100 en Hawai para mostrar a «su patria» la lealtad de los ciudadanos japoneses *nisei* (segunda generación). Por otro lado, en el Continente Americano comenzó el reclutamiento de soldados voluntarios japoneses nisei en los campos de concentración para la escuela militar de información. Los representantes de la JACL se reunieron en Salt Lake en noviembre y adoptaron una resolución, solicitando la readmisión en el servicio militar obligatorio a los nisei. Se había efectuado una encuesta de lealtad en los campos de concentración y ello agravó el enfrentamiento entre ellos. En febrero de 1943, los nisei formaron el batallón 442, siendo enviados al frente de batalla europeo. Asimismo, recibieron educación en los servicios de información y fueron enviados, incluso, a la zona del Pacífico en la última fase de la guerra [35].

[34] Karl G. Yoneda, *Manzanar Kyosei Shuyo Jo Nikki*, Tokio, 1988.

[35] Karl G. Yoneda, *América Joho Heishi no Nikki*, Tokio, 1989. La novela japonesa, *Futatsu no Sokoku*, por Yamazaki Toyoko, Tokio, 1983, y la película americana *Come see the paradise*, por A. Parker, 1990, reproducen bastante claramente la situación de esta época.

Unos 17.000 japoneses de los que la mayoría pertenecían a la segunda generación, salieron de los campos de concentración antes de finales de 1943 y se trasladaron a Chicago y a Denver donde había simpatía por los japoneses. En diciembre de 1944 se suspendió la orden de traslado, comenzando al año siguiente la salida de los campos de concentración. La mayor parte de los allí internados volvieron al lugar de procedencia, la costa oeste. También destaca que un número elevado de personas prefirieron establecerse en otros lugares diferentes al que procedían por temor a los movimientos antijaponeses [36]. A partir de la época de los campos de concentración y del cambio de generación, los japoneses se iban dispersando por todas partes de Estados Unidos, aunque todavía los japoneses se concentraban en Hawai y en la costa oeste. Finalmente, la distribución de japoneses era un tercio en Hawai, un tercio en la costa oeste y otro tercio en otras partes de Estados Unidos.

Actividad de la J.A.C.L.

Después de la guerra continuó la discriminación hacia los japoneses, por lo que la JACL hizo una llamada a los japoneses de primera generación, para intentar hacer valer sus derechos como ciudadanos americanos. Gracias a sus esfuerzos, se dictaron leyes de indemnización de pérdidas por la guerra como la *Bill for Suspended Deportation* y *Bill for Indemnification of Evacuation Losses* (2.500 dólares). En la Conferencia de Paz de San Francisco en 1951 se ratificó la independencia de Japón y al año siguiente, en 1952, se aprobó la naturalización de los japoneses de la primera generación. (*Bill for Naturalization of Issei*). A la vez, desapareció la Ley de Emigración antijaponesa de 1924 y se aplicó la Ley de Asistencia a refugiados que solicitaran la emigración en 1953. Mientras tanto, apoyados por estos esfuerzos, los japoneses de segunda y de tercera generación (*Sansei*) consiguieron un buen nivel social e importantes puestos de trabajo [37].

[36] Higashide Seiichi, *Namida no Adios*, Tokio, 1981.

[37] Frank F. Chuman, *The Bamboo People*, California, 1976 (traducción japonesa, Tokio, 1978).

En un Congreso celebrado en 1978 en Salt Lake City, se tomó la resolución de pedir al gobierno americano una indemnización de 25.000 dólares para cada uno de los supervivientes de los campos de concentración (unos 60.000). Después de diez años de esfuerzos, el 10 de agosto de 1988, el presidente Reagan firmó la Ley de Indemnización por Traslados Forzosos, otorgando 20.000 dólares como indemnización por persona.

Novias de guerra

Hasta la ratificación del Tratado de Paz de San Francisco en 1951, no se permitía la emigración japonesa, sin embargo, a los nisei que se habían quedado en Japón durante la guerra por no haber podido pasar a Estados Unidos y a las mujeres japonesas casadas con los soldados americanos les estaba permitido trasladarse a Estados Unidos. Los nisei que regresaron a Estados Unidos después de la guerra y los que abandonaron la ciudadanía americana en los campos de concentración tuvieron que realizar complicados trámites para volver a obtener la ciudadanía perdida. A las esposas de los soldados americanos les fue permitido viajar a Estados Unidos, a partir de 1946 y estos traslados constituyeron la mayor parte de las emigraciones a Estados Unidos. Entre 1956 y 1965 hubo un concurso de emigración, con un contrato de trabajo de tres años para las granjas de California; se cursaron solicitudes en un número de personas diez veces mayor que la cifra ofertada [38]. También hubo emigrantes desde Okinawa, que en aquella época permanecía bajo la jurisdicción del gobierno americano. En esta década, Japón experimentó un crecimiento económico apreciable, aumentando la oferta interna de trabajo con subidas de sueldos que hicieron innecesario el envío de trabajadores al extranjero. El número de emigrantes a Estados Unidos se estabilizó en unos 4.500 anuales y el de los emigrantes que buscaban trabajo iba disminuyendo. En cifras absolutas, sin embargo, el número de personas que entraron en Estados Unidos como estudiantes, turistas u hombres de negocios, aumentó considerablemente y algunos de ellos han permanecido allí [39].

[38] Kaigai Iju, 31-9-1956.

[39] T. K. Ishi, «Sengo no Nihon Jin no Beikoku Iju», *Iju Kenkyu* n.º 20, Tokio, 1983, pp. 17-32.

Número de emigrantes japoneses, por clases, después de la guerra[40]

Año	Total	Esposas de soldados	De Okinawa	Para Granjas
1946	17	–	–	–
1947	82	14	–	–
1948	371	298	–	–
1949	508	445	–	–
1950	76	9	–	–
1951	198	125	–	–
1952	4.517	4.220	–	–
1953	2.393	2.042	–	–
1954	3.777	2.802	–	–
1955	3.984	2.843	105	–
1956	5.586	5.457	126	–
1957	6.343	5.003	200	1.000
1958	6.543	4.841	209	65
1959	5.851	4.412	308	607
1960	5.471	3.887	372	969
1961	4.313	3.176	371	285
1962	3.897	2.677	371	354
1963	4.056	2.745	378	810
1964	3.680	2.653	462	210
1965	3.180	2.350	677	31
1966	3.394	1.991	469	–
1967	3.946	1.821	369	–
1968	3.613	1.845	525	–
1969	3.957	1.842	519	–
1970	4.485	2.104	621	–
1971	4.457	2.023	869	–
1972	4.757	1.626	1.013	–
1973	5.461	2.077	184	–
1974	4.860	1.773	27	–
1975	4.274	1.376	8	–
1976	4.258	1.238	2	–
1977	4.178	1.123	2	–
1978	4.010	1.214	7	–

Canadá y los japoneses

Los primeros japoneses

El primer emigrante japonés que llegó a Canadá, fue, posiblemente, Nagano Manzo, natural de Nagasaki, quien en 1877 viajaba como

[40] *Ibidem*, p. 20.

tripulante en un barco inglés. Después de desembarcar en New Westminster trabajó durante algún tiempo en la pesca del salmón, trasladándose a Vancouver en 1879.

En 1886 se amplió hasta Vancouver el ferrocarril que comunica el Atlántico con el Pacífico (*Canadian Pacific Railway*), y poco después se construyó el puerto de Vancouver, con lo cual la ciudad comenzó a experimentar un rápido crecimiento. Es en esta época cuando empiezan a llegar los primeros japoneses a Canadá. Su número era escaso y en 1888 solamente residían en Vancouver unas pocas decenas de japoneses que, en su mayoría, trabajaban en los aserraderos. Mientras, en la costa este, Victoria prosperaba como puerto pesquero de nutrias y lobos marinos, y también allí había japoneses que trabajaban en los barcos de pesca. Otra localidad, Steveston, contaba unos 150 residentes japoneses en 1888. La afluencia de japoneses experimentó un gran aumento cuando Kuno Gihei, natural de Miomura, provincia de Wakayama, convenció a muchos de sus convecinos para ir a Canadá a trabajar en la pesca del salmón. Al poco tiempo, se registró tal afluencia de emigrantes de Miomura a Steveston, que a Miomura se le conocía como *América Mura* ó Pueblo americano [41]. Un informe de Sugimura Fukashi, cónsul de la Legación de Japón en Vancouver, redactado en 1891 (la legación se estableció en 1889), indica que unos 200 japoneses residían en el estado de British Columbia, hallándose empleados en las profesiones siguientes: marineros de barcos de vapor unos 30-40; en la caza de nutrias marinas, 20; como trabajadores en aserraderos unos 30-40; en la agricultura, 12; mineros, 10; otros se dedicaban al comercio o eran empleados domésticos. En verano, algunas decenas de emigrantes se dedicaban temporalmente a la pesca. Sugimura escribía:

> Según la Ley, los japoneses, a diferencia de los chinos, tienen los mismos derechos que los canadienses de origen europeo. Sin embargo, su nivel de vida es mucho peor que el de los chinos. En British Columbia hay unos doscientos japoneses, que trabajan en el mar y en tierra firme; muchos de ellos son marineros o agricultores, y unos pocos trabajan de forma esporádica [42].

[41] Fukunaga Tadashi, *América Mura,* Tokio, 195?.

[42] Shinpo Mitsuru, *Canadá Nihon Jin Imin Monogatari,* Tokio, 1986, p. 33, *Canadá Doho Hatten Shi,* Vancouver, 1909. Steveston Gyosha Jizen Dantai 35-nen Shi, Stevest

Los japoneses que se establecían por su cuenta, cuando necesitaban empleados o personal doméstico preferían, por lo general, utilizar los servicios de sus compatriotas.

En 1891, la Empresa de Emigración de Kobe envió 100 personas a Vancouver para trabajar en las minas de carbón. Al año siguiente fueron 73 los enviados con contrato de emigración, todos ellos también para trabajar en la minería del carbón.

A partir de entonces, continuó la emigración libre canalizada por las agencias de emigración; mientras, la crisis económica provocaba la aparición en la sociedad canadiense de un cierto movimiento de rechazo hacia los emigrantes asiáticos. En consecuencia, éstos empezaron a tener dificultades para encontrar trabajo. (Toshiji Sasaki, «Estudio sobre las empresas de emigración del primer periodo», 1-3, «General» 6-8, 1987-88).

Actividad laboral de los japoneses

Al principio, los japoneses trabajaban en la pesca, en los aserraderos, en las minas, en la construcción de ferrocarriles, o bien en la caza de nutrias y lobos marinos, en la cual se empleaban unas 200 personas en 1893.

a) Pesca

Cuando se habla de los japoneses en Canadá, la pesca ocupa necesariamente un lugar de privilegio. Desde antiguo, la pesca ha sido en Japón una actividad primordial. Los emigrantes japoneses hallaron en la pesca su medio de vida en Canadá. Sobre todo, la localidad de Steveston era el centro preferido por los japoneses para la pesca de salmones, concentrándose allí un gran número de emigrantes venidos de otras zonas de América del Norte. Se cree que allí residían unos 4.000 japoneses en 1894 (Mitsuru Niiho, *Emigración de japoneses*. Editorial Hyoron, 1977). Muchos de ellos empezaron como trabajadores temporales, que se dispersaban al finalizar la temporada de pesca. Los japoneses residentes en Steveston procedían en su mayoría de Miomura y, en 1897, fundaron la Cooperativa Pesquera del Río Fraser con unos

1.500 socios teniendo como objetivo la ayuda mutua. Dicha colectividad se registró oficialmente en Canadá en 1900 como *Fishermen's Benevolent Society* y, entre otras actividades, se dedicaba a negociar los precios de la pesca por lo que, poco a poco, iba adquiriendo carácter de cooperativa de pesca. En este organismo sólo tenían derecho a voto los *bosses* (jefes), que eran además los únicos que se podían presentar a las elecciones a administrador. Los ejecutivos de esta sociedad llegaron a tener potestad para juzgar a otros japoneses, imponiendo sanciones monetarias o decidiendo, incluso, la expulsión de miembros no deseados. En 1900, Steveston contaba con casi 3.500 japoneses. Esta expansión trajo consigo conflictos con los canadienses de origen occidental y también con los pescadores nativos. Los japoneses, dirigidos por el *boss*, habitaban en las casas de la empresa *Canary House* y consumían los productos vendidos por el economato de la empresa. Por ello, a los japoneses se les consideraba excesivamente mediatizados por los intereses de la empresa. Por contra, la comunidad de origen occidental y los nativos eran más autónomos e independientes. En ocasiones, los japoneses eran tildados de *esquiroles* y *rompehuelgas*. El año 1900 se produjo un enfrentamiento muy violento entre la colectividad de origen occidental y los nativos, a causa del precio de la pesca. La empresa dictó despidos y sancionó a unos 40 empleados. Mientras, los pescadores japoneses seguían faenando bajo la protección de 400 policías y 400 militares pagados por la empresa. Al año siguiente, se repitieron los conflictos laborales y los japoneses adoptaron una postura cercana a la empresa pensando que así se estabilizaría la situación en Steveston. El enfrentamiento con el resto de trabajadores no japoneses se hizo cada vez más profundo, y éstos empezaron a formar un movimiento antijaponés. Ya hemos visto cómo, en una primera etapa, los pescadores japoneses eran contratados por la empresa a través del *boss* y por su mediación conseguían trabajo en el barco pesquero y alojamiento. La remuneración variaba según la cantidad de pesca y el precio de mercado.

Normalmente, recibían unos 250 dólares por temporada, que se quedaban reducidos a unos 150 dólares después de pagar la comisión al *boss*, las comidas y demás productos de primera necesidad.

En años especiales, podían alcanzar los 400-500 dólares. (*Historia del desarrollo de los compatriotas en Canadá*, 1909), *Historia de 35 años de*

progreso de los pescadores de Steveston, 1935; «Informe sobre Vancouver de 28 de abril de 1912», «Informe sobre los emigrantes», n.º 10, de 1912.

A partir de 1892 se precisaba una licencia que el gobierno canadiense emitía a los ciudadanos canadienses, por lo tanto, la gran mayoría de los pescadores japoneses de Steveston no podían obtener dicha licencia si no contaban previamente con la residencia.

b) Aserraderos

Al igual que en Estados Unidos, los emigrantes japoneses encontraban colocación inmediata en los aserraderos canadienses. Allí no hacía falta formación específica alguna y también se contrataba a través del *boss* o de las grandes agencias de empleo. Los japoneses se ocupaban de los trabajos no cualificados bajo las órdenes del *boss* el cual, a su vez, estaba bajo la supervisión de un capataz occidental. Los trabajadores japoneses se dedicaban a cargar maderas dentro del aserradero, y del talado y transporte en el monte, etc.

Al tratarse de un trabajo físico, no estaba bien remunerado. Algunos trabajaban en las fábricas de muebles anejas al aserradero. El jornal variaba según la ocupación, oscilando entre 1 dólar y 1,75 dólares en 1891; luego bajó a 0,70 dólares y, hacia 1900 descendió a 0,90 dólares, volviendo a aumentar a 1,75 dólares y 2,50 dólares en 1907.

c) Construcción de ferrocariles

Los japoneses trabajaban también en los ferrocarriles dedicándose al mantenimiento y reparación de los raíles. En principio trabajaron en C.P.R. recibiendo un jornal de 1,20-1,60 dólares. El *boss* japonés reunía a los trabajadores y los colocaba colectivamente a través de la agencia intermediaria de Empleo de Vancouver (la más conocida era la Agencia Intermediaria Japón-Canadá, S.A.).

Los japoneses eran bien acogidos porque se conformaban con salarios bajos (1,20-1,60 dólares y en verano 1,75 dólares) y no presionaban con huelgas. Unos 2.000 japoneses trabajaban en Canadá en 1905-1906.

Poco a poco fueron dedicándose a otras actividades laborales, por lo que descendió el número de empleados en las obras de ferrocarriles. En 1907, 1.251 personas; en 1908, 905 y, en 1909, quedaban sólo 505 personas.

d) Minas

En 1891 se trasladaron 100 personas desde Hiroshima como emigrantes contratados y al año siguiente llegaron 73 mineros hulleros por mediación de Kobe Emigración, S.A. La mayoría de los emigrantes contratados huyeron de las minas o cancelaron sus contratos en los aserraderos, marchando a Vancouver, por el cierre de las minas o por las malas condiciones de trabajo, empeoradas por la crisis. En 1893, solamente había unos 70 trabajadores y en la fase final quedaban sólo unos 10; sin embargo, estos trabajadores animaron a otros compatriotas recién llegados a trabajar en la mina, por lo que aumentó el número a 200 trabajadores en 1907. Aparte este caso, unos 100 trabajadores japoneses empleados en una mina administrada por ellos, decidieron formar una aldea. El sistema de remuneración era proporcional al rendimiento para todos los trabajadores, incluidos los europeos, los cuales, sin embargo, ocupaban los mejores puestos. Los japoneses recibían por lo general menos sueldo que aquéllos. (Toshiji Sasaki. *Estudio sobre la emigración del primer periodo*, 1-2, *General*, 6-7, 1987).

e) Agricultura

En el primer periodo había muy pocos japoneses que se dedicaran a la agricultura y la mayor parte trabajaban para propietarios europeos. A partir de 1905, el número de propietarios japoneses aumentó, por lo que cultivaban su propia tierra, o trabajaban en tierra arrendada. Jiro Inoue impulsó y dirigió la emigración a Port Heney para el cultivo de fresas y unas 60 personas (20 familias) trabajaban en 1908 unas tierras de unos 300 acres.

En Cortney, hubo japoneses que se dedicaban al cultivo de trigo, patatas, rábanos y zanahorias, bajo el liderazgo de Chitaro Murakami.

Otro grupo emprendió la roturación de unas tierras de varios miles de acres en Raymond, en el estado de Alberta. Pero el número de agricultores japoneses era todavía reducido. En aquella época no se detectaba ningún movimiento antijaponés en el sector agrícola, aunque se trataba de no vender terrenos urbanos a los orientales, ya que se pensaba que ello contribuía a depreciar o devaluar el precio de los terrenos. («Los japoneses se conformaban con vivir en pequeñas chabolas, por lo que empeoraba la estructura y la imagen del pueblo. Las chabolas impedían que posibles nuevos habitantes instalasen en esa zona sus viviendas y este hecho influía en la valorización de los terrenos. Mientras los japoneses habitaran en los montes o, en todo caso, lejos de la ciudad, la situación era permisible, pero resultaba muy inconveniente para los habitantes europeos que en las inmediaciones de las poblaciones se instalaran japoneses». «Informe sobre Vancouver del 28 de abril de 1912», «Informe sobre los emigrantes», n.° 10, de 1912).

Formación del barrio japonés

Paralelamente al aumento de la población japonesa, se construían hoteles, se abrían restaurantes, tiendas de comidas y de artículos diversos para japoneses, por lo que, en 1907 se formó un barrio japonés en Vancouver. Las tiendas de artículos diversos y comestibles japoneses, los hoteles y los restaurantes prosperaron en el primer periodo de la emigración.

Por otro lado, los comercios de importación de tejidos de seda, artículos diversos, té, etc., eran administrados por japoneses en Toronto y Montreal al este de Canadá. El comercio Ishikawa de Toronto ampliaba su negocio importando tejidos de seda elaborados en París y exportando coches a Japón. Esta empresa empleaba 13 japoneses y 16 canadienses.

El secretario de Asuntos Exteriores informó el 28 de abril de 1912 sobre el cambio experimentado en la ocupación laboral de los japoneses: en principio, los emigrantes japoneses trabajaban en la pesca y en los aserraderos. Posteriormente, con el capital que ahorraban invertían en tiendas de artículos diversos, de comestibles y restaurantes para japoneses; adquirían tierras o las tomaban en arriendo. (Los agricultores

que se establecieron a lo largo de la vía del ferrocarril trabajaban antes en su construcción, por lo tanto, las obras del ferrocarril sirvieron para establecer en esa primera etapa a los emigrantes japoneses).

La pesca, los aserraderos y las obras del ferrocarril se utilizaron como un medio para establecerse y labrarse un futuro más confortable, pero siempre se relacionaban con el resto de la sociedad japonesa.

Estudiando el comportamiento de los 7.000-8.000 japoneses que habitaban en Vancouver, por lo menos en el pasado, no existía una gran relación económica con la sociedad de origen europeo («Informe sobre Vancouver» del secretario de Asuntos Exteriores, Enji Takeda, del 28 de abril de 1912, en el «Informe sobre los Emigrantes»).

A consecuencia de la tendencia a buscar trabajos mejor remunerados que les permitiesen una situación más estable, algunos se independizaban del *boss*, apareciendo casos de japoneses que trabajaban directamente bajo el capataz europeo en los aserraderos. Otros obtuvieron licencia de pesca al adquirir su propio barco.

Acuerdo Lémieux

El gobierno japonés iba reduciendo la expedición de pasaportes para Estados Unidos por temor al movimiento antijaponés. Sin embargo, las agencias de emigración que se dedicaban a esa actividad en beneficio propio, aconsejaban a los emigrantes que deseaban ir a Estados Unidos que se trasladasen a Canadá. Cuando empezaron los problemas, los intermediarios sin licencia comenzaron a enviar emigrantes a Estados Unidos y a Canadá.

Previamente, ya habían surgido brotes antijaponeses, y el posterior envío masivo de japoneses a Canadá aceleró todavía más el conflicto. El incremento del movimiento antijaponés en California y en Washington influyó en Canadá. En 1895, se privó del derecho de voto a los orientales y se presentaron varios proyectos de ley para limitar los derechos de los emigrantes orientales. Ante esta situación, el gobierno japonés tuvo que tomar medidas, limitando la expedición de pasaportes para emigrantes a Estados Unidos y a Canadá. En 1902 se moderó la medida y los emigrantes llegaban a su destino simulando ser estudiantes y comerciantes. El destino final era Estados Unidos y algunos

lo conseguían a través de Hawai y de México, pero muchos entraban vía Canadá. En el fondo, el gobierno canadiense no podía impedir oficialmente la entrada de japoneses, ya que Canadá entró en 1906 en el Tratado de Comercio Marítimo de Japón-Inglaterra para la ampliación del comercio entre Japón y Canadá. En 1907, se prohibió la entrada en los Estados Unidos desde Hawai y, por consiguiente, gran cantidad de japoneses llegaron a Canadá desde Hawai. De abril a septiembre de 1907 llegaron a Vancouver 2.536 personas procedentes de Hawai. En agosto de ese mismo año se constituyó una asociación antiasiática (*Anti-Asiatic Exclusivists League*) en Vancouver.

El 7 de septiembre de 1907 se celebró una asamblea de la Asociación Anti-Asiáticos reuniendo a unas 2.000 personas que, convertidas en una masa incontrolable, asaltaron los barrios chinos y japoneses. Este fue el famoso «Motín de Vancouver». El gobierno canadiense formó una comisión investigadora para evaluar los daños y, por otro lado, envió a Japón al ministro de Trabajo Rudolph Lémieux, el cual llegó a un acuerdo (Acuerdo Lémieux) limitando el envío de emigrantes japoneses a Canadá a 400 personas anuales (este límite se redujo a 150 personas en 1923 y en 1928, incluyó a los que regresaban a Japón y a sus familiares).

Establecimiento de la sociedad japonesa y entrada de nuevos emigrantes

Tras el Acuerdo Lémieux, por el cual se imponía una estricta limitación a la entrada de emigrantes japoneses, la colonia japonesa en Canadá experimentó un descenso en el número de miembros.

Por su parte, la sociedad japonesa se cohesionó con los nuevos matrimonios y la formación de nuevas familias. Aumentó el contacto con la sociedad canadiense europea y a partir de 1930 se aceleró la estabilización social con los límites impuestos a la emigración.

Los japoneses preferían establecerse en las ciudades e iban trayendo a su familia, aumentando el número de matrimonios, a la par que se alcanzaba la estabilización e integración. Así se produjo también un aumento en el número de japoneses nacidos en Canadá, llamados «de segunda generación».

Esta tendencia aumentaba cada vez más, y mientras iba disminuyendo la posibilidad de emigración libre se incrementaban los traslados temporales a Japón para contraer matrimonio y los casamientos a través de fotos («Esposas de casamiento a través de fotos», *Historia de mujeres emigrantes a Canadá,* de Tomoko Makabe, Tokio, 1983).

Del total de emigrantes japoneses en 1908, un 48 por ciento eran futuras esposas o recién casadas con japoneses emigrados con anterioridad. Esta tendencia aumentó considerablemente en los años siguientes y reflejan también el aumento de los emigrantes llegados a Canadá mediante el método conocido como *yobiyose* o «por llamada» de familiares ya emigrados. El resultado de ello fue que el número de mujeres por cada cien varones fuese de:

Edad	Varón	Mujer
51-	100	11
38-50	100	29
12-37	100	58
15-20	100	37
7-20	100	93
-6	100	94

(Esta lista muestra claramente la existencia de una segunda generación y el aumento de mujeres en la familia. Página 30 de *Emigración del Japón*, de Mitsuru Niiho).

El contacto con la sociedad de origen europeo fue bastante satisfactorio aunque no exento de dificultades. El informe de 1912 del secretario del Asuntos Exteriores mencionado anteriormente decía:

> Como los chinos... los japoneses también tienen tendencia a agruparse para sobrevivir en esta sociedad..., sin embargo, se observa que poco a poco esta tendencia va disminuyendo, quizás debido a la disminución de nuevos emigrantes, tras las restricciones impuestas a la emigración...

(Informe sobre Vancouver de 28 de abril de 1912, en el «Informe sobre los emigrantes» n.° 10, por el secretario Enji Takeda). Los japoneses que se agrupaban en las ciudades advirtieron la dificultad de

conseguir su expansión comercial futura y, para remediar esa situación, trataron de atraer a los clientes de origen europeo.

Los hoteles, las tiendas de comestibles y los restaurantes orientales cambiaron su estrategia, para conseguir clientela europea de clase humilde. Esta nueva estrategia generó rivalidad y antagonismo entre los comerciantes de origen europeo, incrementándose el movimiento antijaponés.

Por otro lado, aumentó de nuevo el número de emigrantes japoneses con destino a Canadá, tanto antes como después de la Primera Guerra Mundial. Estos nuevos emigrantes se colocaban con preferencia en aserraderos y minas de carbón, como trabajadores sin cualificación. En el año 1930, al producirse la crisis económica mundial, se contaban unos 7.550 japoneses en los aserraderos. Este número incluía a familiares y parientes de los trabajadores. El elevado número de japoneses ocupando puestos de trabajo, produjo una actitud de xenofobia.

Los agricultores japoneses establecidos en Canadá consiguieron prosperar a lo largo de la Primera Guerra Mundial. Son de destacar los cultivos de fresas, cereales y verduras. En el sector ganadero se contaban en 1920 unos 3.879 agricultores en un total de 792 familias. Precisamente en ese año se fundó la Cooperativa de Productores de Fresas del Océano Pacífico, y en 1926, la Federación de Productos Agrícolas Asociados de Maprilridge, fomentándose, a través de dichas asociaciones, tanto el intercambio de técnicas y cultivos como la producción. En 1930, comenzaron a exportar fresas a Inglaterra.

Muchos emigrantes japoneses recién llegados a Vancouver, se alojaban en los hoteles administrados por otros japoneses. También conseguían empleo a través de agencias pertenecientes a otros japoneses, ya establecidos. Las ocupaciones laborales más comunes entre los emigrantes japoneses en aquella época eran como trabajadores en los aserraderos y en las minas. La Asociación japonesa constituida antes de la segunda mitad de 1900, actuaba como intermediaria en la obtención de trabajo de los nuevos emigrantes, cediéndoles los puestos de trabajo sin cualificar, ocupados antes por otros japoneses que habían encontrado mejores trabajos. Esto muestra que la Asociación procuraba ayudar a los japoneses recién llegados, aunque lógicamente, percibía emolumentos por sus gestiones, cobrando cierta cantidad de dinero a los emigrantes a quienes conseguían empleo.

Vía para la integración

La xenofobia y el movimiento antijaponés provocaron leyes de limitación a la entrada de nuevos emigrantes japoneses en Canadá. La sociedad japonesa, para evitar quedarse encerrada en sí misma, se vio obligada a integrarse más en la sociedad que le rodeaba. En 1917, durante la Primera Guerra Mundial, algunos japoneses se presentaron voluntarios, siendo movilizado un total de 196 personas como soldados (de estos voluntarios, 54 resultaron muertos, es decir, un 27,6 por ciento. Este porcentaje de fallecidos fue mayor que el que se produjo entre la población canadiense de procedencia europea que no llegó al 10 por ciento). Hubo 93 heridos, (47 por ciento) y 49 regresaron sin novedad [43].

Por otro lado, algunos japoneses con permiso de residencia, regresaron a Japón por temor al reclutamiento. También se constituyó una asociación de japoneses y en ella se acordó la participación en la movilización y en la contienda para presionar el reconocimiento oficial al derecho de voto. El gobierno canadiense anunció por su parte que no reclutaría a los japoneses naturalizados. («Actas: Nosotros, los japoneses naturalizados, respetamos la orden de reclutamiento y reclamamos el derecho de voto. Mientras que no tengamos este derecho, somos conscientes de estar obligados a obedecer la orden de reclutamiento». *Enciclopedia del desarrollo de los compatriotas en Canadá*, pp. 308-310). En 1931, el gobierno canadiense otorgó finalmente el derecho de voto a los soldados japoneses que regresaron de la guerra.

[43] «Soldados de raza amarilla: Memoria de los soldados japoneses voluntarios de Canadá en la Primera Guerra Mundial», 1983. Los doscientos soldados no fueron sólo para ayudar a Canadá sino que participaron activamente en la guerra de razas que se estaba produciendo y dieron su vida por el bien de sus compatriotas.

En Estados Unidos y en Canadá se incrementaba la discriminación antijaponesa y los japoneses no conseguían tener la igualdad de derechos. El problema de la naturalización en Estados Unidos no se había resuelto y no se les permitía la participación política en el estado de Columbia Británica. Los soldados, con su participación, intentaban romper este muro para reclamar un derecho de igualdad...») («Razonamiento de la constitución de la Asociación de Soldados Japoneses Voluntarios en Canadá» - *Emigración del Japón*, p. 13, de Mitsuru Niiho). (*Memorias*, de Konosuke Nishikihama, *Pueblo de América*, pp. 482-483, de Nao Fukutake).

La educación de los hijos de emigrantes.
Su adaptación a la vida canadiense

Hasta la primera mitad de 1910, los hijos de los emigrantes recibían educación según el sistema japonés, en escuelas fundadas por los propios emigrantes. El personal docente era también japonés [44].

> Es necesaria la formación de estudiantes por medio de la enseñanza nacional según las normas del ministerio de Educación; hay que inculcar el sentido de la tradición y de las costumbres de nuestra raza para llegar a ser un japonés digno de serlo, p. 95, de la *Crónicas de nuestros compatriotas en Canadá.*

En 1991 la asociación pesquera japonesa fundó en Steveston un colegio puramente japonés. En la solicitud de fondos hecha pública en 1907 decía:

> Nuestros objetivos son constituir un colegio de enseñanza básica y dar una enseñanza nacional a los niños japoneses; es decir: cultivar el espíritu japonés, prestar un servicio voluntario, para llegar a ser dignos del espíritu japonés, para mantener el objetivo de esta asociación y elevar el honor de los japoneses residentes, consiguiendo cubrir los objetivos de la enseñanza nacional. «Página 203, de *la Historia de 35 años*).

En la segunda mitad de 1910 surgieron diferencias de opiniones entre los que preferían mantener el sistema de educación japonés y los que preferían los colegios canadienses. Sin embargo, debido al estallido del movimiento antijaponés en los años 20, los residentes japoneses se vieron en la disyuntiva de regresar a Japón o de quedarse con todos

[44] (En 1906 se construyó el Colegio Nacional de Vancouver con la idea de dar una enseñanza puramente japonesa. La razón de su fundación (Cónsul Kishiro Morikawa, 25 de abril de 1906) fue «Para que en los ciudadanos japoneses se despierte la conciencia nacional y para aumentar los conocimientos; para que el bienestar y la dignidad de los compatriotas se incremente eternamente...». El mismo cónsul, en otro libro llamado *Crónica de los compatriotas,* dice: «Estos niños son el capital de nuestra prosperidad y la protección de los derechos de nuestra patria. Darles una correcta educación es una obligación que sus padres tienen hacia su país de procedencia».

los inconvenientes y peligros que ello representaba. Aquellos que permanecieron, decidieron enviar a sus hijos a colegios canadienses; esta circunstancia produjo un aumento del número de estudiantes en los colegios locales y ya entre 1923 y 1925 se registraba en las aulas el elemento mixto con alumnos de procedencia europea y de procedencia japonesa. Aun así, el rechazo contra los japoneses no cesaba. Un estudiante japonés de sexto curso de primaria en un colegio canadiense manifestaba en una redacción, en 1921:

> Nosotros, los japoneses, padecemos discriminación. ¿Existe alguna manera de evitarlo? No podemos hacer nada que les guste a los demás. Nos lavamos la cara y las manos antes de ir al colegio. Verificamos si está limpio el cuello y los oídos. A los otros les da asco nuestro aliento si comemos verduras en adobo. Es malo ponerse ropa vieja para salir, pero tampoco debemos vestir llamativamente. Podemos aprender inglés si jugamos con los otros niños en el patio. El maestro y los alumnos nos aceptarán si le obedecemos y si obtenemos buenas notas (página 64 de la *Historia de cien años*).

En el colegio japonés se impartían clases de idioma japonés después de terminar las clases en el colegio canadiense.

Por otro lado, bajo el liderazgo de Etsu Suzuki, que propugnaba la integración, se fundó en 1920 una Asociación de Trabajadores Japoneses en Canadá, afiliada en 1927 al Congreso Canadiense de Trabajadores (*All Canadian Congress of Labour*). En esta época empieza a producirse un cambio generacional en la sociedad japonesa emigrada a Canadá.

Año	Total	Nacidos en Japón	En Canadá
1901	4.738	4.674	64 (1,4 %)
1911	9.067(*9.021)	8.425	642 (7,1 %)
1921	15.868	11.650	4.218 (16,6 %)
1931	23.342	12.261	11.081 (47,9 %)
1941	23.149	9.462	13.685 (59,1 %)
1951	21.663	6.239	15.424 (71,2 %)

Aumento del movimiento antijaponés

El regreso de los soldados, al terminar la Primera Guerra Mundial, produjo una baja en la demanda laboral. La situación económica volvió a empeorar y se recrudecieron los ataques a los japoneses que, debido a la falta de brazos durante la guerra, habían obtenido fácilmente empleo. El movimiento antijaponés se extendía por toda América del Norte, influyendo en Canadá. En 1922 se redujo el cupo de licencias a los pescadores japoneses y las medidas hacia ellos se hicieron cada vez más estrictas. Los japoneses procedieron legalmente contra la reducción de licencias, ganando el pleito en 1928; pero, para entonces, ya se había reducido en un 54,1 por ciento en Gillnet, en total un 29 por ciento de las licencias concedidas a los japoneses. Entonces, algunos japoneses decidieron dedicarse a la agricultura. La agrupación pesquera de Steveston daba una gratificación entre 150 dólares y 350 dólares a todos aquellos que aceptaran cambiar de trabajo y en 1923, 23 personas se pasaron al sector agrícola en Richmond; en 1930 aumentó a 58 el número de personas que cultivaban unos 430 acres (230 acres para verduras y para fresas los restantes). El número de pescadores en el estado de Columbia Británica era en 1922 de 3.115 indios y 6.388 europeos, y en 1932 de 1.545 europeos y 2.615 indios. Los pescadores japoneses disminuyeron de 2.933 a 1.998 respectivamente. «Si morimos, moriremos juntos». Otros decían, «Los blancos nos engañan porque el número de barcos de guerra ha sido reducido por la conferencia de desarme». Y otros afirmaban: «Si vosotros nos engañáis os mataremos con cañones traídos de Japón.» (pp. 177-181 de la *Historia de 25 años*).

Tanto en las minas como en los aserraderos se advertía el movimiento de rechazo a los obreros japoneses. En 1925 había 2.437 trabajadores japoneses en los aserraderos y en 1933 se había reducido a 1.214. A la vez, se había efectuado una reducción en el jornal de los japoneses, y en otros lugares de trabajo también eran objeto de rechazo y de discriminación.

Actividad de la segunda generación

Debido a la xenofobia antijaponesa por parte de la sociedad canadiense, los japoneses que abandonaban América del Norte para regresar a Japón superaba en número, desde 1920, a los que partían de

Japón con destino a Norteamérica. Pero, por otro lado, aquellos japoneses que decidían establecerse en el extranjero formaban familias, produciéndose un aumento en la población de origen japonés con los nuevos nacimientos. Los niños japoneses nacidos en el extranjero alcanzaron la edad laboral en los años 30. Los que nacieron en Canadá, no tenían acceso por ley a las profesiones de abogado, funcionario o farmacéutico. Por lo tanto, existían innumerables desigualdades materiales y morales que dificultaban la fusión con la sociedad canadiense. En 1936 comenzó la actividad real de la Asociación de Ciudadanos Japoneses en Canadá (*Japanese Canadian Citizens League*) cuyo objetivo principal era la obtención del derecho de voto. En 1938 se recomenzó la publicación del periódico, *New Canadian*, dedicado a los jóvenes japoneses de segunda generación. El periódico se publicaba en inglés.

Número de japoneses residentes

Año	Estados Unidos	Canadá	Hawai	Total
1920	125.285	17.688	108.109	251.082
1921	123.372	18.627	113.399	255.398
1922	130.635	18.172	116.169	265.516
1923	131.393	19.729	118.832	269.954
1924	131.357	19.160	123.036	273.553
1925	133.080	19.679	125.764	278.523
1926	133.605	19.885	127.951	281.441
1927	14.738	21.155	129.377	165.270
1928	141.550	22.506	130.941	294.997
1929	140.945	22.664	134.042	297.651
1930	99.552	20.823	120.908	241.283

Desde la Segunda Guerra Mundial hasta la posguerra

Comienzo de la guerra

El gobierno canadiense, al observar el empeoramiento de las relaciones entre Japón y Estados Unidos, dictaminó en 1941 el registro de todos los japoneses residentes en el estado de Columbia, y la decisión de no reclutar a los de la segunda generación. El día 7 de diciembre

comenzó la guerra entre Japón y Estados Unidos. El gobierno canadiense dictó gradualmente, hasta febrero del año siguiente, las siguientes disposiciones respecto a la sociedad japonesa: detención de 40 personas de relieve social o político, cierre de la edición del periódico en japonés, precinto de los barcos de pesca, prohibición a los japoneses de tenencia de radios de onda corta y cámaras fotográficas, prohibición de circulación en la zona de protección y toque de queda.

En enero de 1942 se procedió al reclutamiento de todos los varones de nacionalidad japonesa de 18 hasta 45 años, para la construcción de carreteras. El gobierno canadiense obligó a la evacuación de todos los japoneses por la presión efectuada por el Comité de Seguridad de Columbia Británica (B.C.S.C.). Los únicos que podían sustraerse a la evacuación forzosa eran aquellos casados con canadienses de procedencia europea y unos mil agricultores que cultivaban las tierras del centro en el estado de Columbia Británica. Este traslado fue causa en gran parte de la desintegración socioeconómica de los japoneses en el estado de Columbia Británica.

Evacuación forzosa y traslados a la Costa Este

A partir de marzo, los japoneses fueron recluidos en el edificio del parque de Hasting (*Hasting Manning Pool*) de Vancouver hasta que el gobierno les asignara destino. Los japoneses de segunda generación *nisei* que actuaron como mediadores, obtuvieron el derecho de negociación con B.C.S.C. y aceptaron colaborar con el gobierno canadiense. Esta iniciativa hizo que la política del gobierno experimentara un cambio y, a partir de julio se permitió el traslado voluntario a las familias que lo solicitaban. La mayor parte de los que fueron recluidos en campos de concentración y obligados a trabajar en la construcción de carreteras, consiguieron reunirse con sus familias y vivir independientemente. Así, los campos se fueron cerrando. Las órdenes de traslado obligaban a los japoneses a internarse en los siguientes lugares (sin incluir los campos de concentración de carreteras):

a) Campos de concentración de prisioneros: Los que fueron detenidos al comienzo de la guerra y los que mostraron una postura de resistencia contra la política del gobierno.

b) Campos de concentración en las provincias del interior: Los que trabajaban las fábricas de azúcar y los que no se trasladaron con medios propios. Éstos eran los campos con mayor número de japoneses. A éstos se les proporcionó pequeñas viviendas prefabricadas y empleo, si bien con una remuneración muy reducida. Otro grupo, la mayor parte perteneciente a la segunda generación de japoneses se dirigieron a las ciudades del este, como Toronto, aprovechando la política de reubicación del gobierno.

c) Traslado con medios propios: La Asociación de japoneses naturalizados en Canadá utilizó pueblos vacíos para instalar allí pequeñas fábricas o comercios como aserraderos, etc., y así poder sobrevivir.

d) Proyecto de cultivo de remolachas: 362 solteros de segunda generación del estado de Ontario, más 1.021 familias del estado de Manitoba y 2.495 familias del estado de Alberta fueron trasladados con contrato de trabajo, para dedicarse al cultivo de remolacha. Los solteros enviados a Ontario se trasladaron a su vez a ciudades grandes como Toronto. Otro grupo se estableció y amplió el volumen del negocio azucarero, después del final de la guerra.

e) Trabajadores especiales: Algunos japoneses de segunda generación obtuvieron permiso especial de trabajo, y se colocaron en los estados del este.

Confiscación forzosa de los bienes y propiedades de los japoneses

Una de las diferencias entre Canadá y Estados Unidos fue la confiscación forzosa de los bienes pertenecientes a los japoneses. En marzo de 1942 se constituyó un Comité oficial para administrar las propiedades de los japoneses. Se procedió a la venta y liquidación, tanto de los bienes muebles como de los inmuebles. La mayor parte de los 1.337 barcos pesqueros amarrados en el río Fraser tuvieron que ser vendidos también por orden Gubernamental y esta medida representó un duro golpe para la economía japonesa en British Columbia.

Repatriación

La oficina de Asuntos Japoneses del Ministerio de Trabajo realizó en marzo de 1945 una investigación a todos los japoneses mayores de 16 años para medir su grado de lealtad hacia Canadá. Según los datos

de dicha investigación 6.903 japoneses residentes solicitaron la repatriación a Japón. A ellos se unía el número de familiares, totalizando más de 10.000 personas. Todas ellas debían ser repatriadas después de la guerra (una vez terminada la guerra la mayoría de ellos quiso quedarse en Canadá; sólo 3.969 personas regresaron a Japón).

Traslados voluntarios hacia la costa este de Canadá

Desde finales de la guerra hasta marzo de 1949, a los japoneses no se les permitía residir en la llamada «zona de seguridad». Esta circunstancia aceleró la tendencia a trasladarse hacia la costa este, sobre todo tras el cierre de los campos de concentración. También contribuyó a este movimiento la fácil aceptación hacia los japoneses en Toronto. Además, al derrumbarse la base de la economía japonesa en el estado de Columbia Británica, el traslado hacia el este resultó casi inevitable. Es preciso destacar también que aquellos que se trasladaron allí pertenecían, en su mayor parte, a japoneses de segunda generación. Ya desde la época de concentración obligatoria se había empezado a producir un paulatino cambio de generación y este fenómeno continuó a lo largo del proceso de reubicación en el este. Calificado en un principio como «dispersión de los japoneses» resultó en realidad una concentración masiva de japoneses, en los estados de Columbia Británica y Quebec.

Cuadro demográfico de los japoneses

	1931	1941	1951	1961	1971
Terranova	0	0	2	3	20
Isla de Príncipe Eduardo	0	0	6	0	15
Nueva Escocia	4	2	4	28	85
Nueva Brunswick	0	3	7	18	40
Quebec	43	48	1.137	1.459	1.745
Ontario	220	234	8.581	11.870	15.600
Manitoba	51	42	1.161	1.296	1.335
Saskatchewan	114	105	225	280	315
Alberta	652	578	3.336	3.721	4.460
Columbia Británica	22.205	22.096	7.169	10.424	13.585
Yukon	52	41	23	32	40
Territorios del Noroeste	1	0	12	26	15
TOTAL	23.342	23.149	21.663	29.157	37.255

Actividad de JCCA

La organización llamada Federación de Cooperativa de la Commonwealth (C.C.) se opuso siempre a las actividades antijaponesas, tratando de proteger los derechos de los japoneses incluso en la época de la evacuación forzosa. Por otra parte, la asociación TWCA, de Toronto, prestaba atención especial a los japoneses, a partir de 1943, intentando que fueran aceptados y conseguir su establecimiento. Esta asociación se convirtió en la base fundadora de la Cooperativa para los japoneses de Canadá. Además, en 1944 se constituyó la Asociación Liberal de Ciudadanos de Ontario para la protección de los ciudadanos de origen japonés. Los propios japoneses también organizaron una Asociación Nacional de Ciudadanos Canadienses de Origen Japonés en 1947, convirtiéndose ésta en una organización activa que trataba de evitar la repatriación forzosa y se encargaba de cursar reclamaciones para conseguir indemnizaciones por el requisamiento de bienes y propiedades, llevado a cabo por el gobierno durante la fase crítica de la guerra. Los japoneses obtuvieron el derecho de ciudadanía canadiense y de voto el primero de abril de 1949. En 1950, recibieron 1.522.829 dólares como indemnización por los daños sufridos, cantidad que no satisfizo a la colonia de ex-emigrantes. Habría que esperar hasta el 22 de septiembre de 1988. Fue entonces que el gobierno canadiense concedió una indemnización de 21.000 dólares a todos los japoneses canadienses que permanecían con vida.

Emigración a Canadá en la posguerra

Hasta que Japón recuperó su total independencia, resultaba poco menos que imposible realizar la travesía entre Japón y Canadá. Los únicos que tenían permiso para viajar a Canadá eran aquellos con nacionalidad canadiense que habían regresado a Japón durante la guerra. A partir de 1952, se permitió viajar a Canadá a los hijos solteros menores de 21 años de edad, a los padres y al cónyuge de japonés con ciudadanía canadiense. A partir de 1966, el gobierno canadiense instaló una oficina de emigración en Tokio para estimular la emigración de los japoneses a Canadá. Esto hizo que el número de emigrantes japoneses en Canadá se incrementase notablemente desde la segunda mitad

de los años 70. Por parte de Japón, una vez superada la crisis del petróleo, comenzó a disminuir el movimiento emigratorio, llegando a ser casi inexistente en los años posteriores.

México y los japoneses

Primeros contactos y firma del Tratado entre México y Japón

Ya se ha dicho que los primeros japoneses, aunque escasos en número, llegaron a Nueva España a finales del siglo XVI. En el siglo XVII ya se establecieron relaciones directas entre Japón y la colonia española. Algunos de los japoneses que acompañaban a Hasekura Tsunenaga decidieron establecerse en México. Aún así, México no se consideró país objeto de interés por parte del gobierno Meiji.

Un eclipse solar que tuvo lugar el 9 de diciembre de 1874, facilitó el acercamiento de Japón y México. Dicho eclipse lo produjo la interposición del planeta Venus sobre la superficie del sol y para su observación se formó un equipo científico de varios países, entre los cuales se hallaba México y decidieron instalar sus puntos de observación en Asia, considerándola la más idónea para sus objetivos científicos. México envió un equipo de observación formado por cinco personas, al frente del cual se hallaba Francisco Díaz de Covarrubias y, aunque no tenía previsto instalarse en Japón, se demoraron mucho en el viaje y, debido a que el primer puerto de Asia en el que desembarcaron fue Yokohama, cerca de Tokio, decidieron instalar allí su puesto de observación. Una vez decidido el plan, el gobierno japonés no escatimó esfuerzos en colaborar con el equipo científico, ofreciendo dos bases en Yokohama: Nogue y Yamate. También puso a disposición del equipo, cinco jóvenes japoneses, para que sirvieran de intérpretes; a cambio, el gobierno pidió que el equipo científico mexicano impartiera conocimientos sobre astronomía a los jóvenes japoneses.

Tras su estancia en Japón, Covarrubias empezó a sustentar un gran respeto y una opinión muy favorable acerca de Japón y los japoneses; sobre todo, a través de la relación mantenida con los jóvenes intérpretes. Después de volver a su país, aparte de informar sobre el fenómeno meteorológico observado, escribió acerca de la diferencia que, a su modo de ver, existía entre los japoneses y los chinos. Covarrubias, opi-

naba que debía darse prioridad a la aceptación de emigrantes japoneses por delante de los chinos, ya que aquéllos poseían técnicas depuradas en sericultura y en la fabricación de tejidos de seda, así como en la elaboración de objetos de laca y cerámica. También manifestó una opinión favorable acerca del sentido del orden, de la cortesía y elevada educación de los japoneses [45]. Justo por aquel tiempo, apareció otro escrito sobre las primeras relaciones entre los dos países en el siglo XVII [46].

De acuerdo con la Constitución de 1857, el gobierno mexicano abolió la esclavitud, garantizando los derechos fundamentales de la persona y al igual que ocurrió en otros países de América al abolirse la esclavitud, también en México se produjo falta de mano de obra. México experimentó entonces una etapa crítica, en la que se sucedieron las convulsiones sociales, una guerra civil, la llegada y coronación del emperador Maximiliano y su muerte. La política de línea liberal iniciada por Juárez y Lerdo desembocó en la toma de poder por parte del general Porfirio Díaz en el año 1876, quien se mantuvo en el poder hasta 1910. Fue precisamente en este periodo cuando México alcanzó el nivel más alto de desarrollo económico, basado principalmente en la construcción de las líneas de ferrocarriles y en la explotación de las minas. Por todo ello, y aunque no se debiera al informe elaborado por Covarrubias y a su opinión favorable sobre los japoneses, las circunstancias hicieron que en México se empezara a considerar la posibilidad de incorporar excedentes de población procedente de Asia para su utilización como mano de obra. México comenzó a mostrar deseos de acercamiento a Japón al solicitar la participación japonesa en la Exposición Universal que iba a celebrarse en México en 1880. Sin embargo, el gobierno japonés declinó la invitación basándose en que no se habían concluido aún los trámites legales del tratado de cooperación entre ambos países. Para el gobierno japonés, México no era un país interesante desde el punto de vista comercial o diplomático [47].

[45] Francisco Díaz de Covarrubias, *Viaje de la Comisión Astronómica Mexicana al Japón*, México, 1876. Traducción al japonés: Ogari Shiro, *Díaz Covarrubias Nihon Ryoko Ki*, Tokio, 1983, pp. 54, 56-57. Covarrubias tiene obras sobre la vida y cultura de los japoneses a través de su propia experiencia y también sobre historia del Japón basada en el libro de Francisco Ottivel. Tal vez podría haber sido uno de los primeros estudios sobre Japón que aparecieron más tempranamente en México.

[46] Nihon Gaiko Monjo, 21-kan, Tokio, 1949, p. 33.

[47] *Ibidem*, pp. 33, 256-258.

Nada más comenzar el año 1880, el gobierno japonés empezó a mostrar una actitud positiva en las negociaciones del Tratado «imparcial» entre ambos países. La firma tuvo lugar oficialmente en Washington el 30 de noviembre de 1888. A lo que aspiraba Japón realmente mediante este tratado era ejercer en el futuro cierta presión de cara a la tan deseada reforma de los tratados desiguales firmados anteriormente con potencias como Estados Unidos e Inglaterra. En dichos tratados, las grandes potencias obligaban a Japón a incluir la cláusula de extraterritorialidad. Con el tratado firmado con México se perseguía el objetivo de alcanzar el trato de nación favorecida en el futuro, respecto a las potencias occidentales. En el tratado entre México y Japón, se ofrecían también a México unos privilegios que, en realidad, apenas tendría posibilidad de disfrutar. Pero para Japón resultaba un arma útil para esgrimirla ante los países occidentales con los que había firmado previamente aquellos tratados considerados desiguales y humillantes.

Así, Japón vio coronado por el éxito su propósito de establecer relaciones en términos de reciprocidad e igualdad con un país no asiático, mientras que México pudo abrir el camino para la llegada de mano de obra japonesa [48].

Al año siguiente del acuerdo, se entregó la solicitud de reclamación de emigrantes japoneses por parte de la empresa mexicana de emigración para la introducción en México de 60 familias japonesas con destino a Baja California. A cada familia de emigrantes se le ofrecía 50 hectáreas de terreno, siendo gratis la manutención durante el primer mes de la llegada al punto de destino. Resultaba también muy favorable el reparto de las semillas y herramientas agrícolas necesarias durante el primer año de estadía. A los emigrantes se les exigía ser marido y mujer (era indiferente que tuvieran o no hijos) y que fuesen trabajadores de conducta ejemplar. Asimismo, estaban obligados a construir sus viviendas –aunque podrían recibir ayuda– debiendo ir provistos de los fondos para hacer frente a la compra del terreno. En relación a esta condición, el cónsul Kawakita en San Francisco manifestó oficialmente al gobierno japonés su disconformidad, apoyándose

[48] *Ibidem*, pp. 113-140. Este Tratado tenía un marcado carácter político y contenía además una cláusula secreta por la cual México renunciaba «de facto» a los privilegios descritos en el documento sobre la libertad de vivir y hacer comercio en el territorio japonés.

en el hecho de no estarles permitido por la ley a los emigrantes que fueran a México la propiedad del terreno hasta que pasaran diez años de su llegada. Teniendo en cuenta además que el clima de México era seco y no especialmente apto para el cultivo, no existían, a su juicio, unas condiciones favorables allí –en comparación, por ejemplo, con la colonización de Hokkaido– que aconsejaran impulsar la emigración a México. Por estas razones, el gobierno japonés declinó la oferta recibida por parte del gobierno de México y justificó su negativa al envío de emigrantes japoneses en base a no existir aún, un Consulado de Japón en México[49].

Mientras que el gobierno japonés mantenía una postura negativa acerca de la emigración a México, aumentaba rápidamente el número de emigrantes a Hawai. Paralelamente, en los niveles políticos y económicos japoneses, se perfilaban ya entonces dos movimientos de importancia; por un lado, las aspiraciones por expandir el imperio más allá de sus fronteras; por otro, los intereses económicos de los nuevos pequeños capitalistas, que tenían puestas sus miras en las clases bajas y medias para realizar sus negocios. Se podría afimar, no obstante, que tanto las aspiraciones de los políticos como los intereses representados por los pequeños capitalistas, no encajaban con la idea de aquellos sectores de la población que deseaban emigrar, y hallar en el extranjero unas condiciones laborales y económicas más favorables.

Primeros emigrantes japoneses

El gobierno japonés sabía que existía demanda de obreros japoneses en los países latinoamericanos, pero no había mucha disposición por parte de las autoridades para aprobar la salida de emigrantes al extranjero. Entre los que apoyaban el proyecto de emigración figuraba Enomoto Takeaki, uno de los expansionistas más destacados en el Japón de entonces, quien intentó estimular el movimiento emigratorio a México con el fin de fundar una colonia japonesa. Con este objetivo fundó la *Shokumin Kyokai* y envió 34 emigrantes a México: 28 contratados y 6 de libre contratación. El proyecto Enomoto tenía un objeti-

[49] *Ibidem*, 22-kan, Tokio, 1951, pp. 547-550.

vo distinto a la emigración a Hawai o a Estados Unidos, ya que no pretendía ser de carácter temporal, sino que aspiraba a establecer una colonia basada en el cultivo del cafeto, eligiendo como zona la localidad de Escuintla, en el Estado de Chiapas. Aunque Enomoto podía haber aprovechado la circunstancia de ser miembro del Consejo Superior del Emperador para atraer al proyecto a personas que tenían relación con el Ministerio de Asuntos Exteriores y con el gobierno mexicano, no tuvo más remedio que realizar sus gestiones como empresa privada, ya que el gobierno japonés no mostró una actitud favorable. Faltó, además, un estudio de prospección adecuado y se procedió al envío de emigrantes de forma un tanto precipitada, sin haber tenido ocasión de preparar los fondos necesarios para la instalación y explotación de las plantaciones de café. Kusakado Toraji, que acompañó al grupo de emigrantes como director, no tardó en emprender la vuelta a Japón, justo al medio año después de la llegada. Incluso el promotor principal, Enomoto, decidió retirarse del proyecto en el mes de diciembre. En 1900, tres años después de iniciado el proyecto, la colonia de emigrantes Enomoto desapareció [50].

Hubo 34 personas (la mayor parte habían venido a México como emigrantes del proyecto Enomoto, pero con sus propios fondos) que decidieron permanecer en el terreno que antes había pertenecido a la colonización Enomoto. Para este fin, emprendieron la administración de la colonia de Escuintla. En 1901, Terui Ryojiro y varios japoneses más formaron una cooperativa desarrollándola hasta formar una empresa *(Nichi Boku Kyodo Kaisha)*, o Compañía Japonesa-Mexicana. Sin embargo, era imposible mantener esos cultivos (como el café o el caucho) sin disponer de un gran capital, por lo cual se decidió hacerse primero con un capital por medio de actividades comerciales. Así empezaron a producirse bebidas alcohólicas, gracias al cultivo de batatas, empleando mano de obra mexicana en las pocas fincas adquiridas. Al mismo tiempo se dedicaban a regentar tiendas de enseres domésticos y comestibles.

Lo que sucedía en Escuintla presenta un marcado contraste con el movimiento de emigrantes enviados por las compañías de emigración y puede afirmarse que es un capítulo muy peculiar de la emigración japonesa a México.

[50] Tsunoyama Yukihiro, *Enomoto Takeaki to México Shokumin Iju*, Tokio, 1986.

Otro de los logros de la Compañía Japonesa-Mexicana fue crear un centro para impartir educación «a la japonesa» sin ayuda exterior, sólo con su propio esfuerzo e iniciativa. Este proyecto se basaba en la idea de Terui Ryotaro, quien pensaba que iba a ser muy difícil transmitir la educación de la lengua y de la cultura en la familia, ya que la mayor parte de los japoneses se habían casado con mexicanas. Precisamente por eso se hacía muy necesaria la existencia de una escuela japonesa. El colegio se fundó en 1906, y en 1912 había nueve alumnos de cinco a once años. Lo original en su sistema educativo era la obligación para todos los alumnos de permanecer en régimen de internado, para evitar que adquirieran malas costumbres mediante el trato con la población local. También se impartían clases de español, aparte del programa de estudios preceptivo en las escuelas japonesas. El idioma japonés se enseñaba con letras latinas y no con *Kanji* (ideogramas chinos). La razón de esta política educativa la explicaba Terui: para los niños era imposible aprender los ideogramas japoneses, por lo que no compensaba el tiempo que se perdía estudiando en relación al resultado obtenido. Y ellos mismos escribían habitualmente cartas y documentos en japonés, a máquina, con letras latinas [51].

Los primeros emigrantes contratados

Kumamoto Imin Kaisha

Después de la desaparición del grupo de colonización Enomoto y del fracaso de la primera emigración a Perú, el gobierno japonés adoptó una actitud aún más prudente si cabe. Sin embargo, mientras México seguía insistiendo en sus demandas de emigrantes japoneses, en Japón la situación interna provocaba la crisis y desintegración de la clase agraria. Entonces, quien se erigió como puente en la coordinación de esas dos demandas, pasando a ocupar el vacío dejado por Enomoto,

[51] Arai Minoji, «Boku Koku Imin Chosa Hokoku», *Imin Chosa Hokoku*, vol. 1, Tokio, 1908, pp. 12-16, Arai Kinta, «Boku Koku Chiapas Shu Soconusco Gun Nihon Jin Jotai Shisatsu Hokoku», *Imin Chosa Hokoku*, vol. 12, Tokio, 1913.
Este modo de enseñar japonés es muy interesante no sólo desde el punto de vista pedagógico, sino también sociológico.

fue la Agencia de Emigración Kumamoto. Esta compañía era la que estaba cosechando más éxito en la actividad emigratoria hacia Hawai. Además, continuamente insistía al gobierno japonés reclamando emigrantes contratados, mientras que negociaba la cuestión laboral de los que emigraran, consiguiendo contratos con las compañías de ferrocarriles o con las minas.

Cuando Sato Aimaro, segundo ministro de la Legación Japonesa, llegó a México a finales de 1900, recibió la visita de Hashimoto Daigoro, el intermediario de los trabajadores en Salt Lake, Estados Unidos, para informarle que había concluido un contrato con Edwin Ludlow, gerente de *The Mexican Coal and Coke Co.*, propietaria de la mina Las Esperanzas en el estado de Coahuila, a fin de gestionar el contrato de 200 trabajadores japoneses con destino a las minas. Ludlow le envió una carta solicitando su colaboración. En enero del siguiente año, el consejero de la misma compañía, Henry P. Webb, escribió comunicando que: «los trabajadores de su país recibirán sin duda el mismo trato que los demás americanos, por lo cual no existen motivos de preocupación al respecto».

A primeros de febrero de 1901, 15 mineros japoneses precedentes de Estados Unidos se trasladaron a México, incorporándose a trabajar en la mina Las Esperanzas. Hashimoto informa que había cerrado contratos definitivos por los que se comprometía a introducir 200 japoneses con la misma compañía, para la mina Las Esperanzas, y con la Compañía Internacional Railway para la mina Porfirio Díaz. Previamente había viajado a Japón para solicitar autorización del Ministerio de Asuntos Exteriores. El ministro Sone Arasuke temía que la actividad emigratoria a México pudiera enturbiar sus relaciones con los Estados Unidos y pidió informes al cónsul Ueno Kisaburo en San Francisco sobre si la emigración a México podría dar pretexto a Estados Unidos para boicotear a los japoneses cuando éstos llegaran a México en el ferrocarril de los Estados Unidos. El mismo cónsul respondió que «no hay motivos de preocupación». También ordenó se cursara una investigación para calibrar exactamente la acogida real que tendrían los japoneses.

El gobierno japonés, aunque la vida era más barata en México que en los Estados Unidos, y no existía un movimiento antijaponés de la intensidad que en Norteamérica o Perú, consideró cuidadosamente la posibilidad de emigración a México. Finalmente, se decidió que dicho

proyecto quedará postergado hasta que no se tuviera una conclusión afirmativa acerca de si era factible la emigración sistemática y masiva a México. También se recomendó la emigración en forma restringida durante un periodo de prueba. Por consiguiente, el gobierno y la Agencia de Emigración Kumamoto se pusieron finalmente de acuerdo para dar autorización oficial a la emigración en periodo de prueba de unos cien japoneses. En noviembre de 1901, salieron para las minas de Coahuilas, Las Esperanzas y Fuente, los 82 emigrantes convocados en las provincias de Mie y Wakayama a través de la Agencia Kumamoto. Estos emigrantes estaban obligados a trabajar seis días por semana con un horario de diez horas al día, cobrando un salario de 55-60 centavos por cada tonelada de carbón extraído. Mientras, la Agencia de Emigración recibiría 20 yenes por persona como comisión. Los gastos corrían de su cuenta, aparte un préstamo concedido a los emigrantes para los gastos de viaje, que ascendía a 70 dólares [52].

El 17 de diciembre de 1901, los 47 emigrantes de Wakayama se incorporaron a Las Esperanzas y los 34 de Mie, a Fuente. Sin embargo, en enero de 1902, los de Las Esperanzas acusaron a la mina de incumplimiento de contrato. Debido a esta situación, Sinobu Junpei fue enviado para investigarla. En marzo, los emigrantes de Fuente se pusieron en huelga y algunos huyeron de la mina. El Consulado intentó convencer a los emigrantes en vano. En mayo sólo quedaban 13 en Las Esperanzas y 22 en Fuente. En abril de 1903, eran ya sólo 9 los que quedaban en la mina del primer destino [53].

No obstante, en diciembre de 1903 llegaron otros 40 emigrantes de la provincia de Fukushima, enviados por la Kumamoto con destino a la mina Las Esperanzas. El día 8 de diciembre llegaron los primeros: un total de 33 hombres y 2 mujeres, incorporándose al trabajo a partir del día 12. El 24 de diciembre se declararon en huelga. El día 28 se incorporaron los doce que faltaban, debido a haber partido con retraso y su llegada causó gran confusión. Ello se debió a que algunos de ellos se negaron a participar en la huelga, incorporándose inmediatamente al trabajo. Hubo incluso algunos detenidos por la policía. Al no ser aceptadas las reivindicaciones, resolvieron huir en grupo, pero este plan

[52] Nihon Gaiko Monjo, 34-kan, Tokio, 1956, pp. 920-947.
[53] *Ibidem*, 35-kan, Tokio, 1957, pp. 782, 809-812.

también fracasó, ya que fueron descubiertos y devueltos a la mina, pero, aun así, se negaron a trabajar. En un incidente ocurrido en 1902, los emigrantes consiguieron escapar después de repetir «la súplica» al Consulado, y esta vez se marcharon en grupo con sus enseres. En realidad, no trabajaron sino unos 10 días como máximo, descontando los festivos. Cuando la Agencia de Emigración y *the Mexican Coal and Coke Co.*, liberaron a los detenidos que se habían negado a trabajar, éstos partieron con destino a la región de la ciudad de Eagle Pass, Estados Unidos. Por lo tanto, es muy posible que ya tuvieran planeado desde el principio introducirse en los Estados Unidos [54].

Toyo Imin Kaisha y la Compañía Japonesa Mexicana de Comercio y Colonización

La *Toyo Imin Kaisha* retomó la actividad emprendida por la agencia Kumamoto en la gestión y envío de emigrantes a México. La Toyo solicitó enviar sólo a emigrantes libres en un principio. Después decidió aceptar sólo emigración contratada. A este efecto, informó al gobierno que solamente se encargaría de tramitar contratos con aquellas fincas y empresas de minas o ferrocarriles que se hallaran en la zona junto al istmo de Tehuantepec, al sur de México, donde había pocas posibilidades de introducirse clandestinamente en los Estados Unidos. Se pretendía que ese tipo de emigración tuviera por objetivo conseguir que el emigrante, al finalizar su contrato, estuviera en condiciones de independizarse económicamente y establecerse en la tierra que adquiriese, dedicándose a la agricultura. La compañía se comprometió a pagar un sueldo de 25 dólares mexicanos a cada emigrante. El gobierno aceptó la proposición porque este sueldo era relativamente más alto que el ofrecido a los emigrantes con destino a Perú [55].

La Compañía Japonesa-Mexicana de Comercio y Colonización traspasó sus derechos de contratación de emigrantes a la Toyo; esta compañía inició tratos con Thomas Morán, hombre de nogocios y capitalista, yerno del director general del Ministerio de Asuntos Exterio-

[54] *Ibidem*, 37-kan 2-satsu, Tokio, 1958, pp. 379-385.

[55] *Ibidem*, 35-kan, pp. 812-814. 36-kan 2-satsu, Tokio, 1957, pp. 533-534.

res Mexicano. También se incorporó como socio fundador de la compañía Francisco Alfaro, el portavoz del Presidente. Esta empresa tenía la función de contratar a los emigrantes en Japón, asignándoles un lugar de trabajo y, una vez convocados, procedía a su traslado a México en grupo con la compañía Toyo [56].

En 1904, la Toyo envió emigrantes con destino a las minas, como una de cobre al norte de Baja California y la mina llamada Las Esperanzas. Para la adjudicación de obreros, la empresa receptora enviaba una solicitud reclamando emigrantes japoneses a la Compañía Japonesa Mexicana de Comercio y Colonización; a continuación, reclutaba emigrantes en Japón, ultimando allí el contrato con los emigrantes. Una vez llegaban los emigrantes enviados por la Toyo, el contrato entre la empresa receptora y los emigrantes se ultimaba mediando dicha compañía entre ambas partes. Los emigrantes pagaban una comisión a la Toyo, cobrando su sueldo de la empresa receptora y depositando dinero en la Compañía Japonesa Mexicana de Comercio y Colonización. Es decir, entre los emigrantes japoneses y los empresarios mexicanos actuaban de intermediarias las dos agencias de emigración –la de Japón y la de México–. Dichas agencias extraían sus ingresos del sueldo de los emigrantes.

Mientras, en Okinawa aparecían artículos en los periódicos haciéndose eco de los rumores sobre las condiciones tan desfavorables que los emigrantes debían soportar, muriendo algunos debido a los malos tratos [57].

Tairiku Shokumin Kaisha

Aunque la compañía Tairiku Shokumin Kaisha reclutó un número elevado de emigrantes, su participación en la actividad emigratoria se produjo con retraso, en comparación con las agencias Toyo y Kumamoto. Poco a poco llegó a ser la primera compañía en la gestión y transporte de emigrantes a México. A ello, contribuyó mucho su estrategia en las negociaciones. Ya desde un principio, ejercía una política

[56] *Ibidem*, pp. 536-542.

[57] *Ibidem*, 37-kan 2-satsu, Tokio, 1958, pp. 387-399, 402, 404-409.

comercial agresiva que ninguna otra agencia había practicado hasta entonces. En un principio fue amonestada por el gobierno por haber cometido alguna infracción de la Ley de Protección a los Emigrantes, obligándosele a retirar un anuncio publicado en un periódico local en el que se convocaba a posibles emigrantes. Los anuncios y reclamos publicados eran como el siguiente: «rumbo a México de Norteamérica», aparecido en *El Diario de Kyushu*, del 20 de mayo del 1904. En *El Diario de Hiroshima*, del 19 de mayo, otro decía: «La emigración a México en territorio norteamericano». Puede imaginarse que estos anuncios confundían a los posibles emigrantes, quienes desconocían la ubicación de los países de América. Era lógico que, con semejante información, creyeran que México era parte de Estados Unidos [58].

La compañía Tairiku llegó a un acuerdo con el Agente Americano residente en México, Warren Garrett, firmando un contrato de traslado para 485 emigrantes, con destino a fincas pertenecientes a los capitalistas americanos del sector sur de Veracruz, Oaxaca y Chiapas. Los emigrantes llegaron en tres remesas: la primera remesa salió el día 7-11-1904. La segunda el 14-12-1904 y la tercera el 16-1-1905. Llegaron 161 en la primera; 92 en la segunda; y 118 en la tercera; 371 personas en total. Cuando pasaban por San Francisco rumbo a México, se produjo una revuelta provocada por algunos que pretendían desembarcar. Llegados a Acapulco y Salina Cruz muchos huyeron. Incluso los que se incorporaron a las fincas designadas, trataban de conseguir que el resto dejara de trabajar y se enfrentara a los dueños o empresarios. Por consiguiente, la propia compañía Tairuku se vio obligada a intervenir con el primer grupo de emigrantes, el día 21 de enero. Los 79 del cuarto grupo de emigrantes de la Tairiku, con llegada el día 2 de diciembre de 1906, se establecieron en la finca de Buena Vista. Pero fueron despedidos el 20 de enero por el dueño, debido a las disensiones que surgieron. Sin embargo, el gerente de Oaxaquena, que había sido el gerente de Hawai y poseía gran experiencia en tratar a los japoneses, propuso encargarse de ellos. Esta hacienda de cultivo era propiedad de *Tabasco Land and Development Company*, y el 19 de mayo de 1906, en-

[58] Gaiko Shiryo Kan, 3-8-2-204, vol. 1. El Ministro de Asuntos Exteriores advirtió a cada gobernador de las provincias, que la Agencia Tairiku Shokumin tenía tendencia a hacer contratos de emigración a México, prometiendo en secreto a los emigrantes ayudarles en su posterior traslado a Estados Unidos.

tre Geo E. Davis, *General Manager,* y la Tairiku, firmaron un contrato para reclutar mil hombres y cien mujeres. Después, la Tairiku llevó a cabo la firma de varios contratos. Mediante uno de éstos, se enviaron 1.002 emigrantes a Tuxpon como obreros de ferrocarril para trabajar en una zona a 68 kilómetros, entre Colima y Tuxpon. Las condiciones de clima, residencia e higiene eran pésimas. El trabajo tampoco era satisfactorio y según una investigación de 1908, 124 personas vivían repartidas en tres campamentos. Es de destacar que de 150 personas, diez murieron y otras enfermaron en Jara, lugar ya famoso por su insalubridad. Debido a las malas condiciones, aproximadamente el 95 por ciento de los allí emigrados fueron abandonando el lugar, marchando con destino a Tuxpon. De este modo, la mayoría de los japoneses enviados como emigrantes acabaron por huir del lugar de trabajo asignado. La Tairiku, en cualquier caso, cobraba comisiones a los emigrantes y, para incrementar ingresos, enviaba cada vez más obreros. Parece que la mayoría de los japoneses que huyeron del lugar asignado como punto de destino tenían como objetivo final introducirse ilegalmente en Estados Unidos. Como a este país no tenían acceso, se dirigían en un principio hacia las minas del estado de Sonora, y a las de *Black Mountain Maining Co.;* otros huían a ciudades como Guadalajara o Chihuahua. Entre los que se establecieron en zonas urbanas, algunos acabaron viviendo miserablemente. Alrededor de 1908 había en Guadalajara más de 200 japoneses. La mitad de ellos se dedicaba a realizar trabajos a domicilio, como jardineros, etc., y la otra mitad vivían pobremente, con lo puesto y al día. En la misma época, residían en la ciudad de Chihuahua más o menos 150 japoneses, pero la mayoría de ellos eran pobres que vivían del dinero enviado por parientes desde Estados Unidos. Éstos eran los más interesados en aprovechar cualquier ocasión para introducirse ilegalmente en los Estados Unidos.

El cónsul Arakawa Minoji, tras realizar una inspección en las tierras de Oaxaquena, comentó que ésta era la región con mejor fruto, recomendando enviar a grupos de familias que tuvieran propósito de instalarse allí definitivamente. A pesar de opinión tan favorable, se produjo en estas tierras un incidente que alcanzó proporciones tales como para ser necesaria la presencia permanente de un pelotón militar. La fuerza militar fue reclamada especialmente para proteger a nuevos emigrantes japoneses que arribaron al puerto en diciembre de 1906. El

conflicto se extendió a los municipios vecinos llegando a representar un problema en las relaciones exteriores entre Japón y México [59].

Aumento de la emigración

Los emigrantes contratados por las agencias e intermediarios, acabaron en muchos casos en la miseria y se hizo patente que, tal como en un principio temía el gobierno japonés, hubo un gran número de fugitivos entre los emigrantes llevados a México, a partir de 1901, por las agencias de emigración [60].

Vamos a dar un ejemplo: en noviembre de 1906, *The Mexican Coal and Coke Co.*, solicitó 350 emigrantes japoneses a la Kumamoto. Al recibir la solicitud, la Kumamoto entregó una notificación de dicha petición a Agura, el superintendente general de la policía. En dicha notificación se solicitaba permiso para reclutar 86 emigrantes más como reserva, aparte los 350 del cupo que les correspondía. Según su explicación, se preveía que entre los 350 emigrantes de siempre habría algunos que no pudieran embarcarse, debido a ser rechazados o por motivos personales. Como en el barco no viajarían otras personas que los emigrantes, se solicitaba reclutar un 25 por ciento más como reserva. Esta petición fue aceptada por el gobierno [61]. La agencia Tairiku obtuvo permiso del gobierno para reclutar 99 emigrantes de reserva sobre los 485 del cupo que les correspondía [62]. Los propios emigrantes facilitaban a veces esa situación, ya que muchos japoneses aspiraban a emigrar a Norteamérica, donde los sueldos eran mejores. La emigración a México se consideraba un primer paso, un medio para conseguir ese objetivo final de emigrar a Estados Unidos. Los consulados en uno y otro país trataban de tramitar los permisos con la mejor voluntad, mientras que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón vigilaba

[59] *Ibidem*, vol. 1 y vol. 2; sobre el alboroto: «Boku Koku Oaxaquena Kochi Honpo Imin Sodo ni kansuru Ken» (El caso del conflicto de los emigrantes japoneses en el campo de «Oaxaquena en México) y Oaxaquena Kochi Shinrai Imin Sodo Tenmatsu Sho» (Detalles del conflicto de los nuevos emigrantes en el campo de Oaxaquena).

[60] Nihon Gaiko Monjo, 37-kan 2-sastu, Tokio, 1958, pp. 404-409.

[61] *Ibidem*, 40-kan 2-sastu, Tokio, 1961, pp. 744-745.

[62] Gaiko Shiryo Kan 3-8-2-204, vol. 1.

atentamente todos los pormenores de los contratos firmados con los emigrantes. Así se trataba de evitar, tanto los reclutamientos irresponsables como los abusos y, al mismo tiempo, a diferencia de la época anterior, ese control no era reflejo de una actitud negativa: más bien era preocupación por la actitud de xenofobia hacia los japoneses por parte de Estados Unidos.

Suspensión de envío de los emigrantes contratados por medio de agencias

El 30 de junio de 1907, el cónsul Morikawa, residente en Vancouver, envió un telegrama al Ministro de Asuntos Exteriores de Japón, Hayashi, para comunicarle que unos 50 ó 60 emigrantes, con destino a México, enviados por la Kumamoto, habían desembarcado en Vancouver. Este puerto canadiense no se hallaba en la ruta de navegación hacia México. Por lo tanto, los emigrantes debían haber tenido intención de emigrar clandestinamente a Canadá o bien trataban de entrar en Estados Unidos a través de Canadá. El cónsul pedía se ejerciera un severo control, a fin de que ningún emigrante con destino a México volviera a desembarcar en Vancouver. También mostraba su repulsa por la actuación de la agencia Kumamoto, exigiendo se le impusiera una sanción ejemplar. Informaba también del alto número de emigrantes japoneses en México que deseaban emigrar a Canadá. La justificación que presentó la Kumamoto fue que su representante legal, Uno Keizo, reclutó a los emigrantes por su cuenta, enviando unos veinte japoneses el 20 de mayo de 1907 en un barco que salía de Kobe. El ministro de Asuntos Exteriores, Hayashi Tadasu, encargó al cónsul Morikawa que realizara una investigación sobra la compañía, pues existía la posibilidad que hubiesen cobrado a los emigrantes un precio superior a la tarifa normal para ayudarles a introducirse en Canadá [63].

En agosto de 1907, 126 emigrantes japoneses fueron repatriados a Japón desde Estados Unidos por haber intentado entrar ilegalmente desde México. Estos emigrantes fueron detenidos al pretender llegar a Texas, Arizona o Nuevo México en diciembre de 1906. Por fin, llega-

[63] Nihon Gaiko Monjo, 40-kan 2-satsu, Tokio, 1961, pp. 744-745, 761.

ron al puerto de Yokohama el 25 de agosto en el barco *Manshu Maru*, acusados de contravenir la prohibición de emigración de obreros, en vigor desde el mes de julio anterior [64]. Tras escuchar sus explicaciones, se llegó a la conclusión de que los emigrantes no habían sido en absoluto persuadidos por la agencia, sino que decidieron por sí mismos pasar a Estados Unidos por el atractivo de los sueldos que allí se pagaban. El 22 de enero de 1909, Arakawa, de México, informaba al ministro de Asuntos Exteriores, Komura Jutaro [65], que los fugitivos, que habían sido previamente transportados por la agencia Tairiku, eran unos 3.600 y unos 1.100 los transportados por la agencia Kumamoto [66].

En cuanto a la primera, los emigrantes japoneses venían con el propósito final de emigrar a los Estados Unidos, y para conseguir sus fines provocaban huelgas y conflictos en varias partes, exigiendo se les concedieran mejores condiciones y aumento de sueldo. Además, las agencias de emigración intentaban enviar muchos emigrantes para ganar lo más posible, con el interés cobrado de comisión y transportes. También es cierto que dichas agencias no controlaban en absoluto a aquellos emigrantes que escapaban de las tierras asignadas; y en caso de caer enfermos no les procuraban ni médicos ni medicamentos. Parecía más bien que, incluso, estimulaban su huida y sólo les preocupaba suplir con nuevos emigrantes el cupo fijado y de esa forma continuar ingresando dinero por las comisiones. Se daban casos de, ya en el barco que los transportaba, llegar a un acuerdo con los emigrantes y en cuanto desembarcaban los dejaban escapar y pretendían no haberse dado cuenta de ello.

En cuanto a las negociaciones secretas con Estados Unidos, realmente parece ser que el gobierno americano sospechaba que las autoridades japonesas pretendían hacer pasar a suelo americano a los que habían emigrado a México (si bien, tras realizar una investigación en México, se aclaró la duda). Pero de todas formas, el gobierno de Estados Unidos pretendía que México rechazara a los emigrantes japoneses para evitar el poderío excesivo de Japón. Finalmente el cónsul Arakawa afirmaba en su informe que la verdadera y última razón del problema

[64] *Ibidem*, pp. 764-766.
[65] Gaiko Shiryo Kan, 3-8-2-204, vol. 1.
[66] Nihon Gaiko Monjo, 40-kan 2-satsu, Tokio, 1961, pp. 743-744, 746-761.

residía en la desmedida ambición de los Estados Unidos, ya que al pretender invadir México les causaba intranquilidad la emigración de japoneses allí. En un artículo aparecido entonces en un periódico mexicano (influido por Estados Unidos), se comentaba lo siguiente, refiriéndose a la psicosis de «peligro amarillo» que imperaba en la sociedad norteamericana: «Los países latinoamericanos cifran sus esperanzas en Japón mostrando, indirectamente, una actitud de rebelión hacia Estados Unidos». El cónsul Arakawa se refirió en detalle acerca de los puntos que debían corregirse, antes de enviar a los emigrantes, para evitar malentendidos como éste. Pero las preocupaciones resultaron en vano, porque en 1908, justo al año siguiente de haberse denegado la autorización para desembarcar a los emigrantes japoneses, entró en vigor el *Gentlemen's Agreement* entre Estados Unidos y Japón, y la prohibición de emigrar a Estados Unidos incluso a través de Hawai y México, poniéndose fin al papel «latente» de México. Al mismo tiempo, se decidió prohibir a la agencia Tairiku el reclutamiento de obreros con destino a las líneas del ferrocarril. Esto se produjo tras varias fricciones entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y dicha compañía, cuando se hizo pública la huida de muchos de los obreros contratados con destino a las obras del ferrocarril, nada más desembarcar del barco *Manshu Maru,* en junio de 1907. La mayor parte de los que huyeron emigraron clandestinamete a los Estados Unidos. También contribuyó mucho en la decisión del Ministerio, el comportamiento un tanto ilegal de esa agencia de emigración, desde el momento de su creación. Al ver la actitud del Ministerio, y ante la imposiblidad de proceder al reclutamiento de emigrantes, oficialmente con destino a México (pero con el objetivo real de emigrar a los Estados Unidos), la agencia Tairiku anunció la suspensión de convocatoria de emigrantes hacia México. Así se puso realmente punto final al envío de emigrantes colectivos contratados a México, mediante agencias de emigración [67].

[67] Gaiko Shiryo Kan, 3-8-2-204, vol. 2: Según la excusa presentada por escrito a la policía local por dos de ellos, es patente que ya tenían decidido abandonar el lugar, con destino a Manzanillo. Todos habían firmado, por lo visto, contratos como obreros en la construcción de ferrocarriles. Pero a medio camino, anularon su contrato, después de pagar 20 yenes a la agencia en Salina Cruz. Tras trasladarse a la Ciudad de México, trabajaron en régimen de libre contratación unas temporadas. Cuando recibieron el reintegro de los 20 yenes a través de la legación japonesa, partieron en dirección a Chihua-

La segunda fase: la Revolución mexicana

En las regiones del Norte

En el norte de México, el partido de Madero alzó la bandera de la rebelión contra el nuevo gobierno, manifestando la independencia del gobierno central y esto se hacía sobre todo, con la ayuda y apoyo de capital norteamericano. Por otra parte, en el seno del gobierno existían también disensiones y desunión. Por todas esas causas, la posición del gobierno central era muy inestable. Los superintendentes de tropas rebeldes no cesaban de intrigar en Coahuila y su cabecilla, Carranza, huyó a Estados Unidos. Desde allí esperaba tener ocasión para organizar un levantamiento[68].

Desde 1913 hasta 1914, los combates del norte fueron encarnizados. El poder político de Huerta, en el centro, tomó una actitud projaponesa, y también el gobierno japonés reconoció al gobierno de Huerta. A causa de ese reconocimiento oficial, Japón se convirtió en un enemigo para el ejército rebelde. Por esta razón, las murmuraciones y los movimientos para excluir a los japoneses de la zona norte fueron numerosos. El periódico *El País,* con fecha 11 de febrero de 1914, publicó una orden de prohibición de traslado a los japoneses y chinos emitida por el general Carranza. Además, en el periódico *Imparcial,* del 16 de febrero, salió un reportaje que pretendía lograr el propósito de que los japoneses fueran considerados «fuera de la ley» por el general Vuia. Los secretarios Hanihara Masanao e Ito Keiichi, acompañados

hua. Allí trabajaron en la construcción de ferrocarriles; luego se trasladaron, para conseguir mejor salario, hacia la zona de Camanea (en dirección a Black Mountain Mining Co.). A medio camino de su viaje «se equivocaron de ruta y acabaron en Estados Unidos, siendo arrestados por un funcionario de ahí». Después de sufrir prisión durante 15 días, fueron repatriados a Japón. En este asunto, se puede ver un buen ejemplo de cómo funcionaban las agencias de emigración y de las tretas que se utilizaban; se observan también los trucos que empleaban los japoneses para conseguir llegar a Estados Unidos y, al mismo tiempo, burlar a esas compañías. Los emigrantes declararon que habían llegado a Estados Unidos por haberse confundido de ruta, y esto lo mantuvieron a pesar de haber sido repatriados. El hecho referido, no solamente muestra la «fuerte resolución» de aquella gente; también nos hace pensar en su forma de actuar, por lo que no eran sólo las agencias de emigración las responsables de esos incidentes.

[68] Nihon Gaiko Monjo, *Taisho 2-nen 1-satsu,* Tokio, 1964, pp. 166-168, 363-367.

por una escolta en la que iba el buque de guerra *Izumo*, comprobaron que, en líneas generales los japoneses de Coahuila, y de Sonora, estaban seguros en ese momento, aunque también comprobaron que la Ley de Prohibición de Entrada de los japoneses emitida por Carranza era cierta [69].

Después de esto no se experimentó aumento del movimiento antijaponés; pero los que permanecieron en México arrostrarían muchos incidentes desagradables, sufriendo daños debido a los disturbios, tanto en la situación ciudadana como en el orden público. En noviembre de 1913, ocurrió un suceso que fue como el comienzo de una larga serie de desórdenes que ocurrirían después: las tiendas japonesas del pueblo de Cucha fueron atracadas por un bandido llamado *Rebelde*. Más tarde, dispersaron los caballos de los japoneses y les despojaron también de sus mantas, abrigos y enseres. Entre los japoneses surgieron algunos que intentaron vencer estas dificultades y oponerse activamente a ellas, como Hiraki, quien dirigía un lavandería en la segunda mina de Palau, teniendo unos diez japoneses empleados por turnos. Sin embargo la vida de estos japoneses se hizo aún más dura, porque los asaltos y robos no se debían sólo al desorden e inseguridad ciudadana, sino que también se debía al alza de precios que suspendió toda actividad comercial [70].

Frente a esta situación, no fueron pocos los japoneses que consiguieron su sustento por medio de subvenciones concedidas por el ejército gubernamental o, también, por el ejército rebelde. El ministro Adachi Mineichiro envió un informe del 25 de marzo de 1914, refiriéndose al telegrama del tal Terasawa que había residido en Piedras Negras, en la provincia de Coahuila, acerca del caso de

> algunos japoneses que, por tener grandes dificultades para la supervivencia, habían decidido enrolarse en el ejército de las tropas rebeldes en las provincias del Norte... Tras un encarnizado combate, hubo tres muertos y cuatro heridos entre los soldados japoneses.

También hubo bajas entre los aproximadamente cien japoneses que, en la provincia de Coahuila, engrosaban las tropas del gobierno;

[69] *Ibidem, Taisho 3nen 1-sastu*, Tokio, 1965, pp. 805-810, 814-845, 854-855, 873-875, 878-880.

[70] *Ibidem, Taisho 2-nen 1-satsu*, Tokio, 1964, pp. 169-170.

unos pocos murieron también entre los que luchaban al lado de los rebeldes [71].

Ante la situación tan confusa en el norte y a causa de las penalidades que soportaban los japoneses, surgió el proyecto de sacarles del país, sobre todo a los de la zona de Chihuahua. El proyecto se concibió para ayudar a los japoneses allí residentes pero, al mismo tiempo, por la preocupación del gobierno japonés de que sus súbditos se vieran mezclados en la contienda, combatiendo en uno u otro ejército. Para sacarlos de México no había más solución que trasladarlos a Estados Unidos. Fue el secretario del Consulado japonés en Chicago quien tuvo que encargarse de este proyecto. Sin embargo, el gobierno japonés evitó apoyar la iniciativa de forma oficial; contribuyó económicamente y el proyecto se llevó a cabo como algo perteneciente a la Asociación Japonesa.

El 23 de marzo de 1914, cuarenta y cuatro residentes y tres emigrantes salieron de Juárez, llegando a Mexicali al día siguiente. El 4 de abril, veintinueve personas de las que aún permanecían en Juárez, y treinta y seis de Chihuahua, salieron de El Paso hacia Mexicali. Al otro lado de la frontera en territorio estadounidense, se solicitó formalmente el establecimiento de una «colonia japonesa» de refugiados, sobre todo para protegerse de la emigración clandestina [72].

Cuando el general Francisco Villa volvió a la ciudad de Chihuahua a finales de julio de 1915, encargó a los comerciantes japoneses que elaborasen una lista con los géneros de que disponían en sus tiendas. La lista debía presentarse en un plazo de 24 horas. Algo más de treinta comerciantes japoneses que vivían en Chihuahua presentaron su lista. Las autoridades mexicanas les entregaron una lista con el precio oficial de los artículos: ese precio no alcanzaba ni tan siquiera al costo. Aún así, se vieron forzados a vender todos los productos adaptándose a los precios a que se les obligaba. Toda la mercancía se agotó rápidamente. Por otra parte, algún comerciante japonés que se hallaba ausente en el momento de serles exigida la lista de artículos en stock perdió toda su fortuna al serle requisada por no haber cumplido con

[71] *Ibidem, Taisho 3-nen 1-satsu,* Tokio, 1965, pp. 809-810, 845-846, 880-881.

[72] *Ibidem,* pp. 804-812, 845-846, 868-869, 871-872. *Nihon Jin México Iju Shi,* 1971, pp. 135-141.

el requerimiento. Otro japonés tuvo que abonar 600 pesos de multa por pretender ocultar el capital de que disponía. Así fue cómo los japoneses de Chihuahua decidieron refugiarse en Ciudad Juárez. Sin embargo, ni aún ahí pudieron evadirse de los requerimientos injustos y caprichosos por parte del ejército.

En el año 1916 se supo que un japonés llamado Fujita Kotaro, había intentado el asesinato de Francisco Villa, con la colaboración de tres japoneses más y el 6 de abril de 1917 fueron fusilados tres japoneses. La legación japonesa en México emitió el siguiente informe:

> Este incidente ha sido producido a causa del odio que Villa profesa a todos los japoneses sin excepción, y no sólo los residentes en Chihuahua; también los que están esparcidos por otras regiones de México corren el mismo peligro [73].

Las regiones del Sur

Al principio de la revolución, los japoneses que residían en el sur no experimentaron graves problemas pero, a medida que la revolución avanzó, se hizo más visible el antagonismo entre japoneses y mexicanos. Este antagonismo se reveló debido a la venta de tierras por parte del estado. Las leyes gubernamentales aceptaban la venta gratuita de las tierras a los habitantes de la zona, pero el gobierno de la provincia no aceptaba esa posiblidad y exigía el pago de la tierra a quien la adquiriese. Así, la situación se fue agravando hasta que se produjo el crimen de un agrimensor. En cada aldea hubo una drástica separación entre ricos y pobres resultando que, finalmente, fueron los ricos quienes consiguieron adquirir la tierra, a cambio de pago al estado, naturalmente.

La confusión y el desorden social causados por la revolución se extendieron también hacia el sur de México. A partir de 1916, los desmanes y asaltos provocados por los bandidos aumentaron paulatinamente: las tierras o comercios y las fincas de los japoneses que, relativamente, podían considerarse de clase acomodada (se contaban en más

[73] *Ibidem*, *Taisho 5-nen 1-satsu,* Tokio, 1967, pp. 615-616. *Taisho 6-nen 1-satsu,* Tokio, 1967, p. 709.

de 30 personas), fueron asaltadas. El 17 de junio de 1917, la Compañía Kohashi-Kishimoto perdió unos miles de pesos al ser asaltada por 300 bandidos y, el 19 del mismo mes, la finca de Takada Saisuke fue asaltada por unos 15 atracadores, y perdiendo todos los enseres y aperos de finca. El 25, la finca de Fuse Tsunematsu también fue asaltada, robándole absolutamente todo lo que poseía.

Como arriba se ha mencionado, las fincas japonesas solían ser objeto de saqueo, porque los japoneses eran considerados relativamente ricos en esas regiones y vivían en sus fincas dispersas, guardando en ellas todo tipo de artículos, incluso dinero en efectivo. La codicia era, pues, el principal motivo de los asaltos, más que el sentimiento antagónico contra los emigrantes japoneses. La legación japonesa realizó un informe sobre las pérdidas sufridas con los japoneses y sacó la conclusión que, la mayoría de ellos, mostraba intención de permanecer en México, a pesar de los saqueos, ya que llevaban establecidos más de diez años y habían conseguido cierta base para sus empresas. Además, algunos de los japoneses se decidieron a organizar un grupo propio de pistoleros para defenderse. Por ejemplo, una hacienda de la Compañía Japonesa-Mexicana, Sociedad Cooperativa, concedió permiso para armarse, por lo que se hallaban preparados para contener y repeler el ataque de 30 ó 40 bandidos. La misma hacienda había experimentado ya un saqueo, el 15 de julio de 1916, aunque consiguió repelerlo; más tarde se envió un pequeño ejército de 40 soldados a Escuintla a petición de la legación japonesa, y esto tuvo un efecto muy positivo [74].

México no disfrutaba, por lo tanto, de una situación segura y tranquila. Sin embargo, era un hecho el desembarco de emigrantes procedentes de varios países de América Latina. En el puerto de Salina Cruz, de la provincia de Oaxaca, los vapores de la línea de la Toyo Kisen, realizaban escala una vez cada dos meses. En cada viaje, llegaban como mínimo unos veinte emigrantes japoneses desde Japón, y aparte este número, llegaban también emigrantes japoneses cuyo destino original había sido Brasil, Perú, Chile, etc., pero que habían deci-

[74] Nihon Gaiko Monjo, *Taisho 6-nen 1-satsu,* Tokio, 1967, pp. 715-728, 739-752. Sobre Fuse Tsunematsu, quien había sido un alumno de Uchimura Kanzo ver: Matsuda Eiji, *Hikuki Seikatsu Takaki Shinen,* 1937.

dido abandonar el país de destino, trasladándose a México. Al parecer, aquellos que llegaban en estas condiciones no bajaban de cuarenta o cincuenta personas cada vez. El caso más frecuente era el de los emigrantes cuyo destino había sido Perú, quienes, a pesar de haber tomado sus billetes de vuelta en dirección a Japón, desembarcaban en Salina Cruz. En su mayoría, tenían el propósito de introducirse clandestinamente en Estados Unidos. Con frecuencia a su desembarco, los mexicanos que había en ese momento en el puerto les cubrían de insultos. Al parecer, tanto su forma de conducirse como su vestimenta resultaba chocante y de apariencia miserable, por lo que llamaban en exceso la atención. Las autoridades locales se sentían confusas y desorientadas ante esta situación pero, por otra parte, no podían tomar medidas efectivas. En otras ocasiones, hubo emigrantes japoneses que golpearon a los peones del puerto o bien entablaron peleas por el precio abusivo que se les había cobrado o bien por el robo de sus maletas. A veces, fueron entregados a la policía para que se les juzgase. Por toda esta situación, los japoneses residentes en la zona se reunieron para tratar de hallar una solución a los conflictos [75].

Imagen de Japón y de los japoneses

Desde tiempo atrás existían en México falsas imágenes sobre los japoneses, en especial acerca de la fuerza militarista e invasora de Japón. En julio de 1917, se propagó el falso rumor que Japón estaba introduciendo secretamente soldados disfrazados de emigrantes, para entrenarlos militarmente en México cada día al anochecer. También se propagó el rumor acerca de un presunto proyecto de invasión japonesa a Estados Unidos. El mismo presidente de Guatemala propagó la falsa noticia acerca de «El Plan de Alianza Militar entre México y Japón contra Estados Unidos».

En 1909, Homer Lea aventuró la hipótesis de una futura guerra entre Estados Unidos y Japón, por medio de la alianza entre Japón y México, en su obra: *La valoración de la ignorancia (The valor of Ignorance).*

[75] *Ibidem*, pp. 739-751.

A partir del triunfo de Japón en la guerra ruso-japonesa, tanto los países europeos como Estados Unidos temían que Japón se convirtiera en un gran país militarista. La imagen de Japón empezaba a perfilarse según el tópico de «peligro amarillo» y cada vez avanzaba más el movimiento antijaponés.

En octubre de 1911, la compañía japonesa Toyo, dedicada a la pesca y comercialización de la ballena, consiguió el derecho de pesca en aguas de la costa mexicana del Pacífico.

En enero de 1912, la compañía Toyo mandó un equipo investigador compuesto de veintiuna personas a la zona ya mencionada (posteriormente Japón abandonaría su derecho de pesca, ya que, si bien era una zona de pesca muy prometedora, se hallaba alejada de otras zonas de comercialización). Casi al mismo tiempo, un grupo japonés de San Francisco se presentó como posible cliente para la adquisición de la tierra que se expropiaba en el golfo de Magdalena, propiedad hasta entonces de Flores and Hale Co. Entonces, entre los japoneses residentes en Estados Unidos había algunos que se sentían inclinados a labrarse un futuro en Latinoamérica. Al ponerse en contacto con ellos Flores y Hall Co. manifestaron su deseo de comprar esa tierra.

Ahora bien, la opinión pública americana reveló sus recelos según puede comprobarse por los editoriales de los periódicos de la época. En resumen, lo que se vertía en los artículos publicados al respecto, era el temor al peligro que representaba el hecho que los japoneses poseyeran el golfo de Magdalena. Unos titulares rezaban así: «La Marina Japonesa se hace cargo en arrendamiento del golfo Magdalena». El tema fue llevado incluso ante el Senado norteamericano (NGM. M. 45 p. 486). Al parecer, no existían motivos para pensar que las autoridades japonesas estaban detrás del proyecto, sino que se trataba de una iniciativa particular de unos residentes japoneses. Pero es indudable que este incidente contribuyó también a la formación de la imagen de Japón en América durante esa época.

En la mañana del 9 de febrero de 1913 estalló una revuelta en Ciudad de México. Temiendo por su vida, el presidente Madero y su familia se refugiaron en la legación japonesa, que decidió acogerlos.

El 20 de febrero, cuando Huerta asumió el cargo de presidente en funciones, el nuevo gobierno agradeció oficialmente el gesto de la legación japonesa al haberse prestado a proteger al expresidente y su familia; «este suceso contribuyó a dar una buena imagen de Japón de

cara tanto a México como a otros países extranjeros». Hubo tres obreros japoneses que resultaron heridos, al parecer, por balas perdidas. Aparte de eso, no se registraron daños entre los residentes japoneses.

El 22 de julio de 1913, Mineichiro Adachi se incorporó a su puesto en la embajada de Japón en México y, a su llegada, la bienvenida fue extraordinaria. Un sinfín de gente, reunida para recibirle, exclamó al unísono: «¡Viva Japón!». En la ciudad de Colima surgieron gritos de «Abajo los americanos», junto con los de «Viva Japón». Por su parte, el alcalde de Colima pronunció un discurso en el que manifestó: «México vencerá también a Estados Unidos al igual que hizo Japón —a pesar de ser un país pequeño— con Rusia». Fue aplaudido entusiásticamente por el público que le escuchaba.

En julio de ese mismo año, apareció un artículo en el periódico *El Diario,* en el que aparecía la siguiente petición: «Envío de emigrantes japoneses a la provincia Morelos». La provincia de Morelos era concretamente la zona donde el partido de Zapata tenía más poder, al estar apoyado por los campesinos de la zona. En el artículo se informaba que existía un proyecto estratégico de introducir emigrantes japoneses con el propósito de minar la fuerza y el número de los campesinos de Zapata. Sobre este caso, la embajada alemana informó:

> Treinta mil emigrantes japoneses que se están trasladando a la provincia de Morelos no son nada más que el punto de partida; en breve, los emigrantes japoneses desembarcarán en varias zonas de México y, a continuación, llegarán unos cien mil soldados escogidos que, tras recibir un entrenamiento militar especial, cruzarán Río Grande y avanzarán hacia el Norte, como una avanzadilla.

Aquí se han mostrado las distintas imágenes que se experimentaban en México acerca de los japoneses. Alguna estaba quizás influida por el enrolamiento voluntario de residentes japoneses en México, tanto en las tropas rebeldes como en las del gobierno, durante el periodo de la revolución pero, fundamentalmente, el hecho que contribuyó en mayor medida a la formación de la imagen de Japón como país a tener en cuenta militarmente fue la guerra ruso-japonesa, con la victoria de Japón. A partir de este momento, se estableció un tipo de diplomacia, conocida como: «Diplomacia de la armada japonesa presente en México», y esta imagen encajó con la otra de «Japón como peligro amarillo».

No se pretende afirmar que tal imagen la formaran los japoneses residentes en México, más bien se formó por la actuación internacional de Japón en aquella época y sus relaciones con otras naciones. Fue precisamente al contrario: la imagen exterior sobre Japón que se formó en México influyó indudablemente sobre los japoneses que residían allá en aquella época.

La última fase de la revolución

En abril de 1920, el general Obregón se alzó militarmente contra Carranza, declarando la independencia en Sonora. Cuando el ejército que provenía de Sonora comenzó su marcha hacia el sur, los residentes japoneses de la zona intermedia decidieron pedir protección al consulado en Los Ángeles.

El Consulado de Los Ángeles sugirió la posibilidad del regreso a Japón o bien trasladarse a Mexicali y, simultáneamente, solicitó la ayuda de Estados Unidos apelando también a su generosidad, en el caso de producirse refugiados. El Consulado de México, a su vez, recomendó mantener una actitud neutral y esperar, ya que, a su juicio, la guerra sería corta.

La situación, sin embargo, experimentó cierta violencia cuando el general Obregón entró en Ciudad de México, aunque no tardaría en firmarse el tratado de paz.

En cuanto a los japoneses residentes en México y a los daños que experimentaron, hay información abundante a través de los documentos de la legación japonesa, ya que, desde todas las zonas de México se enviaban los datos periódicamente. En general no fue una situación tan conflictiva [76]. En Puerto México (provincia de Veracruz), un comerciante de carbón vegetal y fruta, fue despojado de 1.000 pesos en mercancía y 53 pesos en moneda cuando fue asaltado por un grupo de soldados armados, que dijeron pertenecer al ejército de Obregón.

[76] En Puerto México, de Vera Cruz, el volumen de los daños fue el siguiente: Okumura, que tenía un negocio de venta de carbón de encina y comercio de frutas, fue despojado de unos diez mil pesos en total entre dinero y mercancía. A otro japonés que regentaba dos tiendas de enseres domésticos se le robó mercancía valorada en 2.613 pesos en moneda mexicana.

El 28 de julio, Cansu, alcalde de la provincia de Baja California, se manifestó en contra del gobierno central [77]. El gobierno japonés, ante ese nuevo conflicto, recomendó evacuar a los japoneses residentes en Mexicali [78]. Los japoneses de Mexicali eran los emigrantes que se habían trasladado desde Chihuahua en 1914, por los conflictos que estallaron allá en esa época. El ministro suplente Ito, solicitó información sobre la forma de protección a los residentes japoneses: «Hay que procurar que todos los emigrantes japoneses consigan refugiarse en Estados Unidos» [79].

El ministro de Asuntos Exteriores indicó al embajador Shidehara en Estados Unidos:

> cuando sea necesario, debe llevarse a cabo el traslado de refugiados japoneses a territorio norteamericano, pero ha de realizarse pensando bien en las contramedidas que se llevarán a cabo, con el objeto de no causar problemas a Estados Unidos [80].

Concretamente, en el estado de Mexicali, residían entonces 450 japoneses y, de ellos, más de 400 habían solicitado, sin éxito, su admisión a los Estados Unidos [81]. Según los informes emitidos por el cónsul Oyama de los Ángeles el 6 de agosto se decía: «Llegaron a pie a duras penas, haciendo un largo viaje desde Panamá». Se refería a los japoneses que tenían intención de introducirse en Estados Unidos.

El número total de residentes japoneses en Baja California era superior a setecientas personas [82] y se llegó a la conclusión de la conveniencia de su traslado a Estados Unidos cuando otros extranjeros lo hicieran, en caso de urgencia [83]. Por fortuna, el nuevo gobernador de Mexicali, tomó posesión de su puesto, conduciéndose con serenidad en el ejercicio de sus funciones y, finalmente, se reinstauró la tranquilidad en la zona [84].

[77] N.G.M. T9, pp. 813-816.
[78] *Ibidem*, pp. 814-815.
[79] *Ibidem*, p. 816.
[80] *Ibidem*, p. 818.
[81] *Ibidem*, p. 824.
[82] *Ibidem*, p. 827.
[83] *Ibidem*, p. 825.
[84] *Ibidem*, p. 835.

En cuanto a lo que sucedió a los japoneses en México tras la revolución, nos referiremos a los datos aportados por Itaro Ishii, quien se trasladó a la legación de México en 1922 [85].

> Las relaciones entre México y Japón eran algo especial en esa época, pues no existían conflictos graves y se podría afirmar que era México, entonces, como un lecho de rosas para nuestra legación; así como para los residentes japoneses. Ya he comentado antes, que allí no existía en absoluto animadversión racial respecto a los japoneses; es más, creo que los japoneses eran respetados y considerados, especialmente debido a haber sometido militarmente a un país tan poderoso como Rusia.

En esa misma época, existía entre México y Japón un doble acuerdo: el antiguo tratado comercial y otro tratado de mutuo acuerdo sobre permiso de residencia y de ejercicio de profesión para médicos, firmado este último, por el ministro suplente. El tratado comercial, como ya se ha descrito previamente, había sido firmado en la época Meiji y fue el mismo tratado que Japón consiguió firmar en términos de reciprocidad con un país extranjero.

Por dicho tratado se les garantizaba a los japoneses la emigración libre a México. La emigración japonesa, sin embargo, se vio frenada hasta cierto nivel, por el acuerdo verbal con Estados Unidos, aunque el número de emigrantes al extranjero aumentaba de año en año, prosperando tras su establecimiento en el país, tanto en las labores agrícolas como pequeños comerciantes. Por ejemplo, la sucursal de los almacenes KATO de Yokohama, llamada en México «Nuevo Japón», consiguió un primer puesto en el comercio de provincias.

El acuerdo firmado para el permiso de residencia y ejercicio de la profesión de la medicina era en teoría un tratado mutuo para permitir a los médicos de uno y otro país la estadía y ejercicio de su profesión, sin necesidad de examen, posibilidad que sólo se permitía a los médicos japoneses en México y no a los de otros países. En realidad, México podía beneficiarse mediante ese tratado para, mediante la acogida a los médicos japoneses, mitigar en parte la extremada falta de galenos

[85] *La vida del diplomático Itaro Ishii,* Taihei Editorial, 1972-1977. La edición de bolsillo de Chuko, 81987-11.

preparados en su país. Hubo médicos japoneses que, en su deseo de aventuras, cruzaron el mar, emigraron y consiguieron renombre y buena posición; también hubo otros que, aprovechándose de los pacientes que desconocían todo sobre la ciencia médica, lanzaron una propaganda exagerada acerca de su capacidad de curación y, tras cometer abusos, fueron denunciados por la asociación de médicos mexicanos.

Es por esto que el tan esperado tratado mutuo fue rechazado al llegar el momento de su renovación, debido a los perjuicios causados por esas actuaciones.

En ese tiempo, el número de los residentes japoneses no ascendía a más de cinco mil. Es curioso que el número de residentes japoneses parecía prefijado, aunque, sin embargo, las llegadas aumentaban anualmente. Esto se debía a que, si bien cada año llegaban nuevos emigrantes, otros tantos se introducían clandestinamente en Estados Unidos. Y esto, que ya se ha especificado previamente, era un hecho innegable: muchos de los que emigraron a México eran aventureros que ya tenían desde el primer momento el propósito decidido de emigrar posteriormente a Estados Unidos.

Los que residían en México llevaron, por lo general y con excepción de los periodos de convulsión social, y de control por parte de la legación japonesa, una existencia tranquila, dedicada a su trabajo y a su comunidad.

Terremoto de Kanto

En septiembre de 1923, Japón experimentó la sacudida terrible que representó el llamado «terremoto de Kanto», por haberse producido precisamente en la región de Kanto. Para remediar la situación, Japón recibió fondos y auxilios de varios países. La contribución aportada por el gobierno mexicano, alcanzó 140.000 yenes aproximadamente, pero existe algo que puede considerarse aún más importante: la declaración de dar acogida a los emigrantes japoneses por parte del presidente Obregón, en abril de 1924.

Por supuesto, el gobierno japonés mantenía su preocupación sobre las relaciones entre Estados Unidos y Japón y, por ello, no pudo permitir el envío de emigrantes a México sin un límite, pero no deja de ser una contribución solidaria por parte de México para paliar el

problema del paro causado por la crisis y depresión económica, después del terremoto. La travesía al extranjero fue realizada en la forma de emigrantes libres, «por reclamo», por lo tanto, desde el punto de vista del número eran muy pocos, por lo que no se puede comparar con aquellos que emigraron en la época de los emigrantes contratados. Ahora bien, esta emigración se realizó de forma ininterrumpida. *(El sueño hacia México,* p. 125).

Los japoneses en México durante la guerra del Pacífico

En febrero de 1942, se fundó en Temixco un campo de concentración, comprando una hacienda en el estado de Morelos a un coste de 150.000 pesos, que los japoneses reunieron por su cuenta. En este campo de concentración, vivían entre 330 y 340 personas cultivando arroz y autosuministrándose de los productos más necesarios. Durante una temporada, funcionó una escuela de idioma japonés. Es obvio que, este campo no tenía nada que ver con otros similiares en Estados Unidos y Canadá.

Por otra parte, los que se habían trasladado a la capital gozaban de libertad para dedicarse a sus actividades o para dedicarse a sus negocios, pero por el hecho de pertenecer a la sociedad japonesa, abrigaban el temor de ser detenidos, acusados de espionaje. La mayor parte eran puestos en libertad a instancias de la Asociación, pero hubo otros que permanecieron detenidos hasta el final de la guerra. Sin embargo, ninguno de los detenidos en México fue deportado a Estados Unidos, como ocurrió con los japoneses residentes en Perú, Cuba, etc.

Después de la guerra

El 1 de septiembre de 1945, el gobierno mexicano declaró el fin de guerra contra Japón y anuló la concentración obligatoria de los japoneses en la capital y Guadalajara. No puede saberse con certeza cómo se desarrolló la actividad de los japoneses después de la guerra. Aquí nos limitamos a mostrar un esquema del cambio de distribución de las familias japonesas que alcanzaron cierta prosperidad en México de 1927 a 1955.

La tendencia a concentrarse en las ciudades y dedicarse al comercio o el sector servicios era apreciable desde antes de la guerra. En la postguerra se reveló más claramente. Ello podría deberse a la concentración obligatoria impuesta por el gobierno mexicano, un fenómeno común de los países latinoamericanos.

En México, también hubo enfrentamiento entre los emigrantes japoneses que pregonaban la victoria de Japón en la guerra *(Kachi Gumi),* y los que aceptaban la derrota *(Make-Gumi).* El 29 de abril se fundó la *Kokusui Doshi Kai,* asociación de tipo nacionalista, con un total de 350 miembros. Sin embargo, debido a la concentración de los japoneses en la capital y a la posibilidad de conseguir información adecuada, el enfrentamiento no resultó tan virulento como en el caso de Brasil. Incluso los miembros más chauvinistas de los japoneses en México, siguen llamándose *Kachi-Gumi* (vencedores), eran conscientes de la verdad acerca del resultado de la guerra. La mayor parte de ellos, en lugar de insistir en la victoria de Japón, y mostrarse agresivos contra los que no opinaban como ellos, intentaban conservar sus tradiciones y su cultura, mostrándose fieles súbditos del Emperador y del País del Sol Naciente.

Al terminar la guerra, Kyoei Kai (la asociación antes mencionada) desapareció, perdiendo el objetivo de su actividad. Los líderes de Kyoei Kai formaron *Boku Koku Nikkei Jin Kai,* la «Asociación de los Japoneses en México», en 1951 la Asociación *Bokuto Nihon Jin Kai* cobró fuerza, produciéndose enfrentamientos entre estos dos grupos, lo que fue motivo de conflicto en la colonia japonesa de la capital. Aunque en julio de 1959 se fundó la *México Chuo Nikkei Jin Kai,* la Asociación Central de los Japoneses en México, para la unificación de los dos grupos, aunque no desapareció completamente el enfrentamiento entre ellos hasta 1960, cuando se fundó la *México Nikkei Jin Kai,* nueva asociación de los japoneses en México.

En julio de 1956 se fundó la *Nichi Boku Kyokai,* Asociación México-Japonesa, la cual edificó el *Nichi Boku Kaikan* en 1958 con el dinero confiscado a la legación japonesa en tiempos de guerra, que fue devuelto posteriormente por el gobierno mexicano. Finalmente, en 1962 se unificaron las asociaciones *México Nikkei Jin Kai* y *Nichi Boku Kyokai* bajo el nombre de *Nichi Boku Kyokai.*

A partir de finales de los años 1950, debido al rápido desarrollo económico de Japón, empezaron a afluir las inversiones japonesas en México, y la construcción de fábricas y plantas industriales. Aumentó

también la actividad comercial de las compañías japonesas, trasladándose a México muchos empleados desde Japón, destinados temporalmente por sus empresas. Por consiguiente, surgió la necesidad de elaborar un programa de educación para los hijos de los empleados japoneses, y se fundó, en 1966, un escuela. El fondo económico corrió a cargo del gobierno japonés bajo la dirección de la embajada japonesa. Por otro lado, como los emigrantes japoneses de segunda generación tenían mucho interés en el estudio del idioma japonés, en 1965 se fundó la *México Nisei Kai,* la Asociación de Japoneses de Segunda Generación en México. Esta asociación fundó el *Nihon México Bunka Gakuin,* Instituto Cultural Mexicano-Japonés. Y finalmente en julio de 1977, se fundó el *Nihon México Gakuin,* Liceo Mexicano-Japonés, A. C. en el Pedregal de San Ángel, donde se imparten cursos, según las normas escolares de ambos países.

Perú y los japoneses

Primeras relaciones entre Perú y Japón

La primera relación oficial entre Perú y Japón se produjo tras los incidentes ocurridos con dos barcos peruanos que llevaban chinos a bordo.

Cuando el barco peruano *Cayalti* zarpó del puerto de Callao, Perú, muchos de sus tripulantes eran chinos. Durante la travesía éstos provocaron una sublevación y asesinaron al resto de la tripulación blanca, menos al capitán. Atravesando el océano Pacífico, entraron en el puerto de Hakodate el día 19 de agosto de 1868. Este incidente se tramitó entre el Consulado Americano y el gobierno japonés, por lo que ni siquiera se comunicó directamente a Perú [86].

Las negociaciones diplomáticas con Perú tuvieron su comienzo cuando el barco velero peruano, *María Luz,* apartado de su ruta por un temporal, arribó al puerto de Yokohama el día 9 de julio de 1872.

[86] Kani Hiroaki, *Mutiny of chinese Coolies on the Cayalti, a Peruvian Sailing Vessel, 1868,* Shigaku 49-2/3, Tokio, 1979. Hakodate Shi Shi. Shiryo Hen, vol. 2.

La parte peruana conocía el proceso del caso por medio del gobierno estadounidense: Nihon Gaiko Monjo 9-kan, p. 329.

En este barco viajaban más de 230 chinos que se trasladaban a Perú en condiciones de semiesclavitud, para trabajar como braceros. Uno de ellos se lanzó al mar intentando escapar, siendo rescatado por el barco inglés *Iron Duke.* Así fue cómo el asunto salió a la luz. Oe Taku, vicegobernador de la prefectura de Kanagawa, siguiendo instrucciones del ministro de Asuntos Exteriores, Soejima Taneomi, quien, a su vez, estaba de acuerdo con Watson, encargado de negocios inglés, emprendió una investigación sobre este comercio de esclavos y en el juicio posterior se condenó al capitán por malos tratos a los chinos que iban a bordo. El capitán Ricardo Herreiro cursó una reclamación solicitando que se le devolvieran los chinos. Dicha reclamación fue rechazada y el capitán, una vez conocida la sentencia, huyó de Japón abandonando el barco en Yokohama [87]. Curiosamente este incidente se produjo justo en el mismo momento de la salida de la misión Iwakura hacia Europa y América. Uno de los objetivos principales de esa misión era conseguir la reforma de los tratados desiguales firmados previamente entre Japón y las potencias occidentales. Por ello, y aunque en realidad se trataba de una coincidencia, ambos incidentes se relacionaban mutuamente. Es decir, el gobierno japonés era consciente de que Inglaterra pretendía comprobar qué actitud adoptaba Japón respecto al comercio de esclavos y si dicha actitud coincidía con la tendencia de los países europeos y de Estados Unidos. Japón pretendía demostrar que, efectivamente, era capaz de conducirse civilizadamente. De ese modo, Japón deseaba dejar patente que, a partir de ese momento, podía equipararse al resto de los países occidentales. Por otra parte, la pretensión de juzgar la actuación del capitán según las leyes de Japón, era algo que la soberanía japonesa podía permitirse con Perú, pero que hubiese resultado imposible frente a los países con los que existían tratados de extraterritorialidad. Por parte de Japón, el incidente se tramitó desde una postura humanitaria que recibió el apoyo de Inglaterra. Dicho proceder resultó muy apreciado por los países de Europa y América, estimando éstos que Japón había progresado mucho, destacándose del resto de los países de Asia [88].

[87] *Ibidem,* 5-kan pp.

[88] *New York Times* 11-11-1872: «Progress in Japan». Doitsu Koshi no mita Meiji Ishin, Tokio, 1989, p. 227 (traducción japonesa de Max von Brandt, *Dreiunddreisig Jahre in Ost-Asien Erinnerrungen eines deutschen Diplomaten,* Leipzig, 1901-1902).

El gobierno peruano, descontento por la forma en que se había tramitado el caso del *María Luz*, pensó en un principio en oponerse, mostrando una postura oficial firme y enviar al embajador extraordinario y plenipotenciario Aurelio García al frente de una armada militar. Sin embargo, debido a los informes recibidos desde Washington, finalmente sólo envió un barco mercante en febrero de 1873. Por otra parte, nombró al comerciante alemán residente en Tokio, Oscar Herren, cónsul general de Perú, para que éste llevara a cabo las negociaciones. En Japón, estaba prevista la intervención de los buques de guerra ingleses anclados en Yokohama.

Tras la llegada de la delegación peruana en febrero de 1873, tuvo lugar una reñida negociación entre los peruanos y las autoridades japonesas, llegándose al acuerdo de someter el contencioso al arbitraje del emperador de Rusia antes de abril de 1875. Por ello, acordaron presentar una declaración escrita a dicho emperador. El veredicto del emperador ruso, de fecha 17 de mayo de 1875, daba la razón a las autoridades japonesas. En la base de todas esas negociaciones se hallaba como principal responsable el embajador japonés en Rusia, a la sazón ministro plenipotenciario, Enomoto Takeaki, el cual había contribuido a solucionar el problema fronterizo entre Japón y Rusia (el llamado Pacto de Intercambio de la isla de Sajalin y las islas Kuriles) persistiendo en sus negociaciones desde junio de 1874 hasta marzo de 1875 [89]. Después de su actuación en Rusia, propuso un plan para la formación de la colonia japonesa en México, fundando la Shokumin Kyokai o Asociación de Colonización, de la que ya se ha tratado anteriormente.

El verdadero objetivo de la delegación peruana era la negociación de un Tratado de Amistad y Comercio y éste se firmó de forma provisional el 21 de agosto de 1873 (la ratificación tuvo lugar el 17 de mayo de 1875). Con esto, Japón tuvo su primera relación directa, diplomática y oficial con un país latinoamericano. En el tratado se especificaba el libre comercio entre ambos países, reflejándose el dato de que Perú ya consideraba la posibilidad de la inmigración japonesa. Este tratado sirvió de modelo para los acuerdos posteriores con otros países latinoamericanos. La cláusula número 7 del tratado provisional dice lo siguiente:

[89] Nihon Gaiko Monjo, 8-kan, 9-kan, 10-kan, 11-kan.

> No restrictions shall be placed by either Government upon the employment of their respective citizens and subjects reciprocally in any lawful capacity. They may go freely from one country to the other, fulfilling the conditions required by the laws of their respective Nation[90].

El movimiento para atraer la inmigración japonesa salió a la superficie en 1878, tres años después del canje de notas de ratificación del tratado oficial. No hay que olvidar que el embajador fue trasladado posteriormente a China, concertando allí un tratado amistoso y un acuerdo de emigración. Para Perú, la introducción de mano de obra asiática representaba un punto importante en sus negociaciones. Sin embargo, el gobierno japonés no aceptó en seguida las demandas peruanas para el envío de emigrantes japoneses.

Planes de empleo de emigrantes japoneses

El alemán Oscar Herren (su nombre de pila era Oscar Antonio Federico Augusto, 27-11-1840-8-2-1909) llegó a Yokohama alrededor del año 1869 y, después de trabajar en la sucursal de la firma alemana L. Kniffler and Co., en Yokohama, compró una mansión de un ex-señor feudal en Tsukiji (Tokio) viviendo allí como un potentado. Antes había sido encargado de negocios de la legación española en Yokohama. Su hermano estaba casado con la peruana Virginia González de Cándamo, y su madre doña Ramona María de los Dolores Angela Alejandra Maney Grave, era española. Como se ha mencionado anteriormente, Herren colaboró en las negociaciones para la firma del tratado amistoso entre Perú y Japón como cónsul general de Perú, dirigiéndose a Perú vía Europa en 1874. Se tienen datos de que en 1878 vivía en Perú como director del Banco de Lima y poseía una gran extensión de tierra[91]. Por haber residido en Japón conocía el carácter japonés y el escaso costo de la mano de obra en comparación con la peruana; así, envió un representante a Japón con la intención de contratar obreros

[90] *Ibidem*, 8-kan, pp. 541-545, 9-kan, pp. 320-339 (338).
[91] Kawasaki Haruo, *Oscar Herren to Nihon*, Gakuto 83-4, 5 y 6, Tokio, 1986. Tsukiji Kyoryuchi 31 Ban, 32 Ban, Toshi Mondai 76-9, 10 y 11, Tokio, 1985.

japoneses. Herren encargó a Yamaguchi Kinjiro, un conocido suyo con domicilio en Ginza, Owaricho, el trabajo de intermediario y el día 10 de junio se decidió el número necesario de candidatos entre los aspirantes, que resultaron más de los previstos. La provincia de Tokio concedió el pasaporte a los seleccionados, no sin antes haber hecho modificar el contenido del contrato.

Sin embargo, ese contrato de empleo fue rechazado debido a reclamaciones hechas al gobierno, por las condiciones reseñadas en el mismo, por lo cual los pasaportes fueron retirados y devueltos varias veces. El 22 de julio, el mismo día en que los emigrantes estaban preparados para salir, el permiso de salida fue anulado de nuevo, prohibiéndose la travesía. En consecuencia, la iniciativa acabó en fracaso. La empresa presentó una demanda de indemnización por el coste de preparación de la travesía y los perjuicios causados al no poder disponer de mano de obra japonesa y verse obligados a recurrir a contratación de obreros peruanos. Existen datos acerca de los japoneses que fueron contratados en esa ocasión: 55 agricultores, 6 carpinteros, 1 mozo de cuadra y 1 forjador: en total 63, aunque otros dicen que eran 74 [92]. Fue el primer intento de traslado de emigrantes japoneses a Perú pero, debido a la mala imagen que se tenía de Perú a causa del tráfico de coolies chinos y por consejo del abogado Gustave E. Boissonado (1825-1910), el gobierno japonés mostró una actitud de reserva y el traslado no llegó a realizarse. El embajador de Perú en Japón se enteró del caso en Shanghai a través de los periódicos, y desde Pekín envió una interpelación al ministro de Asuntos Exteriores, Terashima Munenori. En ella indicaba que la prohibición de la travesía era una infracción al contrato. Intervino también la legación de Perú en Japón y el ministro alemán en Japón, pero el gobierno japonés se mantuvo firme, so pretexto de la sentencia recaída en el caso del barco *María Luz* y alegando protección para los japoneses [93]. Luego se celebró el juicio sobre el

[92] Nihon Gaiko Monjo 14-kan, Tokio, 19??, pp. 389-390.

[93] *Ibidem*, 12-kan, Tokio, 1949, p. 363: «It is perhaps superflous to remark upon this, that there is here nothing in any way curtailing the freedom of the Japanese Government in the exercise of its undoubted right of protecting its subjects against the consequences of entering into agreements which the Government has every reason to regard as altogether unlawful. You will no doubt recollect that any engagement attempting to bind our people to a servitude in any way similar in its nature to that existing under the

caso y la demanda por parte de Herren fue rechazada. Finalmente llegaron a un arreglo privado, por el cual se entregó al ministro alemán la suma de 6.051 dólares y 92 centavos en moneda extranjera, en lugar de los 25.620 dólares y 86 centavos requeridos por Herren. Al haber sido devueltos todos los pasaportes al Ministerio de Asuntos Exteriores, el caso se dio por finalizado [94].

Takahashi Korekiyo (1854-1936), enviado a América por el gobierno provincial de Sendai en 1867, estudió y trabajó, accediendo posteriormente a los cargos de presidente del Banco de Japón, ministro de Hacienda y Primer Ministro. A su regreso de un viaje de inspección a Europa y América, declaró que los comerciantes japoneses tendían a establecerse solamente en ciudades desarrolladas, pero por falta de conocimientos de idiomas y costumbres, eran tratados frecuentemente con desprecio. En vez de ir a estas ciudades, pensaba, deberían dedicarse a países menos desarrollados y no tan altaneros, y que poseyeran terrenos extensos; por ejemplo, los países latinoamericanos, en donde podrían intentar explotar sus mercados. En este momento, Herren envió a Japón a su empleado japonés Inoue Kenkichi para que consiguiera de su país la participación en la explotación de la hacienda; Herren ofrecía aportar la hacienda y que la parte japonesa participara con fondos y mano de obra. Inoue llevó consigo productos de la mina de plata de Caracua. Según peritación del doctor Iwatani Ryutaro, el mineral se consideró muy prometedor y los japoneses demostraron más interés en la explotación de esta mina en Perú, que en la administración de la hacienda y el 28 de noviembre de 1888 enviaban al ingeniero Tajima a Perú para realizar investigaciones. Finalmente, se llegó a un acuerdo por el cual Herren y los japoneses aportarían 500.000 yenes respectivamente. Se convino que, al mismo tiempo, se iniciaría la explotación de la hacienda. Takahashi Korekiyo también participó en este proyecto, y entre unas 20 personas, fundaron la compañía *Nippon Kogyo Ka-*

"Coolie Traffic" is strictly prohibited by our Law: and this is one of those traditional principles to which this Government has and always will jealously adhereas was fully demonstrated in the late "Maria Luz" case and I trust that the personal experience and knowledge which you have acquiered in this country will convince you that this Government, being always ready to do anything that may tend to promote and cultivate friendly intercourse between its people and those of other nations».

[94] *Ibidem*, 15-kan, pp. 372-375.

bushiki Kaisha, con un capital de 500.000 yenes. El 16 de noviembre de 1889, Takahashi iniciaba su tercera travesía del océano Pacífico como representante plenipotenciario para la explotación de la mina de plata. Más adelante, los ingenieros y mineros que le acompañaban descubrieron que la mina estaba agotada. La explotación se suspendió y el segundo proyecto de Herren de introducir emigrantes japoneses en la hacienda fracasó también [95].

Perú emitió deuda exterior en el mercado de Londres en 1870 y 1872 pero, debido a la derrota sufrida en su guerra contra Chile, se encontraba en apuros pecuniarios lo cual imposibilitó el pago de la deuda. A cambio de las mismas, el grupo de acreedores ingleses se quedó con el ferrocarril peruano, las minas de guanos y de otros minerales, y algunos terrenos del estado por un plazo de 66 años, fundando la Compañía Peruana en Londres. El terreno que iba a constituir la propiedad de esta compañía tenía un millón de acres y estaba poco poblado. La gente local era perezosa y no querían obreros chinos; por su parte el cónsul peruano en Inglaterra y el presidente de la Compañía Peruana, sir Alfred Dent, deseaban obreros japoneses. El Ministerio de Asuntos Exteriores mostró su opinión favorable ya que los aspirantes a la emigración, principalmente a Hawai y América del Norte, iban en aumento. Se habían fundado 12 compañías de emigración y, por lo tanto, resultaba fácil ir a trabajar a Perú mediante contrato, siempre que mediaran las suficientes garantías [96].

Antes de que los emigrantes japoneses llegaran a pisar tierra peruana, hubo varios proyectos que, como en el caso descrito, no llegaron a cristalizar. Por fin, en 1896 se ratificó el tratado entre Perú y Japón, pero debido a una rebelión en Perú el canje de notas no tuvo lugar hasta el día 24 de diciembre. El ministro japonés en América, Hoshi Toru, pensó que era un buen momento para estrechar los lazos con los países latinoamericanos e invitó a cenar el día 26 a los embajadores de México, Brasil, Guatemala, Chile y Argentina, además del cónsul general de Perú [97]. Hay que recordar que con estos países ya se habían mantenido negociaciones para la firma de tratados y que, posteriormente, iban a recibir un buen número de emigrantes japoneses.

[95] Takahashi Korekiyo, *Takahashi Korekiyo Jiden,* Tokio, 1936, pp. 339-435.
[96] Nihon Gaiko Monjo, 28-kan, pp. 650-652.
[97] *Ibidem,* 34-kan, pp. 259-260.

La primera emigración japonesa contratada

La mayor parte de los emigrantes japoneses a Perú, tanto contratados como libres, fueron enviados por las agencias de emigración, aunque hubo algunos que viajaron por su cuenta después de haber tenido éxito en América del Norte, y otros que se trasladaron a Perú con el fin de abrir algún negocio con sus ahorros, así como otros que se acogieron al sistema *yobiyose.* Otra característica de la emigración japonesa a Perú, fue su desplazamiento hacia la ciudad de Lima, abandonando las haciendas que eran su punto de destino original. Además, en el caso de Perú, debido a su situación geográfica, no resultaba fácil introducir emigrantes europeos, por lo cual llegaron muchos chinos y luego japoneses como mano de obra barata. A causa del incidente del *María Luz,* se suspendió la emigración semioficial de los chinos hacia Perú, y en su lugar empezaron a llegar muchos emigrantes japoneses en régimen colectivo y por contrato. Los japoneses llegaron a formar el grupo étnico minoritario más importante de Perú. Este caso no había ocurrido hasta ahora en ningún país latinoamericano. Sin embargo, hasta finales del siglo pasado, el gobierno japonés no mostró mucho interés en Perú y no pasó de ser un «laboratorio costoso» surgido por dos causas fundamentales: el movimiento antijaponés en América del Norte y el movimiento expansionista japonés.

El movimiento migratorio japonés hacia Perú se puede dividir en tres etapas: 1) el envío de emigrantes contratados por las agencias de emigración (1899-1923); 2) los emigrantes libres y los que viajaron reclamados o por *yobiyose* (1924-1936); 3) restricción de la entrada de los emigrantes (1936). Aquí trataremos principalmente de la primera etapa para tratar de aclarar el hecho de la formación de la sociedad japonesa en Perú, mientras que repasaremos más brevemente las demás etapas.

Tras recibir un informe de Tanaka Teikichi, representante de la Compañía Morioka, que había mantenido negociaciones con el gerente de *British Sugar Company,* Augusto B. Laguía, Morioka Makoto, director de la Compañía Morioka, solicitó a Nishi Tokujiro (1847-1912), ministro de Asuntos Exteriores de Japón, un permiso oficial para el envío de emigrantes contratados a Perú. Morioka presentó un informe sobre la situación en Perú junto con el contrato firmado el 16 de noviembre de 1897 con Fernando Solís, representante de la unión de azucareros. Según dicho contrato, se iban a mandar más de 500 obre-

ros japoneses para las plantaciones de caña de azúcar. Antes de esta petición, el gobierno japonés ya había encargado al ministro japonés en Perú una investigación sobre las posibilidades de enviar emigrantes japoneses. Tras recibir esta petición, abrió de nuevo la investigación, enviando esta vez a Murota Yoshifumi (1847-1938), embajador en Perú, el cual mantuvo una entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores de Perú y aunque no pudo conseguir datos suficientes para llegar a una conclusión definitiva, envió el resultado de su investigación al gobierno. Según su informe: «como prueba, se podrían enviar unos 500 ó 1.000 obreros japoneses a Perú y luego considerar el resultado de la operación».

El interés del gobierno japonés se centraba en la legitimidad del contrato y en la posibilidad de que apareciese un movimiento discriminatorio contra los emigrantes japoneses. El ministro peruano de Asuntos Exteriores afirmó que no había indicios de dicho movimiento entre los patrones ni entre los obreros indígenas, y que eran preferibles los emigrantes libres, temiendo que pudiese surgir algún conflicto a causa de incumplimiento de contrato, como ya había ocurrido en Hawai. En cuanto a la legitimidad de dicho contrato, el gobierno peruano seguía contestando negativamente sin alegar razones. Finalmente, las gestiones realizadas por los patrones cerca del gobierno, tuvieron éxito y, por orden del presidente, del 19 de septiembre de 1898, el gobierno peruano concedió su autorización oficial [98]. Como contrapartida, el gobierno japonés autorizó el envío de los emigrantes de Morioka (aunque la solicitud de 12 camareros desde el club Unión de Perú no fue autorizada). La primera emigración hacia Perú, compuesta por 787 japoneses, salió del puerto de Yokohama el día 28 de febrero a bordo del *Sakura Maru* y llegó a Callao el 3 de abril. Algunos desembarcaron allí, pero la mayoría fue enviada a otros puertos y repartida en 12 haciendas, según sus provincias de origen.

Nada más llegar a las haciendas, los emigrantes se convirtieron en una verdadera fuente de problemas. Lo curioso es que quien reaccionó más rápidamente a los problemas de los emigrantes japoneses fue Miura Yagoro, representante administrativo de la delegación general en Brasil. Éste envió a Tsuzuki Seiroku, viceministro de Asuntos Exterio-

[98] *Ibidem*, 35-kan, pp. 134-136. 37-kan, p. 138.

res, un informe fechado el 12 de junio de 1899, en el cual se explicaba que los periódicos brasileños relataban la salida de Yokohama y la llegada a Perú de los emigrantes, así como los disturbios causados por éstos en San Nicolás y otros lugares. Según su interpretación, estos artículos de periódicos demostraban que Brasil tenía interés en los emigrantes japoneses. Por ello, ante la posibilidad de la venida de japoneses a Brasil, Murota pidió que se le diera cuenta y se le tuviera informado acerca de la situación peruana.

Por otra parte, el representante local de Morioka Shokai envió un telegrama el 30 de junio a Murota Yoshifumi, viceministro plenipotenciario en México, diciendo:

> There took place political influence against immigration and labourers happened to have troubles with Indians. The measures taken by the company had no effect...

Al recibir la información de que una parte de los emigrantes japoneses había decidido huir en grupo de la hacienda, en México no se pensó, en principio, que se tratara de un problema grave y que en todo caso sería causado por un malentendido, por falta de comunicación debido a no dominar el idioma o por problemas de política interna peruana. Pero, con el primer informe fechado el 3 de septiembre sobre la situación de los emigrantes en Perú, enviado por Tanaka Teikichi al viceministro Murota, se empezó a comprender una parte de la realidad. Según este informe, la causa de los disturbios y la huida de las haciendas era la siguiente: los emigrantes japoneses trabajaban menos que los nativos; por lo tanto, los patrones les obligaban a realizar además algún trabajo extra, este trabajo extra se trataba, seguramente, de la limpieza de las letrinas comunes. Ello resultaba humillante para los japoneses, que no estaban acostumbrados a ese tipo de trabajos. En la Compañía San Nicolás obligaban a hacer las compras en la tienda perteneciente a la hacienda y esto provocó otro conflicto. Por falta de comunicación idiomática, ambas partes se volvían desconfiadas y los patrones consideraban que los japoneses eran irascibles y perezosos; que no respetaban la disciplina ni obedecían órdenes. Se tenía la opinión de que se unían y convocaban huelgas y presentaban reclamaciones. Contra esto, algunos patrones adoptaron medidas como amenazar con el látigo o meterles en el calabozo. Cuando se agotaron los recursos,

les obligaron a irse. En consecuencia, San Nicolás expulsó a 124 personas que fueron enviadas a Callao. En la hacienda Cayalti, a los reproches de los patrones de que los japoneses estaban a igual nivel que los obreros menos eficientes, la parte japonesa se justificaba diciendo que les estimaban menos de lo que trabajaban y que les engañaban, tratándoles como esclavos, aparte de los insultos y malos tratos. En cuanto a la hacienda Pampas, dirigida por un inglés, aunque no se trataba a los obreros de la forma despótica que en las otras haciendas, se produjo a principios de julio una huelga de tres días y el 31 del mismo mes, 77 personas volvieron a Callao, cancelando su contrato. En la hacienda Lurifico fueron despedidas 50 personas el 6 de agosto. Por consiguiente, un total de 321 personas llegó a Callao como resultado de expulsión, despido o huida.

Tal concentración de japoneses en Callao irritó naturalmente a los obreros de la zona. El gobierno peruano, ante el temor a disturbios colocó policías de guardia a la entrada de la residencia de los emigrantes, pero los ciudadanos de Callao les arrojaban piedras por la noche y se agrupaban frente a la puerta para insultarles. Finalmente, estalló una reyerta a causa de un incidente en el que un peruano acuchilló a un japonés. Un caballero peruano disparó contra los japoneses y esto provocó un gran conflicto entre éstos y los ciudadanos. También se produjeron pequeños choques a causa de malentendidos o del comportamiento de algunos borrachos [99].

Mientras tanto, los japoneses iban siendo enviados a otras haciendas y su número disminuía en Callao. Los japoneses jóvenes tenían buena aceptación y había bastante trabajo en empleos domésticos. Mediante la ley de protección de emigrantes, hubo algunos intentos de enviar algunos a las plantaciones de caucho de Bolivia [100].

El representante del ministro Murota preparó un informe resumiendo esta situación:

> Tanto por parte de los emigrantes como por la de los patrones hay problemas, pero pienso que se erró en la selección de superintendentes y obreros por parte de Morioka Shokai y de ahí el resultado. Esta

[99] *Ibidem*, pp. 770-784, Amelia, p. 26.

[100] *Ibidem*, 39-kan, p. 524. Véase el capítulo de Bolivia.

> emigración es una prueba para el futuro y la reputación que se adquiera nos afectará no sólo en este país sino también en nuestros futuros negocios en otros países latinoamericanos. Por ello, hay que seleccionar bien a los emigrantes con destino a los países latinoamericanos. Los trajes de nuestro país resultan extravagantes y es habitual que la población local haga corro alrededor de nuestros emigrantes para observarles. Es lamentable que la reputación de los japoneses pueda destruirse y se llegue a confundir a la opinión pública de este país, que tenía confianza en nuestro pueblo, hasta llegar a hacérselo odiar.

Lo que preocupaba quizás al diplomático japonés era el temor ante el deterioro de la imagen de Japón, más que la situación real de los emigrantes.

Los movimientos migratorios japoneses en Perú no fueron causados sólo por las diferencias de clima, cultura e idioma y la mala selección. En el fondo había diferencias laborales y no hay que olvidar la existencia de un incipiente movimiento sindical en Japón. El gobierno japonés, los diplomáticos y las compañías de emigración atribuían los conflictos a la idiosincrasia de los emigrantes japoneses, pues los japoneses de entonces ya no se contentaban con las condiciones laborales que sólo satisfacían a los patronos. No obstante, para el gobierno japonés los obreros que se declaraban en huelga y reclamaban sus derechos, eran malos japoneses.

La situación no mejoraba. En el otoño de 1899 se recibieron en Japón muchas cartas de emigrantes contando las tribulaciones que pasaban. Las familias de éstos presentaron una súplica al gobierno, pidiendo su regreso al país [101].

Según un informe de la compañía de emigración, los obreros peruanos no desobedecían nunca las órdenes de los patrones pero, llegados los japoneses, se contagiaron de los malos hábitos, declarándose frecuentemente en huelga y los propietarios empezaron a mostrarse descontentos por la llegada de los japoneses. Esto podría tomarse como una crítica injustificada hacia la desobediencia de los japoneses; ahora bien, consta como cierto que los emigrantes japoneses llevaron a Perú los ideales del movimiento sindical. Ya se ha mencionado que aquellos

[101] *Ibidem*, pp. 506-509, 534-535.

japoneses que habían aprendido del movimiento sindical americano, dirigieron más tarde el movimiento sindical japonés. Ahora se puede considerar que en el caso de Perú, se trató de una reexportación de dicho movimiento. En realidad, no se trataba solamente de huelgas, huidas y expulsiones: como consecuencia de las malas condiciones del clima, trabajo, comida, etc., se producían también muchas muertes en las haciendas [102].

La confrontación entre los japoneses y los peruanos en Callao continuaba. El 18 de marzo de 1900, a las 11,20 de la noche un grupo de nativos peruanos y el cuerpo de bomberos, en total unas 350 personas, apedrearon las viviendas de los japoneses; después entraron en ellas, apalearon a los emigrantes y destrozaron sus propiedades. La policía militar llegó a caballo, dispersando a los agresores. Por parte japonesa, hubo 15 heridos (entre graves y leves), aunque no se registró ninguna víctima mortal. El gobierno japonés lo tomó muy en serio y envió al secretario Imamura (del consulado de México) a Perú para que realizara una investigación acerca de la situación de los emigrantes japoneses en aquel momento y estudiase las medidas de socorro. Imamura envió un telegrama al ministro de Asuntos Exteriores Aoki Shuzo, diciendo:

> Las causas de los problemas de los emigrantes son numerosas, y hasta ahora continúan produciéndose bajas. Las condiciones son diferentes según las regiones. Resulta preciso realizar un viaje de inspección de 30 días con gastos de 250 yenes.

El gobierno mostró su aquiescencia, encargándole la realización de un informe y una comunicación confidencial del resultado [103].

[102] *Ibidem*, pp. 519-524: Lista de dinero enviado por los emigrantes y lista de fallecidos, pp. 537-539: «desde 5 de mayo del año pasado hasta 18 de noviembre fallecieron 70 personas; si sigue así, la mitad de los emigrantes contratados habrán muerto al cabo de 4 años, cuando termine el contrato».

[103] *Ibidem*, 39-kan, pp. 532-540, p. 539: «El frío trato del pueblo peruano hacia nuestros emigrantes es un motivo indirecto dentro de las dificultades que experimentan los emigrantes japoneses. Hace tiempo que a este país llegaron muchos emigrantes chinos y hasta hace sólo unos años, se practicaba la compraventa de esclavos chinos; por lo tanto, todos los peruanos los miran como si fueran animales. Los japoneses se parecen físicamente a los chinos. Los peruanos, en general, excepto algunos con educación,

Aunque desde las haciendas seguían enviándose peticiones escritas, a finales del año 1900 la situación mejoraba gradualmente y los japoneses empezaban a calmarse poco a poco [104]. Acerca de esta situación, se informó:

> Hay muchos emigrantes a quienes no les va bien su trabajo y habrá como 100 personas que se quedarían sin dinero si pagaran el billete de regreso, una vez terminado su contrato. Si estamos de acuerdo en sacrificar una parte de los emigrantes para el futuro de la emigración, no es preciso preocuparse por esto. De todas formas, los de complexión débil, los que han cambiado varias veces de hacienda y los que han trabajado hasta ahora con poco sueldo, sólo podrán ahorrar para el viaje de regreso si trabajan dos años más. Si hay intención de enviar emigrantes japoneses a este país de forma constante, debería aprovecharse la venida del barco para que en él regresasen aquellas personas que se hallen en las condiciones descritas. Para que la emigración se realice satisfactoriamente y sea un negocio próspero hace falta un estudio más detallado.

Imamura evitó así opinar sobre futuras posibilidades. Cuando el 7 de enero de 1901, envió una carta-informe, decía en ella que, en caso necesario, sería más seguro hacer regresar a todos los emigrantes lo más pronto posible. El Ministerio de Asuntos Exteriores realizó un estudio, calculando la posibilidad del regreso de todos los emigrantes. Finalmente, decidieron ofrecer el regreso a todos aquellos que lo deseasen, y hubo algunos emigrantes descontentos que decidieron regresar, entre ellos el llamado Yokota Hikohei, natural de la provincia de Okayama, que canceló su contrato, pagando 55 yenes por lo que aún le quedaba por cumplir. Pero no hubo muchos en este caso [105].

no tienen ni idea de la diferencia entre China y Japón. Por eso, los japoneses suelen ser insultados por la calle. Algunos fueron golpeados por los peruanos. El incidente ocurrido en el puerto de Callao, la noche del 18 de marzo del corriente, puede ser una muestra de la actitud agresiva de los peruanos hacia los japoneses. Además, la policía actúa de forma indisciplinada y, acostumbrada a aceptar los sobornos, está a favor de la población local, maltratando a los japoneses y deteniéndolos a veces sin motivo alguno. Alguna vez se producen agresiones por parte de los obreros nativos hacia los japoneses».

[104] *Ibidem*, pp. 542-546.

[105] *Ibidem*, 43-kan, pp. 866-882.

Adaptación de los emigrantes japoneses en Perú

Cada vez había más japoneses que decidían trabajar hasta terminar el contrato. Aparte de irse acostumbrando al clima y al trabajo, el cambio en la actitud de los patrones hacia los japoneses influyó mucho; además, cuando los emigrantes veían que les quedaba menos tiempo para alcanzar su contrato, pensaban que

> regresar al país con las manos vacías iba en contra del objetivo principal que nos había llevado a emigrar y que perderíamos prestigio ante nuestra familia y parientes. Nos decidimos a trabajar con ardor, hasta la terminación del contrato, soportando las circunstancias adversas.

Lo que contribuyó más a calmar el ánimo de los emigrantes fueron dos rumores: uno, el de la apertura del servicio periódico del barco entre Callao y Yokohama, por la compañía japonesa *Toyo Kisen Kaisha,* y otro, el de la firma de un contrato laboral para la segunda remesa de 1.500 emigrantes.

Los pequeños roces y conflictos entre los japoneses y la población local continuaban. En una pelea entre emigrantes y nativos en un bar de la hacienda Parpa, hubo heridos por ambas partes; mediante la intervención de la policía, se solventó el incidente, expulsando a 10 japoneses, cuyos contratos ya habían expirado. De éstos, algunos se convirtieron en obreros libres, trasladándose a otro terreno con mejor sueldo; otros a causa de su constitución física, no apropiada a trabajos duros, trataron de conseguir un empleo más en consonancia con sus posibilidades, como por ejemplo, camarero; otros, abrieron negocios, alquilando el local en muchos casos. Por último, algunos abandonaron el país (la mayoría se dirigió, en este último caso, a América del Norte).

La segunda emigración

En 1902, a excepción del problema del fraude en el envío de dinero a Japón por la compañía de emigración, los japoneses empezaron a poder sentirse establecidos, aunque continuaban las huidas y el aban-

dono de las haciendas. Mientras tanto, Morioka solicitó autorización para la segunda emigración al ministro de Asuntos Exteriores, alegando que era necesario preparar un barco para el regreso de la primera emigración, que ya cumplía el término de su contrato. Para el agente de emigración, los emigrantes eran una «carga» con la que llenar un barco vacío. Se confirmó que esta vez se seleccionarían dos o tres propietarios y se limitaría el número de emigrantes a 800 ó 1.000. Además, podrían llevarse de 10 a 20 mujeres por cada 100 hombres. Morioka enumeró varias ventajas que tendrían los emigrantes y puso especial énfasis en señalar que ello redundaría en «el prestigio y la reputación de Japón», borrándose así el fracaso de la primera emigración. El beneficio sería de unos 800.000 yenes y, en total, quedarían 1.200.000 yenes para el país.

En cuanto a la situación de la segunda emigración de junio de 1904, el secretario Imamura, la resumió en un informe al director de la oficina comercial de fecha 27 de julio de 1904 de la siguiente forma:

> hasta junio de 1904 hubo 77 muertos, 54 huidos, 55 despedidos (entre ellos 10 que cambiaron de empleo). En consecuencia, actualmente, quedan 805 emigrantes con contrato. El número de fallecidos de la primera emigración era 88, de 790, en 11 meses y esta vez, 77 de 981. Por lo tanto, ha disminuido bastante el número de fallecidos... Entre los huidos, algunos se habían trasladado a otros países, pero la mayoría están trabajando en pequeños terrenos cerca de Lima. Entre los despedidos, hubo quienes rescindieron voluntariamente su contrato y otros que fueron expulsados por su mal comportamiento. Entre los primeros, muchos intentaron trasladarse a América del Norte, haciendo que les enviaran el importe del pasaje desde Japón o desde Estados Unidos. De 213 emigrantes voluntarios, 92 permanecen donde se establecieron desde el principio y muchos se han trasladado a fincas cerca de Lima. Como no informan acerca de su situación, es difícil tener un verdadero conocimiento sobre ellos... Sobre todo, el deseo de trasladarse a América del Norte es bastante intenso desde el principio. Hay muchos que intentan conseguir su objetivo convirtiéndose en tripulantes de barcos que hacen la ruta a Estados Unidos. En resumen, los miembros de la segunda emigración tienen tendencia a declararse en huelga, ya que no están acostumbrados al clima ni a las costumbres del país. No comprenden que ese proceder resulta una desventaja para ellos mismos, que causan problemas a los residentes

de las haciendas y al agente de emigración. No obstante, estas dificultades son leves, comparadas con las de la primera emigración, así que si se avienen a permanecer en calma hasta que se cumpla el contrato, podrá afirmarse que esta segunda prueba ha sido un éxito en todos los sentidos y, a partir de la tercera emigración, irán mejorando los resultados [106].

Estabilización y traslados a otras zonas

El año 1899, dio comienzo el envío de emigrantes por contrato en régimen colectivo, que se mantuvo hasta 1923. El número de emigrantes enviados por la Agencia de Emigración Morioka, por la Compañía de Colonización Meiji, la Compañía Comanditaria de Emigración Toyo y por la Compañía Promoción Ultramar, una vez llevada a cabo la fusión de todas ellas, llegó a ser de unos 18.000; de ellos, había unos 11.000 residentes japoneses en Perú en 1923.

Mientras, el gobierno japonés se inclinaba por cortar la emigración organizada a Perú, debido a que el jornal estipulado era excesivamente bajo. Sin embargo, al producirse el rechazo de japoneses por parte de Norteamérica, con el límite impuesto para la entrada de emigrantes japoneses a dicho país, el gobierno japonés permitió a las Agencias continuar con los envíos.

Según consta en registro, en 1924 había 8.755 japoneses en Lima; 680, en Libertad; 290, en Junio; 211, en Ancas H y 199, en Icas. En 1923 se prohibió la emigración contratada, en los términos en los que se había desarrollado hasta entonces tras el acuerdo firmado entre el gobierno de Perú y el de Japón. Por ello más de 10.000 japoneses emigraron de Japón hacia Perú, en régimen de emigración individual, desde 1924 hasta junio de 1936, año en el que realmente se prohibió la entrada de los japoneses, basándose en la ley que limitaba la emigración y actividad comercial.

Según el censo de 1936, el número de japoneses en Perú ese año, sobrepasaba los 20.000. En el registro del Ministerio del Interior, desde 1937 hasta 1941 hubo unos 700 japoneses emigrados a Perú desde Japón.

[106] *Ibidem*, 37-kan 2-satsu, pp. 416-417.

La razón por la que, en una primera fase, los japoneses tendían a concentrarse en Callao, podría deberse al hecho de carecer de información, ser el primer puerto al que llegaban y considerarse éste el lugar idóneo para hallar mejores oportunidades laborales ya que, si fracasaban, tenían el recurso de regresar a Japón. En este sentido, el movimiento de japoneses hacia Callao y Lima durante esta época no puede definirse como un fenómeno de concentración en grandes ciudades. Es obvio que, en Lima, la capital, había posibilidad de hallar empleo fácilmente, tanto en el servicio doméstico como en trabajos temporales. En la ciudad se tenía acceso a información sobre los campos de cultivo próximos a Lima, y sobre las posibilidades de traslado o de fijarse en alguna zona si las condiciones resultaban allí más favorables. Es por ello que, paulatinamente, la emigración a la ciudad y sus alrededores iba aumentando cada vez más.

En 1907 residían en Lima aproximadamente 300 japoneses; en 1909, 493, y en 1912, 800 (estas cifras, extraídas del Consulado de Japón, no son del todo fiables, pero permiten apreciar la tendencia general. *Informe de investigación sobre emigración,* 1, 5, 10).

Lista de investigación sobre profesionales en Lima en 1908, en la que las cifras son más detalladas.

Carboneros	5	7	–	7
Verdulería	3	4	–	4
Lechería	2	3	–	3
Takezaiku	–	10	–	10
Pensiones, hospederías	3	5	1	6
Sin trabajo	–	100	–	100

Esta tendencia se acentuó en la década de 1910 hasta 1920, durante la Primera Guerra Mundial. En 1915 se fundó en Lima una cooperativa comercial de japoneses, en la que participaron 27 personas, y después se fundaron varias asociaciones gremiales. Alrededor de 1935, los japoneses residentes en Lima sobrepasaban los 10.000. Esta cifra nos muestra que más de la mitad de los emigrantes japoneses en Perú residían en Lima. Según el censo del año 1940, de los 17.638 japoneses registrados en Perú, 13.597 residían en Lima o en sus alrededores.

Algunos japoneses que emigraron a Lima o a otras ciudades consiguieron establecerse con éxito al cabo de cierto tiempo. Ya antes de

la guerra existían algunos comercios destacados en Lima como *Hashitani Shoten* o *Morimoto Shoten,* pertenecientes a japoneses que, tras hacer fortuna en Estados Unidos, se habían trasladado a Perú. No obstante, los japoneses conseguían reunir generalmente su capital, trabajando en la agricultura, y, con esos ahorros, se trasladaban después a la ciudad; allí abrían un pequeño comercio o se establecían en el sector de servicios. Esto producía enfrentamientos con los pequeños comerciantes de la ciudad o con los trabajadores locales, fomentándose el clima de rechazo hacia los japoneses. En especial, en el sector de barbería, los peruanos no podían competir con los japoneses. Tanto el gobierno japonés como la Asociación de Japoneses ya habían tenido problemas similares en Estados Unidos y, por ello, trataban de evitar a toda costa la concentración de japoneses en las ciudades y el consiguiente movimiento de rechazo. Este rechazo no sólo estaba motivado por las situaciones descritas: es innegable que el racismo era también una razón poderosa.

Ya se ha indicado que, desde que se inició la emigración japonesa en grupo, surgieron sentimientos de rechazo en Perú y frecuentemente los japoneses eran mal recibidos o insultados a su paso por el territorio peruano. La prensa se hacía eco también de los prejuicios contra la «raza amarilla», publicando artículos y opiniones similares a los que se publicaban en Estados Unidos. Los japoneses, a su vez, tenían una opinión poco halagüeña de los peruanos, considerando a Perú un país de baja categoría, que no podía compararse con un Japón que veía aumentar cada vez más su poderío y acababa de salir victorioso en su guerra contra Rusia. A pesar de los prejuicios recíprocos entre ambos países, japoneses y peruanos colaboraban frecuentemente en los negocios y en el trabajo, y muchos lograban establecer lazos de amistad y cooperación con los nativos. A continuación se detalla brevemente algunas de las actividades de las Asociaciones de Japoneses en Perú, ya que las quejas sobre el carácter cerrado y exclusivista de la sociedad japonesa y de sus asociaciones de emigrantes, fue también un motivo importante de rechazo.

Fundación de las Asociaciones de Japoneses en Perú

Como resultado del aumento de japoneses en Perú, surgieron diversas Asociaciones Profesionales de japoneses en todo Perú. En 1912,

todas estas asociaciones se fusionaron en una sola, naciendo la Asociación de Japoneses, bajo el auspicio de miembros de la diplomacia y de empleados de compañías comerciales. En noviembre de 1913 salía el primer número de la revista de la Asociación, llamada *Novedades de los Andes.* A pesar de hallarse unidos en la Asociación no se puede afirmar que diplomáticos, empresarios, empleados y emigrantes tuvieran entre ellos una relación ausente de problemas: existían graves conflictos de intereses y en 1914 el sector más joven formó una nueva Asociación a la que se llamó «Organización de los Japoneses».

Posteriormente, las dos asociaciones se fundieron en una sola denominada «Centro de Organización de Japoneses en Perú», bajo la presidencia directa del cónsul. A partir de entonces, la asociación empezó a desarrollar una gran actividad. Al estar presidida por el cónsul, los diplomáticos tenían más posibilidades de dominarla. En sus decisiones se reflejaban frecuentemente los propósitos del gobierno japonés. Los emigrantes, por su parte, solicitaban al cónsul que actuase como mediador en sus pleitos con los peruanos o entre ellos mismos (memorias de Seiichi Higashide: un peruano japonés internado en el campo de concentración estadounidense; El caso de Furuya (1939. app. 91, 123, 124, 127: Seiichi Higaside). Esta organización a la que nos referimos, envió una ayuda económica a Japón con motivo del terrible terremoto de Kanto de 1923, y también donó una estatua del Rey Inca Manco Capac para conmemorar el aniversario del centenario de la Independencia de Perú. Por otra parte, cuando estalló la revolución de Sánchez Cero y se llevaron a cabo algunos actos vandálicos contra los japoneses, la Asociación de Japoneses, bajo la dirección del cónsul, organizó la defensa y protección de los intereses de sus miembros. Si los daños alcanzaban un punto en el que resultaba muy difícil la subsistencia o permanencia en el negocio, se recomendaba a los japoneses el regreso a Japón. Además, para evitar una concentración excesiva de japoneses en las ciudades, la asociación dirigía la explotación de tierras colonizadas por japoneses, con la supervisión y la ayuda financiera del Gobierno japonés, tal como se menciona en el siguiente apartado.

Estabilización en tierras de labranza

En julio de 1903, diecisiete emigrantes a quienes había expirado su contrato, iniciaron un proyecto de cultivo comunitario de algodón

en tierras arrendadas. En septiembre del mismo año, se incorporaron otras doce personas y todos juntos decidieron cultivar 23 de las 30 fanegas arrendadas. Pero esta empresa fracasó al final del año, acabando con pérdidas de 400 a 500 yens. Esto produjo la disolución del equipo y el abandono del proyecto. Al analizar los motivos del fracaso, se llegó a la conclusión que la tierra no era fértil, de que no disponían de libre uso de bueyes para el trabajo; que el coste de los abonos corría por cuenta de los emigrantes, gastándose 400 yens para este fin, y que necesitaban mano de obra de gente del lugar. Pero el gobierno japonés pensó que sería beneficioso para el país fomentar contratos de aparcería y arrendamiento, si previamente se realizaban estudios prospectivos y las condiciones se revelaban satisfactorias en cuanto a la laboriosidad y experiencia de trabajo de los labradores, ya que se pensó en considerar el proyecto, más como una colonización que como una simple emigración del tipo de las realizadas hasta entonces. Para conseguir la expansión japonesa en los países de centro y Suramérica, el gobierno prefería que en vez de residir sólo temporalmente, su gente se estableciera en esos lugares. También deseaba que, a ser posible, se establecieran allí emigrantes contratados por capitalistas japoneses, en condiciones parecidas a las que ofrecían los propietarios peruanos. En marzo de 1907, el cónsul honorario en Lima aconsejó al gobierno que intentara promover lo más rápidamente posible una actividad colonizadora, corrigiendo el actual sistema migratorio para, antes de que llegasen colonos de otras nacionalidades, elegir los mejores, solicitando al gobierno peruano la venta de la mayor extensión de tierra posible, para que los japoneses pudieran consolidar la base de su desarrollo en Suramérica (sobre todo se pretendía tomar la delantera a los americanos y evitar que éstos ocupasen los terrenos mejor comunicados). Los capitalistas japoneses no consideraron entonces a los países del centro y sur de América dignos de interés para ellos, y por esta causa no mostraron una postura muy favorable a estas inversiones. Así, sólo unos 1.000 japoneses se decidieron a cultivar las tierras antes de la Segunda Guerra Mundial. En 1931, con la ayuda moral y financiera del gobierno japonés, se fundó la «Cooperativa Colonizadora de Perú», que adquirió tierras en la colonia Perené, en el valle de Chinchamayo. A pesar de los esfuerzos, el cultivo de las tierras no tuvo gran éxito.

Deseos de traslado

Ya se ha hablado un poco de los movimientos migratorios desde Perú hacia América del Norte. En 1903, el cónsul honorario japonés en Lima informaba que había emitido 74 visados para México, 45 para Hawai y 2 para Brasil. En realidad, no todos los que obtuvieron el visado llegaron a realizar el viaje, pero ello reflejaba el deseo de hallar mejores condiciones económicas en México u otro lugar. En noviembre del mismo año llegó la noticia de que 29 japoneses fueron detenidos y encarcelados cuando entraban ilegalmente en el puerto de Guayaquivir, Ecuador, en su ruta hacia Estados Unidos, al violar la ley que prohibía la entrada de asiáticos.

Morioka trató de conseguirles trabajo. Al no conseguirlo, los emigrantes fueron repatriados. Finalmente, en diciembre regresaron a Lima 27 personas, permaneciendo 2 que habían caído enfermos. Imamura informaba que los emigrantes japoneses se dirigían primero hacia Perú, pensando que, después podrían conseguir riqueza fácilmente si se trasladaban a América del Norte, y por lo tanto, eran muchos los que lo intentaban.

Un japonés que llegó de América del Norte a Perú, había organizado una trama con los marineros de los barcos que entraban o salían del puerto de Callao, y obtenía beneficios ocultando en los barcos polizones japoneses que querían trasladarse a América del Norte. Muchos incautos pagaban dinero con la promesa de ser trasladados a Estados Unidos. Sin embargo, muchos quedaban defraudados, siendo abandonados por los marineros que, sin cumplir su promesa les obligaban a abandonar el barco en el camino, quedándose sin dinero y sin saber qué hacer [107].

[107] (Hanzo Okada, Tatuziro Kokanda, Guisiró Watanabe y Mataki Yano, trabajaban en Campo Agustino cerca de Lima. El mismo día que se celebraba la fiesta del cumpleaños del Emperador, unos desaprensivos les engañaron con la promesa de llevarles a Estados Unidos y proporcionarles trabajo en el barco con destino a Panamá. Los cuatro emigrantes pagaron 25 yens y se embarcaron, pero fueron obligados a permanecer encerrados en la bodega del barco. Al ser descubiertos por el capitán cuando trataban de escapar y salir al exterior, ya que se sentían morir, se les obligó a bajar del barco en un lugar donde se llama Baita sin apenas recursos económicos. Dos de ellos tenían aún algunos ahorros, por eso, pudieron regresar hasta el puerto de Etén y fueron a Campo Tumán donde había otros japoneses trabajando. Pero tanto Okada como Kokanda pasa-

Los bajos jornales de Perú producían este deseo de traslado. Pero el gobierno de Japón estaba obligado a aprobar la emigración, si el propietario peruano del campo de cultivo solicitaba formalmente el envío de emigrantes japoneses, y éstos aceptaban el jornal y tenían voluntad de emigrar. En América del Norte, aumentaba día a día el rechazo hacia Japón y en este país el problema demográfico se hacía cada vez más acuciante. Por ello, el gobierno japonés intentaba por todos los medios a su alcance conseguir que se aumentara el jornal de los emigrantes contratados en Perú, mostrando una postura diplomática firme. También temía el rechazo hacia Japón por parte de Estados Unidos, si a este país afluían los japoneses, impulsados por el bajo jornal que obtenían en Perú. El gobierno de Japón proponía, a través de la Asociación de Japoneses, negar todo tipo de ayuda a aquellos emigrantes que escaparon de las haciendas, así como limitar la emisión de visados, y amenazaba con no aceptar la solicitud de certificados, intentando así frenar ese movimiento de traslado. Esto se convirtió en un motivo más de fricción y conflicto entre unos japoneses y otros.

Los principales destinos de traslado eran América del Norte y México; pero algunos se dirigían también hacia Bolivia, Chile, Argentina y Panamá. Los mejores jornales era uno de los motivos para dirigirse hacia México, pero también la posibilidad de trasladarse desde allí a Estados Unidos. Hubo también quienes, como Tomiichiro Ogawa, Shozaburo Kojima, de Oaxaca y Kotaró Fujita, capataz de una empresa de madera en Chihuahua, al enterarse de los bajos jornales que había en Perú, abandonaron este país para organizar una emigración a México, donde entonces faltaban brazos, debido a la Revolución. El consulado en México informó que los emigrantes llegados de Perú conseguían en México mejor nivel de vida que en Perú. No obstante, el gobierno de Japón procuraba frenar estos desplazamientos para no provocar recelos que pudieran incrementar el movimiento de rechazo hacia los japoneses en Estados Unidos.

El flujo hacia México fue disminuyendo poco a poco, debido a la dificultad de entrada en Estados Unidos y a la inestabilidad social que produjo la revolución mexicana. Para entonces, Chile y Argentina se convirtieron en nuevos destinos para los emigrantes japoneses.

ron enormes dificultades y llegaron vagabundeando hasta un lugar llamado Suyana. Allí pidieron ayuda a un paisano que estaba atendido por un chino).

En el caso de Chile, el agente Tachibanaya Shokai envió 46 obreros a las minas. Este agente se dedicaba también al traslado de emigrantes a México. En el año 1913, 40 personas huyeron de Perú a Chile. Hubo también casos de traslados a Argentina y en el informe del Consulado en Lima se habla de Argentina como destino posible para japoneses, pero sin datos concretos disponibles. En el caso de Bolivia, algunos japoneses decidieron atravesar los Andes y fueron a trabajar a las haciendas de caucho atraídos por los elevados salarios, mientras que otros fueron a las ciudades, sobre todo a La Paz.

La frecuencia de estos cambios de destino es una prueba de que existía un intercambio de información entre japoneses. Había emigrantes que llegaban a Perú con la intención de trasladarse más tarde a otro lugar, dependiendo de la información que recibiesen de familiares, de hoteles del puerto de salida o de llegada, de los marineros del barco donde viajaban, de las asociaciones de emigrantes, etc. De acuerdo con la información obtenida, planeaban su estrategia, decidiendo la huida de la hacienda adonde hubieran sido destinados o bien su traslado a otra zona o a otro país.

Movimientos antijaponeses

En el año 1899, los obreros peruanos del puerto de Callao solicitaron al gobierno el traslado de los doscientos emigrantes japoneses que trabajaban allí. Ya desde los primeros años habían surgido conflictos entre obreros peruanos y japoneses en las ciudades. Causa frecuente de estos conflictos eran los malentendidos y los prejuicios.

Entre ellos, destaca un enfrentamiento nocturno que tuvo lugar el 18 de marzo de 1900 en Callao, y un motín ocurrido en el campo de Palpa en 1901, así como otro enfrentamiento entre obreros negros y japoneses que tuvo lugar en 1903, en Santa Bárbara, cuando los japoneses intentaban desembarcar.

Todos estos conflictos fueron disminuyendo, a medida que los emigrantes japoneses se iban acostumbrando a la sociedad peruana, aunque no se extinguieron totalmente. Verdaderamente, no parecía existir entendimiento entre la clase obrera peruana y los emigrantes japoneses. Además, al pequeño comerciante peruano no le gustaban los japoneses, por razones obvias de rivalidad comercial y existían prejui-

cios raciales en ambos bandos, basados sobre todo en sentimientos nacionalistas.

Los diplomáticos japoneses pensaban que todos estos conflictos se producían porque los peruanos confundían a los chinos y a los japoneses. Los japoneses, por otra parte, estaban plenamente convencidos de ser distintos, tanto de los chinos como del resto de los asiáticos. Los dirigentes del gobierno Meiji trataban entonces de asimilar todo lo occidental, prestando escaso interés y poca atención a todo lo asiático. Esta tendencia se incrementó tras la victoria de Japón en la guerra con China, acentuándose después tras la victoria sobre Rusia en 1905.

Esta actitud japonesa, basada en el nacionalismo, fue causa de conflictos no sólo con los peruanos, sino también con los chinos. En el mes de junio de 1905, cuando los rebeldes japoneses fueron expulsados por la policía del campo Tuman, las autoridades japonesas pidieron al consulado que acusase al gobierno de Perú de violar la libertad de los japoneses en Perú.

En 1907, el Diario *El Comercio* publicó un editorial reclamando se incrementara la entrada de emigrantes blancos, prohibiéndose la de emigrantes chinos. Los diplomáticos japoneses, a pesar de que en el artículo se citaban conceptos como «raza amarilla» o «asiáticos», estaban plenamente convencidos de que los japoneses no estaban incluidos en ninguna de esas categorías.

Pero el año siguiente, empezaron a surgir conflictos en torno a la concesión de certificados médicos y visados para emigrantes asiáticos, y los periódicos les criticaban refiriéndose específicamente a los japoneses. Ante esta situación, los diplomáticos informaron al gobierno que los propietarios peruanos de haciendas no les acogían con agrado, sino que se aprovechaban de ellos mientras existía falta de mano de obra europea y que, en el fondo, existía un racismo tan fuerte como en Estados Unidos.

Según opinaban los diplomáticos, el racismo en Perú no se manifestaba directamente como en Estados Unidos, sino indirectamente, al forzar a los japoneses a someterse a la cuarentena. Por eso, solicitaron del gobierno japonés que, en caso de ser necesario seguir enviando emigrantes para resolver el problema demográfico se exigiese al gobierno peruano protección para los emigrantes japoneses.

A medida que aumentaba el número de emigrantes japoneses en los países latinoamericanos, iba aumentando el recelo entre los nativos.

Los latinoamericanos no mostraban su rechazo directamente como los estadounidenses, sino que lo manifestaban poniendo a los japoneses en cuarentena o haciéndoles un examen médico, por el que no les permitían la entrada.

Tras sus victorias contra China y Rusia, Japón presionó al gobierno peruano para que tratase a los emigrantes japoneses no como asiáticos, sino como europeos. Al mismo tiempo, a fin de solucionar el problema de población y aumentar su poder, siguió fomentando la emigración. Mientras, los agentes de emigración iban aumentando sus actividades, llegando a realizar operaciones ilegales, fraudes o incluso, a concertar contratos secretos con los propietarios, recibiendo comisiones de las empresas de transporte marítimo, sin que existiera nunca un control del gobierno. En realidad, lo que más le importaba a éste en aquellos momentos, era solucionar el problema demográfico. La vida o el futuro de los emigrantes tenían poca importancia. Esta postura hizo surgir un cierto racismo contra los peruanos por parte japonesa, produciéndose una actitud de exclusivismo por parte de la sociedad japonesa en Perú. Todo esto contribuyó al desarrollo de los movimientos antijaponeses.

Como hemos visto a partir de 1910, los japoneses empezaron a concentrarse en Lima y sus alrededores. El Consulado reiteró al gobierno que no se concentrasen los emigrantes para evitar movimientos antijaponeses. En 1915, como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, al no haber barcos para llevar hasta su destino a los emigrantes japoneses que llegaban al puerto del Callao, el Consulado les retuvo en el barco hasta encontrar uno, para evitar conflictos. En aquella época había mucho paro en Perú y, a pesar de eso, se produjo entonces la mayor afluencia de emigrantes japoneses. Cada año llegaban a Perú entre 1.000 y 2.000 japoneses, y en los diarios locales, como *La Prensa, El Comercio* y *La Crónica,* empezaron a aparecer fuertes críticas contra los japoneses. El blanco de las críticas era el aumento de trabajadores japoneses, la concentración de éstos en determinados sectores de Lima y, sobre todo, su papel relevante en los negocios de peluquerías, tiendas de tejidos, carpinterías y en el servicio doméstico.

Se criticaba también la política expansionista de Japón, el imperialismo y el carácter cerrado y exclusivista de los japoneses. Los chinos también recibieron críticas, y el diario *La Crónica* publicó opiniones exigiendo el veto a la emigración china. Estas opiniones no eran sus-

tentadas por la mayoría de la población pero fueron creando recelos y descontento hacia todos los asiáticos en el seno de la sociedad peruana.

Finalmente, en 1917 se estableció la Alianza Antijaponesa y los sindicatos peruanos pidieron al gobierno que prohibiera la inmigración de asiáticos.

Por otra parte, la demanda de trabajadores japoneses en los campos seguía aumentando, y la clase alta prefería emplear criados japoneses. También había matrimonios mixtos entre miembros de la sociedad japonesa en Perú y peruanos de otras procedencias. Los sentimientos antiasiáticos se fueron intensificando, sobre todo entre los pequeños comerciantes. Aquellos peruanos de sentimientos racistas, temían el declive de la raza peruana por la influencia «amarilla».

La mayoría de los propietarios de comercios eran personas de origen asiático y, por tanto, el movimiento antijaponés estaba basado en los celos y el racismo (según estudios elaborados por el consulado en 1918, el 55 por ciento de las 205 tiendas de ropa de Lima eran propiedad de japoneses; el 25 por ciento de peruanos y el 20 por ciento de chinos. En el caso de las peluquerías, el 75 por ciento de las 121 existentes eran propiedad de japoneses; el 15 por ciento, de peruanos, y el resto de chinos. Las 34 carpinterías se las repartían japoneses y peruanos a partes iguales).

En Chile surgieron movimientos similares provocados por japoneses que intentaban trasladarse a México vía Iquique. En 1921, el teniente Muro, presidente provisional de la Alianza Antijaponesa, presentó una propuesta para excluir a los japoneses y boicotear sus productos. Sin embargo, el Gobierno del dictador Leguía no aceptó la propuesta y siguió manteniendo una postura favorable hacia los emigrantes japoneses.

En agosto de 1930, en plena revolución de agosto, los ciudadanos saquearon y destruyeron las tiendas de los japoneses. Estos saqueos no tenían relación directa con el movimiento antijaponés, pero las 130 tiendas de los japoneses fueron saqueadas y los daños estimados superaron los trescientos mil soles.

Ante esta situación el cónsul japonés pidió a su gobierno el envío de la armada, y solicitó al teniente coronel Sánchez Cero, jefe del gobierno de la revolución, una protección especial para los japoneses. El gobierno peruano autorizó a los japoneses a llevar armas. Todo esto

sirvió para intensificar los movimientos antijaponeses. En 1931 fue saqueada una empresa japonesa de comercio exterior.

Las relaciones con los chinos también eran complejas. En los primeros años, los japoneses trabajaban en los bares de los chinos o se hospedaban en sus hoteles. Sin embargo, poco a poco, los japoneses fueron haciéndose con los negocios de los chinos, como el caso de las panaderías de Lima. Los japoneses acabaron por dominar el sector, monopolizado hasta entonces por los chinos. Así, tanto peruanos como chinos tenían motivos para recelar de los japoneses.

En 1936 entró en vigor la nueva ley que establecía el porcentaje de empleados nacionales y extranjeros, y que causó graves perturbaciones entre los comerciantes japoneses. De acuerdo con esta ley, se prohibía la concesión del visado a japoneses.

En 1940 las relaciones peruano-japonesas entraron en su peor etapa, cuando los diplomáticos japoneses tomaron una actitud excesivamente protagonista en los conflictos surgidos en la comunidad japonesa, llegando a infringir la soberanía peruana.

En consecuencia, los conflictos entre japoneses se agravaron y los sentimientos antijaponeses se intensificaron. El motín contra los japoneses se inició el día 13 de mayo de 1940, cuando los alumnos de los colegios de Lima empezaron a atacar los comercios japoneses, apedreándolos. El ataque continuó al día siguiente y un total de quinientas viviendas y tiendas resultaron destruidas o saqueadas.

El ejército sofocó el motín pero no apagó el sentimiento antijaponés. Este motín tuvo un carácter distinto al del año 1930, cuando los comercios japoneses fueron atacados coincidiendo con el cambio del régimen político. En esta ocasión, se trataba de una clara demostración de un sentimiento popular sin los tintes políticos de la vez anterior.

Este sentimiento popular no se basaba simplemente en el racismo, sino más bien en el descontento por la concentración de japoneses en zonas urbanas y en la introducción del militarismo y fanatismo japonés en Perú. El asentamiento de japoneses en Perú, alentado por el gobierno japonés no significaba la integración de los japoneses en la comunidad peruana, sino la expansión japonesa en Perú conservando la pureza de su raza. Cada día era más patente el sentimiento racista de los japoneses que vivían en Perú y esta actitud fue una de las causas

del motín. Hubo casos en los que japoneses que tenían amistad con peruanos fueron salvados del motín por sus amigos peruanos.

Ante esta situación, hubo muchos que quisieron regresar a Japón. De las quinientas cincuenta y ocho personas que mostraron sus deseos de regresar, doscientas dieciséis pudieron hacerlo con ayuda del gobierno en julio de 1940. Otros regresaron por su cuenta o enviaron a sus hijos a Japón.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Perú envió 1.777 japoneses a los campos de concentración norteamericanos. Entre ellos había algunos que tenían la nacionalidad peruana. Estos japoneses tuvieron que permanecer allí hasta el fin de la guerra y sus recursos comerciales en Perú fueron congelados o confiscados, viendo destruida su vida en Perú. Entre todos los emigrantes japoneses residentes en países iberoamericanos, los de Perú resultaron los más perjudicados. Además, Perú siguió prohibiendo la entrada de japoneses aún después de terminada la guerra y la mayoría de los deportados no pudieron regresar a Perú. Algunos se quedaron en Estados Unidos y otros optaron por volver a Japón.

Los japoneses de posguerra

La guerra de 1945 no significó el final del sentimiento antijaponés en Perú. El decreto prohibiendo el uso del idioma japonés y la reunión de más de tres personas continuó vigente hasta 1947. En 1951, tras la firma del Tratado de Paz de San Francisco, Perú restableció las relaciones diplomáticas con Japón. Sin embargo la descongelación de los bienes de japoneses no se produjo hasta el mes de marzo de 1954. Los hijos de los emigrantes japoneses que regresaron a Japón antes de la guerra no pudieron volver a Perú y se fueron a Bolivia para intentar desde allí la entrada a Perú. Por fin, en 1955, el gobierno peruano suavizó las restricciones de entrada y salida de japoneses.

Los 25 colegios japoneses existentes en 1939, fueron confiscados durante la guerra y no fueron autorizados de nuevo hasta 1964. La liberación definitiva de los recursos japoneses no se completó hasta 1963, tras haberse acordado en 1962, las indemnizaciones por los daños del motín de 1940.

La recuperación de la comunidad japonesa en Perú transcurrió muy lentamente. A pesar de todo, en 1948, se creó el Club Pacífico, una asociación de japoneses que intentaba reagrupar la comunidad japonesa en Perú. A su vez, los emigrantes procedentes de Okinawa fundaron la Asociación Fraternal de Okinawa en Perú, que tenía como objeto ayudar a superar conjuntamente la crisis que atravesaban.

Todos estas iniciativas culminaron en la construcción, en 1953, del Estadio de la Unión. En septiembre de 1958 se promulgó la nueva ley electoral que establecía una discrimación en cuanto a los derechos de chinos y japoneses. Los japoneses de segunda generación reclamaron sus derechos como peruanos al gobierno, exigiendo que se les concedieran los mismos derechos. El gobierno peruano atendió su petición y retiró las normas discriminatorias. Ésta era la prueba de que ya existía una nueva generación de peruanos de origen japonés, muy distinta de aquellos japoneses que defendían sus derechos a través del consulado, el gobierno japonés o la Asociación Central de Japoneses, en la época del expansionismo militar japonés.

En las haciendas no se produjeron incidentes graves ni durante ni después de la guerra y los japoneses pudieron dedicarse libremente a la agricultura. En 1955, se creó la Cooperativa del Servicio Agrícola Central de Lima, cuyas operaciones se fueron desarrollando en torno a la avicultura. En 1961, el noventa y dos por ciento de los gallineros de Perú eran japoneses y producían el 87 por ciento de todos los huevos del país.

Por otra parte, todavía quedaban algunos conservadores japoneses que causaban problemas en la sociedad japonesa en Perú. Algunos de ellos seguían creyendo en la victoria japonesa en la guerra, influidos por la campaña que se desarrollaba en Brasil.

A medida que la economía japonesa se iba estabilizando y progresaba la implantación de empresas japonesas en Latinoamérica, fue mejorando el sentimiento peruano hacia Japón, y en 1961, ya había 16 empresas japonesas radicadas en Perú.

Presencia japonesa en Brasil

Si bien existen datos de un japonés que en el año 1870 llegó a Brasil en el barco inglés *Liverpool* y que, sin saber los motivos, se hizo

el harakiri en el propio puerto de Bahía, no parece que se le pueda considerar pionero de la emigración japonesa a Brasil, aunque su suicidio causó una gran impresión entre la población local.

El proceso de emigración japonesa a Brasil se inicia, como en el resto de países del Continente Americano, poco después de la reforma Meiji, comenzando en 1908 y alcanzando su mayor desarrollo entre los años 20 y 30. Esta época marca el comienzo de la llegada masiva y organizada de emigrantes japoneses a Brasil.

Las circunstancias internas de Brasil, con el desarrollo del cultivo del cafeto, la necesidad de utilización de mano de obra libre, en sustitución de la mano de obra esclava y la firma de un acuerdo entre ambos países es lo que básicamente hizo posible la llegada de japoneses a Brasil.

El cultivo extensivo del cafeto había prosperado en Brasil al amparo de la mano de obra esclava. Alrededor de 1860, se hallaba ya firmemente establecida una pujante clase de hacendados en Sâo Paulo; sus propiedades se extendían por una amplia zona que comprendía las regiones de Campinas y Araras. Sin embargo, el tráfico esclavista había cesado en 1850 y, sobre todo en la zona de Sâo Paulo, las campañas en pro de la abolición total de la esclavitud se hacían cada vez más populares. Los hacendados de la zona de Río de Janeiro, por su mayor dependencia de la mano de obra esclava no consiguieron superar los cambios mientras que los hacendados de Sâo Paulo, de espíritu más moderno, preconizaban la utilización de mano de obra libre para conseguir un desarrollo mejor y más uniforme.

A partir de 1852 se empieza a considerar seriamente la posibilidad de introducir trabajadores rurales asalariados para sustituir a la mano de obra esclava; es por eso que, poco a poco, los hacendados van empleando en sus fincas a emigrantes portugueses (1842), suizos y alemanes (1852). Alrededor de 1857, en las regiones de Campinas, Simeira, Araras, Piracununga y Amparo había ya unos 3.000 emigrantes europeos.

Desde 1845, tras la promulgación de la Ley de Inmigración denominada «Ley Ardeen», se empezó a considerar la conveniencia de importar emigrantes asiáticos para sustituir a la mano de obra esclava. A las necesidades del sector agrícola brasileño se unía la situación por la que atravesaban la mayor parte de los países asiáticos, con un nivel de vida poco satisfactorio. Se pensaba que los trabajadores asiáticos es-

tarían dispuestos a aceptar condiciones de trabajo más duras, con salarios bajos [108].

Los altos precios alcanzados por el café en todo el mundo fueron el estímulo principal que llevó a los hacendados paulistas a considerar más rentable la utilización de emigrantes libres en vez de esclavos en las plantaciones de café.

El año 1870, el gobierno brasileño concedió permiso oficial a una agencia de emigración y transporte para introducir *coolies* chinos. En 1879, Martín Francisco II se pronunciaba a favor de la inmigración «china», como elemento de transición entre el esclavo y el colono [109]. Por otra parte, la emigración de italianos, aunque de corta duración, es muy intensa a partir de 1880.

El gobierno brasileño abolió la esclavitud en 1888 y a partir de ese año potenció aún más activamente la venida de inmigrantes. Sin embargo, la emigración procedente de Asia y África sufrió restricciones con la promulgación del decreto n.° 528, hecho público el 28 de junio de 1890, y por el cual se exigía una autorización del Congreso Nacional para introducir inmigrantes asiáticos o africanos, fijándose una multa de 2.000 a 5.000 *reis* a los capitanes de embarcaciones que transportasen mano de obra procedente de Asia o África [110]. Por lo tanto, y aunque hubo intentos para establecer un canal legal para la emigración de japoneses a Brasil [111], la ausencia de un Tratado y de Consulado japonés en Brasil, hicieron inviable la firma de un acuerdo.

[108] Neiva, Arthur: «O problema imigratorio brasileiro». *Revista de Imigraçao e Coloniçao.* Río de Janeiro, 5 (3): 501, sept. 1944.

[109] Simonsen, Roberto: «Aspectos da Historia Economica do café» *Revista do Arquivo Municipal.* Sâo Paulo, 6 (65), p. 194, 1940. Hubo, además, ciertos intentos de aproximación por parte del gobierno brasileño, así como visitas extraoficiales de diplomáticos brasileños a Japón: a finales de 1880, el Contraalmirante brasileño Arthur Silveira da Mota desembarcó en Yokohama en su viaje de regreso desde China, y Eduardo Colado, diplomático brasileño residente en China pasó también por Japón en 1892. Ningún tipo de acuerdo llegó a cristalizar respecto al Tratado que Brasil deseaba.

[110] Decretos do Governo Provisorio da República dos Estados Unidos do Brasil. Impresa Nacional 6.° Fas., Río do Janeiro, 1890, p. 1.424.

[111] Existen datos acerca del interés demostrado también por Japón en relación a la emigración a Brasil. Nihon Gaiko Nempyo. Nihon Gaimusho (Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón), Tokio, 1955, p. 121 y en la carta-informe enviada por el cónsul japonés, Chinda, residente en San Francisco, al Subsecretario de Asuntos Exteriores, pp. 614-615.

Por su parte, las agencias de emigración que tramitaban la inmigración de chinos también manifestaban interés en impulsar el flujo migratorio japonés hacia Brasil. Aún no se había firmado ningún Tratado entre Brasil y Japón, cuando la Agencia de Emigración japonesa Kichisa Imin Kaisha trató de llegar a un acuerdo con la compañía brasileña Prado e Jordao, con el fin de introducir inmigrantes japoneses. Pero, debido a la ausencia de relaciones entre ambos países, el proyecto no pudo llevarse a cabo. (Saito Hiroshi *O Japonés no Brasil: estudio de mobilidade e fixaçao*, Sâo Paulo, Ed. Soc. e Política, 1961, pp. 26-27).

En 1895 tiene lugar la firma del Tratado de amistad entre Brasil y Japón. Justamente en ese año terminaba la guerra sino-japonesa con la victoria de Japón. Nada más firmarse el Tratado, la compañía de emigración *Kichisa Imin Kaisha* volvió a intentar un acuerdo con la empresa Prado e Jordao, para tramitar la entrada en Brasil de unos 2.000 agricultores japoneses de 20 a 35 años de edad. Sin embargo, debido a la crisis generalizada en el sector cafetero, el gobierno brasileño se vio obligado a rescindir el contrato cuando faltaba poco tiempo para el embarque de los emigrantes [112].

Las razones principales que motivaron la crisis en el sector cafetero fueron, por una parte, la escasa planificación y, en consecuencia, la excesiva expansión y los excedentes de producción. Concretamente, a partir de 1896 se registra un periodo de desequilibrio por el exceso de oferta, situación que continúa hasta 1905 (en ese año llegan a producirse once millones de sacas, equivalente al 70 por ciento del consumo mundial de aquella época). Presionados por la oferta, los precios

[112] Arlinda Rocha Nogueira: *A imigraçao japonesa para a lavoura cafeeira paulista* (1908-1922). Instituto de Estudos Brasileiros. Sâo Paulo, Brasil (1973), pp. 60-63. Este primer contrato, que nunca se puso en práctica, no obligaba a los emigrantes a viajar en familia, por lo que se apuntaron hombres que, o bien no estaban casados, o dejaban a sus familias en Japón. Por supuesto que, tal como era general entre los emigrantes japoneses, la idea que llevaban era regresar a Japón en cuanto les fuera posible. El periodo obligatorio de estancia en Brasil, según el contrato, era de 5 años. El salario se fijaba en 30 chelines al mes, entregándose la mitad en Brasil, y la otra mitad en Japón. De la parte a recibir en Japón, la mitad se debía entregar anticipadamente en depósito a la Agencia de Emigración y ésta se comprometía a devolver el dinero al emigrante cuando regresase a Japón. La otra mitad se enviaría a la familia; el horario de trabajo sería de 10 horas diarias, ofreciéndose alojamiento. Los gastos del billete de ida y vuelta eran gratuitos. A cambio, los emigrantes debían entregar a la compañía 18 yenes de comisión y 40 libras en concepto de garantía.

iniciaron un vertiginoso descenso que alcanzó su punto más bajo en 1907.

La situación en las haciendas de café se hizo cada vez más difícil. A pesar de esta crítica situación, en 1901 el gobierno brasileño decide subvencionar el viaje a Brasil de unos 50.000 nuevos emigrantes con destino a las haciendas, iniciando las primeras gestiones para conseguir candidatos en Japón. Pero el gobierno japonés, conociendo tanto por la prensa como por el informe de sus diplomáticos las dificultades que experimentaban los emigrantes italianos, decretó la prohibición de emigrar a Brasil a los súbditos japoneses. Por su parte, el gobierno italiano prohibió también la emigración a Brasil. Estas medidas produjeron poco a poco una gran escasez de mano de obra [113].

El gobierno brasileño, interesado de nuevo en obtener emigrantes japoneses, encomendó a Edmundo Fonseca, comisario de Emigración, la misión de elaborar un informe acerca de la capacidad de adaptación de los emigrantes japoneses en otros países y Fonseca visitó varias repúblicas latinoamericanas.

Quizás debido a las restricciones que a partir de 1900 se estaban imponiendo a la emigración de japoneses con destino a Hawai y Estados Unidos, y debido también a la creciente presión demográfica, la actitud del gobierno japonés fue volviéndose más favorable. De ello es muestra la visita a Brasil, en 1906, de Ryu Mizuno, fundador y presidente de la compañía de emigración *Kokoku Shokumin Kaisha* (Compañía Imperial de Emigración).

Ryu Mizuno, fundador y presidente de la Kokoku Shokumin Kaisha, preconizaba la expansión ultramarina de su país y el 6 de noviembre de 1907 firmó un contrato con el gobierno brasileño para la introducción de emigrantes japoneses con destino a las haciendas de café de Sâo Paulo. En el contrato se especificaba un cupo de 3.000 emigrantes en un plazo de tres años. Los emigrantes deberían ser cam-

[113] Entre 1889 y 1900 desembarcaron en Brasil más de 600.000 emigrantes italianos. A partir de 1900, la emigración italiana casi se suspende por completo y el 17 de septiembre de 1900 la Sociedad Paulista de Agricultura solicitó del Ministro de Agricultura la introducción de emigrantes japoneses con destino a las haciendas. (Arquivo do Estado de Sâo Paulo, *Processos da Secretaria de Agricultura*, año 1906, tomo sin número. «Memorial a respeito da imigraçao japonesa dirigido a Sociedade Paulista de Agricultura pelo señor Maciel Sanz de Elorz», p. 1).

pesinos y emigrar en familias de 3 miembros como mínimo, que fueran aptos para el trabajo (con una edad de 12 a 45 años). Ciertos profesionales, como pedreros, herreros, podían emigrar también a condición de no sobrepasar un quinto del total de emigrantes.

El número de emigrantes no debería exceder de mil al año y, al estar destinados a las haciendas de Sâo Paulo, se fijó el Puerto de Santos como punto de llegada de los barcos [114]. Mediante este contrato, el gobierno de Sâo Paulo conseguía no sólo mano de obra para sus haciendas, sino también la posibilidad de introducir el café en el mercado japonés. A este efecto, una de las cláusulas del contrato estipulaba que los barcos utilizados para el transporte de los emigrantes se utilizaran a su regreso para transportar gratuitamente café [115].

La obligación de viajar en familia reducía el número de candidatos. Por ello, se formaban familias ficticias *(Keishiki kazoku)*, con el único fin de cumplir los requisitos. El recurso más utilizado era la adopción o cualquier otro medio permitido por el código civil japonés de la época.

El 28 de abril de 1908 partían del puerto de Kobe los primeros emigrantes japoneses subvencionados por el Estado de Sâo Paulo. Eran

[114] En el año 1907 se estableció en Brasil una nueva Ley Federal sobre Emigración, el Decreto 6.445, emitido el 19 de abril de 1907 (*Colleçao da Leis da República dos Estados Unidos do Brasil de 1907,* Río de Janeiro, Im. Nacional, 1908, vol. 2, p. 757). En el Estado de Sâo Paulo se emitió el 10 de abril del mismo año un Decreto, el 1.458, que reglamentaba la Ley 1.045 de 27 de diciembre de 1906, y por el que se fijaban las bases de inmigración y colonización en su territorio.

[115] El 26 de febrero de 1906 se celebró en la ciudad paulista de Taubaté un encuentro convocado por el Presidente de Sâo Paulo y al que asistieron los Presidentes de Río de Janeiro y de Minas Gerais. En dicho encuentro se firmó un convenio, hecho Decreto, por el que los Estados representados se comprometían a «organizar y mantener un servicio regular y permanente de propaganda del café, con el fin de aumentar su consumo, para conseguir la apertura y expansión a nuevos mercados, así como para evitar fraudes y falsificaciones».

Al año siguiente del Decreto, el gobierno había firmado ya dos contratos: uno con Ed. Johnson y Compañía limitada de Santos y Joseph Travas y Sons limitada, de Londres, para la propaganda y consumo del café en Inglaterra e Irlanda; el otro contrato se firmó el 27 de junio de 1908, con Ryu Mizuno, para el mismo fin en relación a Japón.

Según el contrato firmado, los contratantes se comprometían a abrir 15 sucursales de propaganda, distribución y venta de café; 8 en Tokio, 2 en Yokohama, 2 en Osaka, 1 en Kioto, 1 en Nagasaki y una en Kobe.

La firma del convenio de Taubaté, abrió, como consecuencia, la emigración japonesa a Brasil.

781 emigrantes con contrato, más doce que viajaban por su cuenta. De los contratados, 733 estaban agrupados en 165 familias y 48 eran solteros.

Según un artículo del *Diario de Santos* «A Tribuna», puede apreciarse la actitud inicial de ciertos sectores paulistas ante la llegada de los primeros emigrantes japoneses:

> Enhorabuena a la agricultura paulista a pesar de que según nuestro parecer, no le es necesaria (la inmigración japonesa); la experiencia tiene demostrado que la colonización asiática da mal resultado en todas partes. Los japoneses no se adaptan al lugar donde habitan; son refractarios a los usos y costumbres ajenos y forman, fuera de su patria, una sociedad particular, como sucede en América del Norte.

El inspector de agricultura, J. Armando Sobral, en su artículo titulado: «Los japoneses en São Paulo», publicado en el *Correo Paulista* el 22 de junio de 1908, comenta que, a pesar de los 52 días de viaje, los camarotes se veían completamente limpios y aseados. También se admiraba de la disciplina y orden que mantuvieron los emigrantes al bajar del tren que los trasladó desde el puerto —tras cuatro horas de viaje— a la hospedería que los alojaba. Se asombró de que todos fueran vestidos a la moda europea: calzaban botines, borceguíes o zapatos —éstos eran con suela de hierro—. Las mujeres llevaban guantes blancos y los hombres, corbata. En sus equipajes llevaban pasta de dientes, cepillo, raspador para la lengua, peine y navaja de afeitar. Llamó la atención que se afeitaban solamente con agua, no usaban jabón.

Los primeros emigrantes japoneses no tenían previsto destino concreto a su llegada al Puerto de Santos; por eso, después de pasar unos días en la Hospedería de Emigrantes [116], firmaron los contratos anuales para las haciendas adonde serían trasladados.

[116] Según el diario escrito a bordo por Ryu Mizuno, el *Kasato Maru*, barco que transportó a los emigrantes, atracó en el Puerto de Santos a las 17 horas del día 18 de junio de 1908. El barco se hallaba en el puerto desde horas antes, pero no había podido atracar. Tuvo lugar un reconocimiento médico, tras amarrar el barco, y, a continuación, subió a éste una comitiva formada por Aragiro Miura, funcionario intérprete de la Legación Japonesa en Petrópolis, Teijiro Suzuki, secretario de la Hospedería de São Paulo, Rafael Monteiro, representante en Brasil de la Compañía Imperial de Emigración y Takao Gobe, funcionario de la Casa Fujisaki, São Paulo.

El salario de los emigrantes se regía por el sistema de «mesada» que era el vigente en las haciendas de café: por una saca de 50 kilos de café recibían 500 reis. En años de buena cosecha podían recogerse alrededor de cuatro sacas en un día. Sin embargo, en las haciendas adonde fueron destinados, apenas podían recoger de saca y media a dos sacas por día. La remuneración para los trabajadores «a soldada» o «jornaleros» para hacer trabajos varios estaba fijado entre 2.000 y 2.500 reis diarios. No había inconveniente en que se utilizaran terrenos de la hacienda no aptos para los cafetales, cultivándose allí algunas verduras para propio consumo.

Uno de los problemas que se presentaron inmediatamente a los emigrantes fue que, por haber llegado ya pasada más de la mitad de la recolección casi no había granos de café y los que quedaban, estaban muy secos.

Pronto se elevaron las protestas, porque la propaganda de la Compañía de Emigración aseguraba la recogida de 3 sacas (de 50 kilos cada una) por persona y los emigrantes se sentían defraudados. Hay que tener en cuenta que, si bien parte del viaje había sido subvencionado por el estado de São Paulo, cada emigrante tuvo que desembolsar 150 yenes para los preparativos del viaje, más los traslados desde las respectivas provincias al puerto de Kobe, etc. Muchos habían pedido dinero prestado para emprender el viaje, en la confianza de poder hacerse rápidamente con dinero. La frustración aumentaba día a día y las reclamaciones a la Compañía de Emigración se hacían cada vez más indignadas, llegando a la amenaza personal a sus directivos [117].

Influía también, lógicamente, el desconocimiento del idioma y de las costumbres. Además, como ya se ha mencionado, muchas familias se habían formado artificialmente para cubrir las apariencias y cumplir con los requerimientos estipulados, por lo que no existía verdadera cohesión ni unidad familiar [118].

Se calcula que unos 500 emigrantes abandonaron las haciendas antes del fin de su contrato. Gran parte de estos huidos marchó a los

[117] Tomoo Handa, *Imin no seikatsu no rekishi. Brasil nikkeijin no ayunda michi* (O Japones e sua vida no Brasil), Centro de Estudios Nipo-Brasileiros, São Paulo, 1987, p. 43.

[118] Informe sobre los emigrantes, n.° 1, «Documento sobre la situación del interior de Brasil», por el diplomático Uchida, pp. 10-11.

núcleos urbanos, preferentemente a Sâo Paulo y a Río de Janeiro. Allí se emplearon como sirvientes, artesanos, obreros en pequeñas fábricas, etc. Algunos encontraron trabajo en el Puerto de Santos, en la construcción de carreteras entre Sâo Paulo y Paraná o en la construcción de la línea de ferrocarril del noroeste de Brasil. Otros se trasladaron a Argentina [119].

En la ciudad de Sâo Paulo, los sueldos estaban en 5.000 reis diarios para artesanos, obreros manuales y trabajadores especializados, carpinteros, etc. Dos de los trabajos mejor remunerados eran el de cargador de muelle en el puerto de Santos y el de obrero en las líneas de ferrocarriles. Este tipo de trabajo los hacían, sobre todo, los hombres solteros, entre los que abundaban los emigrantes de Okinawa. También había muchos trabajadores de Okinawa en la construcción del ferrocarril del noroeste, en el estado de Mato Grosso. Según consta en diversos documentos, entre los emigrantes de Okinawa se daba mucho el caso de emigrar hombres solos, pues se trataba de evitar la emigración de mujeres o niños para tener más facilidad de movimientos [120].

Trece meses después de la llegada, de los emigrantes permanecían en las haciendas 191; de los que habían abandonado, muchos fueron hacia Argentina [121]. Un factor que contribuía en gran medida al aban-

[119] Relación del intérprete de la Legación de Japón, Ryoji Noda (Nipponjin Hattenshi), tomo 1, p. 284.

[120] Imin Chosa Hokokusho Dai-60. Relación de la investigación sobre los emigrantes en *Historia de la expansión de los japoneses,* p. 286.

[121] Según el informe-investigación sobre los emigrantes, n.º 5, escrito por Noda (p. 46), las razones que llevaban a los japoneses a emigrar de nuevo, con destino a Argentina eran «porque si fueran directamente a Argentina (desde Japón) el pasaje les costaría más caro, ya que Argentina es un país de emigración libre y, por tanto, no subvenciona el traslado. Por eso, los emigrantes (no sólo japoneses sino también los españoles e italianos) van primero a Brasil, aprovechando la subvención oficial, residiendo aquí seis meses, un año, o, como máximo, dos o tres años trabajando y ahorrando algo. Después, son muchos los que se marchan hacia Argentina con ese capital ahorrado. Dicho de otra forma: los emigrantes se aprovechan de la subvención del Gobierno brasileño y se trasladan a la República Argentina, lugar considerado ideal para trabajar. Por esto, no son pocos los brasileños que, tanto desde el sector público, como desde el privado, critican este proceder (...) Unos pocos de estos emigrantes regresan a Brasil desde Argentina, porque no han conseguido las ganancias que esperaban. Pero son los menos; la mayoría se asientan allá por lo que podría deducirse que Argentina es mejor que Brasil. Habrá que hacerse a la idea que habrá muchos emigrantes de nuestro país que procederán de la misma forma y (desde Brasil) terminarán por trasladarse a Argentina».

dono de las haciendas antes de haberse cumplido el contrato, era el sistema de comercios instalados en las haciendas, en donde los trabajadores se veían obligados a hacer sus compras a precios más elevados que en las tiendas de la ciudad.

El pago de salarios no siempre era honesto y había dueños que retenían gran parte del sueldo a los trabajadores o cometían fraudes y engaños. Por todo ello, a muchos la subsistencia les resultaba poco menos que imposible [122].

La segunda remesa de emigrantes

La segunda remesa de emigrantes partió del puerto de Kobe el 4 de mayo de 1910, llegando a Santos el 28 de junio del mismo año. El grupo constaba de 906 personas (247 familias). A partir de esta remesa, la subvención del viaje se redujo de diez libras a ocho. Además, esta vez, los emigrantes en vez de proceder a la firma de un contrato por un año, debían firmarlo por dos años. El Ministerio de Asuntos Exteriores fijó las siguientes condiciones para poder emigrar a Brasil:

— Sólo podían emigrar personas habituadas al trabajo agrícola.

— Las autoridades de cada provincia de Japón debían comprobar que formaban verdaderas familias y no, como en la remesa anterior, familias ficticias.

Se elevaron también a las autoridades de la compañía de Emigración las siguientes peticiones:

— La instalación de sanitarios y letrinas en las haciendas.

— El aprovisionamiento de material suficiente para que los emigrantes pudieran construir sus muebles.

— Instalación de agua potable.

— Posibilidad de consulta médica.

— Los emigrantes deberían llegar no más tarde del mes de mayo para poder participar desde el principio en los trabajos de recolección del café [123].

[122] *Brasil ni okeru nihonjin hattenshi* (Historia de la expansión japonesa en Brasil), Asociación Latinoamericana, 1941. Tomo I, p. 287.

[123] Imin Yonjunenshi *(Historia de los 40 años de la inmigración japonesa en Brasil)* Rokuro Koyama, São Paulo, 1949.

Los emigrantes de esta segunda remesa fueron distribuidos en 17 haciendas. Esta vez, hubo intérpretes más experimentados que la vez anterior, con lo cual se subsanó el problema del idioma. Además, en algunas de las haciendas había japoneses de la remesa anterior y éstos habían aprendido el idioma, siendo de gran ayuda para los recién llegados. Aún así, surgieron conflictos en varias haciendas, especialmente en Jatai, San Francisco, Santa Ana y Santa María.

La hacienda con más problemas resultó ser Jatai. Allí ingresaron 23 familias, con 83 personas en total.

No tardaron en surgir los conflictos, debido especialmente a la escasez de ganancias; el terreno tenía una topografía muy irregular y los japoneses no estaban habituados a trabajar en régimen de latifundio y en terrenos tan irregulares. Hubo también serias confrontaciones con el capataz de la finca. Éste era un italiano que favorecía sin miramientos a sus compatriotas, dándoles los mejores puestos y discriminando abiertamente a los japoneses. La situación resultó aún más conflictiva, cuando los japoneses se dieron cuenta que la tienda instalada en la hacienda vecina vendía mucho más barato que la situada en Jatai. Durante un corto tiempo, aquellos que podían disponer de dinero, compraron en la hacienda vecina, pero no tardaron las autoridades de su propia hacienda en obligarles a adquirir todo lo necesario en el comercio local.

En esta situación ocurrió otro percance en Jatai; el ganado de la hacienda vecina devoró gran parte de las plantas de cafeto, lo cual arruinó la cosecha. Los japoneses se endeudaron y, entonces, el dueño del comercio obligó a los emigrantes japoneses a entregar todo su dinero por adelantado, como condición para hacer compras. Una vez entregado el dinero, el comercio manifestó que no vendería a nadie si no pagaba al contado. La situación llegó a ser insostenible, por lo que los emigrantes dejaron Jatai y se trasladaron por su propia cuenta a Sâo Paulo el 2 de marzo de 1911. Desde Sâo Paulo, muchos se trasladaron a las obras del ferrocarril, a fundiciones y a las industrias conserveras.

Al igual que en las dos haciendas colindantes, Santa Ana y San Francisco, todas ellas pertenecientes a la familia del presidente brasileño Rodríguez Alves, en la hacienda Santa María se produjeron tam-

bién desórdenes; el capataz era un emigrante italiano que favorecía a sus compatriotas en contra de los intereses de los japoneses [124].

A pesar de los problemas que se registraron en algunas de las haciendas, el índice de permanencia de esta segunda remesa de emigrantes fue muy superior al de la anterior, lo que mejoró la imagen de los emigrantes japoneses [125].

Algunos problemas, surgidos ya con la primera remesa de emigrantes, no pudieron solventarse por completo. Uno de ellos era el elevado número de emigrantes no agricultores. Como sucedió la primera vez, los emigrantes cuya profesión no era agrícola, abandonaban enseguida las haciendas, pues no podían adaptarse de ningún modo a ese tipo de trabajo y seguía resultando un problema la incomunicación debida al desconocimiento del idioma [126].

La relación con otros emigrantes de procedencia europea podía ser buena o mala, según las haciendas. Junto a casos de relaciones buenas o discretas, se encuentran otros casos de franca animadversión y de incomunicación entre unos y otros por falta de conocimientos del idioma y de la cultura [127].

El ya mencionado Toshiro Fujita, en un informe elaborado para el gobierno japonés, comentaba sentirse satisfecho en general con los resultados alcanzados, si bien reconocía la existencia de abandonos y huidas de las haciendas, así como problemas de comunicación y de adaptación. La dieta alimenticia y la salud de los emigrantes eran, a su juicio, dos temas de difícil solución [128].

Continuaron, además, los trasvases hacia Argentina [129], pero aquellos que se trasladaron allí no siempre consiguieron establecerse ade-

[124] Tomoo Handa. *O imigrante japonês: Historia de sua vida no Brasil.* Instituto de Estudios Nipo-brasileiros, 1987.

[125] Además, en este tiempo tuvieron lugar algunas mejoras en la situación de los emigrantes de la primera remesa: Informe de las visitas de Inspección en localidades del Estado de São Paulo. Toshiro Fujita, Encargado de Negocios de la Legación de Japón en Brasil, «Informe sobre los Emigrantes», n.º 9, Edición del 25 Aniversario de la Emigración japonesa, 1934, p. 67.

[126] Archivo del Estado de São Paulo. «Procedimientos de la Secretaría de Agricultura», año 1910, tomo 115, 261 (la Colonización Takemura).

[127] Archivo del Estado de São Paulo, procedente de la secretaría de Agricultura, año 1910, tomo 115, 261, p. 8 y p. 13.

[128] Instituto de Estudios Brasileños, Microfilm, Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón (1868-1945), r. 2. F 562-575.

[129] «Informe de la Investigación sobre los Emigrantes», Yoshiharu Noda, n.º 5, 1910.

cuadamente, llegando a la mendicidad, como fue el caso de algunos emigrantes de Okinawa, por lo que el ministro Uchida, en su informe al Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón recomendaba ser cautos en el envío de emigrantes de aquellas islas, por la mala imagen que podían dar de los japoneses en general [130].

Las autoridades brasileñas, por su parte, mostraban su preferencia por la mano de obra europea y recomendaban prudencia respecto a la contratación de asiáticos [131].

No fue únicamente la propia voluntad de trabajar en un sector distinto de las plantaciones de café lo que llevó a la mayoría de los japoneses a abandonar su empleo inicial para establecerse en otros sectores laborales. A partir del año 1912, Brasil experimentó una fuerte crisis económica que produjo entre otras cosas, la caída del precio del café. A raíz de esto, el cónsul Matsumura [132] envió un comunicado al Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón el 2 de noviembre de 1914, explicando las graves dificultades por las que atravesaban los hacenderos de café, por lo que muchos se veían obligados a suspender pagos. Aconsejaba, por ello, el regreso de los japoneses a su país, tan pronto como Japón reajustara su economía.

Basándose en el escaso porcentaje de emigrantes japoneses que permanecían en las haciendas, el gobierno brasileño decidió suspender las subvenciones para los viajes de emigrantes japoneses. Según el informe del Secretario de Estado, Paulo de Morais Barros,

> por el momento, y debido a que nuestra actividad productiva (en el café) se halla en fase de reposo y teniendo en cuenta que el trabajo (en las plantaciones) se encuentra suficientemente provisto de brazos, así como que tenemos emigración espontánea oriunda de países a los que nos une afinidad de raza, parece más prudente, antes de ser autorizadas más entradas (de japoneses) aguardar los resultados del elemento asiático ya introducido y, principalmente, la naturaleza de su influencia como factor étnico en las generaciones futuras [133].

[130] Ministerio de Asuntos Exteriores (Japón), 1868-1945, r. I. F. 316.

[131] (Rocha Nogueria, *op. cit.*, p. 163).

[132] Instituto de Estudios Brasileños, Microfilm; Japón, Ministerio de Asuntos Exteriores, 81868. 1945, r-2, F 1357.

[133] Informe presentado al doctor Carlos Augusto Pereira Guimaraes; vicepresidente del Estado en ejercicio, por el doctor Paulo de Morais Barros, Secretariado de Estado,

No era Brasil el único país preocupado por la incorporación asiática a la sociedad latinoamericana: Argentina y Uruguay también mostraban su inquietud, reflejada en artículos publicados en los diarios *El Tiempo*, de Montevideo, y *La Mañana*, de Buenos Aires, los días 9 y 11 de enero de 1914 y titulados: «El peligro amarillo en Suramérica». El ministro brasileño en Buenos Aires, José Paulo Rodrigues Alves, envió los recortes de dichos artículos al ministro brasileño de Relaciones Exteriores Lauro Müller, y en su envío comentaba que no se debían hacer excesivas concesiones a los emigrantes asiáticos para terminar diciendo: «... el ejemplo de Estados Unidos es bastante elocuente y puede servirnos de lección». El gobierno brasileño comunicó oficialmente su decisión de suspender la subvención para los japoneses [134].

A pesar de la prevención que mostraban ciertos sectores por la asimilación de los japoneses en la sociedad americana, no puede afirmarse que la suspensión de subvenciones para la emigración japonesa a Brasil por parte de las autoridades brasileñas, tuviera su origen en la discriminación racial, aunque este factor influyó indudablemente. También fue debido a la impresión negativa sobre la adaptación de los emigrantes japoneses al trabajo en las plantaciones de café, su bajo índice de permanencia y, por lo tanto, la escasa rentabilidad de la inversión realizada al subvencionar su viaje, su contrato y su estancia en Brasil. En ningún momento se negó entonces la entrada a los japoneses que quisieran venir por su cuenta o con los gastos a cuenta de su gobierno. Solamente se vetó la entrada a los japoneses contratados.

Revocación del Decreto

Meses más tarde, las compañías de emigración Takemura y Toyo iniciaron las gestiones necesarias para conseguir del gobierno paulista la colaboración y apoyo económico para facilitar de nuevo la inmigración japonesa. La falta de brazos europeos fue una razón importante que motivó la solicitud de japoneses por parte de numerosos propie-

referente a los años 1912-1913. São Paulo, Secretaría de Agricultura, 1914, pp. 25, 40, 178, 179, 185.

[134] Instituto de Estudios Brasileños, Microfilm, Japón, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1868-1945, r. 2, F. 980.

tarios de haciendas. Basándose en el Decreto n.° 2400, las compañías Toyo Imin y Takemura Imin solicitaron del gobierno una subvención para la introducción de japoneses. Esas gestiones y otras realizadas entre 1914 y 1915 no dieron el resultado apetecido. Mientras tanto, la situación política internacional reducía cada vez más las entradas de europeos en Brasil [135] y ello trajo consigo una falta apreciable de trabajadores, sobre todo en el cultivo del café, ya que muchos de los obreros agrícolas que se hallaban en Brasil optaban por pasarse a otros cultivos, especialmente a los cereales, por su mayor rentabilidad y menor esfuerzo físico necesario. Las salidas del país fueron aumentando llegando a registrarse un déficit neto de emigrantes [136].

A causa de la escasez de mano de obra en la recolección del café, se consideró la posibilidad de establecer un acuerdo con Argentina [137] para utilizar mano de obra de ese país en la época de la recolección del café, que coincidía con la época de reposo en la actividad agrícola argentina. Esto no llegó a cristalizar, pero se firmó un acuerdo con el gobierno de Uruguay para la permutación de mano de obra, que ayudase durante la recolección del café en Brasil.

El 12 de mayo de 1916 se revocó el Decreto 2533, restableciéndose la subvención estatal al viaje de los emigrantes [138] y ese mismo año se autorizó la entrada anual de 5.000 japoneses a partir de 1917 [139], si bien su entrada se veía sólo como una solución temporal a la falta de brazos en las haciendas de café, pero no se consideró —ni en ésta ni en otras ocasiones— la posible integración de japoneses en la sociedad brasileña. Según palabras del secretario de Agricultura Cándido Nazieno Nogueira da Mota (los japoneses) «siempre serán aquí, como en cualquier parte, un cuerpo extraño en el organismo nacional» [140].

[135] El presidente del estado de Sâo Paulo, Francisco de Paula Rodríguez Alves, manifestó en el Congreso el día 14 de julio de 1915 que las entradas registradas en el año anterior habían sido de 48.413 personas a diferencia de las habidas en 1913, que fueron 119.757 y 101.947 en 1912. (*Diario Oficial de Sâo Paulo,* 16 de julio de 1915).

[136] *Diario Oficial de Sâo Paulo,* 16 de julio de 1916.

[137] *Diario Oficial do Estado de Sâo Paulo.* Mensaje dirigido al Congreso por el presidente brasileño Altino Arantes. Sâo Paulo, 16 julio de 1915.

[138] *Colección de Leyes y Decretos del Estado de Sâo Paulo de 1914,* Sâo Paulo, 1916, Decreto n.° 2668 del 12 de mayo de 1916 (Sâo Paulo, 1917).

[139] Relatorio apresentado ao doctor Altino Arantes, presidente del Sâo Paulo, pelo Secretario da Agricultura, Cándido Nazieno Nogueira da Mora, referente ao ano de 1916, Sâo Paulo, Secretaría da Agricultura, 1918, p. 150.

[140] Relatorio apresentado ao doctor Altino Arantes, Presidente del Sâo Paulo, pelo

La autorización para la inmigración de japoneses daba el monopolio a la Compañía Antunes, de Brasil. El contrato de autorización era por cuatro años y la subvención de 9 libras. Se contratarían un mínimo de 4.000 japoneses anuales [141].

La exigencia de un mínimo de tres miembros por familia había producido la formación de familias artificiales para cubrir las apariencias. Por ello, el cónsul Matsumura recomendaba al Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón que se comprobara exhaustivamente [142] la composición real de las familias que emigraran, para tratar de evitar los problemas que habían surgido anteriormente.

Reanudación de la emigración subvencionada

El 15 de junio de 1917 llegaba al puerto de Santos la primera remesa de emigrantes autorizada tras la reanudación de las subvenciones.

Según el cónsul Matsumura, excepto los procedentes de Okinawa, los emigrantes no tenían aspecto de labradores, sino más bien de gente de ciudad. También parecía haber familias compuestas por miembros adoptados «coyunturalmente» que, en realidad, no pertenecían a la familia con la que viajaban, y manifestaba su inquietud por los problemas que ello pudiera generar [143].

En 1916, se habían fusionado las tres agencias de emigración japonesas y firmado un contrato por cuatro años con la Compañía Antunes dos Santos, de São Paulo, para el envío anual de cuatro a cinco mil trabajadores con transporte subvencionado [144]. En 1917, por indi-

Secretario da Agricultura, Cándido Nazieno Nogueira da Mora, referente ao ano de 1916, São Paulo, Secretaría da Agricultura, 1918, p. 150.

[141] Instituto de Estudios Brasileños, Microfilm, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1868-1945, r. 3, F. 2047.

[142] Instituto de Estudios Brasileños, Microfilm, Japón, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1868-1945, r. 3, F 2127.

[143] Instituto de Estudios Brasileiros, Microfilm, Japào, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1868-1945, r. e, F 2310.

[144] La mayor parte de los barcos zarparon del puerto de Kobe, aunque en alguna ocasión partían de Nagasaki. Entre los emigrantes, el mayor número correspondía a Okinawa, con un total hasta el año 1923 de 3.902; Kagoshima, 1.104; Fukuoka, 952; Wakayama, 663, y Kumamoto, con 571. Entre estas provincias se repartió el 58,32 por ciento de los emigrantes japoneses a Brasil, entre 1916 y 1923.

cación del gobierno japonés, se unen también la Compañía Toyo de Emigración y la Compañía Colonizadora de Suramérica, S.A., formándose la Compañía de Promoción Ultramar *(Kaigai Imin Kumiai)*, S.A., absorbiendo ésta a la Compañía Comanditaria de Emigración Morioka. La remesa de emigrantes llegada a Santos en 1917 fue gestionada ya por la Kaigai Imin Kumiai en colaboración con la Compañía Antunes de Brasil. Finalmente, en 1920, se unificaron todas las compañías de Emigración y con ello se alcanzó una de las metas del gobierno japonés. La Kaigai Imin Kumiai empezó a prestar dinero a las personas que carecían del capital necesario para el viaje.

Hasta la suspensión definitiva de las subvenciones en 1922, llegaron al puerto de Santos un total de 32 barcos con emigrantes japoneses [145]. En esta segunda etapa, muchos venían ya en calidad de colonos para explotar agrícolamente nuevas zonas de Brasil (como la colonia Iguape) o bien, con destino a los criaderos de gusanos de seda de Minas Geraes [146]. Los emigrantes procedentes de Okinawa generaban opiniones favorables y desfavorables [147].

Mientras tanto, la situación económica y social en Japón se había ido deteriorando y el 22 de julio de 1918 estalló el conflicto llamado «guerra del arroz». Se trataba, en realidad, de una revuelta popular promovida por los pescadores de la provincia de Toyama a causa de los altos precios alcanzados por el arroz. Poco a poco, el conflicto fue extendiéndose a otras provincias y finalmente el gobierno detuvo a unas 25.000 personas, de las cuales dos fueron condenadas a muerte y 71 a penas de prisión superiores a diez años. Teniendo en cuenta los dispendios iniciales que debían hacer los emigrantes, la mala situación

[145] Mensaje de apertura de la 2.ª Sección de la Decimotercera Legislatura del Congreso Nacional presentada por el presidente Epitacio Pessoa en 1922, Río de Janeiro, 1922.

[146] Mensaje de apertura de la 2.ª Sección de la Decimotercera Legislatura del Congreso Nacional presentada por el presidente Epitacio Pessoa en 1922. Río de Janeiro, 1922.

[147] La Fiscalía de Emigración Japonesa *(Imin Kantoku)* informó acerca de la diferencia que se advertía ya desde la llegada, entre las personas de Okinawa y las del resto de Japón, aconsejando se instruyera a los primeros acerca de la forma de vestir y conducirse. (Ministerio de Asuntos Exteriores R3, F 3455). El cónsul Matsumura opinaba en un informe enviado al Ministerio de Exteriores que los emigrantes de Okinawa se adaptaban mejor al clima y tenían más resistencia ante las dificultades (R. 3, *idem*, F. 2301).

económica dentro de Japón hizo disminuir el número de personas en condiciones de reunir el dinero suficiente para gestionar su viaje [148].

Temiendo no poder alcanzar el cupo de emigrantes contratados con las autoridades de Sâo Paulo, la Compañía Ultramar de Emigración *(Kaigai Kogyo Kabushiki Kaisha)* llegó a considerar el envío de algunas familias de coreanos [149].

Los emigrantes que se establecieron en Brasil en esta segunda etapa de emigración subvencionada alcanzaron un cierto bienestar económico, que se tradujo en la adquisición de tierras o en la propiedad de pequeños comercios o talleres. El cónsul Matsumura informaba el 7 de febrero de 1918 acerca de 450 emigrantes que habían adquirido tierras en el estado de Sâo Paulo, ocupando un total de 5.000 alqueires.

Los sueldos y remuneraciones eran del orden de 50.000 a 145.000 reis anuales por el cultivo de 1.000 cafetos; y de 400 a 800 reis por cada saca de 50 kilos de café molido. Las haciendas habían incorporado también mejoras en sus instalaciones [150].

Con la adquisición de tierras se hacía necesaria más cantidad de brazos. Los emigrantes, convertidos en propietarios, gestionaban la venida de parientes por el sistema *yobiyose* los cuales trabajaban sin percibir sueldo, hasta que se alcanzaba una cierta prosperidad [151].

En 1919 había ya pequeños propietarios japoneses establecidos desde hacía unos cinco años. Habían roturado tierras improductivas, dedicándolas al cultivo del arroz y otros cereales, algodón, alubias y pasto para el ganado. En cuanto al ganado, a diferencia de los emigrantes europeos, los japoneses tenían menos tendencia a criarlo, sobre todo para su propio uso y consumo. Más común era la cría de gallinas y pollos.

[148] Ando, Zenpati y Wakisaka, Katsunori: *Sinopsis histórica de la Emigración japonesa en Brasil (O Japones em Sâo Paulo e no Brasil)*, Sâo Paulo, Centro de Estudios Nipo-Brasileños, p. 33.

[149] IEB Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón, r. 4, F. 3307.

[150] Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón, r. 4 F. 3307. Archivo del Estado de Sâo Paulo, S. A., R.D., año 1919, tomo 300, caja 310, orden 7527, pasta 489, p. 3 (información sobre contratos de café y sobre la existencia de la familia del señor Baroni Cicentella).

[151] Ruth Correa Leite Cardoso, *Organizaçao familiar entre os japoneses de Sâo Paulo*, p. 279.

1.240 familias estaban establecidas en Mato Grosso, ocupando un total de 8.000 alqueires. La venida de otros japoneses para incorporarse a las tierras adquiridas por sus parientes y la progresiva roturación de nuevas tierras hizo surgir el proyecto de colonizar a gran escala.

La Compañía Ultramar de Emigración, a través de su representación en Brasil, estableció contactos con la Dirección General de Tierras, Colonización y Emigración acerca de la posibilidad de adquirir terrenos en la línea del ferrocarril del noroeste (junto a la estación de Avaí) con el fin de desarrollar un proyecto a gran escala de cultivo del algodón. En ese momento aún no estaba decidido si la explotación se asignaría a emigrantes particulares o sería el estado japonés quien se encargaría de dicho proyecto [152].

Con el tiempo, especialmente de 1918 a 1922, se hizo patente la tendencia ya apuntada por los emigrantes japoneses a establecerse por su cuenta a la menor oportunidad. La permanencia en las haciendas cafeteras nunca llegó a ser prolongada, aun en el caso de gozar allí de relativas buenas condiciones laborales y de vida. En este sentido, el gobierno de Sâo Paulo mostró varias veces su desencanto a las autoridades japonesas. El emigrante japonés ni aceptaba la idea de trabajar para siempre en las haciendas de café, ni entraba en sus planes el propósito de permanecer definitivamente en suelo brasileño. Esta actitud chocaba completamente con los intereses de Brasil [153].

Por aquella época, surgieron brotes aislados de antijaponismo. Las críticas estaban basadas en la poca rentabilidad que representaba para Brasil la subvención a la emigración japonesa; la falta de adaptabilidad de los japoneses a otras formas de vida, pues formaban células cerradas de elementos japoneses sin mezclarse apenas con el resto de la sociedad, y la acusación de ser portadores de lombrices y otros virus [154].

[152] Archivo del estado de Sâo Paulo, S. A., R.D., año 1920, tomo 309, caja 319, orden 7536, pasta 949, asunto, Petición de información sobre las tierras de hacienda «Laranjeiras» y su posibilidad de venta, p. 3.

[153] Instituto de Estudios Brasileños, Microfilm, Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón, 1868-1945, R. 4. F 3028.

[154] En el año 1918 se publicó una investigación sobre «Parasitismo intestinal de los emigrantes japoneses» (Bayma, Theodoro y Pestana, Bruano Rangel. *Parasitismo intestinal de los emigrantes japoneses.* Sâo Paulo, servicio Sanitario del Estado de Sâo Paulo, 1918, pp. 1, 5, 7. Sobre parasitismo intestinal de los japoneses en la colonia Iguape. Ver el informe Matsumura, Ministerio de Asuntos Exteriores, R. 4, F. 3012.

Las restricciones impuestas por Estados Unidos a la emigración japonesa, influían sin duda en la opinión pública. En un artículo publicado el 22 de enero de 1918, *El Imparcial*, de Río de Janeiro, se pronunciaba a favor de tomar medidas para restringir la emigración japonesa.

A finales de 1921, el gobierno brasileño empezó a considerar seriamente la suspensión de los subsidios para el viaje de emigrantes japoneses. Finalmente, el 11 de febrero de 1922, el cónsul Kuwajima comunicó oficialmente al Ministerio de Asuntos Exteriores de su país la decisión del gobierno de Sâo Paulo de suspender definitivamente la subvención a los inmigrantes japoneses por su poca adaptabilidad y permanencia en las haciendas cafeteras. No obstante, reconocían la buena disposición de los japoneses en las actividades agrícolas de colonización independiente y, a ese efecto, estaban dispuestos a colaborar, en la medida de lo posible en el asentamiento de japoneses [155]. (De 1923 a 1925 los dueños de haciendas consiguieron del gobierno de Sâo Paulo subvenciones para el viaje de 330 emigrantes japoneses).

A partir de 1923 el gobierno japonés concedió anualmente una subvención de 200 yenes a 110 emigrantes hacia Brasil. En 1924, la empresa del periódico *Osaka Mainichi* decidió aportar 300 yenes en concepto de ayuda de viaje para 200 personas. El Gobierno japonés fue tomando más protagonismo, estimulando la emigración a Brasil y, a partir de 1925, tomó a su cargo los subsidios de viaje. Las gestiones para el mismo se encomendaron a la Compañía Ultramar de Emigración. Esta agencia envió a Brasil en 1923, un total de 3.705 emigrantes subvencionados. En 1925, la cifra llegó a 4.638.

La mayor parte de los japoneses que emigraron a Brasil a partir de 1922, lo hicieron bien porque fueron requeridos por parientes o con permisos especiales mediante peticiones muy concretas formuladas por propietarios para el trabajo en sus haciendas.

En líneas generales, puede afirmarse que los motivos que causaron la suspensión de subsidios y la limitación a la entrada de japoneses en 1913-1914, fueron los mismos que en 1922 provocaron el nuevo decreto de veto a la inmigración subsidiada de japoneses. En la misma época, los gobiernos de Argentina, Estados Unidos y Chile ya habían le-

[155] Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón, R. 4, F. 3265.

gislado normas para impedir la entrada de trabajadores japoneses. En octubre de 1923, Brasil presentó un proyecto de ley que intentaba prohibir la entrada de emigrantes de raza negra y limitar la entrada anual de los de raza amarilla a un 5 por ciento de los ya existentes en el país [156].

El 26 de mayo de 1924, Eugenio Lefevre, director general de la Secretaría de Agricultura de Brasil, manifestaba que:

> la emigración japonesa subvencionada fue mantenida por el Gobierno (brasileño) durante algunos años, habiendo sido adoptada con carácter temporal para suplir la deficiencia europea. A pesar de que ésta no haya adquirido la intensidad necesaria, permaneciendo las dificultades para la emigración subvencionada en Italia, España y Portugal, el Gobierno resolvió, a principios de 1922, no subvencionar más la inmigración japonesa. Esta resolución fue dictada para evitar sobrecargar más al estado con el establecimiento de inmigrantes que, desde el punto de vista de formación de raza nacional, social y político, no nos puede convenir.

Suspendidos los subsidios por parte de Brasil, es el propio gobierno japonés el que toma bajo su responsabilidad la emigración a ese país, y dicta normas y concede subsidios destinados a cubrir los gastos de viaje y primera instalación de los emigrantes. A partir de 1924, el gobierno japonés se encarga de la financiación a los emigrantes y este hecho hace que su número aumente notablemente.

Establecimiento de colonias japonesas de pequeños propietarios

Ya en 1910 —tan sólo dos años después de la llegada de los primeros emigrantes japoneses a Brasil— se consideró la posibilidad de establecer en el estado de Sâo Paulo una colonia de japoneses. En aquel tiempo, no existía aún ninguna colonia japonesa de ese tipo en ningún otro país de América y el desembolso necesario para los preparativos de roturación, viaje y asentamiento de colonos, así como el aprovisio-

[156] Joao Fidelis Reis «O problema inmigratorio o seus aspectos ethnicos: na Câmara e fora da Câmara...», *Revista dos Tribunais*, Río de Janeiro, 1924, pp. 9, 10.

namiento de aperos, útiles y alojamiento era un problema prioritario, ya que los emigrantes nunca podrían desembolsar tal capital por sí mismos.

Algunos oficiales brasileños se mostraban contrarios al establecimiento de colonias japonesas, ya que la emigración japonesa solamente duraría hasta que se regularizara la situación y vinieran más europeos y citaban los problemas de adaptación a la sociedad brasileña, el retraso previsible en el aprendizaje del idioma, así como su adaptación a la cultura y costumbres de Brasil. Otros, sin embargo, opinaban que la colonización japonesa podía ser muy útil para desarrollar activamente el cultivo del arroz y evitaría, además, «verse avasallados por el idioma, las costumbres y la religión de los japoneses» [157].

La Empresa Tokio Syndicate insistió en sus demandas para conseguir tierras en la zona de Iguape, comprometiéndose a:

– Dividir el terreno en parcelas de 25 hectáreas y venderlas entre 10.000 y 30.000 reis la hectárea.

– Correr con los gastos de transporte de los emigrantes desde Japón a Santos.

– Proveer de vivienda, molinos de arroz, mijo, mandioca, caña, manteca, gusanos de seda.

– Administrar la colonia hasta que funcionara por sí misma.

– Introducir 5.000 familias en el plazo de 10 años. A cambio, solicitaba del gobierno:

– 150.000 hectáreas de tierra fértil en el municipio de Iguape.

– Red de infraestructura (carreteras y accesos, zona experimental, zona para criadero de animales a crédito durante el primer año).

– Maquinaria y aperos.

Finalmente, el 29 de diciembre de 1911 se llegó al acuerdo de establecer una colonia japonesa en el municipio de Iguape, entre el río Ribeira y las colonias de Pariquera-Assu y Cananeia. Se concedieron 50.000 alqueires de tierras exentas, más terreno suficiente para construir la zona urbana; asimismo, se preveía la construcción de una carretera y una línea férrea hasta el puerto de mar más próximo; pago de los billetes (ya fueran por mar o por superficie) de traslado a la colo-

[157] Archivo editado de São Paulo, año 1911, mazo 149, pasta 3143, p. 8, Tokio Syndicate. Solicitud para Colonización Japonesa.

nia; una cantidad que cubriera los gastos de primer establecimiento y manutención en la colonia; zona para ganado y zona experimental; construcción de una escuela y exención de impuestos estatales durante los cinco primeros años.

La compañía Tokio Syndicate se comprometió a introducir en la colonia a 2.000 familias japonesas en los cuatro años siguientes dividiendo los terrenos en parcelas de 25 hectáreas para su venta entre 10.000 y 30.000 reis la parcela. Las tierras que a los cuatro años no fueran ocupadas revertirían al Estado.

El Gobierno decidió asignar la colonia a la compañía Tokio Syndicate que se transforma, en 1913, en la empresa colonizadora Brasil Takushoku Kaisha, más tarde llamada BRATAC.

Por su parte, la Cámara Municipal de Iguape cedió a *Brasil Takushoku Kaisha* unos terrenos de su propiedad en la margen izquierda del río Ribeira [158]. Allí se funda la colonia Katsura.

El 14 de enero de 1914, ya se habían ocupado varias parcelas y se había procedido a la roturación de algunas, habiéndose hecho acopio de semillas de alfalfa, caña de azúcar, etc. (había unas 50 hectáreas trabajadas incluyendo las zonas de enlace y los caminos). La población ascendía a 115 personas, 68 hombres y 47 mujeres. El principal cultivo eran el arroz y la caña de azúcar; la alfalfa, la batata y las cebollas [159].

En su primera fase, la colonia Iguape apenas recibió emigrantes venidos de Japón y se fue desarrollando con el asentamiento de familias japonesas residentes en Brasil. La Guerra Mundial frenó la emigración y, a falta de colonos que vinieran de Japón, la compañía colonizadora Brasil Takushoku Kaisha trató de conseguir voluntarios entre las familias «descolocadas» procedentes de los cafetales, ofreciéndoles la posibilidad de proveerles de transporte hasta la colonia [160].

De todas formas, a finales del año 1918 se habían adquirido 397 parcelas y había 58 kilómetros de carreteras construidos. La población ascendía a 1.134 personas (306 familias), de las cuales, 24 personas no

[158] En el *Diario Oficial* de São Paulo del 5 de agosto de 1903 se publicaron los términos de transferencia del contrato.

[159] Relatorio apresentado ao doctor Francisco Rodriguez Alves pelo, doctor Paulo de Morais, Secretario de Agricultura, São Paulo, Secretaría de Agricultura, 1916, p. 180.

[160] Archivo Estado de São Paulo, S. A., R.D., año 1917, mazo 289, caja 299, orden 7516, pasta 321, p. 3.

eran japonesas. Ese mismo año se incorporaron 189 familias directamente de Japón.

Después de 1919, la colonia Iguape pasó a ser administrada por la compañía Kaigai Kogyo que, a partir de entonces, monopolizaría todos los servicios de emigración japonesa hacia América Latina. Como ya hemos visto, a partir de 1924 se inicia la emigración subvencionada por el gobierno japonés.

En 1922, la colonia «Registro» de Iguape poseía una extensión total de 23.449 hectáreas y 152 kilómetros de carreteras, más 15 kilómetros en construcción. La población era de 2.274 japoneses (487 familias) más 5 solteros y 230 personas no japonesas.

Dentro de la colonia funcionaban tres escuelas con profesorado nombrado por el gobierno brasileño, aunque no se había conseguido escolarizar a toda la población infantil [161].

En cuanto a nuevos cultivos y productos, se introdujo el té japonés y varias simientes de yute, importadas de Formosa y Japón. La tierra de Iguape mostró ser excelente para estos cultivos.

El decenio de 1925 a 1935 resulta ser el más próspero en la emigración japonesa a Brasil, registrándose 139.059 entradas, frente a las 34.939 de los 17 años anteriores. El auge experimentado en la emigración japonesa a Brasil y el éxito alcanzado en los proyectos de colonización en Iguape y en otras colonias más reducidas, como la colonia Prejon en la línea Sorocabana (iniciada por un japonés procedente de Hawai llamado Hoshina) y la colonia Hirano en la línea del noroeste, animaron al gobierno japonés y a los particulares a estimular este tipo de colonización. En 1927 se crea en Tokio la Federación de Asociaciones de Ultramar, representada en Sâo Paulo por la *Yugen-Sekinin Brasil Takushoku Kumiai* (Sociedad Colonizadora de Brasil), ya mencionada y conocida como BRATAC. Era ésta una empresa mixta formada con aportaciones de los órganos oficiales de las provincias japonesas y con capital privado.

Esta fase de prosperidad, desarrollada en la década de los años 20 produjo lo que ha dado en llamarse «fiebre de la tierra», por los vivos

[161] Relatorio apresentado ao doctor Washington Luis Pereira de Sousa, presidente do estado, pelo doctor Heitor Teixeira Penteado, secretario de Agricultura, año 1922, Sâo Paulo, Secretaría de Agricultura, año 1923.

deseos de los emigrantes japoneses para adquirir su propia tierra. Era corriente entonces la frase «quien no tiene tierra no es japonés»[162]. Esta tendencia incrementó el número de pequeños aparceros, arrendatarios y propietarios japoneses en las zonas de Avaré, Cerqueira César, Salto Grande y Santa Cruz de Río Pardo; el cultivo más extendido era el algodón. Otros optaron por establecerse en tierras más aptas para otros cultivos dedicándose a la alfalfa y a los cereales, frutas y verduras. Entre 1916 y 1930 se cifra en unos 2.100 los japoneses que llegaron a propietarios en la zona noroeste.

La compañía de colonización BRATAC estableció las haciendas Alianza y Tiete al oeste y al noroeste. La Colonia Alianza Primera, con una extensión de más de 2.500 alqueires se inició en 1925; la Alianza Segunda (de igual extensión) en 1926, y la Tercera, con 1.800 alqueires, en 1927. A pesar de que el índice de asentamiento fijo en estas haciendas alcanzó el 70 por ciento, hubo problemas financieros hasta que en 1930 la administración pasó a la Colonizadora do Brasil, empresa fundada en 1929 con el fin de gestionar la división, explotación y distribución de tierras.

A partir de la crisis económica de 1929, se produce un desplazamiento de japoneses de unas zonas a otras (en esa época, el gobierno fijó un cupo para las plantaciones de cafetos), por lo tanto, los más de 100.000 emigrantes que entraron en Brasil entre 1929 y 1934 no estaban en la misma situación de sus predecesores. Las zonas adonde se dirigieron fueron, preferentemente, al norte de Paraná, Alta Paulista, Sorocabana, Sâo Paulo y alrededores.

En 1931, la «Compañía de Tierras Norte de Paraná» fundó un Núcleo Internacional en la zona de Londrinas, donde se establecieron muchos japoneses, junto a emigrantes de otras procedencias. La compañía BRATAC, por su parte, adquirió 18.610 alqueires, estableciendo en 1932 la colonia Tres Barras (aquí se asentaron especialmente aquellos japoneses que habían tenido que abandonar las haciendas de café tras el límite impuesto a su cultivo). Entre 1932 y 1939 se instalaron allí 365 familias.

Es también en los años 30 cuando se registran los mayores movimientos migratorios de japoneses desde las haciendas de café de Sâo

[162] *Jornal Paulista.* «Colonia 50 nen no ayumi», p. 53. No obstante, hay que tener en cuenta que, aun entonces, los japoneses no pensaban permanecer en Brasil.

Paulo hacia las zonas de Sorocabana, Alta Paulista y todo el noroeste. Hacia 1934, el cultivo del algodón [163] desbanca ya entre los japoneses al cultivo del café. Esto acentúa la tendencia al arrendamiento de tierras. A partir de 1936, la expansión de este cultivo hizo afluir mucho capital japonés hacia Brasil. En esta época se observa una nueva corriente migratoria en dirección a los suburbios de São Paulo. Unos cinco años antes, se había empezado a desarrollar el cultivo de la batata en la zona de Cotia, así como en Juqueri (Nairiporá) y Taipas. Algunos de los cultivos de batata fracasaron, por lo que se intentaron cultivos de frutas y verduras, y se establecieron granjas avícolas. Esta proliferación de cultivos frescos con destino al consumo de la capital se vio estimulado lógicamente por el crecimiento de la urbe paulista; al mismo tiempo, la producción de verduras, frutas y flores desarrollada por los japoneses supuso una innovación que trajo cambios en los hábitos alimenticios de los habitantes de São Paulo.

Asociacionismo y Cooperativismo en Brasil

Resulta imposible referirse al movimiento cooperativista en Brasil sin mencionar la cooperativa de Cotia. En el año 1913 unos japoneses empezaron a cultivar batata en la zona mojiana, cerca de São Paulo. Sin embargo, el cultivo fracasó por no saber tratar la tierra. Tres de ellos se establecieron a continuación en la zona de Cotia, en la aldea llamada Moinho Velho y allí arrendaron unas tierras.

La vida no resultaba fácil y uno de los tres se marchó a São Paulo, pero, poco a poco, fueron incorporándose otros japoneses y en 1915 vivían allí 30 familias. Ese año se organizó la Asociación Japonesa, siendo su primer presidente Masuji Yano. La primera realización de la asociación fue el establecimiento de una escuela. En las tierras

[163] En la década de los años 30, se produjo una fuerte expansión de la industria textil japonesa. El Imperio Británico adoptó entonces una serie de medidas proteccionistas que produjo la elevación de las tarifas. Las industrias japonesas buscaron entonces nuevos mercados donde aprovisionarse de materia prima. Varias misiones japonesas visitaron Brasil para establecer relaciones y gestionar el aumento de compras de algodón tratando de obtener, a cambio, el aumento de exportaciones japonesas a Brasil «O Estado de São Paulo», 10-4-35, p. 14.

próximas a la aldea cultivaban batatas y leguminosas, pero la tierra se agotaba pronto por la falta de abonos.

Finalmente, la Asociación Japonesa decidió comprar un cargamento de abono y esto marca el comienzo de la actividad cooperativista de la Asociación. El empleo de abono revolucionó totalmente el cultivo de la batata y la fama de «las batatas de Cotia» se extendió rápidamente.

La Asociación Japonesa fue ampliando sus actividades cooperativas. Todas las informaciones que venían de Japón acerca de nuevas técnicas agrícolas y nuevos aperos y útiles de labranza eran leídas y pasadas de mano en mano para su posterior discusión y adopción, en caso de considerarse conveniente. De esa forma, y teniendo como base el comportamiento cooperativo, se buscaba continuamente la mejora de la técnica agrícola, lo que equivalía también a la mejora del producto, de forma que la batata de Cotia llegó a conocerse bajo el nombre de «batata Oro». La Cooperativa de Cotia nació, como tal, en septiembre de 1927, precisamente en los locales de la escuela fundada por la Asociación Japonesa de Cotia. Se fijaron 213.000 cuotas de mil cruzeiros cada una, para la compra de los terrenos a explotar por la cooperativa. El 11 de diciembre se celebró la asamblea general de fundación.

Ésta fue la primera Cooperativa agrícola japonesa en Brasil. En 1928 se fundó la Cooperativa de Juqueri (en la actualidad se llama Cooperativa Central Sur de Brasil) y también se fundaron las Cooperativas de Itaquera, Suzano y Mogi das Cruzes.

Estimuladas por la puesta en práctica de la Ley de Cooperativas de Emigración a Ultramar, se constituyeron 44 cooperativas en sendas provincias a partir de 1927, adquiriendo terrenos de colonización en Alianza, Tiete, Tres Barras, etc.

Los japoneses de antes de la Guerra

La lista siguiente indica los años de llegada a Brasil según las autoridades de este país y el número anual de japoneses residentes en Brasil según el Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón:

Año	Entrada	Habitantes	Año	Entrada	Habitantes
1908	830	724	1925	6.330	49.400
1909	31	605	1926	8.407	55.481
1910	94	1.559	1927	9.084	65.190
1911	28	1.426	1928	11.169	76.488
1912	2.909	4.105	1929	16.648	103.166
1913	7.122	11.893	1930	14.076	116.502
1914	3.675	15.462	1931	5.632	119.740
1915	65	15.965	1932	11.678	132.699
1916	165	16.555	1933	24.494	157.476
1917	3.899	18.259	1934	21.930	173.500
1918	5.599	21.763	1935	9.611	192.823
1919	3.022	31.349	1936	3.306	193.057
1920	1.013	33.456	1937	4.557	197.733
1921	840	35.605	1938	2.524	199.880
1922	1.225	37.558	1939	1.414	202.211
1923	895	39.249	1940	1.387	202.514
1924	2.673	41.774			
TOTAL: 185.799 Hombres: 113.229 Mujeres: 89.285					

(En el número de entradas registrado por el gobierno brasileño está incluido el número de los retornados. El número de los japoneses en Brasil corresponde a los que tienen nacionalidad japonesa, registrados en el Consulado, por lo que no figuran ni los nacidos en Brasil que no eran registrados, ni los que no acudían a inscribirse al Consulado).

El cuadro siguiente, referido al último día del mes de abril de 1940, refleja el número de habitantes japoneses en cada estado de Brasil y el número de personas que se dedicaban a cada una de las profesiones. Se advierte que antes de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría (aproximadamente el 94 por ciento) de los japoneses se concentraba en el estado de Sâo Paulo y que la profesión más común era la agricultura (87,2 por ciento).

N.° habitantes por Estado, al 30-4-1940

São Paulo (94 %)	193.364
Paraná	4.300
Mato Grosso	3.710
Minas Gerais	1.922
Distrito Federal	738
Pará	608
Río	453
Goiás	297
Amazonas	237
Río Grande do Sur	90
Bahía	58
Pernambuco	27
Paraíba del Norte	24
Ceará	11
Sergipe	7
Espíritu Santo	4
TOTAL	205.850

N.° habitantes por profesiones

Agricultura (87,2 %)	35.381
Comercio	2.286
Industria	1.252
Profesión liberal	602
Empleado de hogar	456
Transporte	334
Industria de pesca	87
Industria minera	5
Otras	235
Subtotal	41.038
Sin profesión	161.467
TOTAL	202.514

La extensión del terreno propiedad de japoneses y de las compañías, suma 222.587 acres, de los que el 44,7 por ciento corresponden a propiedad privada y el resto es el de las compañías.

Por otra parte, el porcentaje de los japoneses que permanecían en Brasil, desde 1908 a 1933, según el registro del gobierno brasileño, era del 93,21 por ciento de un total de 139.199 personas, lo que contrasta bastante con el índice de los italianos que era sólo del 12,82 por ciento sobre 199.201 personas.

Los porcentajes de producción agrícola de los japoneses dentro del total de cada sector eran los siguientes:

Producción agrícola de los japoneses

café	20 %	tomate	95 %	menta	90 %
algodón	35 %	hortalizas	70 %	cacahuete	10 %
arroz	20 %	plátanos	50 %	té	100 %
seda	90 %	huevos de gallina	90 %	fresa	100 %
maíz	10 %	ramio	90 %	mamona	2 %
patatas	60 %				

Limitación de la entrada de emigrantes

En octubre de 1930, estalló una revolución en Brasil; el gobierno provisional promulgó la orden n.º 19.483 para salvar la situación de los trabajadores ya que el país se hundía en la depresión económica y el gobierno decidió limitar la entrada de los pasajeros de barco que viajasen en tercera clase, aunque ello no afectó a los japoneses, que tenían asegurado un cupo de entrada de grupos familiares, creciente para los años 1931, 1932 y 1933.

En 1934, se aprobó la nueva Constitución y en su artículo 121 se declaraba expresamente no permitir que los nuevos emigrantes rebasaran el 2 por ciento de los ya establecidos en los últimos 50 años. Asimismo, se ordenó evitar la convivencia en grupo de los emigrantes de una misma nacionalidad.

En 1935, el cupo para Japón era de 1.849 personas, pero llegaron a Brasil 9.611 en total, porque el año anterior había quedado gente sin embarcar. No obstante, el número de emigrantes que deseaba trasladarse a Brasil disminuía al tiempo que aumentaba el interés hacia Manchuria. Por ello, a partir de 1938 y a pesar de los esfuerzos de la Kaigai Kogyo, no se pudo cubrir el cupo asignado.

Así, pues, la limitación de entrada de emigrantes japoneses en Brasil no influyó realmente en el flujo migratorio; situación totalmente distinta a Norteamérica, donde el rechazo era por otros motivos.

La sucesiva disminución del número de emigrantes japoneses, representó un problema psicológico de cierta importancia, pero el problema real para los japoneses establecidos en Brasil era el no poder disponer de la mano de obra de otros japoneses. Eso les obligó a un cambio en la distribución de mano de obra en sus campos de cultivo. Esta situación se agudizó al estallar la Guerra del Pacífico.

La zona del Amazonas

En 1926 ya se habían iniciado estudios sobre el estado del Amazonas, y en 1928 se funda en Japón la Compañía Colonizadora de Suramérica y su Delegación en Brasil, la Compañía Nipónica de Plantación de Brasil, que delimitó el terreno de colonización en la Colonia Acará y en las proximidades de Monte Alegre; en 1939, llegaron a la primera 187 familias con un total de 1.037 personas, y 362 familias más hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Ya en 1928 se había creado un grupo llamado «Jóvenes Cultivadores» que realizó un estudio sobre la posible emigración en grupo hacia la zona amazónica. Posteriormente, en 1933, al fundarse el Centro de Investigación de la Industria Amazónica –reorganizada en 1935 bajo el nombre de Compañia Industrial Amazonense, S.A.– se comenzaron a explotar áreas del Amazonas y en 1929 llegaron al puerto de Santos los primeros emigrantes japoneses con destino a la colonia de Acará, situado a unos 200 kilómetros de la ciudad de Belem, en plena Amazonia.

En el año 1930, un funcionario de la empresa de Emigración Nantaku, llamado Morinosuke Usui, trajo consigo desde Singapur semillas de pimienta. Dos especies se fijaron en el suelo brasileño, desarrollándose con efectividad a partir de la guerra y a finales de 1955 se reveló como un cultivo de gran éxito, al coincidir con la escasez de producción por parte de los países asiáticos. A partir de 1955 se inicia la exportación de pimienta desde el antiguo Acará, ya conocida como Colonia Tomé-Açu.

En una época anterior, la región de Amazonia había sido una de las más prósperas, pero su economía se había venido abajo, y el

gobierno, tratando de salvar la economía de la región, decidió conceder la distribución de tierras a colonos que estuvieran dispuestos a cultivarlas y sacarles provecho.

Así, aproximadamente un millón de hectáreas del estado de Pará pasaron a la compañía colonizadora de Suramérica (Nanbei Takushoku Kaisha), subsidiaria de Kanebo de Japón, para que fuera asignada a colonos japoneses. En 1931 se funda la primera colonia en Acará y a partir de ese año se establecen en otras zonas de la Amazonia jóvenes colonos japoneses enviados por la Escuela Superior de Colonización Takushoku.

La colonia de Acará tenía como cultivo principal el cacao y estaba previsto que los colonos cultivasen también cereales, arroz, verduras y frutas para su consumo. Desgraciadamente, el cultivo del cacao no tuvo el éxito esperado y muchos japoneses no habituados al clima ni inmunizados contra las enfermedades de la zona, cayeron enfermos de malaria, fiebre amarilla o de otras enfermedades propias del trópico.

El cultivo de verduras y cereales tampoco estaba exento de problemas: era difícil aclimatarlas al suelo del trópico y resultaba difícil cambiar los hábitos alimenticios de los brasileños, por lo que la comercialización era escasa.

La creación de una cooperativa para comercializar los productos fue una innovación en la zona. La cooperativa no sólo sirvió para fines comerciales sino que ayudaba a establecer lazos, vínculos de solidaridad y apoyo en la colonia japonesa que al desconocer el idioma no se relacionaba apenas con su entorno.

De 1929 a 1941 se establecieron en Acará 352 familias (unas 2.100 personas). En un principio, la empresa de emigración Nantaku fue la encargada de asentar a los emigrantes, pero no considerando rentable el proyecto, dicha empresa abandonó su actividad en 1935. Este hecho influyó muy negativamente en los emigrantes que se encontraron de repente abandonados a sus propios medios.

En el Amazonas Medio las empresas Uetsuka y Tsuji colaboraron en el establecimiento de unas 270 familias, pero también resultó difícil la adaptación debido a las epidemias y falta de medios. En esta región los emigrantes japoneses desarrollaron el cultivo de yute, pero cuando el cultivo empezaba a ser más rentable, sobrevino la Guerra Mundial.

La década de la pimienta produjo un bienestar desconocido a la colonia japonesa de la zona media del Amazonas. Muchos propietarios

japoneses podían permitirse el lujo de hacer viajes a Japón, poseer más de un coche por familia y enviar a sus hijos a proseguir estudios superiores en Belém o São Paulo. La afluencia de dinero se aprovechó para crear escuelas y conseguir profesores especializados, respondiendo a una característica que ya desde la llegada de los primeros emigrantes japoneses a Brasil se había manifestado: su intensa preocupación por dar formación y conocimientos a sus hijos, como la mejor herencia que pudieran dejarles.

Animados por el éxito y la prosperidad alcanzados con el cultivo de la pimienta, y acuciados por la depresión por la que atravesaba Japón después de la guerra (no hay que olvidar el gran número de repatriados procedentes de China, Corea y Manchuria que se encontraban sin trabajo y sin horizonte en su país), la compañía Uetsuka y Tsuji solicitó del Consejo Brasileño de Emigración una autorización para la emigración de 5.000 familias a la zona de la Amazonia. Un total de 23 familias llegaron a Tomé-Açu en 1953. Éste fue el primer paso de una nueva emigración japonesa a la zona de Amazonia: en diez años se asentaron unas 700 familias. Pasado ese periodo, la mejora de la situación económica en Japón hizo descender el número de emigrantes, aunque el cultivo de la pimienta siguió siendo un buen negocio hasta 1970. Es preciso recalcar que el cultivo de la pimienta trajo prosperidad a la colonia amazónica del Tomé-Açú pero, en general, el resto de las colonias japonesas de Amazonia no tuvieron esa suerte y los emigrantes se dispersaron, mudándose a otras zonas rurales o emigrando a las ciudades; otros cayeron por las enfermedades. La adaptación al medio, en esos casos, resultó nula.

La Compañia Nipónica abandonó todas sus actividades en Tomé-Açu en 1932. A partir de entonces todas las actividades y negocios de la comunidad pasaron a la cooperativa local de Tomé-Açu. Su labor en pro de los intereses de los japoneses de la zona es muy importante hasta 1965 y el desarrollo del cultivo de la pimienta se debe en gran medida a las iniciativas de dicha cooperativa. En 1965, de las 400 familias japonesas residentes, 252 formaban parte de la cooperativa de agricultores.

De las 158 familias restantes 24 eran antiguos miembros; 15 habían sido expulsados por no avenirse a las normas de la misma, y 119 se hallaban aún en fase de asentamiento en los cultivos de pimienta.

Colonia del Amazonas a partir de 1970

El cultivo de la pimienta continuó con éxito en el medio Amazonas hasta la década de los setenta, aunque a partir de 1967 las plagas se sucedieron sin interrupción hasta hacer desaparecer casi por completo el cultivo. Ello hizo que la colonia se dividiera; muchos propietarios decidieron cambiarse a otras zonas no infectadas y un gran número de ellos fueron a ocupar la zona Bragantina, al oeste del Pará, hasta alcanzar la costa Atlántica. Es así que se fundan nuevos núcleos coloniales como Iguarapé Açú, Santa María de Belém, Bragança, Sào Francisco do Pará, Ourém, Bujaru, Capitào Poço, Sào Miguel do Guamá, Barcarena, etc. El número de familias en esas colonias variaba entre 20 y 40.

Si hasta 1970 las colonias del Amazonas se localizaban en un radio de 70 kilómetros alrededor de Belém, tras la dispersión causada por la caída del cultivo de la pimienta, el círculo se amplió hasta los 250.

La crisis del cultivo de la pimienta representa también la crisis del monocultivo. A partir de los setenta se empiezan a cultivar otros productos, en especial frutas como el «prince melon» y el mamey (tipo Hawai). Mediante la producción de estos cultivos, los agricultores de origen japonés han experimentado una aproximación a los cinturones urbanos, ya que es en las ciudades donde mejor pueden venderse las frutas. Esta aproximación de los japoneses a las ciudades, es decir, el cambio de medio rural a medio urbano, es un fenómeno observable a partir de los años 70. Por una parte, la crisis del monocultivo produjo el cambio de ocupación para muchos: algunos se hicieron comerciantes, estableciéndose en la ciudad más próxima a su antiguo lugar de residencia; otros trataron de combinar el cultivo de varios productos —en su mayor parte hortícolas— con su comercialización en las ciudades. Los hijos de estos japoneses, tuvieron oportunidad de estudiar en la ciudad, por lo que, una vez terminados sus estudios, se establecían en ella como asalariados o profesionales liberales.

El número de japoneses en la Amazonia a finales de la guerra era de unas 500 personas (120 familias); en los años 80 el número ascendía ya a unos 12.000 (2.300 familias), cifras que hacen meditar, sobre todo teniendo en cuenta que, a partir de 1960 únicamente unas 30 personas se incorporaron anualmente como emigrantes. Por lo tanto, el aumento podría deberse al flujo de personas procedentes de otras colonias que no tuvieron éxito en los años 60, a la llegada —aunque en bajo

número— de técnicos y especialistas enviados por Japón para una estadia de pocos años y al crecimiento vegetativo de la población.

Las características principales del periodo de emigración que abarca desde 1953 a 1962, son los nuevos destinos del flujo migratorio: regiones de Amazonia, nordeste y sur, Paraná y, por supuesto, São Paulo.

Al igual que en el pasado, los cambios de ubicación de los emigrantes han sido continuos; al principio debido a las dificultades de adaptación y a la escasez de expectativas de progreso en la ocupación que se les había asignado. En amplias zonas como Taiào, Belterra, Monte Alegre, Guamá y otros lugares del Nordeste, no se produjo asentamiento de los emigrantes, por ser aquellos núcleos excesivamente aislados, en donde los recién llegados apenas podían encontrar compatriotas.

En este periodo llegan a Brasil los llamados «Jóvenes de Cotía», muchachos solteros destinados a la cooperativa del mismo nombre. Llegaron unos 2.500 jóvenes que insuflaron nueva savia en la actividad agrícola, social y tecnológica de la colonia. En total, en el periodo entre 1952-1963 entraron unos cincuenta mil emigrantes.

Situación actual de los japoneses en Brasil

En la última fase emigratoria (1963 hasta la actualidad) no se puede hablar propiamente de emigración, ya que el grupo que más abunda entre los que llegan a Brasil desde Japón son ejecutivos enviados por empresas por un periodo fijo de años, lo cual es un reflejo de la situación económica relativa de ambos países, y del progreso experimentado por Brasil en el periodo de 1969 a 1973, que ha sido llamado por algunos economistas «el milagro brasileño». En dicho periodo se instalaron en Brasil unas 300 empresas japonesas de los más variados sectores: industria, comercio y finanzas. En ciertos casos con capital japonés y en otros con capital mixto.

La crisis del petróleo de 1973 trajo consigo una recesión económica mundial que no todos los países experimentaron de igual forma. Mientras que Japón salía indemne e incluso fortalecido de la crisis, Brasil experimentó un declive del que aún no se ha recuperado, a pesar de todos los planes de revitalización económica.

La situación por la que atraviesa Brasil desde la crisis del petróleo ha hecho que se modificara también el tipo de japonés que se establece allí; se trata de personal especializado, que es enviado a Brasil para participar en proyectos de cooperación gubernamental. Pertenecen a tales proyectos los de CENIBRA, ALBRAS, POLOCENTRO y CERRADO.

Japoneses emigrantes y japoneses destinados a Brasil por sus empresas

Tanto los emigrantes que llegaron a Brasil en el periodo 1908-1941, como los que llegaron entre 1953 y 1962 son de corte parecido y forman colonias que se relacionan entre sí sin graves problemas. Todos ellos tienen puntos en común, aunque puede haber existido algún desajuste cuando llegaron «los nuevos»: los que ya estaban o habían nacido en Brasil no siempre acogían a los recién llegados de manera cordial (como fue evidente cuando arribaron los primeros jóvenes de Cotía, cuyo comportamiento levantó las críticas de los que se hallaban ya establecidos). Por otra parte, la radicalización de posturas de 1938 a 1948 tanto por parte de Brasil como de Japón tuvo una gran influencia en los emigrados japoneses en Brasil, hasta que en 1948 se restablecen las relaciones entre ambos países, se permite reeditar periódicos en japonés, así como abrir de nuevo las escuelas en idioma japonés.

Una vez terminada la guerra, se produjeron desajustes entre los miembros de la colonia (por identificarse unos con la ideología *Kachigumi* o que seguía manteniendo la fe en la victoria de Japón y otros al grupo *Makegumi* que aceptaba la derrota). También es obvio que tanto unos como otros mantuvieran la lealtad a su patria de origen, a la figura del Emperador y a los valores «japoneses» pero todo ello experimentó una evolución a partir de 1948, integrándose los japoneses de forma más activa en la sociedad brasileña. De ello es muestra el alto índice de jóvenes de aquella época que estudiaron en portugués, que dominaron el idioma y que, incluso, contrajeron matrimonio con personas de otras procedencias. Se puede destacar que a partir de los años 50, el japonés medio abandona el sueño de volver rico a Japón y empieza a considerar la idea de adoptar Brasil como su país definitivo. Hay que recalcar, no obstante, que los matrimonios mixtos no se veían

todavía en los años 60-70 como algo deseable para la mayoría de los descendientes de japoneses, como lo demuestra la encuesta realizada en Marilia por Francisca Shurig Vieira en 1964-1965. (F. S. Vieira *O Japonés na frente de expansào paulista,* Sâo Paulo, Pioneira EDUSP, 1973).

Las características actuales de los miembros de la colonia japonesa podrían resumirse, en los puntos siguientes:

a) Una capacidad especial para observar más objetivamente tanto la evolución japonesa como la brasileña y una capacidad de selección de lo positivo y negativo de cada país.

b) Participación más activa en la sociedad brasileña, unida a la pertenencia (muy activa también) a las asociaciones japonesas, como asociaciones de amas de casa, grupos juveniles, cooperativas y asociaciones regionales. (Es de destacar que, prácticamente cada prefectura posee su club particular, agrupando a los japoneses residentes en esas regiones y organizando actividades culturales, recreativas y deportivas). Es también notable la afiliación a las distintas sectas religiosas y la asistencia a ceremonias, actos y convenciones, estableciéndose así vínculos variados entre los miembros de la colonia, sin contar con la influencia que tienen esas actividades en la formación, adaptación y aculturación en los valores japoneses de los hijos y nietos.

c) Por influencia de la sociedad brasileña, el japonés-brasileño concede cada vez más importancia a poseer o habitar una buena casa, amplia y decorada parcialmente a la occidental, sin que excluya —e incluso sea casi obligado en algunos— tener una habitación «a la japonesa».

d) Preocupación por la educación de los hijos: se trata de conseguir que sean bilingües, haciéndoles asistir a escuelas en portugués y tratando de que aprendan bien japonés, ya que muchos jóvenes tienden, por influencia del medio, a hablar portugués también en su vida familiar. Las clases de Aliança en Sâo Paulo acogen a niños, jóvenes y adultos japoneses o de matrimonios mixtos, que desean aprender o perfeccionar su japonés. En una visita que realizamos en septiembre de 1990 a las clases de Alianza pudimos conversar largamente con los alumnos del centro, y notamos que, para ellos, es muy importante llegar a dominar el japonés. Muchos dicen estar interesados en el idioma por afinidad de raza y origen; otros, dicen serles necesario para estable-

cerse profesionalmente con mejores posibilidades y, finalmente, desearían trasladarse a Japón y vivir allí [164].

Entre los años 80 a los 90, Brasil sufre un gran declive, convirtiéndose en el mayor deudor de Japón, mientras que la economía nipona se afianza y fortalece hasta el punto de levantar las iras de Estados Unidos. Este hecho ha producido un nuevo viraje en el proceso de identificación de los descendientes de japoneses.

Si en las décadas que abarcan desde el final de la guerra hasta los años 70, los miembros de la colonia se esforzaban por adaptarse, plegarse e identificarse con la sociedad brasileña, considerando a Japón como un país casi ajeno para sus planes de futuro, los jóvenes actuales, aún sin haber visitado nunca el país de sus antepasados ni dominar el idioma, tienen el sueño de visitar Japón y, si es posible, trabajar allí. Para ello han de aprender bien el idioma y son conscientes de ello; proliferan las escuelas, los cursillos y las conferencias orientativas sobre las empresas japonesas que pueden ofrecer contrato de trabajo a los brasileños de origen japonés. Su propia identidad se halla otra vez un tanto dividida. Debido al poco tiempo transcurrido desde la primera emigración, a las diferencias culturales y a la idea original de regresar a Japón en cuanto les fuera posible, los japoneses nunca se integraron completamente ni se sintieron brasileños como los emigrantes de otras nacionalidades. Ahora, en medio del proceso de adaptación, la situación de Brasil y la de Japón, vuelve a influir en ellos, provocando un nuevo «retorno» a los orígenes, a su pasado, a su cultura y a su idioma.

Brasil tiene en la actualidad una población de 130 millones de habitantes; de ellos, 1.160.000 son japoneses o descendientes y el 70 por ciento de ellos reside en São Paulo. Resulta difícil medir los parámetros de «americanidad» o «japonismo» entre la población de la colonia japonesa. Una aproximación nos la puede dar la prensa y los otros medios de comunicación de los *nikkei-jin*.

Dejando a un lado las publicaciones existentes antes de la guerra, una vez restablecida la normalidad y al amparo de la ley emitida por el gobierno Dutra (1946-1950) y por la nueva Constitución, volvieron a publicarse los periódicos japoneses. El primero en aparecer fue el *Sào Paulo Shinbun*, fundado por M. Mizumoto, en octubre de 1964.

[164] Los datos de estas manifestaciones se hallan grabados en cinta magnetofónica, con fecha del 14 de septiembre de 1990.

En enero de 1947 nace el *Jornal Paulista*, con el apoyo de un grupo de la colonia entre quienes puede citarse a Takuya y Takeuchi. La línea del periódico –al contrario del *Sào Paulo Shinbun*– se caracterizaba por aceptar autocríticamente la derrota japonesa en la guerra. Esta postura que en un principio fue rechazada, terminó por dar respetabilidad y crédito al *Jornal Paulista*. Sus páginas, escritas en portugués, eran leídas por aquellos miembros más «americanistas», «integrados» o «adaptados» a la sociedad brasileña.

En 1948 se empezó a publicar el diario *Nippak*, adquirido más tarde por el periodista Toshihiko Nakabayashi.

Al margen de los tres periódicos citados cuya aparición ha sido constante hasta la actualidad, varias revistas, separatas, hojas mensuales, etcétera, han ido apareciendo con una continuidad llena de altibajos: *Nambei Jiji*, fundado en 1947, por Nakama Midori; *Showa Shinbun*, en 1949, editado por Kawabata Saburo, que resulta interesante por haber sido el órgano difusor de la ideología de *Shindo-Renmei*, secta de tintes terroristas que preconizaba la victoria de los japoneses en la guerra.

En 1948 se funda el *Kyuyo Shinbun*, editado por Shosei Miyagi, dirigido especialmente a los miembros de la colonia originarios de Okinawa.

A partir de 1970, favorecidos por el auge de las comunicaciones, surgen una gran variedad de programas especiales para la población de origen japonés. El periodista Mario Okuhara que provenía de la radio, lanzó en octubre de 1970 un programa de televisión llamado *Imágenes de Japón*, en la cadena Tupi, líder de las cadenas brasileñas. El objetivo no era únicamente satisfacer los gustos de la colonia de origen japonés, sino hacer llegar al resto de los brasileños otro tipo de cultura, bailes y canciones a los que no estaban habituados. Si en un principio el programa causó extrañeza entre los brasileños de origen no japonés, hoy en día se han acostumbrado y goza de gran audiencia.

En el año 1973 un grupo de empresarios liderados por el presentador Nelson Masuda puso en antena el *Japan Pop Show* en la cadena Bandeirantes. Este programa hecho por *nikkeis* estaba dirigido a la población nikkei de edad más joven. Por iniciativa del programa, varias figuras estelares de la música japonesa visitaron Brasil, como Itsuki Hiroshi, Koyanagui Rumiko, Mori Shin-Ichi, Cool Five, etc.

El programa *Imágenes de Japón* ha llegado a la transmisión simultánea de programas desde Japón, vía satélite, y también ha exhibido

series de éxito de la televisión japonesa, como la película *Oshin*, que tuvo gran audiencia.

Por su parte, el programa *Japan pop Show* tiene un acuerdo de intercambio con cadenas japonesas como T.B.S. y con el canal 12 para la difusión de noticias.

Los tres periódicos líderes siguen siendo el *Diario Nippak*, el *Jornal Paulista* y el *São Paulo Shinbun*, con una tirada de unos 75.000 ejemplares en conjunto. A estas tres publicaciones le siguen otras muy variadas de información económica, agrícola, etc. Esto muestra que el índice de lectura entre los japoneses es elevado.

Los emigrantes italianos, primeros en número después de los portugueses, solamente tienen dos periódicos *La Settina del Fanfulla* (Semanario) con una tirada de 20.000 ejemplares, e *Il Corriere*, también semanario, fundado hace relativamente poco.

Entre los alemanes circulan dos semanarios: *Brasil post* y *Deutsche Zeitung*, con una tirada de 16.000 ejemplares cada uno, con difusión sobre todo en la zona sur de Brasil.

Por iniciativa de la emisora radio Mulher (antes Rádio Santo Amaro) se lanzó la *Revista Nikkei*, primera que se editó en japonés y portugués (7.000 ejemplares). En lengua japonesa es importante citar la *Revista Samurai* y la *Revista Arigato*.

Los datos citados, aparte de mostrar un alto índice de lectura en la colonia japonesa, señalan la variedad de prensa y su difusión como un medio más de reforzar los lazos de identificación entre los miembros de la colonia. No obstante, es un hecho irreversible que los miembros de más edad de la colonia van desapareciendo poco a poco y con ellos el idioma japonés como vehículo de comunicación escrita. Los *nikkeijin*, brasileños de tercera y cuarta generación no pueden leer en japonés con la facilidad de sus padres o abuelos, por lo que existe actualmente una tendencia a aumentar el número de páginas escritas en portugués en los periódicos nikkei. Asimismo, el grado de identificación con Japón por parte de los emigrantes se presenta decisivo en la elección de temas a tratar por los periódicos nikkei. ¿Deben dar más información sobre Japón? ¿Han de dedicar sus páginas en un 90 por ciento a la vida cotidiana brasileña desde el punto de vista de la colonia? El éxodo de gran número de *nisei*, *sansei* y *yonsei* a Japón para trabajar bajo contrato de un año o dos, puede influir mucho en el rumbo que adopten los medios de comunicación nikkei, y ese rumbo

será un reflejo del sentimiento de autoidentidad entre los miembros de la colonia japonesa, con respecto a Brasil y a Japón.

Bolivia y los japoneses

De Perú a las plantaciones de caucho

La evolución de los japoneses en Bolivia es muy distinta de la experiencia en Perú y Brasil. Antes de la Segunda Guerra Mundial no existían en Bolivia emigrantes contratados. Además, tanto el gobierno japonés como el gobierno boliviano no se preocuparon de la protección y cuidado de los emigrantes japoneses. Aunque antes de la Segunda Guerra Mundial ya había entrado cierto número de japoneses en Bolivia, éstos no tenían como objetivo llegar a Bolivia; venían de Perú en busca de mejores condiciones económicas.

La compañía de emigración Morioka Shokai, realizó un contrato con la Günther Berg and Co. en San Carlos, como actividad sustitutiva del cultivo de caucho. Las condiciones del contrato eran: plazo, medio año, y después de cumplirse dicho término, la compañía se encargaría de los gastos de los japoneses que desearan regresar a Japón. Por último, se establecían ciertas condiciones que permitieron a 73 personas trasladarse a la plantación de caucho. Otras 16 personas fueron enviadas a la mina de Maravillas, en Perú, por desobedecer las líneas de la empresa. Los japoneses que trabajaban en los árboles de caucho de Günther Berg eligieron a tres representantes y los enviaron a Callao. Exigían de Tanaka el regreso a Japón. Pero Tanaka ya había regresado a Japón y Tagusari, su representante, se hizo cargo de su reclamación convenciendo a los emigrantes de que esperaran hasta la llegada de Segawa, gerente de la central de Tokio. No obstante, Segawa anuló unilateralmente el contrato, a su llegada a Lima, notificándolo a los emigrantes.

Acto seguido, hizo firmar un acuerdo a los emigrantes, para evitar reclamaciones. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón juzgó en mayo de 1900 que Morioka Shokai había desviado el lugar de destino de los emigrantes y había infringido las *Imin Hogo Ho Shiko Saisoku:* (Regulaciones detalladas del Decreto para Protección de Emigrantes). En noviembre se puso una reclamación debido a que los emigrantes

en Bolivia eran obligados a volver a Perú a la fuerza. Mientras, el secretario Imamura, del consulado japonés en Lima, exigió en su informe el regreso inmediato de esos emigrantes a Perú. Por fin, volvieron a Callao 69 personas de un total de 74 que trabajaban en los cultivos de caucho de Bolivia [165]. Aunque uno de los dos directores, Aoki, se quedó en La Paz y otro japonés como cocinero en Sorata, la aventura de los primeros japoneses en Bolivia, acabó en fracaso. Se podría decir, sin embargo, que aquí se decidieron las líneas generales de la situación de los japoneses en Bolivia antes de la Segunda Guerra Mundial.

Debido a los enfrentamientos armados con Brasil, la producción del caucho decayó temporalmente. No obstante, en 1915 la recolección de caucho aumentó hasta un máximo anual de 5.053 toneladas. Animados por los elevados salarios que se produjeron por el aumento en la demanda de caucho, los emigrantes que se sentían descontentos por su situación, se adentraron hacia la zona de la frontera boliviana y peruana, en plenos Andes.

En poco más de un año, de 1908 a 1909, se enviaron 86 emigrantes libres a la Compañía Inglesa de Goma, cerca del río Inambari. También parece ser que existieron emigrantes contratados y emigrantes libres, los cuales se trasladaron desde el litoral peruano, sin contrato oficial, a las plantaciones de caucho.

En 1911, el secretario del consulado japonés, Ito, informó sobre la situación de los japoneses en las cercanías del río Madre de Dios. En dicha zona había doce *chácaras* (granjas) cuyos patrones eran japoneses. Aparecieron entonces los intermediarios japoneses que vendían productos agrícolas, transportándolos por el río hasta Riberalta. En el anexo del informe se indica que unos 80 japoneses estaban en Riberalta y cada uno tenía diversos trabajos. De ellos, el carpintero y el ebanista se beneficiaban del auge de la construcción y del próspero desarrollo de Riberalta.

Los japoneses salían de Callao en barco, repostaban en Mollendo y a continuación se dirigían a Tirapata en tren. Desde Tirapata iban atravesando los Andes a caballo o a pie. Bajando por el río Madre de

[165] *Nihon Gaiko Monjo 33-kan,* Tokio, 1956, pp. 524-555, *ibidem,* 34-kan, Tokio, 1956, pp. 866-875. *Nihon Jin Bolivia Iju Shi Hensan Iin Kai, Nihon Jin Bolivia Iju Shi,* Tokio, 1970, pp. 28-32, Irie Toraji, *Hojin Kaigai Hatten Shi,* vol. 1, Tokio, 1942, pp. 378-383.

Dios, entraban al fin en Bolivia. Este peligroso viaje duraba un mes y la causa por la cual se afrontaba un viaje tan difícil no podía ser otra que los atractivos salarios de Bolivia, sobre todo en las plantaciones de caucho, que eran mucho más altos que en la costa peruana. Por lo menos así lo creían los emigrantes japoneses en Perú [166].

Sin medios para enviar dinero a sus familias en Japón, los emigrantes japoneses en Bolivia se veían forzados a ahorrar, y con dichos ahorros empezaron a establecer negocios o granjas. Muchos se establecieron en Bolivia de forma permanente, trabajando como carpinteros, marineros o labradores. Poco a poco se integraron completamente en la sociedad boliviana, hasta llegar a considerarse nativos. Aun hoy, se conservan remos japoneses en el alto Amazonas, con los cuales se manejan los barcos a la manera tradicional japonesa. Esto se debe a la influencia de algunos japoneses que trabajaron como pilotos o marineros en el barco dedicado al transporte fluvial [167]. Horiuchi Denju, que estuvo en Riberalta, nos da más detalles; los 300 labradores japoneses suministraban arroz y verduras a precios muy bajos y los comerciantes les vendían los alimentos de importación. Así, los japoneses contribuyeron mucho a bajar los precios, a la vez que satisfacían la demanda de los obreros japoneses que trabajaban en las plantaciones de caucho.

Debido a la conflictiva situación económica provocada por la guerra, aumentó el número de parados y al igual que en otros países surgió un movimiento antijaponés, culpando a los japoneses del paro.

Según el informe Horiuchi de febrero de 1915 acerca de la situación de los japoneses en Bolivia, casi todos los japoneses habían trabajado en las plantaciones de Astillero o Maldonado, situadas en la zona de la frontera de Perú con Bolivia [168].

[166] Ito Kiichi, *Peru Koku Madre de Dios Gawa Fukin ni okeru Jokyo Ippan, Imin Chosa Hokoku*, vol. 9, Tokio, 1912, pp. 309-313.

[167] Mukai Ichiyo, *Andes o koeta Nihon Jin*, Tokio, 1980, pp. 85-86.

[168] Horiuchi Denju, *Riberalta Taizai Zakki, Seibo Kahan no 16 Nen*, Tokio, 1926, pp. 33-42, 60-61.

El declive de las plantaciones de caucho

En diciembre de 1914, Horiuchi Denju hacía la travesía del río Beni hasta Rurrenabeque, en donde adquiría productos de los comerciantes locales para revenderlos en Riberalta, pero su empresa acabó fracasando. Al año siguiente abastecía de productos a toda la zona desde Rurrenabeque hasta la ciudad de Apollo. Horiuchi estaba contra el derecho de monopolio de comercio que ostentaban los peruanos y turcos, y pensaba que no era justo que dicha actividad se vedara a los japoneses. Por eso, oficialmente declaraba ir en viaje de prospección.

En esa época, los minoristas japoneses vendían queso, cigarrillos, carne seca, cebolla, manteca, arroz, batatas y cerdos en Rurrenabeque, Apolo, La Paz y Sorata, así como en los centros de producción de caucho en la ribera del río Beni, en donde recogían la goma y la transportaban hasta Riberalta, obteniendo con ello doble ganancia. Mientras que había obreros japoneses trabajando en las plantaciones de caucho, otros japoneses las administraban en las cercanías de Rurrenabeque.

De esta manera, bastantes japoneses entraron en Bolivia. En abril de 1914, aunque no sin dificultades, se había firmado el tratado comercial entre Japón y Bolivia. Esto significaba que, aunque el gobierno boliviano no ponía límite a la entrada de japoneses, los emigrantes japoneses que habían entrado en el país de forma irregular, no quedaban protegidos por el tratado. Así, la firma del tratado comercial no cambiaba esencialmente la situación de los japoneses residentes en Bolivia [169].

Noda, exsecretario del consulado japonés en Perú, se había interesado por los primeros emigrantes en Perú, y preocupado por su situación, visitó Bolivia en 1931, escribiendo un nuevo informe sobre su estancia en Bolivia. En su informe se revela que cerca de Riberalta había 10 japoneses dueños de huertos, 56 propietarios de granjas y 66 propietarios de chaco. La mayor parte de ellos se habían casado con nativas y proyectaban producir y vender en la ciudad verduras, arroz y sandías. Encargaban las semillas de verduras y otras cosas a Japón y se

[169] *Nihon Jin Bolivia Iju Shi*, pp. 23-65. Este número es diferente del que figura en documentos diplomáticos.

les enviaban por correo. El número más elevado de extranjeros residentes en Trinidad lo constituían 59 japoneses. La mayor parte de ellos eran solteros que fueron casando con mujeres nativas, actuando en «forma similar a como lo hicieran los españoles cuando conquistaron el continente americano», según reza el informe mencionado.

También fueron llegando emigrantes alemanes, engrosando el número de emigrantes europeos aunque sin llegar a superar a los japoneses en número. En el informe se dice que los alemanes tenían mayor potencial económico y cultural. Otros residentes eran españoles, franceses e italianos [170].

Según un informe de Yokoyama, el escribano del consulado japonés en Lima, que pasó por Santa Cruz en viaje de negocios en 1937, 13 japoneses estaban casados con nativas. Con el aumento de la segunda generación apareció el problema educativo de los hijos y algunos japoneses, con el fruto de sus ahorros, enviaron a éstos a Japón para que continuaran allí sus estudios.

Según cuenta Takenaka, que pasó por Bolivia en viaje de negocios, el sentimiento de los bolivianos contra Japón era parecido al de peruanos y norteamericanos. En Bolivia se tenía tendencia a hacer el boicot a los orientales igual que en Perú y Estados Unidos. Takenaka refiere el ejemplo concreto de que los comerciantes japoneses tenían que pagar un impuesto diez veces superior a otros comerciantes (aunque hay un investigador japonés que interpreta que esto se halla relacionado directamente con el potencial económico de los japoneses, más bien fue debido a un sentimiento antijaponés). También cuenta que había propaganda que insistía en la preferencia que debía darse a la introducción de emigrantes europeos [171].

Prosperidad de los comerciantes japoneses y afirmación de su identidad

Desde 1932 y durante 4 años continuó la guerra del Chaco que acabaría con la derrota de Bolivia. Los comerciantes japoneses extendieron el campo de sus actividades debido a la inflación y a la falta de

[170] Noda Yoshiharu, *Nanbei no Kakushin ni Funto seru Doho o tazunete*, pp. 341-344.
[171] Wakatsuki Yasuo, *Hatten Tojo Koku eno Iju no Kenkyu*. Tokio, 1987, pp. 4-5.

los artículos. Durante ese tiempo aumentaron en número y se trasladaron al centro de la zona comercial, mostrando notable concentración en La Paz: en la calle Comercio y en la calle Potosí, centro comercial de La Paz, había 15 tiendas de enseres domésticos regentadas por japoneses. Los más importantes eran los comercios de Komori y Ochiai. Así, aparecen en los japoneses nuevos modelos de vida y de comportamiento, muy distintos de los que tenían antes del cambio de domicilio desde Perú.

En 1935 se funda el Sindicato Comercial Japonés en La Paz. La mayor actividad comercial de los japoneses era la venta de artículos importados desde Japón: telas de algodón, tejidos de lana y de seda, juguetes, etc. Por aquel entonces, los japoneses ya dirigían la fábrica de camisas y la fábrica de poliéster. Los comercios de Ochiai y de Mori también eran importantes. En 1940 ya había representantes de las firmas Mitsui, Ito Chu y Mitsubishi.

A los primeros emigrantes «rebotados» de Perú, se fueron añadiendo otros japoneses que habían emigrado directamente desde Japón a Bolivia. Entre los emigrantes aumentaba el interés por la situación de Japón los cuales se preocupaban por la delicada situación diplomática surgida por la actuación del Imperio Japonés y por la propaganda nacionalista.

Noda, en su viaje a Bolivia, dirigió un discurso a los japoneses residentes en Trinidad.

> Vosotros sois japoneses. La raza japonesa no es inferior en nada a los europeos y no debéis olvidar que estáis respaldados por el Gran Imperio Japonés y que tenéis la protección de la Familia Imperial que es una familia sin comparación alguna en este mundo [172].

En las Conferencias celebradas en Londres y Washington, las potencias occidentales presionaron a Japón. Al tiempo, crecía el movimiento antijaponés en varios países del Continente Americano y en 1924, por iniciativa de Estados Unidos, se promulgó una ley de emigración muy perjudicial para los inmigrantes japoneses. Como reacción a estas medidas, se fue incrementando en Japón el nacionalismo, de la

[172] *Noda Yoshiharu Nanbei no Kakushin ni Funto seru Doho o tazunete*, pp. 324-335.

mano de un movimiento de carácter fascista y militarista. Se justificó este movimiento imperialista y de expansión en base a la superioridad japonesa pero, en el fondo, subsistía un complejo de inferioridad ante los europeos y la raza blanca. Tanto las consignas como la política imperialista de Japón provocaban la inquietud de las autoridades competentes de Bolivia [173].

La Sociedad Japonesa en La Paz hasta la Segunda Guerra Mundial

Aunque los japoneses que vivían en Bolivia tendían a casarse con nativas y no mantenían fuertes lazos con Japón, cuando ocurría algún desastre en Japón, cooperaban de buen grado, ayudando de acuerdo con sus posibilidades. En este punto, actuaban de forma similar a los japoneses que vivían en otros países del Continente Americano. El dinero enviado como ayuda con ocasión del gran terremoto de Kanto de 1923, ascendió a 17.130 bolívares. La contribución de los residentes de La Paz, ascendió al doble de su proporción en número. Cuando Japón se lanzó a la ocupación y posteriormente a la guerra contra China, *Kokubo Kyujutu Bokin,* la ayuda económica militar para la defensa nacional (en realidad para la invasión), se aportó por iniciativa de la Sociedad Japonesa de La Paz, siendo la contribución más importante la de 85.832 bolívares que la propia Sociedad de La Paz aportó para ese fin. Anteriormente la Sociedad realizó campañas para la recaudación de donativos, como en 1914 (ayuda para los desastres de Tohoku y de Kyushu). Cuando la legación japonesa en Chile solicitó ayuda por los desastres de Kyushu, la Sociedad Japonesa de La Paz contribuyó económicamente ayudando a su país de origen. También contribuyó con donativos a la asociación de Ayuda y Mantenimiento del Templo de Meiji.

Debido a que en La Paz no había consulado, la Sociedad Japonesa de La Paz suplía dicha falta. Cuando ésta se fundó, los miembros de dicha Sociedad eran poco más de 20. En 1940 su número había aumentado a más de 150. En 1932 compraron la que sería «Casa del

[173] *Nihon Jin Bolivia Iju Shi,* p. 71.

Japón» y la tierra para la primera escuela. En junio de 1941 se inauguraba la «Casa de Japón» [174].

Mientras, en noviembre de 1940, se celebró en Tokio la primera junta de representantes de japoneses residentes en el extranjero. Los representantes de Bolivia eran Ochiai Ryuichi y Yoshida Yoshinori. Éste se refirió al desarrollo y expansión del imperialismo japonés. Agradeció a los compañeros que hubieran cumplido con su deber de aportar ayuda económica y subrayó el vínculo profundo que le unía a su patria [175].

Los productos de la industria ligera japonesa, se extendieron al mercado internacional, haciendo uso de una publicidad agresiva y hábil, basada en su bajo precio, aunque su calidad fuera algo inferior. En Bolivia aumentó la demanda de productos japoneses, y no podemos olvidar que esta fue una de las causas del éxito de los comerciantes japoneses en Bolivia.

Así, los japoneses que comerciaban con productos de la industria ligera, alcanzaron una posición óptima. Necesariamente estaban vinculados a la economía de Japón y acabaron vinculándose también psicológicamente [176].

Características de los emigrantes japoneses hasta la Segunda Guerra Mundial

Los japoneses que llegaron a Bolivia antes de la guerra, eran en su mayor parte emigrantes con contrato de cultivo en la región costera peruana, o bien entraron como obreros de las plantaciones de caucho en la zona costera del río Madre de Dios. Animados por el auge de la goma, se acercaron a la zona de Riberalta y, tras la caída de la demanda de caucho, se afincaron en la zona costera del río Beni, trabajando en el chaco, como labradores y arrendatarios. También se instalaron algunos en la ciudad, regentando pequeños comercios y realizando servicios de diversos géneros. Entre ellos, unos tuvieron éxito y regresaron a Japón con mucho dinero, mientras otros se trasladaron a ciudades más grandes para prosperar.

[174] *Ibidem*, pp. 71-80.
[175] *Ibidem*, pp. 68-69.
[176] Wakatsuki, *Ibidem*, p. 7.

Los emigrantes japoneses en Bolivia antes de la Segunda Guerra Mundial no recibieron ninguna ayuda de los entes públicos y todos estuvieron relacionados, en algún momento, con el cultivo o el comercio del caucho. Estas características marcaron las diferencias entre los emigrantes de Brasil y los de Bolivia después de la guerra.

En 1930, aquellos que habían tenido éxito en Bolivia, solicitaron la venida de otros japoneses para que trabajaran con ellos. En 1935, al limitarse la entrada de emigrantes japoneses en Brasil, se estudió la posibilidad de la emigración a otros países. En Paraguay se permitió la entrada de emigrantes y la fundación de una colonia japonesa. En cuanto a Bolivia, Yokoyama, secretario del consulado japonés en Lima, fue a investigar las posibles colonias japonesas y siguiendo el consejo de los japoneses en La Paz, recomendó la región de Santa Cruz como punto de emigración alternativa. Pero no llegó a realizarse esta emigración.

Noda apreció entre ellos una gran solidaridad. Observó que se enfrentaban a las dificultades con espíritu de ayuda mutua. Pidió en Japón que se donaran revistas viejas japonesas para los japoneses que residían en Riberalta y Trinidad. Con estas medidas se intentaba mantener su identidad como súbditos imperiales japoneses[177].

El 28 de enero de 1942, Bolivia rompió las relaciones diplomáticas con Japón y el 6 de abril proclamó el Decreto de Beligerancia frente a los países del Eje. El gobierno boliviano, a petición del gobierno americano, envió 29 residentes japoneses representativos a Estados Unidos. Estos emigrantes fueron enviados a Santa Fe y Christal City en Estados Unidos, viviendo allí en un campo de concentración. Algunos comerciantes que huyeron a partir del embargo de sus bienes, comparecieron para naturalizarse. Los japoneses que tenían muchos amigos nativos, estaban protegidos por éstos y así pudieron continuar en el país. Las peluquerías y los restaurantes también siguieron su negocio, pero la actividad comercial de gran parte de los japoneses se resintió. Por el contrario, entre los japoneses que administraban los chacos no se produjeron grandes cambios, puesto que las tierras e inmuebles no fueron embargados. Algunos comerciantes compraron tierras y acabaron convirtiéndose en labradores.

[177] Noda Yoshiharu, *Nanbei no Kakushin ni Funto seru Doho o tazunete*, pp. 421-422.

De los 29 japoneses que estuvieron en el campo de concentración en Estados Unidos, 24 regresaron a Japón después de la guerra y cinco volvieron luego a Bolivia. De los 24 que fueron a Japón, tan sólo uno regresó después a Bolivia [178].

Después de la Segunda Guerra Mundial

Los japoneses residentes en Bolivia durante la posguerra se pueden dividir básicamente en cuatro grupos; el primer grupo estaba formado principalmente por los que se habían trasladado desde Perú en el periodo anterior a la guerra; el segundo, por los grupos de colonización colectiva enviados bajo el convenio emigratorio; el tercero, los emigrantes colectivos de Okinawa enviados por el gobierno de las Ryukyu, que estaban bajo la protección del gobierno americano *(Minsei-Kyoku),* y el cuarto y último, los enviados por empresas japonesas, las cuales extendieron sus actividades a Bolivia a raíz del auge económico experimentado por Japón. Puesto que cada grupo mantenía sus características divergentes no siempre hubo buenas relaciones entre ellos.

En 1952, a pesar del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Japón y Bolivia, se experimentaba una continua disminución general de residentes japoneses, excepto en el área de La Paz [179].

Como ya hemos mencionado, el traslado de emigrantes japoneses a Bolivia se hizo bajo el Tratado de Emigración. Los emigrantes se dedicaron a colonizar las zonas que les habían sido asignadas, recibiendo a cambio ayudas, subsidios y contribuyendo a la roturación de nuevas tierras. En comparación con los emigrantes anteriores, los de posguerra tenían la ventaja de gozar de ayuda oficial. Aun así, los emigrantes japoneses sufrieron serias dificultades [180].

[178] *Nihon Jin Bolivia Iju Shi,* p. 79.

[179] Gaimu Daijin Kambo Ryoji Iju Bu, Kaigai Zairyu Hojin Su Chosa Tokei, Showa 63 Nen Ban, Tokio, 1989, pp. 84-85.

[180] Wakatsuki Yasuo, *Ibidem,* p. 4, Ishida Jintaro, Bolivia, Imin Kikigaki, *Andes no Kanata no Okinawa to Nihon,* Tokio, 1987. Nihon Gaiko Monjo, 40-kan 2-satsu, Tokio, 1961, p. 775.

La Colonia de Okinawa

Se dice que los emigrantes procedentes de Okinawa tenían un sentido muy fuerte de su identidad y colaboraban entre ellos más que los emigrantes de Honshu. Este rasgo de su carácter era notable también en Bolivia. Puede que no fuera sino un medio de protegerse mutuamente frente a la discriminación de que eran objeto, no sólo por parte de los bolivianos, sino por los propios japoneses de otras islas [181]. De hecho, ya antes de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno japonés trataba a los habitantes de Okinawa de una forma distinta al resto. Muchos nativos de Okinawa se fugaron de Brasil [182], entre 1913 y 1916, y de 1919 a 1926, al recibir fuertes críticas por su falta de higiene, su forma de vestir y sus costumbres cotidianas. Brasil estableció un límite a la inmigración procedente de Okinawa y muchos de ellos fueron a Bolivia, Argentina y Perú.

En agosto de 1948, se fundaba en La Paz la *Okinawa Sensai Kyuen Kai* (Asociación para el desarrollo de Okinawa), que tenía por objeto allegar recursos para el archipiélago. A su vez, los emigrantes de Okinawa que residían en Riberalta, con la ayuda de los de Santa Cruz, organizaron la Nosangyo Kyodo Kumiai (Asociación Cooperativa Agrícola de Emigración), con la pretensión de acoger a los emigrantes japoneses. Para ello, adquirieron un terreno de 2.500 hectáreas al que llamaron *Uruma Iju Chi* o Colonia Uruma. El terreno estaba situado a unos 74 kilómetros de Santa Cruz y a él llegaron los dos primeros colonos en el mes de julio. Según «el plan de Colonización» se aceptaban también emigrantes procedentes de las islas principales [183].

Por otra parte, el gobierno boliviano deseaba impulsar el desarrollo de la región de Santa Cruz y, a petición de la Colonia Uruma, el 10 de abril de 1953 dio su consentimiento al proyecto y concedió a los inmigrantes el disfrute durante cinco años de un terreno de 10.000 hectáreas propiedad del gobierno, y el 18 de junio el propio presiden-

[181] Ueno Hidenobu, Shutsu Nippon Ki, Tokio, 1977, pp. 478-510.

[182] Si lo interpretamos de la forma contraria, es posible que muestre la eficacia de la red informativa, pues aunque ésta no fuera siempre correcta, los que se mudaban desde otros países a Bolivia lo hacían debido a los informes que recibían de otros compatriotas: véase el ejemplo de emigración en Perú.

[183] *Nihon Jin Bolivia Iju Shi*, pp. 123-126.

te Victor Paz Estensoro inspeccionó personalmente el territorio de Uruma.

Mientras, en Okinawa, se promulgaba el decreto que daba derecho a los emigrantes a la percepción de un subsidio. Estados Unidos proporcionó una importante ayuda financiera que permitió el establecimiento de Uruma [184], y así, el 19 de junio de 1954 salía de Naha, capital de Okinawa, el primer grupo de 169 emigrantes, llegando a Río de Janeiro el 5 de agosto, después de hacer escala en Hong Kong, Singapur y Ciudad del Cabo. El grupo llegó a la Colonia de Uruma el día 15 del mismo mes. El 14 de septiembre llegaba el segundo grupo.

Poco después, en octubre del mismo año, se declaró una epidemia de origen no aclarado, a la vez que el territorio quedaba inundado por un desbordamiento del Río Grande. El 26 de diciembre, la junta general de la colonia decidió trasladar a todos los colonos, al mismo tiempo que se iniciaban las prospecciones para hallar otros terrenos más hospitalarios. La epidemia no cejaba a pesar de que la Sociedad Japonesa de La Paz y el Colegio de Médicos de Bolivia trataron de combatirla. Unos cien emigrantes tuvieron que retirarse hasta Santa Cruz, a fin de escapar al contagio de lo que más tarde se llamaría «enfermedad de Uruma». Aún hoy se desconocen las causas que la provocaron. En total hubo 15 muertos y 148 emigrantes afectados [185].

Para colmo de males, el 12 de febrero se anegó el territorio a causa del desbordamiento del Río Grande. El 16 de abril, los colonos empezaron a trasladarse a río Quemoní, zona elegida para sustituir al territorio anterior. En junio se cambiaron de nuevo, esta vez a río Palometilla y, por fin, el 10 de agosto culminaban su largo peregrinaje.

Desgraciadamente, la negociación de compra del terreno con su propietario Landival, no iba por buen camino. Por ello, de febrero a junio de 1956 se llevó a cabo una medición de terrenos en el pueblo de Los Chacos, que había sido elegido para sustituir a río Palometilla y, a partir de mayo, se inició el nuevo traslado. En agosto, Estados Unidos proporcionó máquinas excavadoras y se inició la construcción de carreteras, quedando poco después registrada y legalizada la mitad

[184] Oshimoto Tadanao, «Bolivia no Okinawa Iju Chi», *Iju Kenkyu*, n.° 7, Tokio, 1970, pp. 73-77.

[185] *Nihon Jin Bolivia Iju Shi*, p. 135.

del territorio. Éste se conoce hoy como el *Okinawa Dai Ichi Iju Chi,* (primera Colonia Okinawa).

En marzo de 1956 se abonaron 16.000 dólares por el resto del terreno y se ocuparon los terrenos adquiridos, estableciéndose la segunda colonia. La llegada de esta segunda remesa de emigrantes tuvo lugar en el mes de abril. En septiembre de 1961 se extendió la propiedad, adquiriéndose un terreno anejo de 19.000 *chobu* (188, 43 kilómetros cuadrados) y en abril del año siguiente se inició el asentamiento de emigrantes [186]. Hasta que en el año 1967 el gobierno japonés comenzó a hacerse cargo del desarrollo de esta colonia, fue el gobierno de Estados Unidos quien prestó la ayuda necesaria para su mantenimiento y progreso. El capital total de la ayuda procurada por Estados Unidos durante los años de 1954 a 1967 fue de 1.365.200 dólares. Por su parte el gobierno de Okinawa aportó 1.146.846 dólares y el gobierno de Japón 201.840 dólares, lo cual representa un total de 2.713.886 dólares. Si bien el gobierno de Bolivia aportó también toda su colaboración, la aportación financiera fue escasa [187]. De hecho, en el tratado de emigración firmado entre Bolivia y Japón, ya se indicaba que Bolivia prestaría toda su colaboración en la medida de lo posible para contribuir al desarrollo de dicha colonia, pero no adquiriría ninguna responsabilidad concreta en el aspecto financiero [188]. La sexta emigración, debida a la disolución de la Cooperativa Agrícola de Uruma, fue aprobada provisionalmente, ya que, tomando como base el tratado de emigración, no existía razón oficial alguna para aceptar más emigrantes de Okinawa [189].

La Colonia San Juan

Como ya hemos visto, el proyecto de emigración colectiva a Bolivia se inició antes de la Segunda Guerra Mundial, pero no llegó a cristalizar hasta que ésta terminó. Cuando el secretario de Estado Takada visitó Bolivia, negoció con el gobierno boliviano la posible inmigración de japoneses.

[186] Ishuu Tomonori, *Imin Konjo: Nanbei no Daichi ni ikite,* Naha, 1987, p. 422.
[187] *Nihon Jin Bolivia Iju Shi,* pp. 141-142.
[188] *Ibidem,* p. 359: Artículo quinto del Tratado.
[189] Ishuu, *Ibidem,* pp. 392-392.

Se llegó entonces a la conclusión de que se daban en Bolivia las condiciones adecuadas para ello. Al año siguiente, el gobierno japonés envió una misión encargada de elaborar un estudio prospectivo sobre las condiciones de traslado y asentamiento.

Con la cooperación de diplomáticos de Perú y Brasil, y del comerciante Amano Yoshitaro, se elaboró un proyecto que consistía en la inmigración de 1.000 familias japonesas a Santa Cruz en un plazo de cinco años. Nishikawa Toshimichi, entusiasmado por el proyecto entró en negociaciones con el Ministerio de Asuntos Exteriores para proponer un proyecto en la industria azucarera de Bolivia y se desplazó personalmente a La Paz en agosto. En octubre se fundó la Cooperativa para el desarrollo de la Industria Agrícola de Santa Cruz, y en noviembre se adquirió una parcela de tierra de 500 hectáreas para la colonia, al tiempo que se empezaba a planificar la cesión de 14.000 hectáreas colindantes que eran propiedad del gobierno. Por su parte, el Ministerio de Asuntos Exteriores, junto con el de Agricultura y Silvicultura y el *Kaigai Kyokai Rengo Kai* acordaron organizar provisionalmente el viaje de unos emigrantes, en tanto se procedía a la firma del tratado de Emigración. El *Kaigai Kyokai* de cada provincia se encargó de reclutar los emigrantes. Las condiciones para estos emigrantes eran: cada familia debía aportar 180.000 yenes, de los cuales 80.000 serían para la cooperativa agrícola y los 100.000 yenes restantes para ser llevados en efectivo o en especie, con la posibilidad de trocarlo por dinero o artículos necesarios en el lugar de destino [190].

Además, a cada familia se le proveería gratuitamente de un terreno de unos 30 o 50 Chobu (300-500 metros cuadrados) para su cultivo; también se les proporcionaría un lugar adecuado para alojarse. Con estas condiciones tan favorables la emigración y asentamiento era posible incluso para emigrantes sin recursos [191].

Las familias que respondieron a esta oferta fueron catorce, con un total de 88 miembros. De ellas, seis eran de Nagasaki y tres de Tokio. Entre las seis familias de Nagasaki estaba la familia Takano, que contaba con un capital de 120.000 yenes y que había solicitado en prin-

[190] *Nihon Jin Bolivia Iju Shi*, p. 93.

[191] Pero no necesariamente los emigrantes a Bolivia estaban en condiciones económicas inferiores a las de los emigrantes de Brasil. Dicho dato figura en Kunimoto Iyo, *Bolivia no Nihon Jin Mura*, Tokio, 1989, p. 102.

cipio emigrar a Brasil, pero por consejo de la prefectura y por haber vencido el plazo, le fue cambiada su solicitud a Bolivia. Todas estas familias (20 personas) habían trabajado en las minas de carbón [192]. Estos primeros emigrantes colectivos de la posguerra hacia Bolivia, salieron de Kobe en mayo de 1955 y llegaron a la colonia de San Juan, el 27 de julio.

Pero las tierras destinadas para los emigrantes eran zonas selváticas y todo lo que había eran unos pocos alimentos y unas chozas por toda vivienda. No resulta fácil hacerse una idea de las tremendas dificultades que tuvieron que vencer estos inmigrantes para poder subsistir. Su epopeya se explica detalladamente en los libros de Wakatsuki Yasuo: *Genshirin no naka no Nihon Jin* y *San Juan 15-nen Shi*. Dice Wakatsuki en estos libros:

> La revolución del MNR de abril de 1952, llevó a cabo la nacionalización de las minas de estaño y la reforma agraria; sin embargo, debido al empeoramiento de la situación internacional y a la mala administración, se llegó casi al borde de la quiebra. En 1951, el ingreso medio de un boliviano era de 86 dólares. En 1954, éstos habían descendido hasta los 66 dólares. Los emigrantes japoneses llegaron a Bolivia cuando este país estaba atravesando una de sus peores crisis. En aquel entonces, el porcentaje de emigrantes bolivianos que salía al extranjero representaba un 10 por ciento del total de la población total, y no hay ninguna evidencia que demuestre que el gobierno de Japón estaba al corriente de esa situación. Es más, a cada hacienda se le había asignado una extensión de 50 hectáreas, pero esos terrenos del estado no poseían ningún valor económico... [193].

Más tarde, se envió el primer grupo de inmigrantes después de la Segunda Guerra Mundial, llamado *Nishikawa Imin*, pero hay que decir que careció de planificación y de una idea realista acerca de la situación [194]. Debido a eso, muchos emigrantes insatisfechos se volvieron en contra de Nishikawa, el cual, aun habiendo invertido su propio

[192] Ueno Hidenobu, *Shutsu Nippon Ki*, Tokio, 1977, pp. 440-451. También estaban incluidos japoneses que, residiendo en Manchuria, habían regresado a Japón: *Nihon Jin Bolivia Iju Shi*, p. 93.

[193] Wakatsuki Yasuo, *Genshi Rin no naka no Nihon Jin*, Tokio, 19??, p. 119.

[194] Kunimoto, *Ibidem*, pp. 73-74.

capital, se vio obligado a retirarse de la colonia. En agosto de 1956 se desintegró la cooperativa para el desarrollo de la agricultura de Santa Cruz. Mientras tanto, los emigrantes habían comenzado a trabajar la tierra, utilizando mano de obra indígena, que resultaba barata.

Esta forma de emplear a los indígenas con bajos salarios iba a continuar después en la colonia, y con distintas modificaciones ha llegado a nuestros días. Este tipo de emigración se conoce como «Emigración Nishikawa» y también como «Experimento de emigración», «Empresa de emigración» y «emigración O» [195].

En noviembre de 1955, se estableció la legación japonesa en La Paz, y en agosto de 1956 se firmó un tratado de emigración entre los dos países. Según este contrato, estaba previsto el traslado de 1.000 familias (6.000 personas) en un periodo de cinco años. Según el tratado, los emigrantes se dedicarían básicamente a la agricultura y a la ganadería. También estaba prevista la llegada a Bolivia de médicos y técnicos necesarios para la realización del plan [196]. Sin embargo, la organización que supuestamente debía recibir y ayudar a estos emigrantes (Cooperativa para el Desarrollo de la Agricultura de Santa Cruz), se había disuelto ya por aquella época. Por ello, los japoneses residentes en La Paz formaron una Cooperativa para el fomento de la emigración y, junto con dos miembros del Kaigai Kyokai Rengo Kai que vinieron de Japón, trabajaron para recibir a los emigrantes japoneses. En cada provincia de Japón se anunció esta oportunidad de emigrar a través de las oficinas de Kaigai Kyokai. Desde entonces, se efectuaron emigraciones colectivas hasta llegar al último grupo, el número 16, que llegó a Bolivia en agosto de 1963 [197].

Desde la salida del primer grupo de emigrantes, compuesto por 25 familias y 159 personas, en junio de 1957, hasta octubre de 1958, en que llegó la sexta emigración compuesta por 131 japoneses, transcurrieron sólo 16 meses, a lo largo de los cuales llegaron a Bolivia 150 familias con un total de 777 personas. En diciembre de 1957 se registró

[195] *Nihon Jin Bolivia Iju Shi*, pp. 95-97; Kunimoto, *Ibidem*, pp. 74-75.

[196] *Nihon Jin Bolivia Iju Shi*, pp. 358-360.

[197] Las condiciones que se les daban a los solicitantes, era quedarse residiendo permanentemente en ese país, concediéndose los terrenos por 4 años, pagando cuotas fijas por un periodo de 8 años: *Iju Shi* pp. 100-101, Según Nihon Jin Mura, p. 80, la corriente de inmigrantes continuó hasta 1969 con el grupo n.° 20.

oficialmente la colonia, pero al no haberse estudiado la época más conveniente desde el punto de vista climático, ésta llegó a quedar casi arrasada por la prolongada estación de las lluvias. El 10 por ciento de los que habían inmigrado, buscaron otros sitios y dejaron esa colonia. Por otra parte, no existió nunca un control en las extensiones de tierras a repartir. Por ejemplo, para decidir la parte de cada familia, se tardaba a veces hasta un mes y medio. Completar el reparto podía ser tarea de más de un año.

En ese lapso de tiempo, continuaba la afluencia de inmigrantes y por eso, no se avanzaba en los trabajos de cultivo. Toda esa situación llevó el caos a la colonia, produciéndose asesinatos, pleitos, discusiones, disparos, y un sinfín de problemas. A esta zona llegó a llamársele «Zona de la violencia». Tantos fueron los conflictos, que se solicitó la suspensión del envío de más emigrantes.

Finalmente, llegó a Japón la noticia de la gravedad de la situación, y el gobierno envió una misión para investigar la zona y tratar de hallar solución al problema. Como resultado, se previeron ayudas y medidas concretas, como la construcción de carreteras. En 1959 se fundó una sucursal de la Kaigai Iju Rengo Kai; se fortaleció la Cooperativa Agrícola, y se obtuvieron financiaciones de variada procedencia. Además de conseguirse elevar el ánimo y el entusiasmo general, se adelantó la reconstrucción de la colonia de San Juan. En 1960 se empezaron a ver los resultados de los esfuerzos: la cosecha fue buena y, al mismo tiempo, se impulsó definitivamente la construcción de carreteras [198].

Solventada la situación, se reanudó el envío de emigrantes a la colonia. En septiembre de 1960, llegó el séptimo grupo de emigrantes, que estaba compuesto por cinco familias con 31 personas en total. En 1961 llegaron los grupos octavo al décimotercero, con un total de 107 familias y 623 personas. Del grupo octavo llegado en 1961, al número 16 en 1963, el total de familias fue de 143, 808 personas. Estos grupos de emigrantes han sido denominados «emigrantes colectivos» del segundo periodo, y su característica es que el 80 por ciento de sus miembros provenían de la prefectura de Nagasaki. La razón por la cual la mayoría de los emigrantes procedían de esa prefectura se debía a la influencia que ejercía en la población la Asociación para la emigración

[198] *Bolivia Nihon Jin Iju Shi*, pp. 101-110.

al extranjero, existente en dicha provincia. Dicha Asociación utilizaba el slogan: «por la construcción del *pueblo de Nagasaki* en Bolivia y Brasil», y se piensa que su política estaba encaminada a solucionar el problema del desempleo en las minas de carbón, así como la progresiva despoblación de las islas remotas [199].

Ese auge de la emigración a Bolivia puso de manifiesto el problema de la proliferación de indígenas en la colonia y el conflicto con los empleados bolivianos, agravado por la gran sequía de 1963 y la baja en los precios del arroz, principal producto de la colonia. Esto puso de manifiesto la imposibilidad de continuar con el sistema tradicional, empleando gran número de trabajadores indígenas que percibían salarios muy bajos. Este hecho tiene relación con la reforma agraria y con el incremento de las medidas de protección a los campesinos, impulsadas por el gobierno del MNR. Los campesinos y trabajadores experimentaron también una toma de conciencia y una identificación con la clase trabajadora a la que pertenecían. Como consecuencia de esta coyuntura, los emigrantes se vieron en la necesidad de introducir una reforma radical en su agricultura. Se decidió abandonar el sistema tradicional basado en el cultivo del arroz y adoptar una nueva forma de cultivo, mecanizando todo lo posible y diversificando los productos, al tiempo que se alternaban los cultivos con la ganadería. Para ello, hubo que realizar muchos experimentos, sembrando nuevos productos agrícolas. El proceso de cambio que tuvo lugar, no se trató sólo de una crisis experimentada por los emigrantes japoneses: Todos los agricultores de la región de Santa Cruz se vieron afectados, ya que por consejo de los Estados Unidos se hacía cada vez más urgente la mecanización de la agricultura. De ahí que en cierto modo se vieran obligados a introducir cambios importantes en el modo de cultivo y en sus relaciones laborales.

Por ello, surgieron también fricciones entre los emigrantes japoneses y los trabajadores bolivianos. Llegaron a producirse asesinatos de japoneses por bolivianos y linchamientos de bolivianos, en venganza por la muerte de los japoneses.

Esta estructura antagónica entre campesino boliviano a sueldo, y patrón japonés parece que existe todavía sin cambios aparentes y si-

[199] Kunimoto, *Ibidem*, pp. 97-98.

guen produciéndose problemas de relación entre ambas partes, debido tanto a la diferencia de idioma, como a la diferencia de cultura y de conocimientos generales. Además, existen fricciones de tipo económico: los japoneses realizaron una división territorial muy clara, delimitando la zona ocupada por ellos para demostrar que ellos residen en un «pueblo japonés». Con ello, los japoneses adoptaron una actitud de autosegregación, discriminando a los naturales de Bolivia, por lo que no es raro que, frecuentemente, surjan problemas de tipo social y racial.

Especialmente en 1969, con el caso *Kizaki* se acentuó la crítica contra la postura de los japoneses y el problema de los salarios y la infiltración de indígenas en la colonia, enfrentándose bolivianos y japoneses violentamente [200]. Ante dicha situación, los japoneses se dieron cuenta de la necesidad de estar unidos y fundaron la Cooperativa Agrícola de San Juan, con la cual empezaron a construir la zona urbana de la colonia en 1959.

Por otra parte, el gran crecimiento económico experimentado por Japón hizo disminuir la emigración a partir de 1960 y, a partir del grupo de emigrantes número 17, éstos fueron disminuyendo hasta que en 1969 acabó por suspenderse totalmente la emigración a Bolivia, que terminó con el grupo número 20 [201].

Estado actual de los japoneses

Como ya se ha especificado anteriormente, según el Tratado de Emigración entre Bolivia y Japón, el gobierno boliviano aportaba su cooperación, dando facilidades para el asentamiento y cediendo gratuitamente el terreno para las colonias. Sin embargo, la ayuda en cuanto a recursos materiales y económicos era casi nula. Por ello, desde sus principios hasta hoy, las colonias se han administrado de forma autónoma, recibiendo ayudas del gobierno japonés y de otras organizaciones. Éste es el origen del llamado «pueblo japonés» en Bolivia, que

[200] Ishida, *ibidem*, pp. 48, 150-159, 168-175, 205-207 etc. Udo Isamu, «San Juan Iju Chi no Chian Mondai», *Iju Kenkyu*, n.° 1, Tokio, 1967, pp. 33-43.

[201] Kunimoto, *Ibidem*, pp. 80 y 90.

mantiene sus características autóctonas. La cooperativa agrícola de San Juan era la entidad que dirigía la sociedad autónoma de la colonia. Los emigrantes que ingresaban en la colonia estaban obligados a pertenecer a dicha cooperativa. Por lo tanto, esta cooperativa, además de desempeñar el papel de organismo de tipo económico, representaba a la colonia como organización administrativa. En este aspecto, en 1965 se formó una asociación de gobierno del pueblo de San Juan, independiente del gobierno de Bolivia. Ahora bien, debido a la exclusión total de bolivianos residentes en la colonia japonesa, no tardaron en surgir discordias. Dicha asociación no tenía personalidad jurídica y, por ello, era la cooperativa la que, como organismo legalmente reconocido, representaba a la colonia ante el gobierno boliviano. En 1977, el gobierno reconoció oficialmente a la Asociación que, desde entonces, funciona bajo el nombre de Asociación Boliviano-japonesa San Juan de Yapacani y es casi imposible para los bolivianos pertenecer a esa asociación, ya que hasta la fecha, todos sus miembros son japoneses. Dependientes de la asociación, funcionan también las agrupaciones de jóvenes, de amas de casa, y los grupos de autovigilancia. Cuando la población de la colonia hubo alcanzado estabilidad económica, la Asociación boliviano-japonesa, por medio de las actividades de intercambio como: escuela de japonés o de JAICA, desempeña la función de unificar a los japoneses residentes en la colonia. Pero a pesar de la labor desarrollada por la asociación, existe el problema de traslados continuos. Del total de japoneses que llegaron a la colonia (1.712 hasta 1985), 990 se mudaron. La proporción de japoneses que se establecieron con carácter fijo es del 41 por ciento. La mayoría salieron en los primeros años de la colonia, hacia Brasil o Argentina. Otros regresaban en seguida a Japón, sobre todo, a partir de 1970. Algunos se trasladaron a distintos lugares de Bolivia [202].

No obstante, en la colonia San Juan reside actualmente un número mucho mayor de bolivianos que de japoneses, y en el futuro no es de esperar la llegada de emigrantes de Japón; lo cual hará que la situación cambie.

Por otra parte, debido a la crítica situación económica por la que atraviesa Bolivia, se ha registrado un aumento de los casos de traslado

[202] *Ibidem*, pp. 94-95, 128-139. El 95 por ciento de los emigrantes (incluidos los de la segunda generación y de la tercera) todavía mantiene la nacionalidad japonesa.

temporal a Japón en busca de trabajo, en especial desde 1984. Incluso existen intermediarios para «colocar» a los trabajadores en empresas japonesas, por lo que cada vez hay más japoneses que buscan empleo en Japón. También se ha criticado repetidas veces al gobierno japonés por no aceptar simplemente a «trabajadores», si bien los que emigraron no tienen problemas tan serios porque conservaron su nacionalidad japonesa y están libres de problemas legales, como es el caso de los trabajadores de segunda o tercera generación que nacieron en Brasil.

Acerca del papel de los japoneses en la sociedad boliviana y a la opinión que sobre ellos tienen los bolivianos, han surgido ciertos problemas que se han ido agravando, como son: los salarios excesivamente bajos que pagan los japoneses a sus empleados bolivianos, y la invasión de bolivianos a la colonia, en las partes que los japoneses no pudieron desarrollar. Otro de los problemas es la educación para los japoneses residentes en Bolivia, ya que por un lado es difícil y a veces poco práctico conservar durante generaciones una educación en japonés y «a la japonesa» y, por otra parte, los japoneses residentes en Bolivia no tienen un concepto muy halagüeño respecto a la cultura y la sociedad de ese país. Esta situación provoca también cierta incapacidad de adaptación a la sociedad boliviana. Como se explicó anteriormente, los emigrantes japoneses que llegaron a Bolivia después de la guerra, formaron una colonia con una estructura característica: el «pueblo japonés» funcionando independiente del gobierno de Bolivia. Estos emigrantes, en su mayoría, no tenían buena opinión acerca de la sociedad boliviana; es más, la generación que dirige actualmente la colonia, no ha cambiado en mucho su opinión acerca de Bolivia. En el proceso de formación de la colonia, los japoneses emplearon bolivianos y éstos han formado caseríos en la periferia de la colonia japonesa. Algunos japoneses tienen relaciones igualitarias con los bolivianos, ya que éstos se dedican a vender productos agrícolas japoneses; y en algunos casos existen relaciones de confianza entre unos y otros. Pero, en general, los japoneses opinan que asimilar la cultura boliviana es rebajarse. A este respecto, la nueva generación japonesa, los nacidos ya en Bolivia, empiezan a mostrar una tendencia algo diferente. También debe mencionarse que los japoneses que emigraron desde Perú, antes de la Segunda Guerra Mundial (de los cuales, de la primera generación ya han fallecido casi todos, quedando miembros de la segunda, tercera y cuarta generación), residen en su mayoría en las provincias de Beni y Panto,

casi no hablan japonés y viven totalmente como cualquier boliviano. Estos japoneses no tienen ninguna relación con los de la colonia de San Juan, o con la colonia de Okinawa [203]. Estos dos tipos de emigración japonesa a Bolivia, y el proceso de entrada y ubicación en el país, ha conservado su forma original desde el principio hasta la actualidad, lo cual es un hecho histórico sumamente significativo.

Argentina y los japoneses

Los primeros japoneses

Makino Kinzo fue el primer japonés que llegó a Argentina después de la reforma de Meiji. Desembarcó en Buenos Aires en 1886, trasladándose posteriormente a la ciudad de Córdoba, en donde trabajó en la compañía de ferrocarriles durante más de treinta años [204]. Otros japoneses llegaron a Argentina poco después, pero casi ninguno de ellos se estableció allí.

El 3 de febrero de 1898, tras las negociaciones llevadas a cabo por el ministro japonés en Estados Unidos, Hoshi Toru, que era uno de los más fervientes defensores de la colonización japonesa, se firma el tratado de Amistad y Comercio entre Argentina y Japón. Como consecuencia de este Tratado, se inicia el movimiento emigratorio de japoneses hacia Argentina.

En 1899 llegó a Japón en visita oficial, el barco de guerra argentino *Sarmiento,* que hizo escala en diversos puertos japoneses. En su viaje de regreso a Argentina, el *Sarmiento* se llevó a dos jóvenes japoneses como marineros: Shinya Yoshio y Toriumi Chujiro. Ambos japoneses llegaron a Argentina en septiembre de 1900. Ogoshi Shigenori, cónsul japonés en Brasil que visitó Argentina en 1902, escribió un informe dirigido a Komura Jutaro, ministro japonés de Asuntos Exteriores. Según dicho informe, los dos jóvenes trabajaban, uno como em-

[203] Kawaji Ken'ichiro, «Amazon Joryu ni Nihon Jin o tazunete», *Iju Kenkyu,* n.º 19, Tokio, 1982, pp. 68-81.

[204] Gashu Kyuhei, *Argentina Doho 50 Nen Shi,* Tokio, 1956, p. 26.

pleado en una tienda y el otro como farmacéutico del Ministerio de Marina [205].

Como en Argentina no faltaban los emigrantes europeos, como españoles, alemanes, italianos, portugueses, etc., no se había permitido hasta entonces la entrada a emigrantes contratados. Por lo tanto, no había posibilidades para que los emigrantes japoneses carentes de medios entraran allí por intermediación de una compañía japonesa de emigración, como sucedía en otros países latinoamericanos. Durante la primera década de este siglo, fueron sólo unos pocos los japoneses que se establecieron en Argentina como empleados de firmas japonesas (por ejemplo «Shin Nihon», «Togo») asignados a la sucursal de Buenos Aires para comercializar objetos de uso diario y productos artesanales japoneses. Otros dos fueron enviados por el Ministerio de Comercio y según el informe de Mizuno Ryu, que viajó por Argentina en 1906, en esa época, tan sólo había allí 14 japoneses.

La situación cambió bruscamente a causa de la afluencia masiva de emigrantes japoneses. Sólo en 1909, más de 160 japoneses, emigrados en un principio a Brasil como colonos contratados, partieron de Santos con destino a Buenos Aires a fin de conseguir mejor salario y mejores condiciones de trabajo en Buenos Aires y en granjas del interior de Argentina. Diez de ellos continuaron hacia Uruguay. Los que se establecieron en Argentina, tuvieron que hacer frente a ciertas dificultades iniciales, pero al poco tiempo, gracias a las gestiones del cónsul honorario de Japón o de las compañías japonesas en Argentina, lograron trabajo en Buenos Aires o se establecieron en granjas como aparceros. Los salarios eran mejores que en Brasil: los nativos de Okinawa que trabajaban en las compañías azucareras, recibían de tres dólares a tres dólares y medio al día, y los empleados en Buenos Aires recibían cuatro dólares al día. Por tanto, los emigrantes japoneses informaban por carta a los que habían quedado en São Paulo, de las mejores condiciones halladas en Argentina.

Esta tendencia a trasladarse a Argentina no fue exclusiva de los emigrantes japoneses, ya que se convirtió en un fenómeno común a muchos emigrantes con destino a Brasil, cuyo pasaje estaba subvencio-

[205] Gashu, *ibidem*, pp. 27-29. Saga Ken Norin Bu Nogyo Shinko Ka, Saga Ken Kaigai Iju Shi, Saga, 1986, pp. 285-286.

nado económicamente por parte del gobierno de Sâo Paulo. Así, también los emigrantes italianos o españoles, se pasaban a Argentina después de llegar a Brasil con pasaje subvencionado [206]. Aparte de este tipo de emigrantes, había otros que entraban en Argentina tras haber trabajado y viajado por el mundo como marineros.

Trabajadores japoneses y germen del movimiento antijaponés

Cuando el barco de guerra japonés *Ikoma* visitó Argentina, uno de sus tripulantes, Shiga Shigetaka, famoso geógrafo, realizó un estudio sobre los japoneses que allí vio. Según su informe, «no hay nada que merezca la pena resaltar respecto a la categoría social y económica de los japoneses en Argentina». En total había unos trescientos. De ellos, quince tenían tiendas en la ciudad de Buenos Aires; dieciocho eran empleados de cafeterías; había un maestro de judo; dos jardineros empleados en el Jardín Botánico Municipal; un bonzo, y dos que poseían sus propias estancias (granjas), etc. Los demás trabajaban como jornaleros. Ito Seizo, uno de los residentes japoneses en Argentina quien había adquirido un rancho con capital traído desde Alemania, informó al gobierno japonés acerca del movimiento antijaponés que había surgido en América del Norte, recomendando se ejerciera cierto autocontrol por parte del gobierno japonés sobre el envío de emigrantes hacia Suramérica, ya que los jornaleros japoneses, la mayor parte de ellos procedentes de Brasil, empezaban a tener conflictos con los trabajadores europeos; la razón era simple: cobraban salarios más bajos; eran resistentes a las condiciones duras del trabajo; eran estoicos, incluso vivían en tiendas de campaña, por lo que ahorraban más que los europeos, hallándose pronto en condiciones de independizarse laboralmente, lo cual era germen de muchas envidias. Ito Seizo opinaba que, al igual que había sucedido en Estados Unidos y en Canadá, con el aumento de emigrantes japoneses, aumentaban también los problemas y disensiones en la sociedad argentina. Para evitar problemas innecesarios, Ito recomendaba el envío de emigrantes en colaboración con ca-

[206] *Imin Chosa Hokoku*, vol. 5, Tokio, 1910, pp. 45-46.

pitalistas japoneses [207]. Cuando el propio Ito intentó admitir ocho familias japonesas para su granja, se vio obligado, por consejo de sus amigos argentinos, a limitar la participación de japoneses a un número máximo de tres al año [208]. Es de suponer, pues, que el gobierno argentino estuviera ya muy sensibilizado ante el tema japonés y contemplara con recelo la llegada de emigrantes japoneses sin recursos, como los que entraban desde Brasil, Perú, Chile, etc. Un artículo del diario argentino *La Nación,* publicado en 1909, mostraba la preocupación de Argentina sobre la posible entrada de emigrantes japoneses. En dicho artículo, se insistía en la conveniencia de impedir la entrada de los japoneses por las siguientes razones: El gobierno japonés estaba interesado en fomentar la emigración de sus súbditos hacia el Continente Americano a causa de la superpoblación en Japón; los trabajadores japoneses en Norteamérica habían producido enfrentamientos con los trabajadores de origen europeo, aceptando salarios inferiores a los demás. Los japoneses nunca podrían adaptarse completamente, ni fusionarse a la sociedad americana por ser de distinta raza. Y, finalmente, su presencia incrementaría el malestar social y los enfrentamientos laborales [209].

Sin embargo, en Argentina existía una fuerte demanda de mano de obra, y por ello la presencia de trabajadores japoneses no causó enfrentamientos serios con los otros trabajadores. Además, un número bastante elevado de japoneses contrajeron matrimonio con argentinas de procedencia no japonesa: Según un libro de Gashu, entre los 150 japoneses que habían alcanzado cierta prosperidad en Argentina, se conocía la nacionalidad de la esposa en 62 casos, y en 19 de ellos la esposa no era japonesa [210]. Esto significa que más del 30 por ciento de los matrimonios eran mixtos. Resulta un porcentaje bastante alto, comparándolo con el de otros países latinoamericanos. Por tanto, en Argentina nunca llegó a formarse un movimiento que requiriera una acción directa por parte del gobierno como fue el caso en Estados Unidos y Canadá.

[207] Ito Seizo, «Argentina Koku no Nogyo», «Boeki oyobi Shokumin» pp. 9-11, *Imin Chosa Hokoku* vol. 5.

[208] Nihon Gaiko Monjo 43-kan 2-satsu, Tokio, 1962, pp. 332-333.

[209] *Ibidem,* pp. 330-33.

[210] Gashu, *Ibidem,* pp. 280-406.

Establecimiento y sociedad formada por los japoneses

Los emigrantes que llegaban a Argentina, se establecían principalmente en ciudades como Buenos Aires, Rosario, y Córdoba, empleándose como criados, obreros en fábricas, camareros en cafeterías, jardineros, hortelanos, etc. En 1910, entre 140 y 150 japoneses trabajaban en la azucarera de Rosario. Había otros japoneses trabajando en el rancho de Carlos Guerrero, en Juancho, cultivando patatas, manzanas, etc. El número de japoneses en Argentina, según el informe oficial del Consulado japonés, llegó a ser de más de mil en los últimos años de la primera década del siglo, reduciéndose a unos 400 en 1910.

En cuanto al salario percibido, y al contrario de lo que ocurría en Norteamérica, no había grandes diferencias entre el de los japoneses y el de los trabajadores de origen europeo. Según un informe elaborado al final de dicha década, el jornal percibido por los empleados de la industria (herrerías, fábrica de conservas, zapaterías, fábricas de tejidos, etc.) era de cinco a seis pesos diarios; servicio doméstico, de 50-80 pesos al mes, chófer de familia acomodada, 150 pesos; cocinero de la misma, 80-150 pesos, y jardinero, de 50 a 100 pesos.

Considerando el cambio de la época, en 1918, 1 yen japonés equivalía a 1,17 pesos, o sea 0,45 dólares. El jornal normal de los obreros de las fábricas en Japón en 1918 era 0,75-1,2 yenes; por lo que un jornal normal de 5 pesos en Argentina, equivalía a unos 4,3 yenes, es decir, de cuatro a seis veces más. Y en el caso de los criados, esta diferencia alcanzaba de cinco a diez veces más. Así, a los emigrantes japoneses en Argentina les era factible ahorrar y enviar dinero a su familia, lo que no era tan fácil para los otros japoneses establecidos en los demás países de Latinoamérica.

A partir de 1910, muchos emigrantes japoneses empezaron a abrir comercios en las ciudades, como cafeterías, tintorerías, hospederías, pequeños restaurantes, etc. En el campo, adquirían su propio terreno para dedicarse a la agricultura.

La Primera Guerra Mundial favorecería mucho el desarrollo económico de Argentina y de los japoneses allí instalados, quienes, por otra parte, ya gozaban de unos salarios relativamente altos. Así, en 1920, en Buenos Aires y sus alrededores se contaban ya un total de 26 cafeterías propiedad de japoneses. Otros japoneses empezaron a dedicarse a la floricultura, si bien a pequeña escala.

La buena situación económica de que disfrutaba Argentina durante la Primera Guerra Mundial favoreció también el establecimiento de sucursales de las grandes firmas y bancos japoneses en Buenos Aires. En 1917, la compañía Osaka Shosen inauguró una línea marítima directa desde Japón y en 1918 se abría el consulado japonés en Buenos Aires. El número de japoneses era entonces de unos 1.600 que aumentaron a casi 2.000 en 1920.

Población japonesa en Argentina

Año	Población	(Hombres, mujeres)
1900	4*	
1905	15*	
1911	260	(209, 51)
1912	260	(209, 51)
1913	642	(535,107)
1915	903	(761,142)
1916	750	(670, 80)
1917	1.479	(1.242,237)
1919	1.580	(1.285,295)
1920	1.958	(1.571,387) [211]

A medida que aumentaba el número de japoneses, empezaron a crearse *Kenjin-kai* o asociaciones regionales que agrupaban a los emigrantes procedentes de la misma provincia. También se formaron *Seinen-kai* o asociaciones de jóvenes.

Asimismo, se crearon gremios que agrupaban a los japoneses según su ocupación o profesión. Dichos organismos tenían sus propias publicaciones y boletines. Al aumentar el número de lectores potenciales, comenzaron a publicarse periódicos japoneses en Argentina. Sin embargo, los japoneses residentes en Argentina no siempre mantenían relaciones cordiales entre ellos, a veces por la diferencia de estatus social o incluso por la diferencia de objetivos que les habían llevado a Argentina.

[211] Por los datos de Teikoku Tokei y Gashu, *ibidem*.

Desarrollo de la actividad laboral de los japoneses

Una vez terminada la Primera Guerra Mundial, la actividad económica de Argentina empezó a decrecer poco a poco. Esta depresión económica provocó la retirada de las sucursales de grandes firmas japonesas afincadas en Buenos Aires. Sin embargo, otros emigrantes japoneses experimentaron un desarrollo gradual y constante en su actividad. Por ejemplo, en 1924, cuando llegaron rumores e informaciones sobre el encarecimiento del algodón en rama, algunos japoneses emprendieron el cultivo de algodón en la provincia de Chaco. A principios de los años de 1920, otros ya se habían establecido en la provincia de Misiones impulsando el cultivo de hierba mate.

Los floricultores japoneses, extendieron sus actividades instalándose en los solares desocupados de terrenos de la periferia, paralelamente al crecimiento urbanístico de la ciudad, ya que a medida que se desarrollaba su actividad en la floricultura tenían necesidades de terrenos más amplios y propicios. En 1930 había 48 floricultores japoneses independientes. En los alrededores de Buenos Aires, otros japoneses se dedicaban al cultivo de hortalizas.

En la misma ciudad de Buenos Aires, había cien cafeterías de japoneses, otras cien tintorerías en 1930, y más de ciento cincuenta japoneses trabajaban como taxistas ya en 1927. Otros intervinieron en la industria, abriendo fábricas de tejidos de seda, o bien comercios de porcelana.

Muchos emigrantes japoneses, emigrados directamente a Argentina, preferían emplearse por cuenta ajena en establecimientos, oficinas o haciendas, incluso en el caso de haber llevado consigo cierto capital. Solamente cuando conseguían ahorrar más dinero por su trabajo en Argentina o bien adquirido mayor preparación o conocimientos más especializados de los que tenían a su llegada, decidían abrir su propio negocio: cafetería, tintorería, floristería, etc. Los que al emigrar eran solteros, volvían por lo general a Japón a buscar su cónyuge; o bien la reclamaban desde Argentina, una vez que, por medio de familiares, amigos o intermediarios se habían intercambiado cartas y fotografías. También eran frecuentes, como ya se apuntó más arriba, los matrimonios mixtos de japoneses con mujeres argentinas de procedencia europea. Después de contraer matrimonio muchos se establecían por su cuenta, abriendo un comercio.

Pasaportes expedidos con destino a Argentina

Año	Número	Año	Número
1905	0	1925	123*
1906	0	1926	182*
1907	13	1927	262*
1908	6	1928	387*
1909	1*	1929	430*
1910	2*	1930	489*
1911	14	1931	362*
1912	30	1932	239*
1913	123	1933	135*
1914	41*	1934	112*
1915	62	1935	201*
1916	183	1936	349*
1917	155	1937	307*
1918	188	1938	288*
1919	231	1939	187*
1920	68	1940	183*
1921	94	1941	124*
1922	81	1942	0
1923	66*	1943	0
1924	123	1944	0
		(*: sólo emigrantes)	

Fuente: Kokusai Kyoryoku Jigyo-dan (JAICA), Kaigai Iju Tokei.

Colonias japonesas y emigración colectiva

Mientras aumentaba el número de japoneses que se establecían independientemente en las ciudades o sus alrededores, eran muy pocos los que poseían su propio rancho o hacienda en gran escala. Este hecho, si duda alguna, significa que a los emigrantes japoneses les faltaba capital suficiente para conseguir la enorme cantidad de terreno requerida en Argentina para explotar una hacienda. No cabía duda de las indudables ventajas que podía reportar el establecimiento de una colonia japonesa de emigrantes para la explotación agrícola en gran escala. Por ello no tardó en plantearse la posibilidad de organizar oficialmente la emigración colectiva y proceder a la fundación de una colonia con el apoyo del gobierno y del capital japonés.

El primer intento de establecimiento de una colonia japonesa con terreno propio, lo emprendió Tanaka Seinosuke de Kagoshima, quien planificó construir una «colonia japonesa» de 50 (según otro documen-

to), de 130 familias japonesas en un terreno de 2.500 hectáreas en Misiones, cuyo propietario era un administrador de la Guatechebez. Tanaka pidió ayuda para el proyecto al Consulado japonés en Buenos Aires y al director de una firma japonesa del puerto de Valparaíso, requiriendo también la colaboración de su padre en Japón. En los últimos días de junio en 1915, en Kagoshima, reclutó voluntarios para participar en el proyecto de colonización, publicando, a tal efecto, un artículo titulado «La gente de Satsuma (actualmente Kagoshima) en Argentina», en el periódico *Kagoshima Shinbun,* de la ciudad de Kagoshima. Aunque más de mil japoneses mostraron interés en esta colonización y se suscribieron, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón, basándose en una serie de informaciones recogidas acerca del plan, se decidió a no dar permiso de emigración colectiva a Argentina. Así fracasó el primer intento de colonización japonesa a gran escala en Argentina.

En 1923, dos japoneses, animados por el estímulo del gobierno argentino, emprendieron el cultivo de algodón, adquiriendo un terreno de 20 hectáreas en la provincia de Chaco. Poco tiempo después, un funcionario japonés, Ishii, acompañando a una misión oficial en visita a la provincia de Chaco, patrocinada por el gobierno de Argentina, informó sobre la posibilidad del cultivo de algodón en Chaco. A tal fin, cierto número de japoneses adquirieron allí terrenos y procedieron a trasladarse. Mientras tanto, aumentó el número de japoneses que se establecían en la provincia de Misiones para el cultivo de hierba mate.

Por su parte, Ishii, hizo venir de Japón a Yokomichi Kinichiro quien, previamente, había dirigido en Buenos Aires la sucursal de una firma japonesa. Una vez de regreso en Argentina, Ishii lo colocó al frente de un grupo de emigrantes japoneses jóvenes que se instalaron en un terreno propiedad del Estado y cedido [212] a tal efecto en la provincia de Chaco.

Mientras tanto, se fundó la *Nichia Takushoku Gaisha,* Sociedad Colonial Argentina Japonesa, gracias a la actividad desplegada por el ya mencionado Ishii. La nueva sociedad colonial decidió adquirir unas 10.000 Ha. de selva virgen en las Palmas, Chaco, con un millón de yenes de capital, para el futuro cultivo de algodón. La *Nichia Takusho-*

[212] Nihon Gaiko Monjo, *Taisho 4-kan,* Tokio, 19!!!, pp. 348-?.

ku Gaisha envió a Argentina unos cuarenta jóvenes japoneses que, al principio, trabajaban a sueldo en el terreno de otros japoneses ya establecidos en Chaco, para adquirir experiencia; a continuación se les dio la oportunidad de dedicarse a la explotación del terreno de dicha sociedad. Sin embargo, el resultado fue negativo y todos ellos regresaron a Buenos Aires. Por su parte, Yokomichi, colocado al frente del proyecto en Argentina, y no satisfecho con la actuación de la sociedad, decidió regresar a Japón, en 1930, abandonando la colonia. Paulatinamente, muchos de los allí establecidos fueron abandonando el terreno cedido por el Estado y, al parecer, finalmente sólo quedó allí una familia. La sociedad acabó por liquidarse en 1933 sin haber cosechado prácticamente ningún éxito.

El gobierno argentino, enfrentándose a la crisis económica mundial y al descenso vertiginoso de las exportaciones de carne y grano, impuso restricciones a la entrada de los emigrantes a partir de 1930. Por otro lado, Japón, convertido en país imperialista, procedía a la invasión de Manchuria, tras el ya conocido «incidente de Shenyany», ocurrido en 1931 y que produjo la guerra China. En esas circunstancias el gobierno japonés estimulaba la emigración de sus súbditos a Manchuria por lo que decreció de forma relativa el flujo de emigrantes hacia América Latina. Sin embargo, el caso de Argentina fue algo especial, comparándolo con otros países del Nuevo Continente. Y, aunque desde 1931 hasta 1934, continuó disminuyendo el número de emigrantes japoneses por las circunstancias ya descritas, se volvió a experimentar un aumento entre 1935 y 1937. La causa era muy clara: el gobierno japonés tuvo que hacer frente al movimiento antijaponés y a las restricciones impuestas para la admisión de emigrantes japoneses, no sólo en América del Norte, sino en ciertos países de América Latina, como México, Perú y Brasil. Por todo ello, trató de dirigir la emigración hacia Argentina y Paraguay, donde existían menos restricciones y donde el movimiento antijaponés era prácticamente inexistente. El mismo Ministerio de Asuntos Exteriores estimuló la emigración de jóvenes japoneses con destino a las haciendas para hacerles adquirir práctica en esa nueva forma de agricultura.

En cuanto a otros sectores de la economía también se intentó canalizar la marcha de otros jóvenes que deseaban obtener experiencia en el comercio exterior con el fin de que, en un futuro, pudieran dirigir y aconsejar a otros emigrantes japoneses a su llegada a América Latina. A

pesar de estos planes, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial interrumpió todos los proyectos. No obstante, los japoneses residentes en Argentina no iban a experimentar las consecuencias del movimiento antijaponés, ni serían victimas de detenciones en campos de concentración como en Estados Unidos, por ejemplo. A pesar de esta situación relativamente favorable, no les era posible establecer contacto con su patria ni obtener ningún tipo de apoyo o fomento a su actividad.

Después de la Segunda Guerra Mundial

Después de la Segunda Guerra Mundial, la emigración japonesa en Argentina se reanudó por medio del sistema de *yobiyose* o «reclamo» hecho por los japoneses ya establecidos, que se dedicaban, en su mayor parte a la floricultura o al cultivo de hortalizas. Por medio de este sistema, se trataba de satisfacer la demanda de mano de obra, por una parte, ya que ésta escaseaba en la agricultura y, por otra, se daba oportunidad a otros japoneses, parientes o amigos, de escapar de la precaria situación económica por la que atravesaba Japón después de la contienda. Sin embargo, el gobierno argentino prohibía la entrada de inmigrantes en cien kilómetros desde Buenos Aires, para evitar la excesiva concentración de población en su capital. La solicitud de permiso de *yobiyose,* debía cursarla directamente el patrón interesado a través de la Oficina de Emigración en Buenos Aires. Teniendo en cuenta que las haciendas estaban siempre alejadas de la capital y que, en muchos casos, el patrón que deseaba reclamar la venida de algún compatriota, no siempre dominaba suficientemente el idioma, a veces los obstáculos obligaban a abandonar el proyecto.

En 1953 se fundó la Takushoku Kyodo Kumiai, la Cooperativa Colonial Argentina, a la cual se le otorgó entidad legal para realizar todos los trámites de reclamo y tramitación de permisos, así como para la introducción de emigrantes japoneses, sustituyendo así a los patrones interesados en efectuar *yobiyose* a favor de otros japoneses, a través de la Asociación *Nihon Kaigai Kyoryoku Rengo-kai.*

Dicha entidad mantenía relación con la *Nihon Kaigai Kyoryoku Rengo-kai,* establecida en Japón, canalizándose así el reclutamiento de emigrantes desde Japón a Argentina. El gobierno argentino había impuesto un número limitado a la admisión de japoneses: sesenta personas cada dos años.

En 1955, se estableció la *Nihon Kaigai Iju Shinko Kabushiki Gaisha,* Sociedad Promotora Japonesa de Emigración al Extranjero, S.A., con el fin de adquirir terrenos que serían vendidos por parcelas a emigrantes japoneses, llegados en régimen de «emigración colectiva», y a quienes se pretendía conceder subsidios y fomento económico; con ese fin, la sociedad compró un terreno en Gualuapé y, desde 1959, inició la búsqueda de aspirantes que quisieran comprar terrenos allí, aprovechando el permiso concedido por el gobierno a la firma Argentina Takushoku Kumiai para la entrada de 400 familias japonesas como inmigrantes. En Japón se vendieron 75 parcelas de un total de 97. Otras 12 parcelas fueron adquiridas por japoneses ya establecidos antes de la guerra.

La Nihon Kaigai Iju Shinko Kabushiki Gaisha, compró en 1950 otro terreno para emigrantes japoneses, que iba a llamarse luego *Andes Iju-chi* (colonia los Andes). En 1967, se adquirió otro terreno por la *Kaigai Iju Jigyo Dan,* sucesora de Nihon Kaigai Iju Shinko Kabushiki Gaisha, el cual se llamó *Esperanza Iju-chi,* colonia de Esperanza.

Sin embargo, a mediados de los años de 1960, el movimiento emigratorio japonés disminuyó sensiblemente, vendiéndose solamente 26 parcelas de 69, en dicha colonia de los Andes.

El número de familias japonesas que entraron a Argentina con el fin de establecerse en una colonia fue sólo de 15. En el caso de la colonia de Esperanza, todos los que participaron allí en la explotación y colonización, eran japoneses previamente establecidos en Argentina.

A continuación se muestran los datos acerca del número de pasaportes expedidos en Japón, con el fin de emigrar a Argentina en la época de postguerra:

Año	Núm.	Año	Núm.	Año	Núm.	Año	Núm.
1945-50	908	1960	169	1970	82	1980	593
1951	1.359	1961	295	1971	196	1981	544
1952	638	1962	314	1972	282	1982	266
1953	424	1963	304	1973	168	1983	166
1954	420	1964	243	1974	283	1984	264
1955	690	1965	251	1975	611	1985	269
1956	343	1966	248	1976	333	1986	330
1957	555	1967	148	1977	314	1987	359
1958	350	1968	74	1978	382	1988	319
1959	412	1969	95	1979	445		

Paraguay y los japoneses

Condiciones antes de la Colonia

La actividad de los japoneses antes de la fundación de la primera colonia japonesa, La Colmena, fue muy escasa. En 1934 había tan sólo 15 japoneses registrados en el Consulado, y aun incluyendo a los de segunda generación no sobrepasaban los 24. Tampoco se pueden sacar conclusiones a partir de sus tendencias ocupacionales. La distribución según su ocupación era: 2 administradores, 1 floristería y 1 lechería (sobre estas tres personas véase la *Historia del vigésimo aniversario*, pp. 206-7) 2 oficinistas, 1 carpintero, 1 albañil, 2 cultivadores de hortalizas, 1 mecánico, 4 empleados. Algunos de estos emigrantes procedían de América del Norte, Perú o Brasil, países adonde habían emigrado previamente. Una gran parte de ellos se introdujo en Paraguay, vía Argentina.

Entre todos fundaron la Colonia La Colmena, siendo los principales promotores las tres personas antes mencionadas. Pero su empresa no se vio coronada por el éxito.

Umetani Kotaku, director general de la Cooperativa de Colonización de Brasil, perteneciente a la Federación de Sindicatos de Emigración había propuesto el plan de colonización en Paraguay. Primeramente, se puso en contacto con la Embajada de Japón en Argentina, en relación a la venta de tierras a la compañía Hosei Fasaidi. Después, a instancias del embajador plenipotenciario, realizó un estudio sobre Paraguay en 1930, evaluando sus posibilidades en relación a otros lugares.

Como resultado, planificó la formación de una colonia japonesa en las orillas del Río de la Plata, para dedicarla a dos actividades principales: el cultivo del té Mate y del gusano de seda. De esta forma, organizó el plan de emigración colectiva para 30.000 familias japonesas (150.000 personas durante un periodo de 30 años). Este plan era tan gigantesco que, si bien se cumplió el envío de emigrantes, el proyecto no pudo completarse en su totalidad. (p. 201-3). Las empresas de ayuda al desarrollo industrial en el extranjero, actuaban de intermediarias en la actividad emigratoria hacia Latinoamérica y conscientes de las dificultades causadas por la baja de precios del café en Brasil, y de la

exclusión de emigrantes japoneses en dicho país, efectuaron un estudio en Paraguay, que publicó en 1934 el Ministerio de Desarrollo bajo el título «La Situación en la República del Paraguay». En base a dicho estudio y, teniendo en cuenta las condiciones desfavorables en Brasil, los abusos de las empresas de emigración y el aumento del desempleo, se preparó un plan de emigración a Paraguay.

La Colmena antes de la guerra

Dado que en julio de 1934 se promulgó la Ley de Restricción Bipartita para la Inmigración al Brasil, se impuso con carácter prioritario realizar estudios prospectivos para hallar un nuevo destino para los emigrantes japoneses. Ya en aquel entonces se habían realizado investigaciones acerca de las posibilidades de Paraguay, y por eso fue considerado el punto más adecuado para futuras emigraciones. Es así como se puso en práctica el establecimiento de la Colonia La Colmena. En la elaboración del proyecto participaron el Ministerio de Desarrollo, el Ministerio de Asuntos Exteriores, las compañías de Colonización para Brasil y los japoneses «influyentes» residentes en Paraguay. La decisión se tomó después de realizar un estudio acerca de las condiciones del lugar elegido. Sin embargo, se encargó del proyecto el Departamento de Colonización de Paraguay, formado, a su vez, por personal del Departamento de Desarrollo, y por enviados oficiales desde Brasil. Éstos, a su vez, trabajaban para la Asociación de los Sindicatos de Emigración, por encargo del Ministerio de Desarrollo en Brasil. De cara al exterior, la compra se hizo a nombre del Ministerio de Desarrollo de Brasil bajo la responsabilidad de la Asociación de Sindicatos de Emigración y del Departamento de Desarrollo en Paraguay, todo ello por encargo del Ministerio de Desarrollo de Japón. En octubre de 1935, el gobierno paraguayo admitió la entrada a 100 familias de emigrantes japoneses. Al año siguiente, hubo un cambio de gobierno, y éste decretó la prohibición de admisión y acogida a los emigrantes japoneses. Por un tiempo, se temió por el destino de estas 100 familias. Sin embargo, el 30 de abril de 1936 se aprobó oficialmente la inmigración por orden del presidente, según Decreto número 1.026. De mayo a julio llegaron de Brasil emigrantes miembros de varias compañías (en el primer gru-

po, 5 familias, 30 personas; en el segundo, 4 familias, 30 personas; en el tercero, 1 familia de 12 personas). Una vez incorporados, comenzaron a trabajar para la formación de la Colonia. En agosto del año siguiente se incorporó a la Colonia el primer grupo de 11 familias con 81 personas procedentes de Japón que llegaron en el buque *Santos Maru*. Posteriormente, en septiembre de 1941, llegó la remesa número 28, compuesta de 9 familias, en total, 54 personas. El número de emigrantes hasta entonces era de 750 personas en grupos de 116 familias. En sólo cinco años emigraron 126 familias, 782 personas.

Shoichi Kasamatsu escribió acerca de las condiciones de la Colonia La Colmena:

> La política de Japón, con respecto a este proyecto, no sólo es irracional en sí misma, sino que, por no haber dejado un margen de tiempo suficiente entre la decisión del proyecto y su ejecución, no fue posible realizar los preparativos de puesta en marcha, por lo que no podía esperarse que la construcción de la Colonia estuviera terminada, y las dificultades y problemas del primer año, a falta de una solución, continuaban existiendo durante el segundo año. Y los problemas del segundo año continúan actualmente... Por lo menos hubiera hecho falta un año para los preparativos. Si en 1935 se hubiese comprado la tierra, y comenzado a preparar el proyecto por parte de los empresarios, estoy seguro que se habría evitado el sufrimiento de los emigrantes y la colonia se hubiera desarrollado mejor.

Estas líneas fueron escritas a los diez años de la fundación de la Colonia.

Cuba y los japoneses

Explicación general

La primera emigración a Cuba se remonta al año 1900. Hoy en día, transcurridos más de 90 años desde esa primera emigración, el número total de emigrantes confirmados a lo largo de ese periodo el tan sólo de 1.150. Tanto en su conjunto como en comparación con otros países latinoamericanos, la emigración japonesa a Cuba ha sido escasa

y, después de la Segunda Guerra Mundial y de la Revolución Cubana, prácticamente nula.

No se tienen datos estadísticos totalmente exactos acerca del número de japoneses que emigraron a Cuba, pero los que han sido censados en ese país, son 1.146, de los cuales sólo 160 son mujeres.

Según la prefectura de procedencia, 199 proceden de Okinawa; 148, de Hiroshima; 146, de Kumamoto; 134, de Niigata; 82, de Fukuoka y 75, de Wakayama. Esta es una proporción que guarda gran similitud con la distribución por prefectura de origen entre los emigrantes japoneses a otros países latinoamericanos. En 1898 los emigrantes residentes eran 67. Se ha confirmado que 388 japoneses murieron en suelo cubano, lo que significa que un total de 691 salieron de su país [213]. La proporción de emigrantes japoneses que abandonaron Cuba después de emigrar es de más del 60 por ciento, siendo la de las mujeres del 14 por ciento. Esto nos indica que la intención de esos emigrantes no era residir permanentemente en Cuba. En 1908, Yamazaki Seiichi, cónsul general de Japón en Nueva York, advertía que en ese país se pagaban sueldos muy bajos, por lo que no resultaba recomendable emigrar allá. En todo caso, quizá resultara más conveniente para familias completas, sobre todo si disponían de cierto capital para emprender algún negocio. Sus opiniones, sin embargo, no fueron tomadas en consideración [214].

La emigración japonesa a Cuba puede dividirse en tres grupos muy definidos: los que provenían de otros países latinoamericanos; los que emigraban por Yobiyose o carta de llamada, y los emigrantes colectivos enviados por las agencias de emigración. En cuanto a los que procedían de otros países latinoamericanos se trataba, por lo general, de emigrantes cuyo país de destino original había sido México [215]. Éstos se trasladaban frecuentemente a Cuba para volver en muchos casos de nuevo a México. En su decisión influía la actuación de los empresarios estadounidenses que, debido a la inestable situación política en México, decidieron trasladar su capital a Cuba. Así, muchos japoneses sin trabajo fijo o que no habían podido establecerse en México, mar-

[213] Historia cultural de puerto de montaña, p. 10.

[214] Informe de la investigación sobre los emigrantes, n.° 6. Informe-investigación sobre Cuba, n.° 376.

[215] Ver apartado de México.

chaban a Cuba con la esperanza de conseguir un mejor trabajo. Hubo otros que se trasladaron incluso desde de Perú.

Después de 1941 no se produjo ninguna llegada de emigrantes japoneses [216]. El total de emigrantes no sobrepasó, por lo tanto, el número de 686 personas.

De los japoneses que llegaron a Cuba, un 60 por ciento lo hizo directamente desde Japón y el 40 por ciento restante desde otros países. Es notorio que la emigración a Cuba tuvo básicamente un carácter de traslado desde otros países latinoamericanos.

Después de la guerra no se registran emigrantes. Así, en 1968, su número había descendido a 590, para volver a 640, en 1987. De éstos, 204, son residentes fijos [217].

Cabe señalar que, al tratarse de cifras absolutas muy bajas, con escaso número de mujeres, y no haber existido una emigración continuada, no se llegó a la creación de ningún tipo de asociación de japoneses, ni de colonia japonesa. Esto hizo que esos japoneses se adaptaran más rápidamente a la sociedad cubana, sin perder por ello su identidad japonesa.

Emigración del primer periodo

Un saltimbanqui japonés, empleado por un alemán y que recorría Sudamérica con su espectáculo en 1870, fue posiblemente el primer japonés que entró en Cuba en la época moderna [218].

España fue el país que inició la emigración japonesa hacia Cuba. En septiembre de 1880, el ministro de la legación española visitó al Ministro de Asuntos Exteriores, mostrándole el Tratado de Emigración

[216] *Datos administrativos de la estadística sobre Emigración.* Empresa cooperativa internacional, n.° 811, 1989, 10. Sin embargo, es evidente que existe algún error en la estadística, pues la emigración en grupo hacia Cuba a través de la Compañía Promoción Ultramar, empezó en el año 1924. Pero las cifras están copiadas tal como aparecen, y por ellas se puede advertir la tendencia general de entonces.

[217] *Estadística de investigación sobre japoneses en el extranjero,* Edición del año 63 de Shôwa. Sección consular de emigración de la Secretaría del Ministro de Asuntos Exteriores.

[218] *Mirada retrospectiva de un cuarto de siglo de servicio fuera de Japón,* por Tosirô Fujita.

con China y ofreciéndole a Japón un tratado similar. Por supuesto, a España le interesaba la mano de obra japonesa para utilizarla en Cuba en sustitución de los emigrantes chinos [219]. Después de estudiar la oferta, el Ministerio de Asuntos Exteriores llegó a la conclusión de que Cuba era un país culturalmente inferior y que, por entonces, no parecía adecuado enviar emigrantes. En realidad, los emigrantes chinos en Cuba tenían un *estatus* similar al de los esclavos. Por lo tanto, se decidió no autorizar el envío de emigrantes japoneses.

No quedan muchos datos respecto al registro de los japoneses emigrados a Cuba. Existe la posibilidad de que algunos marineros japoneses llegaran a Cuba como tripulantes de barcos extranjeros. Un dato conocido es el acontecimiento del buque *Maine*, que «voló» el día 15 de febrero de 1898 en el puerto de La Habana y se convirtió en la excusa oficial para el estallido de la guerra entre España y Estados Unidos. En este incidente murieron siete marineros japoneses de los nueve que trabajaban en el buque [220].

Alrededor del año 1900, se produce el caso de Kôtaró Miyashita (Kôtarô Wakasa) quien se escapó de un barco argentino en el golfo de La Habana y desembarcó en Cuba. Generalmente estos son considerados como los primeros japoneses en Cuba. Otros consideran que Keitaró Ohira fue el primer japonés que pisó tierra cubana en 1903, procedente de México [221].

Hasta aquí se han dado datos; no obstante, parece que en Japón existía ya un cierto deseo de emigrar a Cuba o a Filipinas, entonces territorios de Estados Unidos desde principios de siglo. Así, el 17 de enero de 1903, el gobernador de la provincia de Kumamoto dirigió una interpelación al Ministerio de Asuntos Exteriores, sobre si estaban previstos permisos para la emigración libre, hacia Cuba y Filipinas. La respuesta del Ministerio llegó el 28 del mismo mes y decía que «en principio se puede dar el permiso, pero hay que tener en cuenta que existe la posibilidad de que algunos emigrantes tengan pensado en realidad emigrar a Estados Unidos, pretendiendo emigrar a Cuba» [222].

[219] NGK 16, pp. 331-6, NGK 19, pp. 453-4.

[220] NGK 37, pp. 242-71.

[221] *Historia cultural de Puerto de Montaña*, pp. 176. *Desarrollo de cien años de emigración* (tomo principal), «Evolución de nuestros compatriotas fuera de Japón», p. 167, Sección consular de emigración del Ministerio de Asuntos Exteriores, 1971.

[222] NGK 46, pp. 409.

Antes de 1907 no existió ningún registro donde constaran las salidas de emigrantes que iban directamente de Japón a Cuba. A partir de dicho año consta algo, pero los datos son muy escasos. Por otra parte, algunos emigrantes japoneses se trasladaban de forma esporádica desde México o Perú. Como no han quedado datos al respecto, no es posible determinar fehacientemente el volumen de estos movimientos. No obstante, los emigrantes trasladados desde México constituían sin duda el mayor número. Este hecho se debía a la Revolución Mexicana. Como ya se ha comentado en el apartado de México, en este país se alcanza un máximo de 10.000 japoneses en 1905.

A causa de la Revolución Mexicana, muchos japoneses fueron despedidos tras el cierre de las fábricas de azúcar de la *Tabasco Land and Development Company,* de Oaxaca, provincia de Velázquez. La compañía decidió trasladar entonces sus industrias a Cuba, si bien solamente 20 personas se trasladaron en esta ocasión desde México. La mayor parte de los japoneses emigraron a otros lugares, incluso antes del cierre y traslado de la fábrica. Es sabido que México constituía una zona de paso, a través de la cual los emigrantes procedentes de otros países se introducían subrepticiamente en Estados Unidos. Sin embargo, en 1907, Estados Unidos tomó medidas para impedir la entrada de emigrantes vía Canadá, Hawai y México. Esta nueva legislación hizo derrumbarse los planes de muchos emigrantes. El total de japoneses que se trasladaron desde México a Cuba durante todo el periodo de la Revolución (1910 a 1916) fue aproximadamente de 60 personas [223].

También en Cuba se advierte el fenómeno del establecimiento de los japoneses en las grandes capitales. Según consta en los datos, en 1905, había en La Habana una tienda de un japonés (Keitaró Ohira), en la cual se vendían productos japoneses y artesanía japonesa de bambú y caña. Otros estaban empleados en la fábrica de azúcar de Santa Clara, igual que en México. Entre estos japoneses están Tomisaburô Ogawa y ** Enomoto, que pensaban obtener un contrato con la compañía, para gestionar la emigración directa desde Japón. En 1918, 1925 y 1936, intentaron conseguir permisos para la venida de japoneses con destino a 25 fincas del Campo Constancia-Carmerina y 75 fincas de Campo Trinidad, las dos en Santa Clara.

[223] *Historia cultural de Puerto de Montaña,* pp. 152-4, 163-4.

En 1916, Ogawa consiguió el permiso para 75 emigrantes con destino a Cuba, pero la explotación de las fincas no resultó satisfactoria. Además, Ogawa enfermó de tuberculosis, por lo cual canceló su contrato, regresando a Japón donde falleció poco después [224].

Por su parte, Enomoto consiguió un contrato con su compañía para traer 350 japoneses, viajando a Japón para proceder a su reclutamiento. Justamente entonces, Cuba iniciaba un declive económico que liquidaba una etapa de expansión económica que siguió a la Primera Guerra Mundial. Al darse cuenta de las dificultades que se avecinaban, Enomoto telegrafió a Japón con el fin de atrasar la salida de los emigrantes. Éstos, que ya se habían inscrito y se hallaban preparados, ignoraron sus consejos, partiendo hacia Cuba, en donde les esperaban incontables dificultades [225].

El fracaso de la emigración en grupo y los barberos

La Compañía de Promoción Ultramar, fundada por la fusión de otras compañías grandes y pequeñas, envió a Cuba 380 emigrantes en régimen colectivo, desde 1924 hasta 1926 [226]. Esta compañía se convirtió realmente en una agencia gubernamental que ejecutaba la política nacional de emigración, ya que se trataba de hallar una solución al problema demográfico. Particularmente, Keitaró Ohira contribuyó mucho a la emigración en régimen colectivo. Procedía de México, desde donde se había trasladado a La Habana donde tenía un comercio de productos japoneses. Esta emigración a través de la Compañía de Promoción Ultramar se realizó en la época en que empezaba el declive de la prosperidad económica cubana. El aumento en el precio del azúcar después de la primera guerra mundial tuvo consecuencias desastrosas en el caso de Cuba. Los emigrantes se endeudaron con cifras de más de 400 yenes y, aunque resulta difícil la comparación, en la actualidad, esa cifra sería aproximadamente de un millón de yenes. Al serles imposible la subsistencia, la mayoría de los emigrantes debían trasladarse

[224] *Ibidem*, pp. 164-173.
[225] *Ibidem*, pp. 177-179.
[226] Compañías de Emigración y Compañías de Barcos; Naomasa Oshimoto, *Estudios sobre emigración*, 18, 1981.

a México o a otros países de América al poco tiempo de su llegada a Cuba. Algunos decidían regresar definitivamente a Japón [227].

Los japoneses que emigraban a Cuba bajo contrato con la Compañía Ultramar estaban obligados a trabajar al menos tres meses por un jornal de 1 dólar, 40 centavos. La mayor parte fue destinada a los cultivos de Trinidad en Santa Clara y allí se les obligó a recolectar una tonelada de cañas de azúcar, por cuya tarea se les pagaba sólo 67,8 centavos al día (estas cifras constan en una carta de denuncia por fraude, pero no puede asegurarse que dichos datos sean veraces). Como ejemplo, en los datos sobre la influencia de la crisis de la Bolsa de Nueva York consta que el día antes del pánico provocado por la caída de la Bolsa, los jornaleros ganaban 1 dólar 75 centavos al día. Un día después, no llegaba ni a un dólar. Por estos datos, parece excesivamente bajo un jornal de 67,8 centavos en el año 1925, aún tratándose de un jornal cobrado por emigrantes recién llegados a Cuba [228].

Aquellos japoneses que permanecieron en Cuba eran en su mayor parte empleados de las fábricas de azúcar en las provincias de Camagüey y Oriente. Ya se ha mencionado que, previamente, muchos se habían trasladado a los núcleos urbanos. Éstos que fueron a las ciudades se dedicaban preferentemente a la venta ambulante, a la jardinería, a la cocina, a la importación y venta de productos japoneses y poco a poco iban ampliando sus negocios. Al reunirse suficiente número de japoneses en un mismo lugar, en 1927 se fundó una Asociación de Japoneses en La Habana [229].

Era un hecho constatable tanto en Perú, como en Cuba, que muchos japoneses abrían barberías. En especial, muchos de aquellos que emigraron por contrato de la Compañía de Promoción Ultramar, abandonando las fincas de cultivo, pusieron negocios de barbería. En 1928, había registrados 784 japoneses en todo Cuba y según una investigación, había aproximadamente 60 establecimientos de este tipo. Es ló-

[227] *Historia de puerto de montaña*, pp. 209-218.

[228] *Ibidem*, pp. 211-214.

[229] Kenji Takeuchi es un caso muy especial. Pasó por Cuba en su camino a Estados Unidos adonde iba para estudiar, pero se quedó en Cuba, dedicándose a la jardinería durante casi toda su vida. Después de la Revolución, se dedicó a la explotación de una granja: Sierra de Rosario. «Flores y la Revolución», Kenji Takeuchi. *Diario Sankei Shinbun*, 13 de diciembre de 1989.

gico pensar, que no solamente el dueño trabajaba en la barbería, sino que, como solía suceder, su familia colaboraba ayudando. Por eso, más del 10 por ciento de los emigrantes japoneses ganaba su sustento ejerciendo esta profesión. El gremio cubano de barberos tomó entonces medidas contra el intrusismo de los extranjeros, imponiéndose un sistema de examen para todos los barberos. En el primer examen, suspendieron 49 barberos japoneses de los 58 que se presentaron y fueron obligados a cerrar sus negocios. Ante las protestas airadas de los que habían suspendido, considerando injusto el resultado del examen, Japón elevó una queja oficial y se convocó otro examen, aprobando esta vez la totalidad de los que se presentaron. Sin embargo, esta vez sólo se presentaron diez personas. La razón se debió a que los que fueron suspendidos en el primer examen y obligados a cerrar su negocio, no pudieron mantenerse al no contar con otro medio de vida, y tuvieron que abandonar el país o trasladarse al campo para trabajar como braceros [230].

Isla de Piñas

Desde el año 1908, aproximadamente, se produjo un movimiento de traslado de japoneses desde México o Perú a la isla de Piñas, algo distante de la isla de Cuba. Allí arrendaron el terreno monopolizado por el capital americano, cultivando pimientos, berenjenas y tomates que después exportaban con destino al mercado neoyorquino. En los informes sobre la investigación de Cuba elaborado por Yamazaki (a quien ya se ha mencionado anteriormente), se afirma que ese negocio resultaba ventajoso para los japoneses en Cuba, sobre todo el cultivo de hortalizas como repollos, berenjenas, tomates, etc. [231].

En la temporada de recolección de frutas, los japoneses trabajaban como jornaleros en las huertas fructícolas administradas por el capital americano; también conseguían jornal extra colocando pomelos en sus cajas. El cultivo en general resultaba difícil pues la tierra de la Isla, al ser poco fértil, necesitaba de abonos y productos químicos para que

[230] *Historia cultural de Puerto de Montaña*, pp. 220-228.
[231] *Informes de investigación sobre emigrantes*, n.° 6, pp. 352.

no se agotara. Además, la tierra no resistía un periodo largo de cultivo, por lo que era preciso alternar de un campo a otro en un periodo de aproximadamente cinco años. El sistema de arrendamiento de los campos a la compañía de capital americano, acrecentaba la tendencia a los traslados, pero en general era un sistema bastante conveniente. Este fenómeno se registraba también en otros lugares poco fértiles de los países de Centro y Sur de América [232].

La crisis económica de Estados Unidos afectó muy directamente a los emigrantes japoneses de la isla, quienes cultivaban en su mayoría hortalizas con destino al mercado neoyorquino. Hubo muchas dificultades para obtener préstamos para compra de abonos y productos químicos imprescindibles para la agricultura, y la cotización de los productos era siempre inestable. En 1934, aproximadamente 70 emigrantes invirtieron su dinero en grupo, fundando la Matsushima Cooperativa Agrícola de japoneses. Dicha cooperativa fue oficialmente reconocida por el gobierno. El objetivo de la cooperativa era repartir entre todos los socios los préstamos para el trabajo agrícola, hipotecando el capital reunido o el beneficio de la venta de los productos. Sus esfuerzos dieron buenos resultados y después de unos años, la vida de los cooperativistas se hizo más estable. Pero en 1941, con el estallido de la guerra entre Estados Unidos y Japón, Cuba (que estaba totalmente bajo influencia del capital americano) se vio obligada a declarar la guerra contra Japón de forma inmediata. Sufrieron un estricto control y comenzaron las restricciones y conflictos. Un americano que manejaba el transbordador, se negó a transportar las hortalizas de la isla. Después en 1943, la cooperativa japonesa se disolvió, ya que todos sus miembros se hallaban recluidos en campos de concentración [233].

Después de la guerra, las compañías de capital americano enviaban directamente en avión las hortalizas a Nueva York. Los japoneses no tenían ninguna posibilidad de decisión, por lo que debían conformarse a cambiar el destino de las hortalizas que cultivaban, según la demanda interior de Cuba [234].

[232] *Historia cultural de puerto de montaña*, pp. 185-202.
[233] *Ibidem*, pp. 237-240.
[234] *Ibidem*, pp. 299.

La Segunda Guerra Mundial y los campos de concentración

Según datos del 1 de octubre de 1940, la población japonesa en Cuba era de 465 varones y 193 mujeres; un total de 658 personas. Todos sufrieron un duro golpe por el estallido de la guerra [235].

El 10 de diciembre de 1941, el gobierno cubano declaró la guerra contra Japón y dos días más tarde, arrestó y detuvo a 14 japoneses, principalmente aquellos que ejercían una actividad comercial en La Habana. Después serían puestos en libertad durante cierto tiempo, pero, el 16 de abril del siguiente año, volvieron a ser arrestados otra vez doce personas y fueron recluidos en campos de concentración. En nueve ocasiones, unos 350 varones y tres mujeres fueron enviados a campos de concentración (nueve de esos varones y dos de las mujeres eran japoneses de segunda generación, es decir, nacidos en Cuba). Se les recluyó en la Prisión Modelo, bajo la acusación de ser agentes de espionaje y dándoles trato de delincuentes. La característica de los campos de concentración en Cuba era que allí estaban recluidos todos los japoneses de primera generación y los varones de más de 18 años (excepcionalmente, tres mujeres fueron encarceladas sin que se les explicara el motivo). La orden de encarcelamiento se extendió a alemanes e italianos y ninguno fue puesto en libertad hasta que Japón fue derrotado oficialmente. El estilo de los campos de concentración cubanos era diferente de los de Estados Unidos y además es patente que Cuba procedió a recluir a los japoneses, empujada por la presión de los Estados Unidos [236].

La puesta en libertad de los japoneses recluidos en los campos comenzó a finales de 1945, terminando en marzo del año siguiente (las mujeres japonesas fueron puestas en libertad en mayo de 1945 junto con las mujeres alemanas, tras la derrota de Alemania), una vez liberados, se les obligó a regresar al lugar donde residían antes de la guerra. También se aplicaron medidas de protección y vigilancia [237]. Exceptuando unos pocos con suerte, a la mayoría se les confiscaron sus pro-

[235] «Evolución de nuestros compatriotas en Ultramar», *desarrollo de cien años de emigración,* tomo principal, pp. 167, Sección consular de emigración del Ministerio de Exterior, 1971.

[236] *Historia de Puerto de Montaña,* pp. 243-252.

[237] *Ibidem*, pp. 290.

piedades, viviendas, campos. En algunos casos, se encontraron con que sus bienes se habían vendido, por lo que tenían que empezar de nuevo. Pero el mayor obstáculo los constituyó la ley de nacionalización del trabajo, promulgada en noviembre de 1933 y que obligaba a que un 50 por ciento de los trabajos fueran para los naturales del país. Debido a esta ley, no les fue posible volver ni siquiera a las fábricas de azúcar. Por eso, la mayoría de los japoneses se trasladaron a las grandes ciudades como La Habana, para buscar trabajo. Otros se dedicaron a la horticultura o la floricultura en cultivo intensivo y, el resto no tuvo más remedio que trabajar como jardinero, cocinero, tintorero, peluquero, empleado de tienda de objetos japoneses u hospedero; lo mismo que otros japoneses del resto de países de centro y sur de América, que se trasladaban a las grandes ciudades. Muchos japoneses optaron por solicitar la nacionalidad cubana para evitar ser controlados por esta ley. (En 1988, de 64 japoneses de primera generación, sólo había dos personas de nacionalidad cubana, 22 personas de doble nacionalidad y 40 personas de nacionalidad japonesa. No es un dato sin importancia el hecho de que más del 60 por ciento de emigrantes no solicitaron la nacionalidad cubana, a pesar de los problemas y obstáculos que representaba para ellos mantener su nacionalidad) [238].

La Revolución cubana

Con motivo de la Revolución de Cuba, 12 japoneses abandonaron la Isla, y seis de ellos pidieron asilo político en Estados Unidos [239].

Cuando estalló la Revolución, la mayoría de los japoneses residían en La Habana, en las provincias de Camagüey, Las Villas y de Pinar del Río. Parece ser que ningún japonés participó directamente en la Revolución. Después vendría la expropiación de sus tiendas y su posterior nacionalización o la limitación de posesión de tierras. Sin embargo, parece ser que no hubo ninguna diferencia de trato con los cubanos [240].

[238] *Ibidem*, pp. 291-299.
[239] *Historia cultural de puerto de Montaña*, p. 312.
[240] *Ibidem*, pp. 308-311.

Actualmente, casi la mayoría de los japoneses de primera generación son pensionistas retirados y los de segunda generación son totalmente cubanos y participan activamente en la sociedad cubana[241].

Debido a que el número de emigrantes japoneses a Cuba fue escaso y por el hecho de haber convivido en suelo cubano con emigrantes procedentes de más de 20 países, se adaptaron relativamente bien a la sociedad cubana. Especialmente los japoneses de segunda y tercera generación, se sienten totalmente cubanos. Pero si tenemos en cuenta que más del 60 por ciento ha conservado su nacionalidad japonesa, podríamos llegar a la conclusión de lo importante que sigue siendo para estos japoneses preservar su identidad de origen, aunque ésta no les sirva ya de nada y, en todo caso, sólo pueda representar un obstáculo para su vida en Cuba[242].

[241] Hilario, el hijo mayor de Chikashi Ogawa, que se marchó a Cuba desde Kumamoto en 1937, trabajaba como gerente en una fábrica de azúcar. «Los descendientes de japoneses que viven en Cuba». *Diario Sankei Shinbun,* 13 de diciembre de 1989.

[242] *Ibidem*, pp. 313-316.

RESUMEN Y COMENTARIOS

La presencia japonesa en el Continente Americano se remonta, posiblemente, a las primeras migraciones a través de Siberia. Se tienen datos más concretos acerca de la presencia de náufragos japoneses que, de una u otra forma, desembarcaron después en el Continente Americano e incluso vivieron allí largo tiempo. A estos primeros visitantes hay que añadir los miembros de la misión enviada por el señor feudal Date Masamune, los cuales emprendieron viaje a Europa, a través de Filipinas y México. En la segunda mitad del siglo XIX, tras los cambios experimentados por la política Tokugawa, la apertura del país y el contenido de las relaciones internacionales con otros países, el gobierno japonés envió misiones de estudio a América. Algunos de los que viajaron en esas expediciones se refirieron en detalle a la vida americana, describieron también a sus gentes y la impresión que les había causado esa cultura nueva para ellos. Sin embargo, no sería hasta después de realizada la Reforma Meiji, y tras el paulatino cambio de las relaciones internacionales japonesas cuando puede hablarse de un movimiento emigratorio organizado y canalizado desde Japón, con destino al Continente Americano.

La emigración japonesa se produce debido tanto a una situación interna del país, como a una situación específica en cada uno de los países receptores.

Refiriéndonos a Japón, la emigración está relacionada, por un lado, con el aumento de la población y por otro con el desfase económico producido con los cambios en la política económica del nuevo gobierno Meiji. Especialmente hay que tener en cuenta la influencia que tuvo

la crisis agraria tanto en la emigración al extranjero como en los movimientos migratorios dentro de Japón.

El nuevo orden político implantado en 1868 tenía encomendada la transformación de una sociedad feudal en una sociedad moderna y capitalista.

El hecho de llegar con retraso a la modernización y haberse visto obligado a aceptar las imposiciones de los países occidentales avanzados, produjo en Japón una ansia de «alcanzar» a Europa y Norteamérica y una urgencia en establecer rápidamente una sociedad moderna y próspera, con una fuerza militar poderosa.

Japón consiguió en poco tiempo formar una sociedad industrial, con un capital desarrollado a costa de sacrificar la agricultura. Sin embargo, la población agrícola alcanzaba todavía un 62 por ciento en 1907, y la mitad de la fuerza laboral total seguía perteneciendo a la agricultura en 1930.

Ideológicamente, el pensamiento «agrarista» japonés surgido en los primeros años de Meiji, se va afirmando cada vez más a partir de la década de 1920. Aquí y allá surgieron pensadores preocupados por el carácter «especial» de Japón y de los japoneses en contraste no sólo con Occidente, sino con otros países de Asia. Entre las características únicas de la sociedad japonesa estaba la homogeneidad étnica, la insularidad geográfica, la particular percepción de su pasado, y la figura del Emperador como autoridad político-religiosa, desempeñando tanto el papel secular como el de sacerdote supremo de la religión Shinto. Esta amalgama de características proporcionaron la base para el nacionalismo japonés de la época moderna.

Lo curioso es que el nacionalismo japonés que tanto iba a influir en las relaciones exteriores y en su política de emigración, surgió como tal precisamente al desvanecerse el relativo consenso que aportó la Restauración Meiji. Tras la caída del gobierno Tokugawa, hubo una colaboración bastante satisfactoria de todas las fuerzas sociales en general. Alrededor de 1920, esa armonía social había desaparecido. El sector laboral entró en conflicto con el capital; las relaciones entre los terratenientes y los aparceros se degradaron año a año y el sector diplomático fue apartado de las relaciones exteriores y sustituido por la clase militar.

Es en esta época cuando aparecen las ideologías que resaltan el carácter «único» de los japoneses, la diferencia entre ellos y otros asiá-

ticos, la superior categoría espiritual japonesa sobre la occidental, etc. Fue una forma de crear una cohesión y una unidad ficticias.

El rechazo y la reserva que los países más avanzados empezaron a mostrar ante Japón contribuyó a unir y a poner de acuerdo las más variadas opiniones. El hecho de centrar el agrarismo nacionalista en «los japoneses» y no en el «estado» puede haber influido en la fuerza con que se manifestó el movimiento hasta la Segunda Guerra Mundial. En este clima se desarrolla precisamente la «Época de oro» de la emigración japonesa. Por eso es tan importante el papel que la crisis agraria tuvo en la emigración. Aunque desde el principio de Meiji a la Primera Guerra Mundial tiene lugar un alto crecimiento de la producción agrícola, a partir del final de la Primera Guerra Mundial ese crecimiento desaparece y la situación en el campo se hace cada vez más crítica. Ni siquiera en los años 30, a pesar de la recuperación económica de otros sectores, se advierte ninguna mejoría en la agricultura japonesa. Una de las razones era la inoperancia de la antigua tecnología; el uso continuado de los mismos métodos utilizados en el pasado se revelaron insuficientes. Se hizo necesaria la utilización de cultivos en base a inversiones masivas de capital, con más maquinaria y tecnología más avanzada.

La emigración proporcionaba una vía de escape para todos aquellos que —en muchos casos— ni siquiera habían podido «estrenarse» en las labores agrícolas por no poseer ni tierra ni encontrar un trabajo en los cultivos. Al mismo tiempo, aquellos que emigraban tenían la posibilidad de adquirir nuevos conocimientos de tecnología agrícola de cultivo. Esto era conveniente, tanto para ellos, como individuos, como para el estado japonés.

Para hacer inteligible el proceso migratorio japonés, no sólo es importante conocer la situación económica y los desfases que se produjeron en esa etapa de crecimiento e industrialización acelerados. Fue también primordial el papel representado por el sistema familiar japonés. La base de éste es la «ie». En español, el término «ie» podría traducirse como «familia» en el sentido de «casa» o «linaje». En el sistema formado por la «ie» el hijo mayor permanece en la casa de sus padres, hereda la totalidad de la propiedad familiar y al casarse, la esposa «entra» en esa nueva familia, siendo aleccionada por la suegra, hasta que el hijo mayor se hace cargo del gobierno y administración de los bienes familiares. La joven nuera pasa entonces a ocupar el puesto ocu-

pado antes por su suegra (en aquellas familias sin hijos varones, la hija mayor, al casarse, no perdía el apellido paterno y era su esposo, por el contrario, el que renunciaba al suyo, siendo oficialmente «adoptado» por su suegro, tomando el apellido de éste).

La relación básica en este sistema familiar no lo constituía la unión marital en sí, sino la unión entre padres e hijos gobernada por la autoridad patriarcal. No eran los individuos los que contaban a la hora de establecer un matrimonio, sino la línea ancestral de esos individuos, y la continuidad del apellido y de la dinastía familiar.

Los hijos más jóvenes –que no heredaban– tenían la posibilidad de formar ramas secundarias del tronco principal, también en forma lineal. Esos hijos nacidos en segundo, tercer o cuarto lugar podrían recibir algo de la propiedad familiar si establecían ramas familiares secundarias; y también la hija, al casarse, pero no tenían derecho a exigir nada, ya que lo más importante era mantener un tronco familiar principal próspero y fuerte. Al mismo tiempo, si estos hijos nacidos en segundo o tercer lugar tenían dificultades económicas, la familia principal les ayudaría en la medida de lo posible. Esta función de la «ie» permitió al estado japonés el ahorro de gran cantidad de fondos en su proceso de industrialización; además, la posibilidad de conseguir elevar tanto el *estatus* económico como el social de la familia, hacía que sus miembros pusieran de su parte todos los medios necesarios para ello y no tuvieran inconveniente en reducir sus gastos o en partir a regiones lejanas en busca de trabajo.

El sistema familiar japonés de «ie» no sólo no desapareció en la época Meiji, sino que se le dio relevancia en el nuevo Código Civil. Por lo tanto, puede afirmarse que tuvo un papel trascendental en el proceso de industrialización de Japón. Al producirse las condiciones para una rápida industrialización, muchos hijos segundos, terceros, etc., dejaron el campo para tratar de colocarse en las zonas urbanas. Con esto, dejaban a la familia libre de cargas e incluso, si era necesario, podían contribuir con su ayuda económica a sacar de apuros a la «ie» o, si la situación de la familia principal era desahogada, a que progresara aún más.

El jefe de la «ie», era quien ostentaba la máxima autoridad para administrar la propiedad familiar –que era indivisible y «común», nunca individual–; también representaba el puesto de jefe religioso del clan familiar, pues tenía a su cargo velar por el culto a los antepasados de

la familia y tenía capacidad de decisión en cuanto a las actividades económicas de los demás familiares. En resumen, las ganancias nunca eran para disfrute individual y todos deberían contribuir al mantenimiento y prosperidad de su «ie».

Todo lo anterior, aclara la postura del gobierno y también la actitud y la motivación del pueblo japonés, durante la época de la emigración japonesa al Continente Americano.

El país se consideró una «ie» y sus miembros eran todos los súbditos japoneses. Aquellos que emigraban estaban obligados a contribuir cada uno en su ámbito particular, al engrandecimiento y prosperidad de Japón. Los que tuvieran propiedades para cultivar y administrar debían por el contrario, permanecer en ellas, pues su función estaba muy clara; pero los que no poseían más que sus brazos y su inteligencia, debían partir a tierras lejanas donde hallar trabajo y, desde allí, enviar fondos a su país o regresar con capital suficiente para establecer un negocio o adquirir propiedades. Al esforzarse por engrandecer su país conseguirían también la prosperidad de su familia. Japón era su «IE» con mayúsculas y el Emperador se convertía, así, en el Jefe principal de esa gran familia nacional.

No extraña, por tanto, que, al contrario de otros gobiernos europeos, el gobierno japonés adoptara un papel tan relevante y protagonista al canalizar la emigración de sus súbditos, así como en controlar los fondos enviados por aquellos y planificar colonias donde los emigrantes japoneses pudieran dedicarse a una actividad continuada y bien remunerada. Para este fin, recabó ayuda, tanto de sus instituciones oficiales como del gran capital.

La actitud de los japoneses que emigraban difería de la actitud de los emigrantes europeos; estos últimos lo hacían por su propio interés. Los japoneses, por el contrario, nunca habrían emigrado en masa, si no hubiera sido por el estímulo y por las facilidades dadas por su gobierno. Todos aquellos que más tarde o más temprano abandonaron su región y su familia ancestral para residir temporalmente en las zonas urbanas, trabajando, llegaron a convencerse de que emigrar a otro país era prácticamente lo mismo y que quizás podrían contribuir de forma más satisfactoria al progreso de su país y de su casa. Ya se ha señalado también que el problema de la revisión de tratados desiguales, lesivos a los intereses de Japón, hizo que el gobierno tomara un interés más activo en el envío y ubicación de sus súbditos y tuvo siempre presente

que debía mantenerse una imagen digna y apropiada de Japón, por lo que los emigrantes eran, en cierto modo, embajadores menores.

Los emigrantes japoneses estuvieron influidos por esta actitud paternalista de su gobierno siguiendo, en líneas generales, las directrices que se les daban. No obstante, hubo también muchas posibilidades de burlar el control de las autoridades y aunque fomentara la emigración a unos países y se desaconsejara a otros, como a Canadá o a Estados Unidos, aquellos que deseaban ir a ellos se trasladaban primero a otro país de América, con la intención de emigrar después ilegalmente.

Otro aspecto de la actitud de los emigrantes japoneses fue el sentido de «cumplir un deber» al emigrar. Y esto se debía también a ese sentimiento de pertenecer a una gran familia y al convencimiento de que todos debían contribuir al engrandecimiento del país. Antes de partir al Nuevo Mundo, se arengaba a los emigrantes, de la misma forma que a los soldados que se dirigían a Corea, China o Rusia para combatir, inculcándoles el sentido del deber y el orgullo de ser japoneses. También se les animaba a sobrellevar todas las dificultades sin desmayar y a volver a Japón después de haber alcanzado el éxito en su actividad. Esto significa que, independientemente de los planes para el establecimiento posterior de algunas colonias japonesas con el fin de conseguir el arraigo de colonos en vez de emigrantes provisionales, el rasgo que caracterizó en un principio a los japoneses emigrados a América era el carácter de provisionalidad que su propio gobierno recomendaba: regresar a Japón cuanto antes, una vez que los ahorros acumulados y el aprendizaje de alguna técnica, habilidad o labor agrícola nueva les permitieran volver a su país de origen con *status* y dinero. Mientras tanto, todos aquellos que estuvieran en condiciones de hacerlo, debían contribuir al engrandecimiento del país mediante el envío de dinero a Japón. Esta situación de provisionalidad llevaba aparejado el desinterés hacia la lucha por un trato y unos salarios mejores, en unión de otros emigrantes o de la población local: el emigrante japonés estaba demasiado ocupado para hacerse con el mayor capital posible en el espacio de tiempo más corto y prefería huir de la hacienda asignada, o abandonar un trabajo que no le ofreciera las ganancias esperadas, antes que enfrentarse a la situación y tratar de arreglarla para él y el resto de sus compañeros trabajadores. La trayectoria soñada para la gran mayoría de los emigrantes japoneses era trabajar a sueldo cierto tiempo, ahorrar todo lo posible y, a continuación, montar un negocio

por su cuenta que les permitiera el desahogo suficiente para acumular el capital necesario y regresar triunfantes a Japón.

Para este fin, ni él –ni los miembros de su familia en el caso de tenerla– escatimaban esfuerzos: no había día de descanso, ni consideración especial hacia la edad a la hora de realizar trabajo. El emigrante japonés que tenía familia trabajaba en equipo con ésta y sólo el estudio podía admitirse, en caso de los niños, como razón para no participar en el trabajo de los adultos. Tanto en los países católicos de Latinoamérica, como en aquellos donde predominaba la religión protestante, los emigrantes tenían un día de descanso, generalmente el domingo. Los judíos americanos respetaban el sábado. En el caso de los japoneses, todos los días se aprovechaban para trabajar y ello no era motivo de vergüenza sino de orgullo y, para ellos, una muestra más de las virtudes japonesas. Este comportamiento irritaba y escandalizaba al resto de la población –tanto emigrantes como nativos– haciendo aumentar los sentimientos de xenofobia contra los japoneses. A ello se añadía la política expansionista y colonial del gobierno japonés en aquella época.

Los años 20 se caracterizaron por una continua fluctuación económica, política y social. El final de la Primera Guerra Mundial produjo una serie de desajustes en la economía japonesa; el yen experimentó una devaluación en el mercado de dinero internacional, causando un desequilibrio importante en la balanza de pagos mientras la inflación iba en aumento, agravado todo ello con una política bancaria que permitía excesiva facilidad en los créditos.

Para hacer más difícil la situación, en 1923 se produce el terrible terremoto de Kanto; en él mueren más de 100.000 personas, a causa, sobre todo, de los incendios que se declararon en Tokio y Yokohama. Las pérdidas materiales se estimaron entre 3,1 y 5,5 billones de yenes.

La reconstrucción de la ciudad se empezó al corto tiempo, pero esto llevó, por otro lado, a una crisis bancaria en 1927.

Hubo algunos sectores de la economía que lograron superar la crisis e, incluso, se desarrollaron en esa época. La industria textil cobró un impulso muy positivo, estimulada por la situación internacional. Pero hubo otras muchas industrias que decayeron por completo, arrojando un gran contingente de mano de obra al mercado laboral; los conflictos se sucedieron, tanto en las zonas rurales como en las urbanas. Japón no atravesaba una situación muy diferente de la de otros

países en fase de industrialización y, sin embargo, existía una mayor urgencia en resolver los conflictos, por la aceleración en el proceso de industrialización que se llevaba a cabo y por la presión demográfica. Este factor influyó también en la política emigratoria del gobierno, en los proyectos de colonización y en las inversiones emprendidas en varios puntos de América Latina para aprovisionarse de materias primas, que ya comenzaban a escasear. Aquí resulta significativo el creciente interés de Japón en crear y desarrollar su propio aprovisionamiento de materias primas. La industria textil empezó a sentirse amenazada al fijar Gran Bretaña un límite a sus exportaciones de algodón con destino a Japón. Es así que tanto el gobierno como el gran capital privado de Japón, unen sus fuerzas para impulsar la producción de algodón en América Latina, concretamente en Brasil [1].

La crisis mundial de 1929 se dejó sentir en Japón con más intensidad, debido a la caída del precio del arroz tras una serie de cosechas extraordinarias. El mercado internacional de la seda se derrumbó cuando China se convirtió en competidor independiente.

En cuanto a política interior, hubo un aumento en el control y en las restricciones que impuso el gobierno a los sindicatos, así como un freno a los movimientos de protesta de los aparceros de las zonas rurales. En sus relaciones exteriores, Japón se decantó por el imperialismo, hasta llegar al fascismo de los años 30. A partir del incidente de Manchuria en 1931, se sucedieron los golpes de extrema derecha, hasta la rebelión del 26 de febrero de 1936.

La expansión militar y colonial de Japón se produjo sobre todo a partir de los años 30. Varias organizaciones extremistas recomendaban para Japón un papel más firme en la política expansionista en Asia. La política emigratoria desempeñada por Japón en aquel tiempo, puede considerarse como parte de una idea global de expansión y colonialismo. Esto mitigaba también, de rechazo, la inseguridad económica y el problema demográfico.

Por parte americana, justamente antes de comenzar la expansión japonesa a ultramar se suprimió la esclavitud, aboliéndose las leyes que la regulaban y dictándose otras que afirmaban y reconocían el derecho a la libertad de las personas, cualquiera que fuese su raza. Al abolirse

[1] Ver apartado de Brasil.

la esclavitud se produjo a continuación una gran falta de mano de obra y este hecho hizo necesaria la mano de obra extranjera. Ahora bien, en contraste con la emigración europea, la japonesa se consideraba en los países receptores como una fuente de emigración que surtía mano de obra barata para rellenar el vacío dejado por la mano de obra esclava. (Si bien, en un principio, se solicitó la venida de coolies chinos, por diversas razones éstos no dieron los resultados que se esperaban, por lo que la emigración japonesa fue considerada como un modelo de transición entre los esclavos y los emigrantes libres europeos). Es debido a este propósito por parte de los países receptores, que los japoneses fueron objeto frecuentemente de trato inhumano, abusivo y despótico, siendo sometidos a discriminación frente a italianos, españoles y portugueses en América Latina. En Estados Unidos y Canadá, la discriminación se producía, especialmente, frente a los emigrantes europeos de origen anglosajón.

Adaptación de los japoneses

La propaganda difundida por las Agencias de Emigración japonesa que canalizaban el flujo de emigrantes, resultaba muy halagüeña y optimista acerca de las condiciones de trabajo que esperaban a los emigrantes japoneses en los países a los que emigraban. Pero una vez allí, se revelaba la situación real y el emigrante experimentaba en muchos casos una gran frustración y un verdadero choque cultural. Como ya se ha comentado, cuando la situación laboral y el asentamiento no les convenían, los japoneses abandonaban las tierras o las minas adonde se les había destinado, si se trataba de emigrantes con subvención o contrato previo. Aquellos que habían emigrado por cuenta propia, cambiaban rápidamente de trabajo, en caso de no estar satisfechos.

El medio, pues, influía poderosamente en la actitud y capacidad de interacción de los emigrantes con la sociedad receptora.

No obstante, los fines que tenían a su partida los emigrantes japoneses no diferían en gran medida de los fines de emigrantes de procedencia latina, por ejemplo ¿por qué pues, ese alto índice de abandono y cambio de haciendas, minas o lugares de trabajo?

Por una parte, podría deberse a que, para los emigrantes de procedencia europea en América Latina (italianos, españoles y portugue-

ses) y, en América del Norte, los de centro y norte de Europa, debido a la similitud del idioma, costumbre y cultura, les resultaba más fácil la mutua relación. Al establecerse lazos de cooperación y amistad entre ellos, ampliaban su círculo de relación fácilmente: ya no era una «sociedad cerrada» pues les era factible una vida en comunidad más heterogénea. No resultaba así para los japoneses: en primer lugar, ni siquiera entre ellos existía una comunicación fácil si no pertenecían a la misma región o al mismo grupo y aunque llegaran a establecer lazos de solidaridad con otros compatriotas, el número de emigrantes japoneses era limitado. La mayor dificultad para comunicarse en el idioma del país receptor les obligaba también a encerrarse aún más en sí mismos por lo que la adaptación resultaba más complicada.

Otro factor que influyó poderosamente en los emigrantes japoneses fue, como ya se ha mencionado, la orientación de la política exterior japonesa. Si bien, al principio, el gobierno Meiji dejó al cargo de los diplomáticos los asuntos de política exterior, a partir de la última década del siglo XIX, las relaciones internacionales fueron pasando paulatinamente a manos de los militares. Japón inicia entonces una actividad de expansión militar sin precedentes en su historia: en poco tiempo se suceden las guerras y agresiones contra países vecinos. El resto de los países empezaron a temer una invasión japonesa. La llegada de emigrantes procedentes de Japón provocó en aquella época recelo y rechazo en los países receptores y, como consecuencia, estos emigrantes japoneses fueron objeto a veces de desprecio y discriminación.

Es de notar que los países con más alta proporción de elemento anglosajón en su sociedad, dictaron leyes más estrictas contra la entrada de emigrantes japoneses, su establecimiento, educación de sus hijos, actividad profesional y lugar de residencia. Estos países, como Estados Unidos y Canadá, habían experimentado ya un grado de desarrollo industrial elevado, con relaciones laborales no exentas de conflictos.

Los japoneses, de nuevo, constituyeron en ocasiones el elemento de discordia al aceptar sueldos por debajo de lo establecido y negarse a participar en huelgas.

Algunos japoneses que, en un principio, habían ido a Canadá o Estados Unidos, y decidieron después trasladarse a países latinoamericanos, mostraron entonces, un comportamiento totalmente distinto en cuanto a la actitud laboral: con frecuencia protestaron activamente e incitaron a la huelga, tanto a compatriotas como a emigrantes de pro-

cedencia no japonesa, cuando las condiciones laborales resultaban diferentes de lo acordado u observaban discriminación en el trato que les dispensaban. Esta actitud pudo deberse, como ya se ha apuntado anteriormente, a que durante su estancia en Canadá o Estados Unidos asimilaron la actividad del movimiento obrero, «traspasándola» posteriormente a aquellos países adonde se trasladaron después; otra razón podría ser que la actitud de los japoneses ante las sociedades latinoamericanas era totalmente distinta de la que les inspiraba Canadá o Estados Unidos. Éstos eran considerados por los japoneses como países no sólo equiparables al suyo sino más avanzados en todos los sentidos; por el contrario, mostraban cierta reticencia ante los países latinoamericanos por no considerarlos de *status* elevado en el *ranking* internacional. De ahí que su capacidad de oposición en dichos países fuera más directa y exenta de trabas.

La relación que hubo entre los propios emigrantes japoneses merece también cierta reflexión. Antes de seguir adelante, es preciso apuntar que, justamente al producirse la Reforma Meiji, y a pesar de lo que es comúnmente aceptado, existía una gran diferencia entre las diversas regiones de Japón, especialmente en el dialecto utilizado. El hecho ya mencionado, acerca de la frecuencia con que en aquel tiempo e, incluso a partir del siglo XVIII, grandes contingentes de población se trasladaban a núcleos urbanos, desde las zonas rurales, para hallar mejores oportunidades de vida y trabajo como trabajadores temporales, no consiguió aminorar la diferencia en su habla, usos y costumbres. Es posible que, siendo el gobierno japonés consciente de esas diferencias procurara, en caso de emigración colectiva y subvencionada, enviar emigrantes de una misma región a cada lugar determinado. Esto ocurrió especialmente en Brasil. Por tanto, no era inusual que surgieran conflictos entre los emigrantes japoneses de una región y de otra diferente: recuérdese la discriminación hacia los emigrantes procedentes de Okinawa, por parte de japoneses procedentes de otras zonas de Japón.

La peculiar forma de organización social en Japón produjo también conflictos entre los emigrantes japoneses. En la sociedad japonesa, ya desde antiguo, el sistema de «predecesor» y «pupilo»; «patrón» y «subordinado»; «rama principal de la familia» y «rama secundaria» estaba ya muy marcado. Por lo tanto, en el Nuevo Continente se reprodujo parcialmente la antigua estructura, de forma que, por ejemplo, los recién llegados eran tratados por lo general de forma vejatoria por

compatriotas llegados con anterioridad. Hubo también conductas irregulares y precedentes ilegales por parte de dueños japoneses de establecimientos. Ya se ha comentado en los apartados correspondientes (sobre todo en Estados Unidos y Brasil) que a veces fijaban precios más caros que los de otros establecimientos más alejados o aprovechaban la falta de conocimientos acerca del país por parte de los nuevos emigrantes. Por supuesto, este proceder se produjo también entre comerciantes de procedencia no japonesa, quienes abusaban de los emigrantes recién llegados. El hecho de ignorarlo todo acerca del país receptor y del idioma, hacía a los emigrantes japoneses más vulnerables a los desmanes y abusos que a otros emigrantes.

El ambiente hostil, el medio desconocido, la diferencia de idioma y costumbres impulsó a los emigrantes japoneses a confiar más en sí mismos y en algunos de sus compatriotas, formando asociaciones y cooperativas en seguida que existían intereses y objetivos comunes y el número de personas afines era suficiente. Es proverbial la frase: «Dos japoneses juntos, fundan una asociación; tres japoneses fundarán un periódico».

A este efecto, resulta interesante mencionar la importancia que ha tenido para los emigrantes japoneses en América el establecimiento de asociaciones, cooperativas y escuelas. Las asociaciones podían ser a escala nacional o sólo local, dependiendo del número de japoneses residentes. En lugares donde la comunidad japonesa era numerosa, como en São Paulo, cada provincia o prefectura tiene aún hoy día su propia asociación. Siguiendo las pautas tantas veces repetidas en las organizaciones japonesas, en muchas ocasiones la primera asociación de japoneses que se fundaba en un país americano era impulsada por el cónsul japonés o por la Legación japonesa. La estructura de las asociaciones suele ser vertical y estar presididas por los miembros más representativos y acomodados de la colonia. Cada asociación, con ligeras diferencias en cuanto a origen y actividades, es una forma de reproducir la vida cotidiana y social del medio rural en Japón. Y así como en la vida rural japonesa los «notables», las personas mejor situadas social y profesionalmente, ocupan los puestos relevantes, la misma estructura se repite en las asociaciones fundadas por japoneses en el extranjero.

Uno de los objetivos principales de las asociaciones creadas por los emigrantes japoneses en América, era el establecimiento de una escuela donde sus hijos aprendieran el idioma y la educación «a la japo-

nesa». En el periodo previo a la Segunda Guerra Mundial tanto el gobierno central, desde Japón, como las asociaciones de emigrantes y las embajadas de Japón en los países americanos colaboraron en la fundación de escuelas japonesas en aquellos lugares con número más elevado de emigrantes, sobre todo ahí donde hubiere más familias japonesas. En esa iniciativa, tanto unos como otros (gobierno, diplomáticos y emigrantes) tenían presente no sólo el factor educativo en sí, sino la perpetuación de los valores nipónicos y la identidad cultural e histórica del pueblo japonés. A ello contribuía, lógicamente, las normas sobre educación implantadas a partir de la Restauración Meiji y al énfasis que se hacia en conservar «el espíritu japonés». Aún más si se tiene en cuenta que estos emigrantes tenían que volver. Por el contrario, después de la Segunda Guerra Mundial se puede advertir un deseo de integrarse en la sociedad receptora y una mayor tendencia a aprender y dominar la lengua del país de emigración (especialmente en Estados Unidos y Canadá existe actualmente una tendencia cada vez más elevada de japoneses de segunda y tercera generación que dominan mejor el inglés que el japonés; prueba de ello son las publicaciones destinadas a la población de origen japonés, escritas en su mayor parte en lengua inglesa).

El vivo interés de los emigrantes japoneses acerca de la educación y la adquisición, tanto de conocimientos como de títulos que los acreditasen, se ha hecho proverbial. Esta tendencia podría deberse también a la estructura tradicional de la institución familiar en Japón. Como ya se ha comentado la base de la sociedad japonesa la formaba la «ie» o «familia», en sentido de rama genealógica, presidida por los antepasados. El hijo mayor «heredaba» la representación de la línea ancestral y, también, la propiedad familiar. Los hijos segundos y terceros, así como los hijos mayores que, por la razón que fuere, no habían heredado propiedad, debían basar su futura prosperidad en la adquisición de conocimientos. Desde antiguo, los campesinos sin grandes propiedades ponían todas sus esperanzas en los estudios y en la formación de sus hijos, como la mejor herencia que pudieran proporcionarles. Los emigrantes japoneses nunca regatearon ni esfuerzos ni dinero a la hora de dar educación a los más jóvenes; y si el idioma y la formación «a la japonesa» era algo considerado primordial para la vida en la propia comunidad de origen, dentro de una sociedad ajena a su cultura, el aprendizaje del idioma del país receptor, también se consideraba nece-

sario para conseguir mejor *status* y para poder desenvolverse adecuadamente en la vida cotidiana de puertas afuera. Los deseos de una educación más completa para sus hijos podía impulsar a una familia de emigrantes japoneses a cambiar de trabajo o residencia; incluso a trasladarse a otro país que se considerase más conveniente para el futuro de los hijos. A veces se hacía el sacrificio de enviar a los jóvenes a los núcleos urbanos, en la imposibilidad de encontrar acomodo para toda la familia fuera de las áreas rurales. Puede afirmarse que uno de los motores principales que impulsaban a los japoneses a abandonar el campo, para instalarse en las ciudades era, precisamente, su preocupación por los estudios de sus hijos.

Este énfasis en la educación tan enraizado en el comportamiento de los japoneses está basado también en la estructura altamente competitiva de su sociedad de origen. En la sociedad japonesa han perdurado los valores agrarios, la organización feudal de la comunidad rural y la Naturaleza como espejo y patrón de la vida cotidiana.

Los valores agrarios japoneses podrían identificarse fácilmente: trabajo intensivo, ahorro, investigación continua de nuevos métodos de cultivo y de nuevas tecnologías; conseguir el máximo rendimiento con el mínimo dispendio.

El aislamiento Tokugawa de casi trescientos años vetó la entrada y el intercambio masivo de productos provenientes de otros países; en esas condiciones de aislamiento, los agricultores, los artesanos, los comerciantes y los guerreros, cada uno en su ámbito, tuvo que desarrollar al máximo sus capacidades y quedar lo mejor posible en sus respectivas actividades. Ello produjo una gran competitividad, una enorme rivalidad en todos los sectores, y una actitud de adaptación total a la comunidad en la que vivían: al no poder contar con la aceptación de su comunidad si no satisfacían plenamente sus necesidades y deseos, se formaron una serie de núcleos pequeños estructurados de forma vertical.

Las pautas y los valores mencionados se llevaron también en líneas generales, al Nuevo Mundo. Y, tanto en el caso de emigrantes con destino a cultivar tierras, como en el caso de los emigrantes con destino a las pesquerías, aserraderos o los empleados en el sector servicios, el hecho de haber podido o no reproducir la estructura de comunidad rural «a la japonesa» resulta de gran importancia. Para ser posible la formación de «una comunidad», el número de emigrados tenía

que ser suficiente en una zona determinada. Si era este el caso, la estructura se reproducía con ciertas diferencias, debido a crearse en países no japoneses; pero la base de la organización y el comportamiento no variaban apenas. Ante todo, el emigrante japonés que pertenecía a una comunidad de compatriotas en América sentía que su vida estaba marcada por la misma serie de obligaciones, normas y contrapartidas que en su comunidad de origen. Cuando, debido a los asentamientos de carácter disperso, los emigrantes japoneses permanecían desconectados entre sí y les resultaba imposible agruparse en comunidad, tanto la trayectoria de esos emigrantes como su comportamiento y su actuación social eran muy diferentes de los que se hallaban integrados en un núcleo comunitario organizada por ellos mismos.

La vida social en Japón descansaba, desde antiguo en la aldea, o *mura*, en japonés (después de Meiji se llamó *buraku)*. Estas aldeas eran por lo general autosuficientes, desde el punto de vista económico, y en su administración política gozaban también de relativa autonomía.

En la aldea, el requisito principal era la residencia fija. Por ello las familias, con mejor *status* y más respetables eran aquéllas cuyo asentamiento en la aldea era más antiguo. Una familia de la que se conocía su procedencia y quiénes habían sido sus antepasados, era digna de confianza.

La aldea poseía una tierra comunal y, para su uso, era preciso contar con la aprobación de la comunidad en pleno. Esto producía que, a veces, hubiera familias que no podían establecerse en determinado lugar porque los convecinos se oponían, o podía suceder que, durante varios años, se les impidiera la utilización de las tierras comunitarias aunque se les permitiera residir en la zona e incorporarse al *mura*.

Esta autosuficiencia del *mura* y el control que se ejercía sobre sus miembros, produjo una estructura muy cerrada y poco accesible a la interrelación con otras comunidades.

La tierra comunal, al ser de explotación conjunta era un arma en caso de contravención de las normas; también podía condenarse al transgesor con el llamado *mura-hachibu* o rechazo de toda la aldea.

Los miembros de un mura dependían en exceso de los demás y el ostracismo resultaba uno de los peores castigos que se les podían imponer, pues toda su relación social económica y política provenía de

sus convenios y la interacción con otras comunidades era prácticamente nula.

Así se comprende la forma de organizarse los emigrantes japoneses en América. El hecho de formar pequeñas células, les impedía las más de las veces, relacionarse e intimar con otros emigrantes y adaptarse a la vida del país receptor. No cabe duda, además, que el mantenimiento de escuelas japonesas tenía, junto a indudables ventajas, otros inconvenientes, como impedir a los niños entrar en grupos de procedencia no japonesa, y frenar la comunicación en el idioma del país receptor.

A partir del final de la guerra, no obstante, se estimula activamente la enseñanza en el idioma de cada país receptor hasta el punto que para muchos jóvenes japoneses el idioma japonés pasa a segundo plano, llegando a estudiarlo como idioma extranjero. Pero el hecho de haber estudiado casi simultáneamente en dos idiomas desde edad temprana, de estar ligados a la cultura japonesa al mismo tiempo que su vida cotidiana discurre en otro tipo de sociedad hace a los japoneses de América más aptos para el ascenso social, les procura más conocimientos y una formación más completa. De ello es muestra que el volumen de ingreso a las universidades entre los jóvenes nisei es muy elevado; en ciertos países de América resulta superior a la media nacional.

En cuanto a la integración política, la diferencia entre la etapa de pre-guerra y la actual es, lógicamente muy grande y significativa. Antes de la Guerra del Pacífico, por una parte, los japoneses nacidos en el país americano no habían llegado a alcanzar la edad adecuada. Por otra parte, los emigrantes japoneses tendían a formar una isla dentro de una sociedad heterogénea. Si todos esos países americanos estaban formados por emigrantes de diferentes países y procedencia, los emigrantes japoneses —al igual que el resto de los emigrantes de Asia— eran visiblemente «distintos». La autopercepción está generalmente basada en la percepción ajena que existe sobre uno mismo. Es por esto que, en un principio cuando jóvenes japoneses visitaron Estados Unidos con la misión Iwakura, hacían referencia a los chinos, a los prejuicios contra ellos por parte de la sociedad americana y a sus dificultades para integrarse en medio de una población mayoritariamente blanca, protestante y de origen europeo, sin caer en la cuenta que ellos, por ser japoneses, eran asiáticos y, por lo tanto, llegaría un tiempo en que serían

víctimas de los mismos prejuicios y discriminaciones. A los japoneses les faltaba percepción de sí mismos pues los demás nada les habían revelado. Durante la etapa previa a la Guerra del Pacífico, la consciencia japonesa se fue decantando claramente por la dicotomía entre «nosotros» y «ellos». Para que esta imagen mental tomara forma tan claramente, fueron precisos varios factores: el hecho ineludible de ser de raza asiática (aunque por sí mismo es posible que no hubiera sido motivo de fuerte discriminación); la existencia de tratados desiguales que humillaban a Japón y por los que se rebajaba su *status*, en comparación con el resto de los países desarrollados; la política militarista esgrimida por Japón y la ideología nacionalista que se extendió de arriba abajo en la sociedad japonesa. Esta política, motivada en gran parte por la existencia de los tratados desiguales que Japón tenía prisa por sustituir por otros en los que se reconociera su verdadero *status*, produjo, a su vez, la ambición por poseer un imperio colonial que proporcionara a Japón recursos de los que carecía: bases militares, mano de obra y militar barata; gran movilidad en el Pacífico y la admiración y respeto (o el temor porque al fin era lo mismo) del resto de las potencias mundiales. Y así fue. No sólo los países desarrollados empezaron a percibir a Japón como «el peligro amarillo» sino países menos desarrollados se hicieron eco de las opiniones y medidas contra los japoneses en Norteamérica. Esta actitud hacia ellos generó, en los japoneses, como contrapartida, un rechazo hacia «lo de fuera».

Por último, los valores y las pautas de conducta sustentados por los japoneses emigrados al Nuevo Mundo, con su énfasis en *ganbaru* (trabajar duramente) ahorrar, adquirir nuevos conocimientos y tecnologías, prescindiendo de la comodidad, de una vida más fácil, procurando elevarse más y más para llevar prosperidad a su país y autojustificarse por haber emigrado, mostrando –tanto a ellos mismos como a su país de origen– que eran dignos de ser llamados japoneses, contribuyó a impedir ser asimilados por los demás emigrantes.

Por el contrario, la derrota sufrida por Japón en 1945 rompió en mil pedazos la imagen «siempre victoriosa» de este país. Al ser percibidos de otra manera, los japoneses empezaron a percibirse también diferentemente. Es posible, además que ambas cosas coincidieran y, por ello, el efecto fue mayor.

Los emigrantes japoneses dejaron entonces de mantener los ojos y la mente fijos en su país. Abandonaron la idea del regreso triunfante

después de haber conseguido el éxito. Así se produjo una integración que, si no completa, si fue —en corto tiempo— muy superior a la habida en la época de pre-guerra.

Es en estas circunstancias que empieza a producirse también una integración política, débil al principio; más firme a medida que los años han pasado. El nikkei participa cada vez más en la política del país receptor, si bien todavía está muy por debajo de la participación de otros grupos étnicos. Por lo general, los nikkei que entran en la política eligen una ideología pragmática y conservadora. La década de los 70 trae una mayor participación nikkei en la vida política en los países americanos. En un principio van consiguiendo puestos en la Asamblea Constituyente (1978, Manuel Kawashita, en Perú) varios senadores, en Estados Unidos, etc. A partir de 1980, y hasta la actualidad, se advierte mayor participación sobre todo en puestos de relevancia política. Es preciso comentar que, lógicamente, los candidatos políticos de origen japonés no pueden elevarse si no cuentan con los votos de electores no-japoneses, ya que la comunidad japonesa no es mayoritaria. Por lo tanto, si un nikkei llega a presidente —como en el caso de Fujimori en Perú— es obvio que se ha atraído también el voto, no sólo de peruanos de origen japonés, sino de otros peruanos de origen no japonés (cabe la posibilidad, también, de que muchos nikkei no le votaran).

Lógicamente, la mayor participación política de los nikkei en los países americanos tiene dos efectos, que son la cara de la misma moneda: el nikkei se siente más integrado en la sociedad del país receptor y ésta en bloque va habituándose a la «americanidad» de los descendientes de japoneses emigrados a América.

Otro elemento que puede hacer incrementar la integración en la sociedad receptora es la amenaza o el peligro suscitado por otro país: el caso de las Malvinas en Argentina, por ejemplo, en el año 1982. Aunque la postura oficial de Japón parecía inclinarse hacia el apoyo a Inglaterra, los nikkei argentinos se pusieron desde el primer momento junto a su país de adopción. De esta forma, la postura oficial de Japón se decantó hacia el apoyo a Argentina, basándose en el número de miembros de la comunidad de origen japonés en el país, que entre emigrantes y sus descendientes ascendían a casi 40.000 personas. Esta postura de la comunidad argentina de origen japonés tuvo honda repercusión, tanto por lo que supuso de «toma de conciencia» como ar-

gentinos de los nikkei, como en la actitud del resto de la población argentina hacia la comunidad de origen japonés.

Otro medio común de integración es el matrimonio interétnico. Hasta la Segunda Guerra Mundial, los emigrantes japoneses tenían la idea de regresar a su país en seguida de haber conseguido ahorrar suficiente capital. Por lo tanto, ni consideraban como «suyo» al país receptor, ni tampoco consideraban «a priori» contraer matrimonio con mujeres no japonesas. En aquellos casos en los que habían emigrado hombres solos y las condiciones de trabajo no resultaban convenientes, ni la adaptación fácil: Bolivia, Amazonas, etc., muchos fueron contrayendo matrimonio con mujeres de otras razas. La razón era sencilla: los emigrantes no veían nada fácil conseguir ahorrar lo suficiente como para poder soñar con un regreso inmediato a Japón; por otra parte, su precaria situación les impedía hacer venir a una futura esposa desde Japón, como era práctica habitual en otros lugares y épocas entre los emigrantes japoneses al Nuevo Mundo. En esas circunstancias se desembarazaban de prejuicios y, si les era factible, contraían matrimonio mixto.

Por lo tanto, mientras los japoneses emigrados a tierras americanas tuvieron como objetivo ganar dinero, prosperar y regresar a Japón con cierto capital que les permitiera establecerse allí con desahogo, solamente se celebraron matrimonios mixtos cuando las condiciones de vida y trabajo hacían inimaginables el ahorro y la vuelta a Japón o bien cuando, por haber emigrado sólo hombres o estar aislados en una determinada región americana resultaba imposible el casamiento con compatriotas (como sucedió al principio en Bolivia).

Al menos hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, también influye mucho la actitud de rechazo y discriminación hacia los japoneses existente en los países americanos. Por ejemplo, a las mujeres de raza blanca se les impedía trabajar en comercios regidos por japoneses y también se les amenazaba con pérdida de nacionalidad americana, en caso de contraer matrimonio con no americanos (los nacidos en Japón tenían vetada la nacionalidad).

Ya se ha dicho que la derrota sufrida por Japón en la guerra, destruyó de golpe no sólo los sueños de regreso de los emigrantes japoneses sino también produjo un cambio en la propia imagen de un país que antes había salido siempre victorioso y una actitud de búsqueda de integración con respecto a la sociedad receptora. Como consecuen-

cia, es a partir del final de los cincuenta cuando se registran más matrimonios mixtos, sobre todo en Canadá y Estados Unidos. No cabe duda que el *status* de «país avanzado», fue también determinante en el caso de contraer matrimonio mixto. En otros países de América menos desarrollados, los japoneses (aunque mantuvieron relación con la población de procedencia europea o indígena) no consideraban tan seriamente la posibilidad de contraer matrimonio con alguien que no fuera de origen japonés.

Este factor es más firme en el caso de hijos mayores *(chonan)* que, se supone, serán «el pilar de la familia». Las mujeres nikkei, debido a las características tradicionales de la familia japonesa, tienen más fácil el matrimonio mixto; por un lado, de todas formas abandonan al casarse su familia de origen; por otro, el matrimonio con un hombre no japonés resulta, en cierto modo, más conveniente desde el punto de vista de exección o ausencia de obligaciones, restricciones o imposiciones tácitas. Dentro de la sociedad nissei al tratarse de un sociedad más cerrada, incluso, que la sociedad de origen, la mujer tiene a su cargo un sinfín de obligaciones formales y de relación con el resto de la colonia.

Al contraer matrimonio con un hombre no japonés, queda liberada de esas obligaciones, por lo que le resulta más deseable el matrimonio mixto, por las compensaciones que conlleva, que a sus compatriotas masculinos. A éstos, el matrimonio con mujer no japonesa les dificulta mucho la relación con su familia y con el resto de la sociedad nikkei [2]. El aspecto familiar es más subsanable si pertenece a una familia que acepta fácilmente a su esposa; ahora bien; sus compatriotas manifestarán una mayor reserva y, a veces, rechazo por lo que sólo aquellos hombres nikkei que, de todas formas, no tienen mucha relación con los demás nikkei ni participan en actividades asociativas y comunitarias considera «conveniente» para su vida futura contraer matrimonio con no japonesa.

[2] De nuevo hay diferencia entre América Latina, Canadá y Estados Unidos; en estos dos últimos países el matrimonio mixto resulta más deseable por parte de los nikkei.

La religión nikkei

No es posible ignorar la importancia de la religión en la vida y adaptación de los emigrantes japoneses al Continente Americano. Aparte, hay que tener en cuenta el papel que ha desempeñado la religión en el proceso de desarrollo de la sociedad japonesa.

Antes de seguir adelante con el tema es importante hacer un pequeño resumen de los principios por los que se ha regido la estructura religiosa en Japón dentro de la sociedad premoderna.

Ya se ha descrito que el núcleo de la estructura social era la «ie»: los fundadores de la «ie» eran los antepasados y, al desaparecer éstos, sus sucesores, estaban encargados de perpetuar esa institución familiar velando para que no se extinguiera. En Japón, el hijo mayor —y en otras casas, el yerno «adoptado» por los padres de la hija mayor— tenía bajo su responsabilidad el culto a los antepasados, la perpetuación de la institución familiar y el mantenimiento del apellido.

Al morir un miembro de la familia, se colocaba una tablilla con su nombre (generalmente es un nuevo nombre, elegido para su vida en el más allá) en el altar familiar. A los 33 años de su muerte, se realiza un ritual especial y se retira la tablilla individual, incluyendo su nombre, a partir de ese momento, en la tablilla general de todos los antepasados.

Los emigrantes que marchaban al Nuevo Mundo, al no tener idea de establecerse allá no viajaban ni siquiera portando las tablillas de sus antepasados porque, para ellos, ir al Nuevo Mundo tenía, más o menos, la misma trascendencia que trasladarse temporalmente a otra provincia de Japón para trabajar.

Es por esta actitud inicial que, durante la primera fase de emigración y casi hasta el final de la guerra del Pacífico, los japoneses que marchaban con destino a América no se preocuparon especialmente por llevar con ellos su religión: partían confiados, en que sus hermanos mayores o la rama principal de la familia permanecían en Japón y quedaban al cargo de mantener el culto a los antepasados. Además, las actitudes acerca de «otras religiones» en aquellos países donde predominaba el catolicismo —como en Latinoamérica— o la religión protestante —como en Canadá y Estados Unidos— influían también en la postura adoptada por los emigrantes con religión minoritaria. Las autoridades de Japón, desaconsejaban el establecimiento de sectas del bu-

dismo en países poco permisivos como, por ejemplo, Brasil. Sin embargo, esos japoneses que partían con dirección al Nuevo Mundo, en parte influidos por el ambiente político de Japón en aquella época y en parte por necesidad de aferrarse a algo que les diera cohesión y les afirmara en su identidad como japoneses, sustituyeron su religión ancestral por el culto al Emperador (Maeyama, *Asimilaçao e integraçao dos japoneses en Brasil* pp. 240-272), llegó un momento que el culto al Emperador se convirtió en la religión de todos los japoneses y aunque al lado de ella coexistía el culto a los antepasados y las creencias populares; todo ello se reunió en una sola creencia principal: la institución del Emperador se remontaba a la época primitiva de la historia de Japón por lo que aquél representaba el primer antepasado de los japoneses.

Durante aquella primera etapa de la emigración y mientras tenía lugar la «ubicación» e instalación, los emigrantes japoneses estaban excesivamente ocupados en estabilizarse y ascender en la escala social económica, por lo que la religión no representó ni un problema ni tuvo otro papel que el de servir de nexo de unión para esa masa heterogénea de japoneses, venidos de regiones remotas entre sí y de extracción social diversa. En América Latina, muchos se hacían católicos y bautizaban a sus hijos; en otros casos, se apuntaban a una secta protestante y ello no implicaba abandonar su «religión japonesa»: se trataba, simplemente, de adaptarse formalmente al medio en el que discurría su vida, de conseguir relaciones y amistades con otros muchos miembros no japoneses de la sociedad receptora. De todas formas su «hogar ancestral» era Japón y allí regresarían algún día, triunfantes.

Varias sectas budistas, fundaron templos o «centros de misión» en América, antes de la guerra del Pacífico: Nishi Honganji, Higashi Honganji, Tenri-Kyo, etc.; sin embargo su actividad fue discreta; posteriormente, en los años sesenta, sectas budistas japonesas empiezan a proliferar en suelo americano, produciendo una expansión religiosa sin precedentes debido, por una parte, a su agresiva y eficaz estrategia y, por otra, a la actitud favorable de la población nikkei. A ello hay que añadir la aceptación que fue produciéndose hacia esta sectas, entre la población de procedencia no-japonesa.

Además de las razones expuestas, está el hecho significativo del desarrollo experimentado por Japón a partir de los sesenta. En la década anterior, los nikkei, influidos por la derrota sufrida por su país,

dejaron de considerar seriamente la posibilidad del regreso. Aumentaron, por tanto, las afiliaciones a religiones no japonesas pero estas afiliaciones fueron más bien «formales» y motivadas por un deseo de integrarse más en la sociedad. Pero a partir de los sesenta, el desarrollo conseguido por Japón, provoca una nueva percepción de su identidad, y esa percepción les impulsa a re-considerar su pertenencia a América, afirmando, por otro lado, su origen japonés. Este dilema vienen a solucionarlo las «nuevas religiones japonesas» popularizadas en su mayoría en la época de la posguerra. Éstas, son una mezcla de creencias: budismo, shinto primitivo, culto a los antepasados y algún componente de tipo cristiano y carismático. Una de las razones principales del éxito alcanzado por las «nuevas religiones japonesas» en América –tanto entre nikkei como en americanos de origen no-japonés– es su ausencia de compulsividad: se acepta como plenamente lícito pertenecer y estar afiliado a otra religión, ya sea católica o protestante. Alguna de las «nuevas religiones» llegan incluso a afirmar que no se trata de «religión» sino de una «forma de vida» o una «filosofía»; un «camino» para conseguir paz interior y prosperidad económica.

La permisividad ideológica va unida al énfasis en el éxito económico: este último no solamente es lícito, sino que además, puede conseguirse más fácilmente, siendo miembro de una «nueva religión japonesa».

La sociedad nikkei, halló en estas nuevas creencias la posibilidad de entroncar con su pasado, independizándose de él al mismo tiempo. Ante la imposibilidad de rehacer su vida en Japón y recobrar el hogar de sus antepasados; desaparecido también el culto al Emperador, dirige sus miras al objetivo de instalarse definitivamente en suelo americano, sin perder su «japonismo», respondiendo también al nuevo reto económico y social.

A partir de este momento, «los antepasados, somos nosotros», (Maeyama, *ibidem*, p. 260). Aquella parte de la familia que, como rama principal permaneció en Japón mientras ellos (hermanos segundones, rama secundaria) emigraron, ya no es la que representa el tronco de la familia; son ellos los que emigraron y se establecieron en el Nuevo Mundo, los que forman ahora la «rama principal» de una nueva familia.

Por su parte, los americanos de procedencia no japonesa que se hacen miembros de las nuevas religiones japonesas lo hacen, también,

movidos por una motivación tanto personal como social: en el intento de dar respuesta a la nueva situación: la religión de sus padres ya no les basta o ni siquiera les convence. Necesitan una nueva espiritualidad —éste parece ser el caso de América del Norte—. En otros países menos desarrollados puede haber el deseo de una respuesta al reto económico —como en Latinoamérica—. Allí, las clases medias tratan de desprenderse del fardo pesado que representa el catolicismo tradicional —con su concepto de «pecado» y su rechazo a la ganancia material— para subirse al tren del desarrollo, tomando a Japón como modelo.

Incomunicación y terrorismo: los grupos «Kachigumi» y «Makegumi» en la posguerra

Desde el estallido de la Guerra del Pacífico hubo en Canadá y Estados Unidos internamiento de japoneses en los campos de concentración; desde algunos países de América Latina como Perú, Paraguay, Bolivia, un gran contingente de familias japonesas fueron evacuadas con destino a los campos de concentración de Estados Unidos. Por otra parte, dentro de los países latinoamericanos se impusieron restricciones a la colonia japonesa, prohibiéndose la enseñanza en japonés, las publicaciones en ese idioma e, incluso, la comunicación cotidiana en japonés. Teniendo en cuenta que, al contrario de lo que sucedía en Estados Unidos y Canadá, la población nikkei de Latinoamérica no había conseguido suficientes conocimientos de español o portugués como para llevar su vida cotidiana en el idioma oficial de esos países, la prohibición para utilizar el idioma japonés asestó un golpe muy duro a los emigrantes. Debido a haberse dejado de editar periódicos y revistas en japonés, la mayor parte de los emigrantes adquirían información sobre la marcha de la contienda, mediante conversaciones con otros compatriotas o por la escucha ilegal de emisoras japonesas. Lógicamente, la información transmitida por las emisoras japonesas era tendenciosa y, especialmente cuando la derrota de Japón era inminente, se disfrazaban las pérdidas sufridas en los ataques del enemigo, tratando de dar confianza a la población japonesa. Los países que permanecieron más incomunicados y desconocedores de la realidad fueron en primer lugar Brasil, México y Perú.

Ya en 1943 habían surgido grupos como el *Tenchugumi* en Brasil (batallón del Cielo) que, basándose en las actividades en la sericultura que llevaban a cabo otros compatriotas y afirmando que la seda producida se destinaba al ejército americano, promovieron atentados incendiando las propiedades y amenazando a sus dueños.

El año 1945 Japón fue derrotado en la guerra tras la explosión de dos bombas, una en Hiroshima y otra en Nagasaki. En aquellos países de América Latina donde la población de origen japonés estaba incomunicada (ya que ignoraban el idioma y, además, no confiaban en las noticias propagadas por los periódicos locales, no teniendo acceso tampoco a informaciones veraces en japonés) surgió el conflicto entre los que insistían en la victoria de Japón, *Kachigumi* y aquellos que creían en su derrota, *Makegumi*.

Los partidarios de la victoria final de Japón propagaron la noticia del regreso obligatorio a Japón para los miembros de la colonia japonesa e, incluso, se informó de la llegada de navíos que transportarían a los nikkei a las nuevas tierras ocupadas. En Brasil, hubo empresas vinculadas a líderes de *Kachigumi* que llegaron a vender títulos de propiedad de las tierras «conquistadas por Japón en la guerra». El conflicto se hizo violento cuando otro grupo de nikkei, a través de informaciones fiables, tuvo conocimiento de la derrota de Japón. Su inmediata postura fue tratar de informar adecuadamente a los otros compatriotas, mostrando pruebas fehacientes ante ellos; sus iniciativas chocaron con la actividad y las ideas del grupo *Kachigumi* y los miembros de éste provocaron atentados y ataques descontrolados que llegaron a producir víctimas.

El origen de esta situación, que fue calificada de «psicopatológica» estaba por una parte, en la ausencia de información y en la falta de acceso a noticias fiables, en el desconocimiento del idioma local entre la gran mayoría de los japoneses. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la derrota supuso para los japoneses —tanto los que vivían en Japón como los que se hallaban fuera— el hundimiento de todos sus sueños.

Para los que habían emigrado al extranjero la derrota supuso, como ya se ha mencionado, la destrucción de sus ilusiones de regreso a Japón. Con la derrota, se cortó el cordón umbilical que les unía a sus orígenes, a su universo cultural y tradicional.

También es obvio que la relativa facilidad con que se propagaron los bulos tenían su base en la desinformación. Este vacío de información se rellenó de la forma más auto-gratificante para la colonia japonesa.

A pesar de la autorización para publicar periódicos y revistas en idioma japonés a partir de 1946, los desórdenes provocados por las disensiones entre los grupos *makegumi* y *kachigumi* continuaron hasta 1949 en Brasil; algo más cortas resultaron en México y Perú. Hubo brotes de conflicto también en la década de los cincuenta pero hoy día, los descendientes del grupo *kachigumi* han ido perdiendo su combatividad. No obstante, aún existen resquemores entre aquellos que aceptaron rápidamente la derrota y los que propagaron la noticia contraria. Sus vidas transcurren totalmente separadas en cuanto a actividades comunitarias, formando cada grupo un ambiente social diferente, que, a medida que pasen los años, las nuevas generaciones irán haciendo más cercano entre sí.

Actualidad y problemática del trabajador nikkei en régimen de «traslado temporal»

Merece destacarse el movimiento de trabajadores en régimen temporal con destino a Japón, surgido a partir de la década de los setenta en la casi totalidad de los países americanos. Este movimiento se conoce bajo el nombre japonés de *dekasegui* ya mencionado. Con este término se definía también la actividad de los emigrantes que se trasladaban desde Japón al Continente Americano, a partir de finales del siglo xix, y tenía su origen en el movimiento de los últimos decenios del gobierno Tokugawa, cuando los habitantes de las zonas rurales se trasladaban temporalmente a los centros urbanos con el fin de conseguir mejores condiciones laborales y salarios más convenientes. Ya se ha especificado también, que el sentimiento que invadía a los que se trasladaban a otra provincia de Japón como trabajadores temporeros, no difería en mucho de lo que sentían aquellos japoneses que emigraban a América (temporalmente también y con ánimo de regresar cuanto antes a Japón).

Después de la guerra del Pacífico, la vida fue serenándose para los nikkei en los distintos países americanos. Fueron prosperando a fuerza

de trabajo en un porcentaje elevado pero, por lo general, ni los que consiguieron éxito llegaron a la cúspide de la escala socio-económica, ni se produjo una estabilización equilibrada para la gran mayoría. La situación de la sociedad americana, los avatares por los que atraviesa esa sociedad les afectan profundamente en su situación socio-económica. Debido a este hecho ineludible y por otra parte, a la vinculación de los nikkei con Japón, la circunstancias de su país de origen es también de mucha importancia para ellos.

Japón logró superar airosamente los problemas de la primera crisis del petróleo. A partir de la segunda, también superada satisfactoriamente, su papel en la sociedad internacional adquiere relieve y se asienta definitivamente.

Por el contrario, la mayor parte de los países americanos incluyendo también a Estados Unidos y un poco menos a Canadá sufren diversas crisis políticas y económicas, que hacen disminuir las oportunidades de trabajo y obligan a los gobiernos a una serie de reajustes y medidas de austeridad. En muchos países de América Latina (Argentina, Brasil, Bolivia, Perú, etc.) la deuda externa se incrementa a límites nunca alcanzados y la situación se vuelve más y más difícil para todos los sectores de la población.

Los nikkei, sin embargo, ven ampliadas sus posibilidades de escapar parcialmente a la crisis de las sociedades adoptivas, por el hecho de ser de origen japonés.

Al igual que en el pasado, cuando los japoneses emigraban al Nuevo Mundo, han ido surgiendo compañías dedicadas a tramitar los contratos de emigración entre los nikkei y las empresas japonesas. Estas empresas imparten cursillos y charlas de información y elaboran «dossiers» de los candidatos con destino a las empresas japonesas que solicitan trabajadores en régimen de «contrato temporal».

Del mismo modo que, la gran mayoría de los que en un principio emigraban al Continente Americano no tenían el propósito de permanecer definitivamente en el país receptor, tampoco ahora consideran estos emigrantes americanos de origen japonés la idea de quedarse a vivir en Japón con sus familias.

Muchos de ellos están casados y tienen hijos, pero su dominio del idioma japonés es insuficiente por lo que se les presentan dificultades de todo tipo— entre ellas, el problema de educación de los hijos— así como la diferencia en el coste de la vida entre Japón y los países ame-

ricanos. Por ello, les resulta más sencillo a los emigrantes nikkei con destino a Japón, firmar un contrato por dos años; trasladarse solos, sin familia y, así, alojarse —gratis incluso— en residencias que ponen las empresas a disposición de los empleados. Una vez acabado el contrato, vuelven a América con todo lo ahorrado, permanecen unos dos meses con la familia, regresando después a Japón con un nuevo contrato. Esta es, con pocas variaciones, la estructura corriente del *dekasegui* actual.

En Japón, los nikkei americanos desempeñan por lo general trabajos sin cualificar: limpieza y mantenimiento en los hospitales, cadenas de montaje en fábricas, trabajos en granjas avícolas, etc.

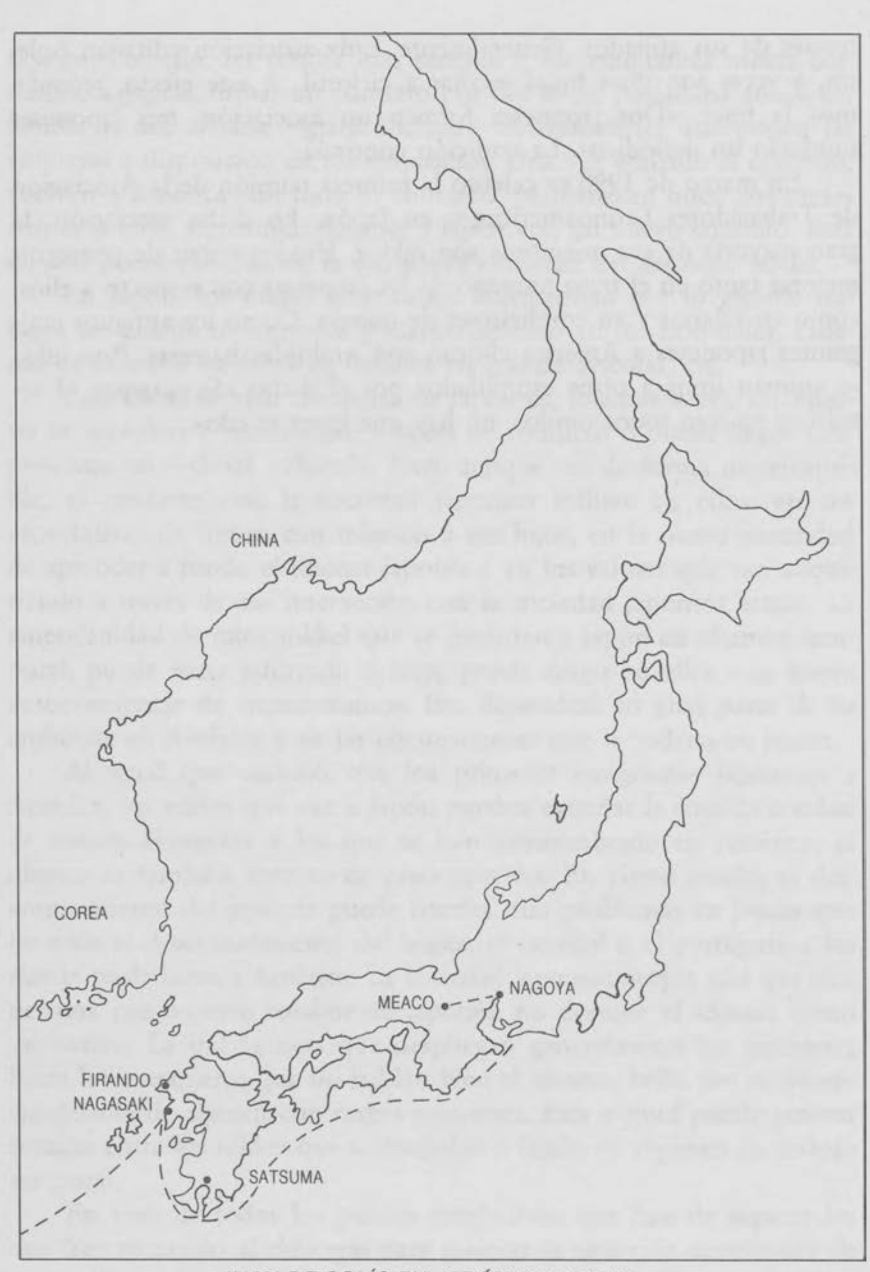
Para ellos, su vida cotidiana en Japón es, muchas veces, un motivo de asombro y admiración; a veces de conflicto o puede llegar a representar un «schock cultural». Pero, aunque sea de forma imperceptible, el contacto con la sociedad japonesa influye en ellos, en sus expectativas de futuro con relación a sus hijos, en la nueva necesidad de aprender a fondo el idioma japonés y en los valores que van adquiriendo a través de esa interacción con la sociedad japonesa actual. La americanidad de estos nikkei que se trasladan a Japón en régimen temporal, puede verse reforzada o bien, puede surgir en ellos una nueva autoconciencia de «japonesismo». Eso dependerá en gran parte de su ambiente en América y de las circunstancias que le rodeen en Japón.

Al igual que sucedió con los primeros emigrantes japoneses a América, los nikkei que van a Japón pueden extrañar la comida o echar de menos alimentos a los que se han acostumbrado en América; el idioma es también motivo de preocupación. En cierto modo, el desconocimiento del japonés puede traerles más problemas en Japón que les trajo el desconocimiento del inglés, el español o el portugués a los que se trasladaron a América. La sociedad japonesa acepta mal que una persona con aspecto totalmente japonés, no domine el idioma como un nativo. La indulgencia que despliegan generalmente los japoneses hacia los extranjeros que no hablan bien el idioma, brilla por su ausencia delante de alguien con rasgos japoneses. Esta actitud puede generar tensión entre los nikkei que se trasladan a Japón en régimen de trabajo temporal.

En vista de todos los puntos conflictivos que han de superar los que han recurrido al *dekasegui* para mejorar la situación económica de su familia, se han fundado ya asociaciones en Japón. Esta asociaciones distribuyen información, sirven de nexo de unión y defienden los in-

tereses de sus afiliados. Generalmente, cada asociación edita un boletín, a veces son unas hojas escritas a ciclostil. A este efecto, recordamos la frase: «Dos japoneses forman un asociación, tres japoneses fundarán un periódico». La tradición continúa.

En marzo de 1990 se celebró la primera reunión de la Asociación de Trabajadores Latinoamericanos en Japón. En dicha asociación, la gran mayoría de sus miembros son nikkei. Unidos tratan de conseguir mejoras tanto en el trato humano de las empresas con respecto a ellos, como en salarios y en condiciones de trabajo. Como los antiguos emigrantes japoneses a América chocan con múltiples barreras. Pero ellos se animan unos a otros estimulados por el dicho «Si pasamos el semáforo en rojo todos unidos, no hay que tener miedo».



JUAN DE SOLÍS EN JAPÓN (1592-1584)

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

1549 Cosme de Torres llega a Japón con Francisco Xavier.

1570 Toma de Manila por los españoles.

1592 Hideyoshi envía una carta conminatoria al gobernador de Manila.

1596 Naufragio del barco español *San Felipe* frente a las costas de Shikoku.

1601 Ieyasu intenta abrir rutas de comercio con Nueva España a través del gobernador de Filipinas.

1609 Naufragio del barco español *San Francisco* con el ex-gobernador de Filipinas, don Rodrigo de Vivero, a bordo. Ieyasu envía una carta a Felipe III.

1610 Aprovechando el regreso de don Rodrigo Vivero a España, vía Filipinas y México, Ieyasu envía una misión comercial a Nueva España.

1611 Ieyasu se entrevista con Sebastián Vizcaino.

1614 La misión Hasekura, enviada por Date Masamune, llega a México.

1624 El shogunato corta sus relaciones con Nueva España y con España.

1635 Se prohíbe la salida de japoneses al extranjero, y el regreso de los que ya se encontraban fuera de Japón.

1639 El Shogunato corta sus relaciones con Macao y Portugal.

1641 Se endurece la política aislacionista de Japón.

1710 Nishikawa Joken y Arai Hakuseki escriben sobre América.

1834 Los náufragos del *Hojun Maru* llegan a Canadá.

1841 Los náufragos del *Eiju Maru* llegan a México.

1844 Cuatro náufragos japoneses llegan a Callao (Perú).

1853 El comodoro Perry llega a Japón.

1854 Abandono de la política aislacionista y firma del Tratado de Kanagawa con Estados Unidos y otras potencias europeas.

1858 Firma de tratados comerciales con las potencias europeas. Hamada Hikozo, primer japonés nacionalizado americano, adopta el nombre de Joseph Heco.

1860 El barco *Kanrin Maru*, primer barco japonés que llega a San Francisco, acompaña como escolta oficial a la misión enviada por el Shogunato que viaja en el navío Uss Powhatan.

1866 Se autoriza la salida de Japón para viajes de estudios y de negocios.

1868 Restauración Meiji. Primeros emigrantes a Hawai y Guam.

1869 Primera emigración hacia California dirigida por Schnell y fundación de la Colonia Wakamatsu.

1870 Se emite el Decreto de Ciudadanía en Estados Unidos, permitiendo a los negros nacionalizarse americanos y negándoselo a todos los orientales. («a los chinos y otros mongoles» en el original).

1871 Salida de la legación Iwakura hacia a Estados Unidos y Europa.

1872 El barco peruano *María Luz* entra en Yokohama con un cargamento de coolíes chinos.

1873 Firma del Tratado de Amistad y Comercio con Perú.

1874 Llegada de Covarrubias en viaje científico.

1877 Llega a Canadá el primer emigrante japonés, Nagano Manzo. Se crea la Sociedad Benéfica Japonesa en Honolulu, predecesora del Hospital Japonés de Kuanini, fundado en 1917.

1878 Oscar Heeren intenta introducir trabajadores japoneses en su hacienda de Perú.

1879 Bajo la presidencia del japonés Miyama Kanichi se funda la Asociación Evangélica Japonesa en San Francisco.

1884 Llega a Argentina Makino Kinzo, el primer emigrante japonés.

1885 Llegan a Hawai los primeros emigrantes contratados por el gobierno, *Kan'yaku Imin.*

1887 Kuno Gihei comienza en Canadá su actividad en la pesca del salmón.

1888 Firma del Tratado de Amistad y Comercio con México. Se establece la Compañía del cobre en Perú.

1889 Se aprueba en Washington, Estados Unidos, una ley antijaponesa, convirtiéndose en el primer estado que toma medidas contra los emigrantes japoneses.

1890 Takahashi Korekiyo llega a Perú para explotar unas minas de plata con Oscar Heeren. El proyecto acaba en fracaso. Surge en San Francisco un movimiento laboral japonés, de carácter reivindicativo.

1891 Apertura del consulado japonés en México. Fundación de la *Kaigai Iju Doshi Kai,* la primera compañía de emigración japonesa.

1892 La industria pesquera japonesa prospera en la bahía de Monterrey (Baja California). Aparece el primer periódico japonés en Hawai.

1893 Unos 140 japoneses se trasladan de Hawai a Guatemala: Fundación de la *Shokumin Kyokai* por Enomoto Takeaki.

1894 Promulgación del *Imin Hogo Kisoku.* (Fundamentos legales para la emigración).
Segregación de los alumnos japoneses en las escuelas normales de San Francisco.
Guerra entre China y Japón (1895).

1895 Firma del Tratado de Amistad y Comercio con Brasil y del Tratado de Comercio y Navegación con Perú.

1896 Viaje de Tanaka Teikichi por América del Norte, Brasil, Argentina, Chile y Perú.
Fundación de la primera escuela japonesa en Hawai, por Okumura Takie.
Promulgación del *Imin Hogo Ho* (Código de Emigración). Establecimiento de la línea de navegación entre Kobe y Seatle.

1897 Llegan a México los primeros emigrantes japoneses, enviados por Enomoto. Japón eleva una protesta oficial contra la anexión de Hawai por parte de Estados Unidos.
(La población de origen japonés era ya en aquel tiempo de unas 20.000 personas).

1897 Sacerdotes del templo *Nishi Honganji* de Kyoto se reúnen con 32 emigrantes japoneses para fundar las iglesias budistas de América.

1898 Estados Unidos envía una misión para investigar sobre la emigración japonesa.
Establecimiento de la línea de navegación entre Yokohama y San Francisco.

1899 En el barco *Sakura Maru* llegan al puerto del Callao los primeros emigrantes contratados. De ellos, 91 personas se trasladaron a la plantación de caucho en Bolivia.

1900 El gobierno japonés ordena el regreso de los japoneses de Bolivia.
Fundación de la Asociación japonesa de pescadores del río Fraser en Canadá.
El sindicato de Trabajadores Americanos de San Francisco se alinea con la política antijaponesa.
Se produce un incendio casual en el centro de Honolulú que deja sin cobijo a 3.500 japoneses.
El día 7 de Julio, como protesta a los bajos precios marcados por los japoneses, parte de los trabajadores de origen europeo que faenan en las pesquerías de salmón, invaden la comunidad japonesa en Steventon (Canadá). Los japoneses responden a la agresión el 22 de julio, produciéndose una gran agitación.
Llega a Hawai el primer grupo de trabajadores japoneses contratados, procedentes de Okinawa, liderados por Kyuzo Toyama.

1901 Llegan a México los primeros emigrantes contratados para las minas de carbón.

1902 Firma de la alianza entre Inglaterra y Japón. El congreso de Estados Unidos aprueba el Artículo de Derechos Laborales, prohibiendo las reivindicaciones de los emigrantes japoneses.

1903 Llega a Perú la segunda remesa de emigrantes japoneses.

1904 Nace el movimiento antiasiático en Perú.
Guerra entre Rusia y Japón (-1905).

1905 Se recrudece el movimiento antijaponés en Estados Unidos y Canadá.
Establecimiento de la línea de navegación entre Yokohama y México, Perú y Chile.
Conflictos en Hawai ante las reivindicaciones laborables de los japoneses.

1905 Se funda en Vancouver el primer templo budista. En la misma ciudad, se abre la primera escuela japonesa.

1906 Firma del Tratado de Comercio con Canadá. Llegan a Bolivia unos emigrantes japoneses para trabajar en las plantaciones de caucho.

1907 Se prohíbe la entrada de japoneses a Estados Unidos vía México, Canadá o Hawai.
Ataque a los barrios chino y japonés en Vancouver: unos 8.000 canadienses de origen europeo arrasan el barrio «Little Tokio».
Firma en Vancouver del Tratado Lémier, entre Canadá y Japón.

1908 Firma del Acuerdo de Caballeros entre Estados Unidos y Japón.
Se prohíbe la entrada de emigrantes japoneses a México.
Llegan a Brasil los primeros emigrantes contratados.
Se funda la primera escuela japonesa en Perú, aunque su programa no está todavía homologado por el Ministerio de Educación Japonés.

1909 Apertura de la línea de navegación entre Kobe y Tacoma.

1910 Se celebra la Exposición Japonesa en México.

1912 Se funda en Lima el Club de Jóvenes de Okinawa en Perú. Se funda también la Asociación Peruano-Japonesa.

1913 Fundación de la *Brasil Takushoku Kabushiki Kaisha,* Compañía de Emigración.
Promulgación de una ley que prohíbe la adquisición y tenencia de tierras a japoneses, en California.
Publicación del *Andes Jiho,* primer periódico japonés en América Latina.

1914 Apertura de las colonias japonesas Registro y Cotía. Suspensión del subsidio para la inmigración concedido por el estado de Sâo Paulo para emigrantes japoneses. Firma del Tratado de Comercio con Bolivia.
Las leyes de Columbia Británica (Canadá) prohíben a las mujeres blancas trabajar como empleadas en comercio regidos por japoneses.

1915 Fundación de la *Perú Nihonjin Shogyo Kumiai,* en Lima. Establecimiento de la línea de navegación entre Kobe y San Francisco.

1916 Fundación del *Brasil Imin Kumiai,* sindicato de trabajadores japoneses emigrados a Brasil.
Establecimiento de la línea de navegación entre Yokohama y Nueva York, por el Canal de Panamá, y de otra línea entre Kobe y Río de Janeiro por Capetown.

1917 Fundación de la *Perú Chuo Nihonjin Kai,* Asociación Central de Japoneses en Perú. Fundación de la *Kaigai Kogyo Kabushiki Kaisha,* compañía de Emigración. Emigrantes japoneses se alistan como soldados voluntarios en Estados Unidos y Canadá.
Más de 11.000 *issei* y *nissei* se alistan en Hawai para hacer el servicio militar. Se forma la compañía «D» del 1.er Regimiento, compuesta sólo de japoneses y que sólo operó en Hawai.
Por primera vez tiene lugar en Hawai un combate de sumo.

1918 Se organiza en Estados Unidos un club de Nisei (Fresno American Loyalty League). Hoy día se llama «Fresno JACL. ALL».

1919 Se publica, por primera vez en Honolulú, una sección en inglés, dentro del periódico japonés.

1920 Fusión de las Compañías de emigración en la *Kaigai Kogyo.*
El gobierno japonés deja de expedir pasaportes para las novias de japoneses emigrados a América, con los que se casaban por poderes, tras hacer intercambio de fotos *(Shashin Kekkon).*
Promulgación de una nueva ley prohibiendo los contratos de arrendamiento de tierras por japoneses en California.
La Escuela Japonesa en Lima, reconocida oficialmente por el Ministerio de Educación de Japón.
Los nisei de San Francisco fundan la «Federación de Nuevos Ciudadanos».

1921 Llegan a Colombia los primeros japoneses para trabajar en el Valle de Canca, cerca de la localidad peruana de Cali.
Se funda la «Federación de Ciudadanos Progresistas» en Seatle, a iniciativas de residentes de origen japonés.

1922 Se inicia la importación de petróleo mexicano.
El gobierno de Estados Unidos decreta la pérdida de nacionalidad americana a las mujeres nacidas en Estados Unidos que contraigan matrimonio con no americanos.

1923 Fundación del «La Paz Nihonjin Kai» asociación de emigrantes japoneses en Bolivia.
Suspensión de envío de emigrantes contratados a Perú. Se llevan a cabo expropiaciones arbitrarias a los pescadores japoneses de Columbia Británica (Canadá).
Los damnificados se van trasladando a las granjas del valle del río Steveston, a Kootenay y a Vancouver, con el fin de encontrar trabajo.

1923 La Corte Suprema de Estados Unidos manifiesta oficialmente que los japoneses son «radicalmente» incompatibles para obtener la nacionalidad americana.

1924 Firma del Tratado de Comercio y Navegación con México.
Firma del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con Perú.
Llegan a Brasil los primeros emigrantes subvencionados por Japón.
Establecimiento de la «Colonia Alianza» en Brasil.

1925 El gobierno japonés concede una ayuda a todos los emigrantes con destino a Brasil.

1927 Fundación de la *Kaigai Iju Kumiai Rengo Kai,* Asociación Cooperativa de Emigrantes japoneses.
Fundación de la *Cotia Sangyo Kumiai,* Cooperativa de Agricultores de Cotia (Brasil).
Nisei de Hawai organizan una conferencia sobre los «Nuevos Americanos», como una iniciativa de intercambio cultural entre los nisei de América y Japón.
Los primeros emigrantes, en régimen de contrato colectivo, llegan a Colombia en periodo de prueba.
Se funda en Canca, junto a Cali, una colonia de japoneses colombianos.
Se publica el primer número del periódico de la asociación japonesa *Pacific Citizen* (15 de octubre 1929).

1928 Fundación de la *Amazón Kogyo Kabushiki Kaisha* compañía colaboradora japonesa del Amazonas (Brasil).

1929 Fundación de la *Brasil Takushoku Kumiai,* sindicato de emigrantes en Brasil.
Llegada al Amazonas de los emigrantes en régimen de contrato colectivo.
Llegan a Colombia en periodo de prueba los primeros emigrantes por contrato.
Fundación de la *Japanese American Citizens League.*
Federación de Emigrantes japoneses a Estados Unidos.

1930 Saqueo de tiendas chinas y japonesas en Lima. Fundación de la *Amazonia Sangyo Kenkyujo.*
Decreto de limitación de la inmigración a Brasil.

1931 Promulgación de la Ley de Censo de Extranjeros en Perú.
La esposa de un oficial de la Marina es agredida por un nisei en Hawai.
Fuerte propaganda internacional del caso.

1932 Llegan a Manchuria los primeros emigrantes armados. Publicación en Perú del Decreto 7.505, que obliga al empleo de un 80 por ciento de nativos en negocios de extranjeros.

1934 Anulación del Tratado de Comercio y Navegación por parte de Perú.
Limitación a la entrada de inmigrantes japoneses en Brasil.
Se celebra el 1.er Festival Nisei (Nihon Matsuri) en el barrio japonés de los Ángeles.

1935 Fundación de la *Manchuria Takushoku Kabushiki Kaisha*.
Fundación de la Unión de Comerciantes Japoneses de La Paz.
La cadena periodística del grupo Hearst emprende una campaña antijaponesa.

1936 Llegan a La Colmena los primeros emigrantes en régimen de contrato colectivo. Se publica en Paraguay el decreto que limita el número de inmigrantes y obliga a comercios y empresas a emplear a un 80 por ciento nativos peruanos en explotaciones agrícolas.

1937 Se prohíbe la entrada de emigrantes japoneses en Perú.

1938 Promulgación en Brasil de la nueva ley de Emigración, la *Imin Seigen Rei* y varias leyes para restricción a la entrada de extranjeros.

1939 Anulación del Tratado de Comercio por Estados Unidos, Sanjo Abe, de origen japonés, es elegido Senador en Hawai. En 1942, dimite a causa de la Guerra del Pacífico.

1940 Saqueo grave a las tiendas japonesas en Lima, y regreso de más de 200 damnificados a Japón.

1941 Estalla la Guerra del Pacífico.
El ejército americano abre una escuela japonesa en el presidio de San Francisco. Más de 6.000 nisei terminan allí sus estudios entre 1941 y 1946.

1941 Ruptura de las relaciones diplomáticas con Japón. Congelación o confiscación de los bienes de japoneses; reclusión de japoneses en campos de concentración en varios países de todo el Continente Americano.

1942 Estados Unidos decreta mediante el Decreto 9.066 el internamiento en campos de concentración a más de 11.000 japoneses americanos. Unos 1.800 son de Hawai.
Un convoy cargado de americanos de origen japonés parte de Los Ángeles con destino al campo de concentración de Manganar; este campo de concentración es uno de los diez habilitados, en California, Idaho,

Wyoming, Arizona, Colorado y Arkansas. Once navíos cargados de japoneses de Perú salen del Puerto de Callao, con destino a los campos de Texas, Louisiana y California.
La Federación Nacional de ciudadanos japoneses en Estados Unidos exige la anulación del status de «enemigo extranjero» impuesto por el gobierno a los nisei americanos.
(La reclamación se acepta en 1943).
Mc. Arthur moviliza a cientos de nisei con destino al servicio de traducciones del ejército americano.

1943 Formación del batallón *Dai 100 Daitai* por los nisei de Hawai.
El regimiento n.º 100 de Infantería, compuesto exclusivamente de nisei, desembarca en Salerno, siendo la primera tropa de nisei que participa oficialmente en la guerra en el ejército aliado.
(Previamente, ya había tropas de nisei operando en los servicios de espionaje, en el área del Pacífico y en Alaska, pero su actuación no se hizo pública para mantener el secreto militar).
La conferencia de Río de Janeiro celebrada bajo la presidencia de los ministros de Exteriores de los países americanos, decide la expulsión de los japoneses. Unos 1.300 son internados en campos de concentración en Estados Unidos. Toque de queda en Estados Unidos y restricciones para viajar a la población japonesa.
Los Estados Unidos crean el Regimiento 442 de Infantería, compuesto de nisei, en campo Shelby (Missouri).

1944 Formación del batallón 442, compuesto de nisei de Estados Unidos.

1945 Fin de la Guerra y regreso obligatorio de los japoneses residentes en el extranjero.
Fundación de la *Shindo Renmei* en Brasil, asociación de carácter ultraderechista, que no acepta la derrota de Japón.

1947 Comienzo de la emigración por reclamo de parientes hacia Argentina *(yobiyose)*.
Se funda en Toronto la Asociación Nacional de ciudadano Nipocanadienses.

1949 La Dieta decide realizar estudios prospectivos e iniciar los trámites para el envío de emigrantes japoneses a América.
La Corte Suprema de Estados Unidos revoca la ley por la que se prohibía la enseñanza del idioma japonés en las escuelas de Hawai.

1950 Reapertura de la línea de navegación a Sudamérica, vía Capetown.
Robert Utsumi, de Oakland (California), primer nisei admitido como piloto para las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos.

1951 Firma del Tratado de Paz de San Francisco.
Reapertura de la línea de navegación hacia Nueva York por el canal de Panamá.
Robert Murakami, primer juez nisei de Estados Unidos, presta juramento en Hawai.

1952 Reapertura de la emigración hacia la región del Amazonas. Se anula el decreto de 1926, por el que se prohibía la ciudadanía americana a los nisei de Estados Unidos.

1953 Emigrantes de Okinawa llegan a la «Colonia Okinawa», en Bolivia.
Reapertura de la línea de navegación para América de Sur, por el Canal de Panamá.
El sargento Hiroshi Miyamura de Nuevo México es distinguido con la máxima condecoración militar de Estados Unidos —la medalla de Honor— por haber sufrido prisión en Corea por el gobierno comunista.

1954 Fundación del *Nihon Kaigai Kyokai Rengo Kai.*
Reapertura de la emigración hacia Paraguay.

1955 Fundación de la sección de Emigración del Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón y de la *Nihon Kaigai Iju Shinko Kabushiki Kaisha,* empresa de Emigración.
109 jóvenes japoneses llegan a Cotia.
Emigrantes de Nishikawa llegan a la Colonia San Juan.
Restablecimiento de la *Perú Chuo Nihonjin Kai,* asociación de japoneses en Perú.
Se celebra en Tokio una convención internacional de nisei.

1956 Salida de los primeros emigrantes japoneses hacia la República Dominicana.
Firma de un convenio de emigración con Bolivia.
Varias firmas japonesas empiezan a invertir en Brasil.

1957 Argentina permite la entrada de 400 familias japonesas.
Llegan 159 emigrantes japoneses a la Colonia San Juan (Bolivia).

1958 Perú autoriza la entrada de 150 japoneses llamados por sus parientes de Perú.

1959 Salida hacia Argentina de los primeros emigrantes subvencionados por el gobierno japonés.
Firma del Tratado de Emigración con Paraguay.
Establecimiento del astillero *Ishikawa Jima* en Río de Janeiro.

1960 Firma del Tratado de emigración con Brasil.
El príncipe Aki Hito y la princesa Michiko visitan siete ciudades americanas para conmemorar el primer centenario de la firma del Tratado entre Japón y Estados Unidos.

1961 Regreso colectivo de los emigrantes japoneses desde la República Dominicana.
Firma del Tratado de Emigración con Argentina.

1962 Devolución de los bienes pertenecientes a japoneses, congelados por el gobierno peruano durante la guerra.

1963 Fundación de *Kaigai Iju Jigyo Dan* y *Nihon Ijusen Kaisha,* empresas de Emigración.

1964 Comienzan los conflictos por la entrada de bolivianos en las tierras de la Colonia Okinawa.

1965 Establecimiento de la Sección de América Latina y de Emigración en el Ministerio de Asuntos Exteriores.
Se amplía el cupo de emigrantes asiáticos para Estados Unidos a 20.000 personas por año, número igual al permitido para los europeos.

1967 La Corte Suprema de Estados Unidos declara inscontitucional la ley en contra del mestizaje de razas.

1968 Henry Moroizumi, primer nisei en llegar al Polo Sur.

1969 Fundación de la Cámara peruano-japonesa de Comercio e Industria.

1971 Nixon y el Emperador Hiro Hito se entrevistan durante una «parada técnica» en Alaska. El presidente Nixon extiende una invitación oficial al Emperador para visitar Estados Unidos. Precisamente, Nixon había revocado la ley que regulaba la instalación de campos de concentración para japoneses.

1972 Bolivia nombra embajador en Japón al general Armando Yoshida (nisei boliviano).

1973 Fin de la guerra de Vietnam, unos 70 japoneses fallecieron en los diez años de la contienda.

1974 Fundación de *Kokusai Kyoryoku Jigyou Dan* (JAICA) (agencia japonesa de corporación Internacional) que absorbe a la *Kaigai Iju Jigyo Dan*.
George Ariyoshi, es elegido gobernador en Hawai y Nelson Doi, vicegobernador, ambos de origen japonés.
Se declara obligatoria la enseñanza bilingüe y bicultural en las escuelas de San Francisco donde estudien niños de origen japonés.

1976 El nisei S. I. Hayakawa es elegido senador por el estado de California.

1977 Se celebra el primer centenario de la emigración japonesa a Canadá.

1978 La asociación japonesa JACL de Estados Unidos, inicia la reclamación de indemnizaciones al gobierno por los perjuicios sufridos durante la guerra, con destino a los nisei americanos.

1979 El presidente Carter, de Estados Unidos, aprueba oficialmente la institución de la «Semana Americana del Patrimonio Asiático».
El departamento del Estado americano declara el campo de concentración Minidoka, patrimonio histórico nacional.

1980 Leslie Kawai, primera nisei americana que es elegida Reina del Concurso de la Rosa en Pasadena.

1981 Una comisión de Estados Unidos investiga en seis ciudades americanas sobre el internamiento en los campos de concentración de los japoneses americanos. A continuación informa que debería pagarse 20.000 dólares a cada superviviente, como indemnización.
Se celebra la 1.ª Convención Panamericana Nikkei en ciudad de México, con más de 700 participantes. La 2.ª convención tuvo lugar en 1983 en Lima, Perú, y la 3.ª en São Paulo, en 1985.

1982 El americano de origen chino Vincent Chin fue asesinado al ser tomado por japonés en Detroit; los brotes de violencia antiasiática se suceden por todo el país, sobre todo en California, Nueva York, Texas y Pensilvania.

1984 Construcción del aeropuerto en Santa Cruz, Bolivia, gracias a un crédito del gobierno japonés.
El gobierno japonés anuncia «el año de liquidación total de la historia de la emigración japonesa al extranjero».
Acelerado aumento de la emigración temporal *(Dekasegui)* de los americanos-japoneses, con destino a Japón.

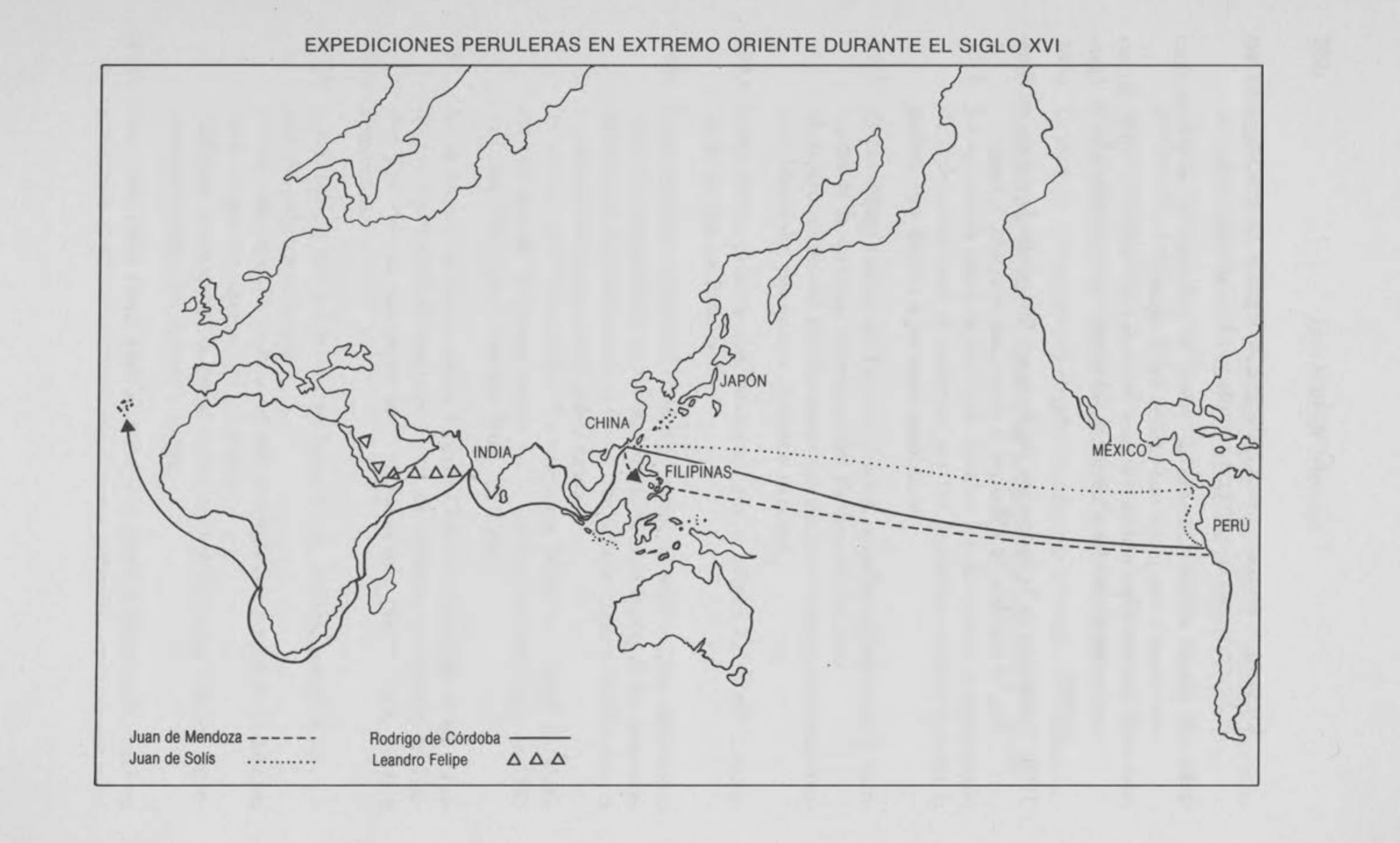
1985 Tres nisei, (Min Yasui, Fred Korematsu y Gordon Hirabayashi, vuelven a reclamar al gobierno de Estados Unidos sobre los internamientos en

los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, con el fin de revisar la sentencia emitida por la Corte Suprema.

1986 El mayor Allison Onizuka de Hawai se convierte en el primer nisei americano a completar una misión en el espacio.
El Servicio Nacional de Parques Naturales de Estados Unidos declara «monumento histórico nacional» al campo de concentración de Mancamar.

1990 Fundación de la Asociación de Antiguos Emigrantes Japoneses en América, en régimen de *Dekasegui* o emigración temporal a Japón.

EXPEDICIONES PERULERAS EN EXTREMO ORIENTE DURANTE EL SIGLO XVI



BIBLIOGRAFÍA

La presencia japonesa en el Continente Americano goza de una extensa colección de documentos originales –la mayor parte publicados por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón– así como de libros, artículos en diarios y revistas, novelas y relatos personales. Con un conocimiento del idioma japonés a nivel de lectura, se puede seguir fielmente el curso histórico de la relación entre Japón y los diversos países de América; por el contrario, el desconocimiento del idioma hace problemático un estudio en profundidad del tema. De cualquier modo, un investigador que pretenda adentrarse en el tema deberá leer al menos en inglés y en portugués, aparte de en castellano.

Refiriéndonos a documentos y bibliografía en idioma no japonés, es preciso situar en primer término los relatos de viajes, informes de testigos presenciales o cuadernos de bitácora de navegantes, en los que se relatan los primeros contactos, casi siempre casuales o accidentales, entre japoneses y América. En aquella época, Japón practicaba una política aislacionista conocida históricamente como *sakoku*, y dichos contactos eran totalmente esporádicos.

Para obtener una idea básica de la situación y de las múltiples trabas impuestas a la libre navegación, resulta muy interesante leer el libro de Kazuo Ninomiya, *A View of the Outside World during Tokugawa Japan: reports of travel by castaways 1636-1856*, Seattle, University of Washington, Abstract, 1972.

En español tenemos de León Portilla, «La embajada de los japoneses en México, 1614», *Estudios de Asia y África*, vol. 16, Colegio de México, 1981.

Sobre las relaciones entre japoneses y América en los últimos años del Shogunato, antes de la apertura de Japón a Occidente podemos leer: de James A. Gibbs Jr., Portland, Ore., Binforts y Mort, *Shipwrecks off the Pacific Coast*, 1957. Este libro comenta con detalle puntos recogidos por el japonés, posteriormente nacionalizado americano, Joseph Heco, que, en su libro *The narrative of a Japanese*, vol. I y II, Editor James Murdoch, San Francisco, Japanese Pu-

blishing Association, 1950, relata su propia experiencia a bordo de un barco americano que le recogió en su naufragio.

La presencia de náufragos japoneses en las costas de América queda reflejada en de Charles Brooks, *Japanese Wrecks stranded and picked up adrift in the Pacific Ocean*, Fairfield, Washington, Ye Galleon Press, 1964. Se imprimió en 1876, por la Academia de Ciencias de San Francisco. Sobre el mismo tema ver también, *Records of Japanese Vessels driven upon the North-West Coast of América.*

En el libro escrito por el reverendo Francis Hawkes, *Narrative of the Expedition of an American Squadron to the China Seas and Japan, performed in the Years 1852, 1853 and 1854 under command of Commodores Perry of the US Navy*, vol. I, Washington D. C., A.O.P., Nicholson, 1856, se encuentran detalles notables sobre los hechos que resultaron decisivos para la apertura de Japón a Occidente y sus relaciones con América, así como datos sobre el abandono de la política aislacionista.

El periodo previo a esta apertura queda reflejado en el libro *Japan and the United States 1790-1853*, Wilmington, Delaware, Scholarly Res, 1973.

Cuando el gobierno japonés comienza sus primeros contactos oficiales con América y se envía la primera misión, varios de los miembros que la componían relataron sus experiencias y sus primeras impresiones sobre los norteamericanos. El intelectual Yukichi Fukuzama refleja todo ello en su autobiografía: *The Autobiography of Fukuzama Yukichi*, New York, Columbia University Press, 1960 (traducida al inglés). Otros, como Inazo Nitobe describen esas primeras relaciones oficiales entre Japón y los Estados Unidos en *The intercourse between the United States an Japan*, Wilmington, Delaware, 1973. Sobre este mismo tema: *As we saw them-the First Embassy to the United States-1860*, Berkeley, University of California Press, 1979.

La actividad emigratoria de los japoneses a América empezó prácticamente al mismo tiempo que se iniciaron las relaciones oficiales. Un libro que informa sobre la emigración japonesa es el de Martin Fisher, *Die Ersten Einwandever aus Ostasien*, Serra Post-Kalender, 1960, Ijui, Río Grande do Sul. También se puede hallar una amplia reseña bibliográfica en *Trans-Pacific relations of Latin America: an introductory essay and selected bibliography*, Nueva York, Internacional Secretarial, Institute of Pacific Relations. Aquí, se detallan las relaciones a varios niveles entre Asia y América Latina.

De Joao Normano, *Japanese emigration to Latin America, Genus*, 3, 1-2, mayo, 1938, F. 47, 90, muestra el papel activo adoptado por el gobierno en canalizar la emigración en América Latina. El mismo autor centra el tema en Perú en *The Japanese in South America, an introductory survey with special reference to Peru*, Nueva York. John Day (Inter. Secret. Inst. of Pacific Relations, 1943). También se hace referencia detallada a la emigración japonesa con destino a Brasil.

El ensayo «The Japanese in Latin América» de Fred Rippy, *Inter-América Economic affair* 3, 1 (Serrano) 50, 65, deja traslucir que los verdaderos motivos de la política emigratoria del gobierno japonés obedecían a una estrategia de política internacional.

Siguiendo con el tema general de la estructura y planificación de la actividad emigratoria japonesa, señalamos de Torn Ogishima, *Japanese emigration, Internacional Labour Review 34,* 5, noviembre 1936, pp. 618-651, donde se hace una revisión histórica de la captación de emigrantes, su traslado y ubicación centrado principalmente en América.

Un estudio más específico sobre parte de la población japonesa –la de Okinawa– y su proceso se emigración a América Latina es el de James Tigner, *The Okinawans communities in Latin America with exploration of settlement possibilities,* Washington DC, Pacific Science Board, 1954, donde se refiere la trayectoria seguida por la emigración procedente de Okinawa en Argentina, Brasil, Bolivia, México y Perú a través de entrevistas realizadas por el autor y documentos oficiales en español, inglés y japonés. También se incluyen censos y encuestas, así como un glosario, cuatro páginas de fotografías y bibliografía.

Existen numerosos ensayos y libros en los que se hace especial referencia a la interrelación y adaptación de los emigrantes en los diversos países de América, como el de Ken Adachi, *The Enemy that never was,* Toronto, Maclellan and Stewart, 1976, Davis Morris y Joseph Kranter, *The other Canadians,* Toronto, Methien Publications, 1971, *Assimilation in American Life,* New York, Oxford University Press, 1964; Davis Morris y Joseph Kraster, *Japanese Americans,* William Peterson, New York, Random House, 1971; CH. Young y H. Reid, *The Japanese Canadians,* Toronto, University of Toronto Press, 1938. Con enfoque completamente sociológico tenemos «Socioeconomic mobility among three generations of Japanese Americans», un ensayo publicado en el *Journal of social Issues,* vol. 29, n.º 2, 1973, pp. 133-136, y «Contrast in the prewar an postwar Japanese community in British Columbia: conflict an change», *Canadian Review of Sociology and Anthropology,* 13, 1976, pp. 80-89.

En relación a países concretos, nos referiremos a México, donde se han publicado algunos documentos y libros en español y en inglés sobre la emigración japonesa allá: *Documentos de la Compañía Japonesa-Mexicana, 1901-1923,* El Colegio de México, Colección Especial México. Por orden cronológico debe hacerse constar en primer lugar, *Viaje de la Comisión Astronómica Mexicana al Japón para observar el tránsito del planeta Venus por el disco del sol, el 8 de diciembre de 1874,* México, Imprenta Políglota, 1876.

De gran interés es el libro de María Elena Ota, *México y Japón en el siglo XIX,* la política exterior de México y la consolidación de la soberanía japonesa, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1976. De la misma autora es: *Siete migraciones japonesas en México, 1890-1978,* que es un libro detallado don-

de se refieren los pormenores de las siete emigraciones japonesas organizadas con destino a México.

En el Archivo Histórico Genaro Estrada, de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, hay una importante cantidad de material histórico donde localizar la trayectoria seguida por los emigrantes japoneses en México.

En inglés está el libro —que fue tesis doctoral de Iyo Kunimoto—, *Japan and Mexico, 1888-1917,* Austin, Texas, escrito desde una perspectiva histórica y documental.

De Enrique Cortés tenemos en español, *Relaciones entre México y Japón durante el Porfiriato,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1980, y el artículo de Victor Kerber, «México y Japón: el significado histórico de sus relaciones». *Iberoamérica Kenkyu,* VII, n.° 2, 1985, julio, donde se traza una perspectiva de las relaciones internacionales entre ambos países.

También sobre las relaciones internacionales, pero en el caso de Bolivia está de Valentín Abecia, *Las relaciones internacionales en la historia de Bolivia* (La Paz-Cochabamba, los amigos del libro), tomo II, p. 303, y «La primera misión diplomática en Asia», *Kollasayo,* n.° 74, La Paz, 1970, p. 85.

Aparte de la bibliografía en japonés y en inglés sobre Bolivia que ya se hace constar en las notas del apartado correspondiente a Bolivia, hay traducción japonesa de un estudio socio-histórico realizado por Iyo Kunimoto y Yasuo Wakatsuki, *La inmigración japonesa en Bolivia,* Universidad de Chuo, 1985.

Como introducción básica de las relaciones de Japón y Perú, citamos la Revista Conmemorativa de las Relaciones diplomáticas entre el Perú y Japón. Ed. Perú Shinpo, 1974.

Sobre la emigración a tierras peruanas: de Ricardo Ito, *Inmigración japonesa al Perú,* Lima, Perú, Shinpo, trad. de Ch. Saito, 1974; en inglés, de Toragi Irie, «History of the japanese migration to Perú», *Hispanic American Historical Review,* XXXI, 1951, también de Harvey Gardiner, *The japanese on Perú,* New México, University Press, 1975, un cuidado estudio histórico. Y de H. Hayasaka, *Los agricultores japoneses en Perú,* Lima, 1933, estudio centrado en aquellos emigrantes que se dedicaron al sector agrícola en Perú.

De obligada lectura son también los libros de Amelia Morimoto, *Los inmigrantes japoneses en el Perú,* Lima, 1979 y *Población de origen japonés en el Perú: perfil actual,* Lima, 1991.

El número de emigrantes japoneses a Brasil es el más elevado entre los otros países, por lo que la bibliografía es también muy extensa y variada, encontrándose tantos estudios históricos como antropológicos y sociológicos. En relación a Brasil, la bibliografía es en inglés, portugués, japonés, alemán e incluso español o italiano. Aparte los documentos originales de Instituciones y Ministerios tanto japoneses como brasileños, citamos el ya clásico estudio de Hiroshi Saito, *o japonés no Brasil: estudo de mobilidade e fixacao,* Escola de Socio-

logía e Política de São Paulo, 1961. Y la traducción al portugués de Tomoo Handa, *O Imigrante japonés,* Centro de Estudios Nipo-Brasileños, São Paulo, 1987; o el estudio histórico, verdaderamente detallado y bien documentado de Arlinda Rocha, *A imigraçao Japonesa pa'a a Lavoura Cafeeira Paulista 1908-1922.* Instituto de Estudios Brasileros USP, São Paulo, Brasil, 1973. Otro libro que goza de gran popularidad entre los ex-emigrantes japoneses es el de Rodríguez Ficho, *Bandeirantes do Oriente: Drama íntimo dos japoneses no Brasil,* São Paulo, Empresa, Ed. Bandeirantes, en este libro se hace mención a la ideología derechista «Shindo renmei» surgida en los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial.

Precisamente sobre la ideología derechista y fanática del «Shindo renmei» —mencionada en el apartado de Brasil— está el de Mario Miranda, *Shindo Renmei: terrorismo e extorçao,* São Paulo, ed. Saraiva, 1948.

Sobre el aspecto de adaptación idiomática existe un cuidadoso estudio de Giogio Martara, «Algumas observaçoes sobre a assimilaçao lingüistica dos imigrados para o Brasil e de seus descendentes», *Estudos sobre as Linguas Estrangeiras e Aborigensralados no Brasil,* aquí se pone de manifiesto que, comparados con otros grupos de emigrantes —italianos, españoles, alemanes, etc.— los japoneses suelen conservar su idioma en mayor proporción.

Acerca de los japoneses en la región del Amazonas, destacamos de Julio Souza, «Japoneses e juta na Amazonia», 1952, *Observador Económico y Financiero,* 17, 195 (aril), 72-76, donde se hace un comentario muy optimista sobre la adaptación japonesa en Amazonia.

Brasil cuenta hoy día con unos 800.000 habitantes de origen japonés. Tanto los documentos oficiales, los artículos como los estudios en profundidad son abundantes. En las notas a pie de página del apartado sobre Brasil de este libro se citan preferentemente fuentes en idioma no japonés, al contrario que en otros apartados. Por ello, se mencionan a continuación aquellos escritos que pueden considerarse más interesante sobre el tema, dejando aparte los publicados por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón o por el de Colonización, *Brasil ni okeru Nihonjin hatten shi kankò iinkai* en dos volúmenes. Estos libros se escribieron en 1940 con motivo de 2.600 aniversario de la fundación del Imperio Japonés.

La sección de Japón está escrita por Ryòji Noda, la de Brasil por Shungoro Wako. El tomo I trata de las negociaciones entre Japón y Brasil, la organización del movimiento emigratorio y asentamientos de los emigrantes japoneses en regiones diversas de Brasil. El tomo II se refiere detalladamente a las compañías de emigración y a su actividad en el reclutamiento, transporte y destinos de los emigrantes. También hay referencias en este segundo tomo al establecimiento de japoneses en la región del Amazonas y a la estructura socioeconómica de la colonia japonesa en Brasil alrededor de los años 40.

Rokuro Koyama, *Jaihaku ishokumin nijùgoshùnen kan (veinticinco aniversario de la emigración japonesa a Brasil),* 1934, editado por Seïshú Shinpo sha, es un libro extenso que contiene gran variedad de material documental recopilado por su autor, quien era redactor de un periódico. Incluye una investigación realizada por el autor sobre la actividad agrícola de los japoneses en Brasil. El mismo autor, Rokurò Kòyama recopila una serie de escritos, algunos elaborados por él mismo, sobre el asentamiento, historia y evolución de la colonia japonesa en Brasil, con temas tan variados como historia del pensamiento, tecnología, literatura o religión. *Imin yonjùnen shi (cuarenta años de historia de los emigrantes),* Sâo Paulo, 1949.

Quizás una de las recopilaciones históricas más valiosas, sea la realizada por la editorial Brasil Jiho Sha, que bajo el título *Ishokumin ni jù go nen shi (veinticinco aniversario de la historia de la emigración,* se publica en 1933, en el Anuario de Brasil (Brasil Nenkan). En el libro se recogen datos desde 1908, hasta 1914 (1.er periodo), 1915-1925 (2.° periodo) y 1926-1933 (3.er periodo).

En 1964, se escribe *Brasil no nippon imin (Emigrantes japoneses en Brasil),* «Tokyo daigaku shuppan bu», 2 volúmenes: con motivo del 50 aniversario de la emigración japonesa a Brasil. Se trata de una investigación en la que colaboraron unos 6.000 voluntarios. La investigación se realizó en una muestra de 430.000 personas. El libro contiene abundante número de tablas y estadísticas sobre la llegada de emigrantes, su establecimiento geográfico y su movilidad social. Se ha publicado en japonés y en inglés.

Sobre la adaptación y asimilación de los emigrantes existe una amplia bibliografía, demasiado extensa para citarla en pocas páginas. Sin embargo, es necesario destacar «Imin no base-camp: Sâo Paulo ni okeru gaikokujin no shùdan sei ni tsuite», Coloma, 44 (noviembre) en el que se muestra la forma en la que se adaptan los emigrantes —no sólo los japoneses— y la cooperación entre ellos.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

El libro *Japoneses en América,* de Toshio Yanaguida y M.ª Dolores Rodríguez del Alisal, forma parte de la Colección «América, crisol de pueblos», en la que se estudia la aportación realizada por diversos pueblos a la construcción del Nuevo Mundo, analizando la historia cultural y humana de cada comunidad étnica en el continente americano.

COLECCIÓN AMÉRICA, CRISOL DE PUEBLOS

- Judíos en América.
- Negros en América.
- Chinos en América.
- Griegos en América.
- Japoneses en América.

En preparación:

- Irlandeses en América.
- Filipinos en América.
- Eslavos en América.
- Trata de esclavos y efectos sobre África.
- Árabes en América.
- Armenios en América.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

